

SUSAN FALUDI

En el cuarto oscuro



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

PORTADA

PREFACIO: LA BÚSQUEDA

PRIMERA PARTE

1. REGRESOS Y PARTIDAS
2. VENTANILLA TRASERA
3. EL ORIGINAL Y LA COPIA
4. INSEGURIDAD DOMÉSTICA
5. LA PERSONA QUE TENÍAS QUE SER
6. YA NO SOY YO
7. EL CUERPO DE ÉL EN PEDAZOS. EL DE ELLA
8. EN EL ALTAR DE LA PATRIA
9. RÁDAY 9

SEGUNDA PARTE

10. ALGO MÁS Y ALGO DISTINTO
11. UNA MUJER ES UNA MUJER, SEA CUAL SEA LA CIRCUNSTANCIA
12. LA MENTE ES UNA CAJA NEGRA
13. APRENDED A OLVIDAR
14. ALGUNA CLASE DE ALTERACIÓN PSÍQUICA
15. EL GRAND HOTEL ROYAL
16. CASTIGADOS EN LA PARTE DE ATRÁS
17. EL SUTIL VENENO DE LA ADAPTACIÓN
18. ESTÁS FUERA DE PELIGRO
19. LA TRANSFORMACIÓN DEL PACIENTE NO PRESENTA NINGUNA DUDA

TERCERA PARTE

20. APIÁDATE, OH SEÑOR, DEL HÚNGARO
21. TODOS LOS PASOS DE LA MUJER
22. DEUDA SALDADA
23. SALIR BIEN PARADO
24. LA PREÑEZ DEL MUNDO
25. HUIR

CRÉDITOS

NOTAS

Para los Grünberger de Spišské Podhradie y los Friedman de Košice, y para sus hijos y los hijos de sus hijos, la familia que encontré y me encontró

Pensó de qué manera había sido despreciado y escarnecido, y ahora oía a todos decir que era el ave más hermosa de todas las aves hermosas. Y las lilas inclinaban sus ramas hasta tocar el agua, y el sol brillaba cálida y gratamente. Entonces ahuecó las plumas, irguió el esbelto cuello y su corazón se llenó de gozo. «No soñé con semejante felicidad cuando era un patito feo.»

HANS CHRISTIAN ANDERSEN, «El patito feo»

Nuestra identificación con la imagen visual de nosotros mismos es instintiva; es una tendencia que viene de antiguo. Mi imagen, el yo que *se ve*, soy yo.

D. H. LAWRENCE, «Arte y moralidad»

Hace mucho
hubo un curioso engaño:
un lobo vestido con volantes,
una especie de travesti.
Pero me estoy adelantando a mi cuento.

ANNE SEXTON, «Caperucita roja»

PREFACIO: LA BÚSQUEDA

En el verano de 2004 me puse a investigar a alguien a quien apenas conocía: mi padre. La idea surgió a causa de un agravio, el sufrido por una hija cuyo padre había huido de su vida. Iba en pos de un burlador de la ley, de un astuto evasor de responsabilidades que se había saltado muchas cosas: deberes, afectos, culpabilidades, arrepentimientos. Yo preparaba una acusación, acumulaba hallazgos para presentar una demanda. Pero en cierto momento del proceso, el fiscal se convirtió en testigo.

Lo que presencié era inasible. Durante toda su vida mi padre había recurrido a múltiples reinenciones, había hecho gala de muchas identidades. «Soy húngaaro», alegaba, con el acento que sobrevivía a todos sus cambios de fachada. «Sé fingir y falsificar.» Como si fuera todo tan sencillo.

«Escribe mi historia», me dijo, o más bien me desafió, en 2004. El motivo de la invitación era turbio. «Podría ser como Hans Christian Andersen», me dijo tiempo después, a propósito de nuestra aventura biográfica. «Cuando Andersen escribía un cuento de hadas, todo lo que decía era real, pero lo rodeaba de fantasía.» No era mi estilo. Sin embargo, recogí el guante con determinación y con intenciones propias.

A pesar del ofrecimiento, mi padre siguió siendo una persona escurridiza. Nuestra colaboración fue casi todo el tiempo como el juego del gato y el ratón, un juego en el que el ratón solía ganar. Al igual que aquel otro húngaro, Houdini, mi padre era un maestro de la fuga. Yo, por mi parte, no dejaba de buscar. Había organizado un equipo unipersonal y seguía el rastro de las muchas personalidades de mi padre hasta dar con sus respectivas guaridas. Mi intención era escribir un libro *sobre* mi padre. Hasta el verano de 2015, después de redactar muchos borradores y entregar el manuscrito, y cuando mi padre había fallecido ya, me di cuenta de que en buena medida lo había escrito *para* él, para un hombre que, en mi mente al menos, había pasado a ser mi principal, imaginario y deseado lector, con toda la generosidad y toda la hostilidad que esto supone. No era un simple regalo.

«Aquí hay cosas que te costará aceptar», le advertí en el otoño de 2014, cuando lo llamé para anunciarle que había terminado el libro. Me preparé para encajar la respuesta. Mi padre se había ganado la vida retocando fotos y desde siempre se había dedicado a camuflar su personalidad, de modo que supuse que no soportaría que yo lo retratara con todos sus defectos.

«Bueeeeno», oí tras un rato de silencio. «Me alegro. Ya sabes de mi vida más que yo.» Por una vez, parecía satisfecho de ser apresado, aunque solo fuera sobre el papel.

Primera parte

1. REGRESOS Y PARTIDAS

Una tarde estaba en mi estudio, en mi casa de Portland, Oregón, guardando en cajas las notas procedentes de un empeño literario anterior, un libro sobre la masculinidad. En la pared que tenía delante colgaba una foto en blanco y negro, debidamente enmarcada, que había comprado hacía poco, de un antiguo soldado llamado Malcolm Hartwell. La foto había formado parte de una exposición sobre el tema «¿Qué es ser hombre?». Los sujetos fueron invitados a dar respuestas visuales y a adjuntar un comentario escrito. Hartwell, un individuo fornido con botas de trabajador de la construcción y pantalón de chándal, aparecía apoyado en el morro de su Dodge Aspen, adoptando una pose de chica de calendario, con una mano enguantada en la abultada cadera y con los tobillos cruzados. Su comentario escrito a mano, con una bonita falta de ortografía incluida, decía literalmente: «Los hombres no saben contactar con su feminidad.» Hice un alto en el trasiego de cajas para mirar el correo electrónico y encontré otro mensaje:

Para: Susan C. Faludi

Fecha: 7/7/2004

Asunto: Cambios

El e-mail era de mi padre.

«Querida Susan», decía, «tengo interesantes noticias para ti. He reflexionado y ya estoy harta de encarnar al macho agresivo que nunca he llevado dentro.»

El anuncio no me sorprendió del todo. Yo no era la única persona a la que mi padre había notificado un renacimiento. Otro miembro de la familia, que no había visto a mi padre desde hacía años, había recibido hacía poco una llamada con vaguedades sobre una estancia en un hospital y una visita a Tailandia. La llamada fue precedida por un inesperado e-mail que traía un documento adjunto, una foto de mi padre encuadrado en la horquilla de un

árbol, con una camisa de manga corta azul claro que parecía más bien una blusa. La prenda tenía unos discretos frunces en el cuello. El pie de foto decía «Stefánie». El subsiguiente mensaje telefónico de mi padre fue breve: «Stefánie es ya una realidad.»

El e-mail del anuncio era igual de lacónico. Una cosa no había cambiado: mi padre el fotógrafo seguía prefiriendo la imagen a la palabra escrita. En el mensaje había adjuntado una serie de instantáneas.

En la primera mi padre está de pie en el vestíbulo de un hospital, vestido con una falda roja y una blusa transparente y sin mangas, al lado (según indica su anotación) de «las otras mujeres operadas», dos pacientes que también habían experimentado lo que *ella* llamaba «el Cambio». Una enfermera tailandesa de uniforme sujeta a mi padre por el brazo. El comentario de la foto decía: «Parezco cansada después de la intervención.» Las fotos restantes se habían hecho antes de la operación. En una, mi padre está sentado en una arboleda, luciendo una rojiza peluca con flequillo y la misma blusa azul claro con frunces en el cuello. El comentario decía: «Stefánie en jardín vienés.» Es el jardín de la villa imperial de la emperatriz austrohúngara. Mi padre había sido durante mucho tiempo un admirador de las testas coronadas del centro de Europa, en particular de la emperatriz Isabel, la popular «Sisí», la esposa del emperador Francisco José, conocida en su época como «el ángel custodio de Hungría». En una tercera imagen se ve a mi padre con una peluca rubio platino –hasta el hombro y terminada en bucle al estilo de los años cincuenta–, blusa blanca con volantes, otra falda roja con azucenas estampadas y sandalias blancas de tacón alto que dejan al descubierto las lacadas uñas de los pies. En la última foto, titulada «De excursión por Austria», mi padre está delante de su caravana VW, con botas de alpinista, falda vaquera, pantis, peluca a lo paje y un pañuelo de lunares anudado al cuello. Su pose: una mano en la sobresaliente cadera, piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Levanté la cabeza para mirar la foto que tenía en la pared: «Los hombres no saben contactar con su feminidad.»

En el e-mail se despedía con la siguiente frase: «Con cariño de tu progenitora, Stefánie.» Era la primera comunicación que recibía de mi «progenitora» al cabo de los años.

Mi padre y yo apenas habíamos hablado en el último cuarto de siglo. De niña me había irritado y luego atemorizado, y cuando llegué a la adolescencia abandonó a su familia, o más bien fue obligado a abandonarla, por mi madre

y por la policía, tras una temporada de creciente violencia. A pesar de nuestra larga separación, creía que entendía suficientemente su carácter para haber tenido alguna intuición relativa a una tendencia tan arraigada. No tuve ninguna.

De niña, cuando vivíamos en una de las muchas casas de estilo colonial, todas iguales, de la comunidad de la periferia de Yorktown Heights, a una hora en coche al norte de Manhattan, yo sabía desde siempre que mi padre hacía valer sus prerrogativas masculinas. Parecía empeñado –con insistencia, con inflexibilidad y, ya en el último año de nuestra vida familiar, de manera cruenta– en ser el déspota de la casa. Comíamos lo que él quería comer, viajábamos a donde él quería ir, vestíamos con la ropa que él quería que lleváramos. Las decisiones domésticas, grandes y pequeñas, tenían que contar previamente con su aprobación. Una noche que mi madre propuso trabajar a media jornada en el periódico local, dejó muy claras sus opiniones falócratas: tiró al suelo los platos de la cena. «¡No!», gritó, golpeando la mesa con los puños. «¡No hay trabajo que valga!» Que yo recordara, siempre se había comportado como un patriarca dominante, autoritario y autocrático, incluso sin dejar de ser una incógnita, un personaje misterioso para cuantos lo rodeaban.

También lo conocía como un duro amante de la naturaleza, a pesar de su frágil constitución: senderista, escalador de montañas, escalador de hielos, marino, jinete, ciclista de fondo. Con los aparejos propios de cada actividad: el bastón de alpinista, el pantalón corto de cuero, el pasamontañas, el arnés de escalador, la gorra de patrón de yate, los zahones a la británica. Yo era su acompañante en muchas de estas aficiones, y cada vez más rezongona conforme me acercaba a la adolescencia: segunda oficiala del velero que construyó con piezas prefabricadas, aseguradora de cuerdas durante las escaladas de fin de semana que practicaba en los riscos de los montes Shawangunk, compañera de pedaleo en sus vueltas ciclistas por los Alpes, ayudante de levantamiento de tiendas cuando vivaqueábamos en las Adirondack.

Todo lo cual exigía dedicar muchas horas a entrenarse, viajar y compartir habitaciones. Sin embargo, apenas recuerdo nada de aquellas experiencias. ¿De qué hablábamos durante las largas tardes de invierno cuando ya habíamos montado la tienda, recogido la leña y abierto las latas de comida con la navaja suiza que mi padre llevaba siempre en el bolsillo? ¿He

reprimido aquellas veladas personales padre-hija o es que no existieron? Año tras año, del lago Mohonk al lago de Lugano, de los Apalaches a Zermatt, navegábamos, peregrinábamos, pedaleábamos y hacíamos rapel. Sin embargo, no puedo decir que en todo aquel tiempo mi padre se me diera a conocer. Parecía estar perpetuamente a cubierto, escondido tras un muro construido por él mismo, observando desde detrás de aquel cristal opaco que tenía en la cabeza. No era, al menos para una adolescente que deseaba intimidad, una vigilancia amistosa. A veces me daba la impresión de que era como un espía cuya intención fuese pasar inadvertido en nuestro círculo doméstico, siempre preparado para hacer lo que fuera con tal de que no lo descubriesen. Pese a todo su agresivo dominio seguía siendo en cierto modo invisible. «Es como si nunca hubiera vivido aquí», me dijo mi madre al día siguiente de que se fuera de casa para siempre, después de veinte años de casados.

Cuando cumplí catorce años, y eso fue dos años antes de su separación, entré a formar parte del equipo escolar de atletismo. Que las chicas hicieran deporte era una idea un poco ridícula allá en 1973, y el entrenador del instituto, que era ante todo y sobre todo el entrenador del equipo masculino, apenas prestaba atención a sus discípulas con faldas. Yo ideé mi propio programa de entrenamiento, salía de casa antes del alba y trotaba por calles secundarias hasta llegar al Mohansic State Park, una cuidada zona de recreo que servía entonces de jardín de un psiquiátrico estatal, alrededor del cual corría yo sola. A la sazón sentía preferencia por los deportes solitarios.

Una mañana de agosto me estaba atando los cordones de las zapatillas de correr delante de la puerta de casa cuando percibí una sutil modificación en la atmósfera, como la bajada de presión barométrica que se experimenta cuando se acerca un frente frío o los penetrantes y dolorosos latidos que se sienten antes de una migraña, y que anunciaba a mi ofendido espíritu adolescente la llegada de mi padre. Me volví a regañadientes y descubrí su pálida y delgada figura saliendo de las sombras de las escaleras. Llevaba pantalón corto de correr y zapatillas de tenis.

Se detuvo al llegar al último escalón e inspeccionó el paisaje con su típica distancia, como si mirase por el ojo de una cerradura. Al cabo del rato dijo: «Yo también corro», con su marcado acento húngaro prolongando la primera

sílaba, «coorro». No fue un ofrecimiento, sino una insistencia. Yo no quería compañía. Me vino a la cabeza un ripio que había oído quién sabe dónde.

Ayer vi en la escalera
a un hombre que no estaba allí,
si hoy no está tampoco
desearé, desearé que se vaya...

Crucé la puerta con mi padre pisándome los talones. El aire estaba lleno de humedad. Se habían formado burbujas de alquitrán en la calle. Las pisé con la punta de la zapatilla mientras mi padre vacilaba, volviéndose primero hacia su vieja caravana VW, luego al Fiat descapotable de color verde lima que había comprado recientemente, según él, «para tu madre». Pero mi madre no sabía conducir. «Bueeenoo», dijo al cabo del rato. «Iremos en el Fiat.»

Recorrimos el trayecto de cinco minutos en completo silencio. Dobló hacia el aparcamiento del IBM Research Center, que estaba a una calle de nuestro punto de destino. Unos rótulos bien visibles decían con toda claridad que aquel aparcamiento era solo para los empleados de la empresa. Mi padre no les prestó la menor atención. Hasta cierto punto se sentía orgulloso de cometer pequeñas pillerías que para él significaban «ser listo en la viiida», una inclinación que lo inducía a cambiar etiquetas de los precios en el centro comercial de la comunidad. Gracias a estas artimañas había ahorrado veinticinco dólares al comprar una cocina de camping.

«¿Has cerrado la puerta de tu lado?», preguntó mientras cruzábamos el aparcamiento. Le dije que sí, pero me miró con expresión dubitativa y volvió sobre sus pasos para comprobarlo. La otra cara de las pillerías de mi padre era su obsesión por la seguridad.

Recorrimos el camino sin árboles de la empresa, que desembocaba en la Nacional 202, la carretera que discurre por el límite septentrional del parque. Sorteamos los coches que pasaban a toda velocidad, saltamos la barandilla metálica de la mediana y nos adentramos en la hondonada del otro lado. Mi padre se detuvo.

«Ocurrió allí», dijo. Solía hablar así, sin previo aviso, como en mitad de una conversación, una conversación consigo mismo. Sabía de qué estaba hablando: unos meses antes, pasada la medianoche, unos adolescentes que volvían de una fiesta se habían saltado el stop de Strang Boulevard y habían

chocado con otro coche. Los dos vehículos habían dado una vuelta de campana sobre la mediana y aterrizado sobre el techo. No había habido supervivientes. Un viajero había sido decapitado. Mi padre no había presenciado el accidente, pero sí sus consecuencias inmediatas. Aquella noche estuvo a las órdenes del servicio de ambulancias de Yorktown Heights.

El entusiasmo de mi padre al ofrecerse voluntario para ayudar a los servicios médicos locales me pareció impropio de su carácter, al menos del carácter que yo creía conocer. Se escaqueaba de los asuntos vecinales, de los contactos sociales en general. Cuando teníamos invitados en casa, o cedía su sillón a mi madre o se escondía detrás del proyector de diapositivas y hacía su papel manipulando interminables bandejas de transparencias de Kodachrome sobre nuestras excursiones, nombrando todas y cada una de las montañas que aparecían en cada imagen, contando todo lo que nos había ocurrido en el camino, hasta que los visitantes, más aburridos que una ostra, salían huyendo en cuanto podían.

Hablaba de su voluntariado con las ambulancias diciendo que había sido «mi trabajo de salvar gente». Cosa que yo no acababa de entender. En nuestra comunidad nunca pasaba nada, las llamadas al 911, el teléfono de urgencias, solían ser para rescatar a un gato de un árbol, por un ama de casa que tenía un ataque de histeria o algún pequeño incendio que se producía ocasionalmente en una cocina. El accidente de Mohansic State Park había sido una excepción, pero tampoco allí había habido nadie a quien salvar. Cuando llegó mi padre, la policía estaba ya cubriendo los cadáveres. El conductor de la ambulancia le tiró del brazo. «No mires, Steve», contaba que le había dicho el otro. «No te gustará recordarlo luego.» El conductor no podía saber que en la memoria de mi padre flotaban ya restos de un naufragio, como tampoco que había hecho esfuerzos denodados por eliminarlos.

Dejamos el escenario del antiguo accidente y echamos a correr por el camino asfaltado y la zona de meriendas populares, pasando junto a una serie de plazas de aparcamiento vacías. La pista empezaba en un tramo llano, poblado por campos de béisbol y canchas de baloncesto, luego rodeaba una gigantesca piscina pública (en cuyo puesto de bocadillos trabajaba yo los veranos), seguía el perfil del lago Mohansic y terminaba en la larga falda de una colina. Al llegar al lago tomamos un estrecho sendero en cuesta. Corríamos sin hablar, en fila india.

En el tramo final de la cuesta el sendero se ensanchaba y corrimos hombro con hombro. Al poco de ascender apretó el paso. Yo aceleré también. Aumentó la velocidad. Yo hice lo mismo. Volvió a adelantarme, luego me adelanté yo. Los dos jadeábamos ya. Volví la cabeza hacia él, pero no me devolvió la mirada. Estaba rojo como un tomate, brillante de sudor. Miraba al frente con fijeza, como concentrado en una meta imaginaria. Mientras corrimos ladera arriba mantuvimos aquel ritmo mudo y obstinado. Cuando el suelo se allanó me moría de ganas de frenar aquella velocidad. Tenía el estómago revuelto y la visión borrosa. Mi padre arrancó con furiosas zancadas. Traté de seguirlo. Al fin y al cabo, estábamos a principios de los años setenta. Todas las mañanas, mientras corría, oía «Soy mujer (oídme rugir)» en mi tocadiscos mental. Pero ni mi entusiasmo feminista ni mi juventud ni mi preparación física podían competir con la determinación de mi padre.

En aquel momento se me hizo tangible algo de mi padre, pero ¿qué fue? ¿Era agresividad pura lo que yo veía o era una representación? ¿Competía con su hija o quería dejar atrás a otras personas, otras cosas? En realidad no eran preguntas que me hubiera formulado aquella mañana. Lo único que me preocupaba entonces era no vomitar. Pero recuerdo la idea que me pasó por la cabeza en los últimos minutos de carrera, una idea que entraba en conflicto con mi feminismo incipiente: «Es más fácil ser mujer.» Y al pensarlo, dejé de esforzarme, y la espalda de mi padre se alejó por el camino.

Mi padre, durante aquellos años, era el ejemplo perfecto del hombre hacendoso que según la revista *Popular Mechanics* se pasaba en casa los fines de semana, trabajando en su último invento casero: un mueble con equipo estéreo para música y televisión, un juego de estantes hasta el techo, una caseta-cuna para perros (para Jání, nuestro braco húngaro), una radio de onda corta, un parque infantil, una pecera «japonesa» con sistema de reciclaje del agua. Después de la cena se iba de las habitaciones de convivencia diaria –nuestra casa del extrarradio era de esas que unían el comedor con la salita, según una política de espacios abiertos que impedía toda intimidad– y bajaba a su taller de bricolaje del sótano. Yo hacía los deberes de clase en la habitación que quedaba directamente encima y sentía a través del suelo las vibraciones de su sierra circular DeWalt cuando cortaba madera. De vez en

cuando me invitaba a presenciar sus creaciones. Juntos montamos un modelo anatómico pedagógico que se hizo célebre entonces: «La Mujer Visible». Su transparente cuerpo de plástico estaba compuesto de partes desmontables, un esqueleto completo, «todos los órganos vitales» y un soporte de plástico. Durante buena parte de mi infancia estuvo en mi dormitorio, encima del tocador igualmente construido por mi padre y consistente en una base metálica con un tablero de madera que cubrió con una tela con volantes y rosas estampadas y que fijó al tablero con grapas.

Desde su reino del sótano diseñó el escenario que deseaba para su familia. Estaba la máquina de coser de tablero plegable que construyó para mi madre (a quien no le gustaba coser). Estaba el tren a escala que llenaba casi toda una habitación (con un paisaje nórdico en que se veían detalles como casitas de madera, tiendas, iglesias, hoteles, aldeanos con bolsas de comestibles y tendiendo ropa en una cuerda) y estaba la gasolinera Mobil con todos sus accesorios (el logotipo de Pegaso pintado a mano, el elevador para la reparación de coches, las puertas del taller, la diminuta máquina de Coca-Cola). Sus dos criaturas jugaban con ellos con cautela; una rotura podía dar lugar a una bronca. Y estaba también aquella creación, una de las más extravagantes de mi padre, el teatro de marionetas, una construcción tripartita con telones rojos que subían y bajaban por medio de cuerdas y poleas, dos marquesinas para anunciar las últimas producciones y un puente elevado entre bastidores en el que el titiritero ponía los rótulos y desde el que movía los hilos sin ser visto. Era para mí. Mi padre y yo pintamos los telones de fondo –pedazos de lienzo– con detalles de la historia que se representaba. Él eligió las escenas: un bosque oscuro, una cabaña en un claro rodeado por las ruinas de un muro de piedra, el sombrío interior de un dormitorio. También eligió él el reparto (marionetas de madera de Pelham, compradas en FAO Schwarz): el cazador, el lobo, la abuelita, Caperucita Roja. Representé obras para mi hermano y, por un centavo la entrada, para los niños del barrio. No recuerdo si mi padre asistió a alguna función.

–¿A visitar a la familia? –preguntó mi compañero de asiento.

El avión sobrevolaba los Alpes. El tipo era un rubicundo jubilado que viajaba con su esposa para hacer un crucero por el Danubio. Mi afirmación capital propició la inevitable continuación. Mientras meditaba la respuesta,

observé el monitor que había cerca del techo y por el que Malév Air emitía cortometrajes de dibujos animados para amenizar el segundo tramo del vuelo, el más breve, de Frankfurt a Budapest. Bugs Bunny cruzaba la pantalla contoneándose, ataviado con un bikini y zapatos de mujer, dejando patidifuso a un boquiabierto Elmer Gruñón.

–A un pariente –dije. Con un pronombre que no está decidido, pensé.

En septiembre de 2004 tomé un avión rumbo a Hungría. Era la primera visita que hacía desde que mi padre se había trasladado, quince años antes. Tras la caída del comunismo, en 1989, Steven Faludi había resuelto repatriarse y volver a su país natal, abandonando la vida que había construido en Estados Unidos desde mediados de los años cincuenta.

–Qué bien –dijo el jubilado del asiento 16B al cabo del rato–. Qué bien conocer a alguien del país.

¿Conocer? La persona que iba a ver era un fantasma de un pasado lejano. Yo apenas sabía nada de la vida que había llevado mi padre desde su divorcio, en 1977, momento en que se había mudado a un loft de Manhattan donde tenía asimismo el estudio fotográfico. En los veinticinco años siguientes lo había visto de modo ocasional, una vez en un acto de fin de carrera, luego en una boda de alguien de la familia y finalmente cuando pasó por la Costa Oeste, donde yo tenía mi residencia por entonces. Los encuentros fueron breves y en todas las ocasiones estuvo detrás de un visor, con una cámara fotográfica pegada al ojo. Cineasta frustrado que había pasado casi toda su vida profesional en cuartos oscuros, su objetivo había sido captar lo que él llamaba «imágenes de familia», de la familia que ya no tenía. Cuando mi marido le dijo que dejara en paz la videocámara mientras cenábamos, mi padre explotó y se refugió en un elocuente silencio. Me dio la impresión de que siempre había sido así, una presencia a la vez inescrutable y explosiva, una caja negra y un detonador, distante y entrometido, sucesivamente.

¿Podían sus tormentas psicológicas haber sido protestas contra una existencia que le habían adjudicado por error, contra una vida que no cuadraba con su interioridad, con la base de su identidad?

«Puede que sea un avance», me sugirió un amigo semanas antes de subir al avión. «Por fin podrás ver al *auténtico* Steven.»

Signifique esto lo que signifique, nunca había tenido claro qué quería decir aquello de tener una «identidad», auténtica o de cualquier otra naturaleza.

Los monitores de la clase turística de Malév habían pasado de los cortometrajes de Looney Tunes a Caperucita Roja. El lobo se había disfrazado de Hada Buena, llevaba un tutú rosa, calzaba zapatos de cinco dedos y tenía alas de gasa. Colgado de un alambre que pendía de la copa de un árbol, batía sus alas angelicales y fingía volar, para atraer a Caperucita Roja y que quedara a su merced. La rama empezaba a resquebrajarse y toda la copa del árbol se venía abajo, arrastrando al suelo al disfrazado lobo, que quedaba sepultado bajo un montón de gasa. Contemplé la escena con una inquietud indescriptible. ¿De qué tenía miedo? ¿De ver los cambios que había experimentado mi padre? ¿O de la posibilidad de que no hubiera cambiado en absoluto, de que *él* siguiera estando allí, acechando bajo los vestidos de *ella*?

*Abuelita, abuelita, ¿por qué tienes los brazos tan grandes? Para abrazarte mejor.
Abuelita, abuelita, ¿por qué tienes las orejas tan largas? Para oírte mejor.
Abuelita, abuelita, ¿por qué tienes los dientes tan afilados? ¡Para comerte mejor!
Y, dando un salto, el malvado lobo se comió a Caperucita Roja...*

El vuelo 521 de Malév Air aterrizó puntualmente en el Aeropuerto Internacional Ferihegy de Budapest. Mientras esperaba junto a la cinta móvil de los equipajes y oía por los altavoces aquel idioma incomprensible (mi padre nunca había hablado húngaro en casa y en consecuencia yo no lo había aprendido), me pregunté si la última fase de la vida de mi padre era un regreso o una partida. Había vuelto a la tierra donde nació después de una ausencia de más de cuarenta años..., pero solo para someterse a una operación irreversible que negaba un hecho básico de aquel nacimiento. En el primer caso parecía haber obedecido la llamada de una vieja identidad que, al margen de las dificultades con que la había sobrellevado, no había conseguido olvidar. En el segundo, había ideado otra, elegida o descubierta por ella misma.

Pasé con la maleta con ruedas por la puerta de «Nada que declarar» y me dirigí a la terminal de llegadas donde me esperaba «un pariente», un pariente cuyo parentesco conmigo, y quizá también consigo, no estaba claro todavía.

2. VENTANILLA TRASERA

En la maleta llevaba una grabadora, un grueso paquete de pilas AA, dos docenas de microcasetes, un fajo de cuadernos de notas y una lista de preguntas que llenaban diez páginas de apretada letra. Había empezado a elaborar la lista el día que recibí el e-mail «Cambios» con la galería de fotos de Stefánie. Si a mi padre el fotógrafo le gustaba la imagen, su hija la periodista prefería la palabra. Había mecanografiado las preguntas y, después de muchos titubeos, había recurrido al teléfono. Tuve que consultar el número de mi padre en un viejo cuaderno.

Una voz grabada dijo en húngaro y luego en inglés: «Le habla el contestador automático de Steven Faludi...» Por entonces hacía ya más de un mes que había regresado de Tailandia. Añadí otra pregunta a mi lista: «¿Por qué no has cambiado el saludo del contestador?» Le dejé un mensaje, con la petición de que me devolviera la llamada. Durante todo el día estuve esperando junto a un teléfono mudo.

Aquella noche soñé que me encontraba en una casa sombría con pasillos estrechos y tortuosos. Entraba en la cocina. Mi padre, varón por los cuatro costados, estaba agachado junto al horno. Parecía asustado. «No se lo digas a tu madre», dijo. Vi que le faltaba un brazo. Sonó el teléfono, desperté bruscamente, pero me quedé acostada sin hacer caso de los timbrazos. Eran las cinco y media de la mañana. Una hora más tarde, engullí a la fuerza una taza de café y devolví la llamada. Lo que había petrificado mi mano no había sido solo lo temprano de la hora. Es que no quería responder desde el supletorio que tenía junto a la cama. La lista de preguntas estaba en el despacho, en el otro extremo del pasillo.

«¿Aaaló?», preguntó mi padre, con aquella tendencia suya a prolongar las vocales que yo no había oído en los últimos años, aquella cadencia magiar que parecía bordear el amaneramiento. *Aló*. Como le gustaba señalar a mi padre, esta respuesta telefónica había sido inventada por el ayudante de Thomas Edison, el húngaro Tivadar Puskás, que al descolgar el auricular por

primera vez, en 1877, había exclamado: «*Hallom!*», que en magiar significa «¡A la escucha!». ¿De verdad escuchaba?

Le pregunté por su salud con el bolígrafo apoyado en el cuaderno de notas, buscando seguridad en un papel conocido. Y empezó el diluvio. Las primeras páginas del cuaderno reflejan un garabateado festival de preguntas tartamudeadas y sin terminar. «Tuve que recoger los documentos para el cambio de nombre, pero hay que ir al registro de nacimientos del Distrito Séptimo para..., no, espera un momento, es el Octavo, por el hospital en que nací..., bueeeno, no, deja que mire, pooodría ser...» «Estoy muy ocupado todos los días, no tengo tiempo para dilataciones, y te dicen que hay que dilatarse tres veces al día, al principio cuatro veces, bueeeno, seguramente puedes hacerlo dos veces, pero... hay seis varillas de esas y yo voy solo por la número 3...»

Me di cuenta de que la operación no le había modificado ciertas inclinaciones, por ejemplo, su tendencia al monólogo divagador y unilateral cuando se trataba de asuntos de alta tecnología. Cuando yo era pequeña, procedía siempre de dos modos: o no decía nada, o era un alud de palabras, una verborrea incontenible, un bombardeo de datos sobre los temas prácticos más impersonales. Su familia veía estas disertaciones como una persiana metálica que se bajara repentinamente, como una lluvia de chirridos de la electricidad estática. Nosotros lo llamábamos «fuego de cobertura en decúbito supino». Mi padre era capaz de pontificar durante horas, y lo hacía, sobre el mejor método para conectar un acondicionador de aire, las noventa y nueve etapas de la preparación del auténtico paté de oca húngaro, la letra pequeña de las prácticas reguladoras de la Reserva Nacional, los caminos alternativos para llegar al primer refugio del monte Cervino, las revisiones que hizo Wagner en la partitura de *Tannhäuser*. Mi padre era un maestro de la dilación y el rodeo. Cuando dejaba de hablar, ya habías olvidado la pregunta que había precipitado su contraofensiva verbal y tenías tantas ganas de huir de su granizada como él de retirarse a su cubículo de silencio.

«Habría podido ir a Alemania, allí se ocupan de todo», machacaba mi padre, «pero te las hacen pasar canutas y bueeeno, en Estados Unidos la cirugía es muy caaara y no de la mejor calidad, pero ahora, en Tailandia, tienen lo último en técnicas quirúrgicas, el hospital tiene una página web excelente en la que detallan todos los procedimientos, empezando por...» «Tengo que cambiar el parche de estrógenos dos veces a la semana, eran de

cincuenta microgramos antes de la operación, pero después de la intervención me daban sofocos y ahora son de veinticinco microgramos, y...» «El primer implante de cabello fue en Hungría, quinientos mil florines, me salió excelente, pero aún lo tengo corto por delante, aunque quizá la peluquera me haga algo, bueeeno, podría conseguir otra, pero sería mejor en Viena, síii, aunque ir allí solo para..., estoy tomando medicación para el crecimiento del pelo, así que...»

Renuncié a transcribir sus parrafadas al pie de la letra.

«Largo disc sobre robo carav VW», anotaba yo. «Ladrones por tod part. Entrega tienda esta sem, muchos probs.» «Muchos sitios web trans, en Internet de todo, cantidad fotos bajadas.»

Mis tentativas de atajar sus erupciones verbales –«¿Por qué has hecho esto?»– solo servían para provocar otras.

«Bueeeno, pero es que no podías hacerlo mucho tiempo, bueeeno, sí podías, pero era arriesgado. En Tailandia, el hospital tiene unos servicios estupeendos, fantaaásticos. Bidé con surtidores especiales en todas las habitaciones, y un proyector excepcional que...»

Le pregunté si se había vestido de mujer en ocasiones anteriores.

–No. Bueeeno... Quizá un poco... Tengo que recoger los formularios para que me cambien el pasaporte y he de hacer que me cambien el nombre en el Registro de la Propiedad, pero primero hay que ir al ayuntamiento y conseguir un certificado para llevarlo al Ministerio de...

–¿Por qué no nos dijiste antes que te habías operado?

–Bueeeno... No quería decir nada hasta que todo estuviera terminado y *bien hecho*. El doctor Sanguan Kunaporn, un tipo fantáaastico, aprendió con uno de los mejores cirujanos de vaginoplas..., se llamaba..., es..., no, espera..., bueeeno, es conocidísimo como el mejor de...

Yo perdía la paciencia.

–Nunca me dices nada. Ni siquiera ahora hablas conmigo.

Silencio.

–¿Aló? –aventuré. *Hallom?*

–Bueeeno, pero no es culpa mía. No vienes por aquí. Pasan los años y no vienes nunca.

–Pero tú...

–Tengo un expediente de órdago. Robaron nuestra propiedad. –Se refería a dos edificios de apartamentos de lujo que mi abuelo había poseído en

Budapest. El gobierno, aliado de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial, los había confiscado; luego se habían nacionalizado durante el régimen comunista y después de 1989 habían pasado a manos privadas—. No parece que tengas ningún interés.

—¿Qué crees que debo hacer?

—Eres periodista. Por lo menos podrías comentarlo de algún modo. Confraternizan con los ladrones. Es tu país natal, ya sabes.

—¿Comentarlo con quién? —pregunté, mientras pensaba: *¿mi país natal?*

—Una familia debe trabajar unida para recuperar la propiedad que le han robado. Una familia normal permanece unida. Todavía soy tu padre.

—Tú eres quien...

—Te envié el aviso sobre la reunión de exalumnos, pero no acudiste —dijo. Los compañeros que habían estudiado con mi padre en el instituto de Budapest y que aún seguían con vida se habían reunido en Toronto hacía tres años. Era culpable, él lo había dicho: no había asistido—. Te envié una copia de la película que filmé durante la reunión, pero no dijiste ni palabra. —Su pliego de cargos no había concluido—. Un compañero de curso vive cerca de tu casa, en Portland, te envié por e-mail el plano de Google con su dirección, pero no te pusiste en contacto con él. Tú no...

No estaba segura de cómo responder a aquel juicio sumarísimo. Al cabo del rato le dije:

—Lo siento.

Poco después:

—Dijiste que escribirías la historia de mi vida y no la has escrito.

¿Le había dicho yo aquello?

—¿Es lo que quieres? —Permanecemos sin decir nada. Repasé mi lista de preguntas. Lo que quería preguntarle no estaba allí—. ¿Puedo ir a verte?

Oí su respiración rasgando el silencio.

En la terminal de llegadas del Aeropuerto Ferihegy había una cola de personas esperando para recibir a los pasajeros. Recorrí sus caras sin mucho entusiasmo. Cabía la posibilidad de que no lo reconociera después del cambio. Puede que no estuviera allí. ¿Y si daba media vuelta y regresaba a mi casa? En el interior de mi boca forcejeaban dos saludos con género gramatical distinto. No sabía si estaba preparada para admitir su nueva

identidad; no me había explicado la antigua. ¿Pensaba que una operación de cambio de sexo era como un comodín, una fórmula rápida que arreglaba una vida de pesares y reproches? Puedo componérmelas con un cambio de pronombre personal, me dije, pero ¿y la paternidad? Fuera quien fuese ahora, él o ella me habían dicho por teléfono: «Todavía soy tu padre.»

En el extremo de la cola divisé un perfil conocido con frente despejada y hombros estrechos. La figura estaba apoyada en un carrito de equipajes vacío. No recordaba que tuviera tanto pelo y el de ahora era más claro, de un rojo henna. Vestía jersey rojo de trenzas, falda de franela gris, zapatos blancos de tacón y pendientes de perlas en las orejas. Se había quitado el bolso blanco del hombro y lo había colgado de un gancho del carrito. Lo primero que pensé, me da vergüenza decirlo, fue: ninguna mujer haría eso.

–Bueeeeno –dijo mi padre cuando me detuve ante ella.

Tras titubear un poco, me dio unos golpecitos con la mano en el hombro. Nos abrazamos con torpeza. Sus pechos –125C, según me informó más tarde– se clavaron en los míos. Eran rígidos, me parecieron más unas almenas que unos pechos y me sorprendí de mi propia inflexibilidad. Acababa de aterrizar y ya estaba haciendo juicios críticos. Como si la forma de llevar un bolso fuera un rasgo biológico. Como si no hubiera multitud de mujeres «auténticas» que iban por ahí con implantes de silicona. ¿Desde cuándo me había vuelto esencialista?

–Bueeeeno –repitió–. Ya estás aquí. –Y tras una pausa–: He dejado la caravana en el aparcamiento subterráneo, es otra caravana, Volkswagen Caaalifornia Exclusive, mucho mayor que la anterior, la mayor que hay, con motor de los más rápidos, me la dio el seguro a cambio de la otra, llevaba un año en el mercado porque la economía alemana va mal, la primera que compré tenía seis años de antigüedad, ochenta mil marcos, cuarenta y seis mil euros, cincuenta mil dólares, pero esta me la dieron por cuarenta mil euros, el seguro pagó veinte mil, está aparcada junto a la garita del encargado, está más segura allí, bueeeeno, nada está seguro ya, la anterior me la robaron delante mismo de casa, tenía la alarma conectada, pero se conoce que los ladrones la desconectaron, saltaron la valla, seguramente habían estado vigilando la casa, comprobaron que no vivía nadie allí desde hacía semanas y...

–Papá, Stefánie, ¿cómo estás? Quisiera... –Pero mi deseo se perdió entre los recovecos de mi incoherencia.

–... se colaron en el patio y los vecinos no hicieron absolutamente nada, nadie vio nada, bueeeno, eso es lo que dijeron. Pero en Rosenheim se portaron de maravilla, el encargado de allí fue muy siimpático, me dijo: «Oh, *meine gnädige Frau*, ¡que una mujer viaje sola no es seguro!»

–¿Rosenheim? –pregunté. Dejé el equipaje en el carrito y me condujo hacia el aparcamiento. Yo iba detrás, observando con turbación a la gente que nos miraba. La discordancia entre los zapatos blancos de tacón y la calvicie típicamente masculina llamaba la atención. Algunas matronas de papada doble miraban a mi padre de arriba abajo. Una se detuvo en seco y murmuró algo. No entendí las palabras, pero capté la intención. Cuando sus ojos se posaron en mí, la fulminé con la mirada. «Que te den por el culo, viejales», dije para mí.

–Rosenheim VW –dijo mi padre–, en Alemania, donde compré la nueva caravana, yyy la anterior, se ocupan de todos los servicios y del mantenimiento, yyy la matriculé allí, no te puedes fiar de nadie más en este aspecto, bueeeno, son alemanes, son muy eficaces, y el encargado era muy amable. Ahora que soy una señora, todo el mundo me trata con mucha educación.

No tuvimos problemas para encontrar la caravana. Según decía el folleto que mi padre conservaba en su casa, era el modelo mayor de VW (2,60 metros de altura), «Der California Exclusive». Parecía un crucero varado en un aparcamiento, un zigurat con ruedas. Un zigurat férreamente defendido: mi padre lo había rodeado de alarmas que tuvo que desconectar dos veces mientras abría la puerta del conductor. Me lo enseñó allí mismo, en el aparcamiento del aeropuerto: la cocinita tamaño casa de muñecas (encimera con dos quemadores de gas, frigorífico, fregadero, mesa plegable y despensa con ollas y cacerolas y una rinconera bien surtida con botes de especias), un banco pegado a la pared que se abría para formar una cama de matrimonio (con edredón, sábanas y almohadas en un estante superior), un armario con perchero plegable y al fondo un diminuto cuarto de baño con armario (con toallas, útiles de aseo y espejo adosado a la pared). Abrió los armarios para enseñarme la vajilla que acababa de comprar, un servicio de té con rosas estampadas.

Yo no acababa de entender aquellas disparidades: *Motor Trend* del brazo de *Marie Claire*. ¿Para aquello había viajado yo nueve mil kilómetros? Pero allí estábamos, juntos después de veintisiete años, un encuentro de gran

trascendencia después de una histórica Glasnost y la tía se comportaba como si acabase de volver de los grandes almacenes de artículos para el hogar Williams-Sonoma pasando por Accesorios Automovilísticos NAPA.

–Ilonka me ayudó a elegirla –dijo alargándome un platito para que lo admirase.

Ilonka: la conocía; cuando mi padre volvió a Hungría, había sido durante años su «señora de compañía», como decía él mismo. Había ido con mi padre a California, a una boda de miembros de nuestra familia, pero yo no había sacado gran cosa de nuestro encuentro, ya que no hablaba inglés. Yo no tenía clara la naturaleza de su relación, aunque acabaría por revelarme tiempo después que era platónica. Estaba casada y era una católica ferviente. Al parecer había hecho de ama de llaves de mi padre durante años: lavaba, cocinaba, cosía y no cobraba. Lo había ayudado a elegir el mobiliario de su casa, desde los visillos de encaje hasta la antigua porcelana de Zsolnay (comprada para impresionar a una pareja de pretenciosos, unos parientes lejanos de Ilonka que habían ido a cenar una noche a casa de mi padre; el marido había dicho que era «conde»). Mi padre se llevaba a Ilonka a viajar por Europa y prestaba dinero a la familia de ella. Cuando tuvo un nieto, mi padre le hizo el honor de ser su padrino, actualmente su madrina.

–¿Cómo está Ilonka? –pregunté.

Mi padre hizo una mueca.

–No la veo tanto. –Me quitó el platito de las manos y lo dejó cuidadosamente en la estantería del aparador, con sus congéneres. Saltaba a la vista que el problema era el marido de Ilonka–. No ponía objeciones cuando le compraba cosas a su mujer y daba dinero a su familia. Pero ahora que soy mujer, me han desterrado.

Cerró con llave las puertas del aparador. Volvimos a la parte delantera. Nos costó un poco instalarnos en la elevada cabina. Soltó el embrague, puso la marcha atrás y reculamos bruscamente, casi chocando contra un coche aparcado. Comprobé con desaliento que los fabricantes del completísimo Exclusive se habían olvidado de un detalle: una útil ventanilla trasera. Por el hueco que había encima del inodoro solo se veía el cielo vacío.

Al llegar a la taquilla, mi padre buscó la billetera en el bolso. La encargada, otra babushka magiar, sacó la cabeza por la ventanilla y dio a mi padre el acostumbrado repaso visual. Mientras contaba el dinero también yo observé a mi padre. Vi las raíces de su creciente pelo (una fila de bulbos

implantados) y el color aclarado (obra del teñido). Su piel tenía un brillo satinado. ¿Base de maquillaje? ¿Estrógenos? Sin embargo, lo que más me llamaba la atención no era lo nuevo. Ya lo había visto en el aeropuerto: la nerviosa semisonrisa de siempre, la misma mirada distante.

Ya en la carretera, metió el pesado Mazingher en el carril rápido. Era hora punta. Un conductor que nos seguía con un monovolumen oxidado hizo sonar el claxon. Mi padre se asomó por la ventanilla e insultó al desconocido. Los bocinazos cesaron. «Cuando ven que soy una señoora, cierran el pico inmediatamente», dijo.

Accedimos a una autopista. Yo miraba por la ventanilla las deterioradas zonas industriales que desfilaban a toda velocidad, las chimeneas que vomitaban humo marrón, los almacenes condenados con tablas y con las ventanas llenas de mugre, las medianas de hormigón cubiertas de grafitis. Pasamos por un largo tramo de construcciones sin terminar, invadidas por matas que ahogaban la oxidada ferralla. Los arcenes estaban llenos de anuncios en los que se veían caras sonrientes que enseñaban dentaduras perfectas y que celebraban la llegada del consumo poscomunista: Citibank, Media Markt, T-Mobile, McDonald's. En las ramas de los árboles se pudrían grandes bolas de muérdago. En el horizonte se perfilaban las rojas techumbres a dos aguas de un pueblo.

Media hora después entrábamos en la capital. Mi padre culebreó con el monstruoso tanque por las estrechas calles del centro de Pest, sombreadas por imponentes residencias modernistas que ya no eran modernas, fachadas sucias y acribilladas por una guerra de sesenta años antes. Un tranvía amarillo canario, salido de un cuento infantil, pasó por nuestro lado chirriando y traqueteando. Pasamos por detrás del Parlamento húngaro, un hinchado y amazacotado homenaje al palacio de Westminster. En la plaza adyacente canturreaba una multitud de jóvenes vestidos de negro y calzados con botas negras, agitando pancartas y banderas húngaras.

—¿De qué va esto? —pregunté. No hubo respuesta—. ¿Una manifestación? —Silencio—. ¿Qué...?

—No es *nada*. Una idiotez.

A continuación nos adentramos en un laberinto, pegados a un terraplén. Ante nosotros, encaramado en las imponentes alturas del castillo de Buda, apareció el Palacio Real, un complejo neobarroco de trescientos metros de longitud que se alzaba en la otra orilla del Danubio. Mi padre introdujo la

caravana por una rampa y subimos por el legendario Puente de las Cadenas, puente colgante inaugurado en 1849, un prodigio de ingeniería que fue el primero permanente que se tendió sobre el Danubio en su paso por Hungría. Dejamos atrás el par de leones que protegía aquella entrada del puente, con su expresión adusta, con la boca eternamente abierta para lanzar un amable rugido. Un inasible recuerdo palpitó en el fondo de mi cabeza.

La caravana remontó el puente y pasó a la orilla de Buda. Durante un trecho seguimos las vías del tranvía, pegados al río, luego empezamos a subir las colinas. Las arterias ganaron en vegetación, las casas en tamaño, muchas tenían verjas y estaban rodeadas por altos muros.

–Cuando era adolescente venía aquí con la bici –dijo mi padre sin que le preguntara–. Los chicos suabos me decían: «Eh, asqueroso judío.» –Levantó una mano del volante y trató de ahuyentar el recuerdo espantando un molesto mosquito–. Síiii –replicó, como si estuviera hablando consigo misma–, pero era una idiotez.

–A mí no me parece que... –empecé a decir.

–Yo miro hacia delante, nunca hacia atrás –añadió. Una buena máxima, pensé, sobre todo para el conductor de un vehículo que no tiene ventanilla trasera.

De pequeña apenas supe nada de la rama paterna de mi familia. Mi padre casi nunca hablaba de los suyos y nunca con ellos. Me enteré del nombre de pila de mi abuelo paterno en 1967, por una carta que llegó de Tel Aviv informándonos de su defunción. Mi madre recordaba que durante sus primeros años de casada llegaban cartas con matasellos israelí y con las orlas del correo aéreo, a nombre de István. Eran de la madre de mi padre. Mi madre no podía leerlas, ya que estaban en húngaro, y mi padre no se las leía. Mi madre respondió unas cuantas veces en inglés, esquelas insulsas sobre la vida de un ama de casa estadounidense. «Entre cuidar de Susan, hacer la comida y llevar la casa, estoy siempre muy ocupada [...] Steven trabaja mucho y muchas noches hace horas extras.» ¿Una excusa para justificar su silencio? A principios de los años sesenta dejaron de llegar las cartas por correo aéreo.

Yo sabía unas cuantas cosas básicas. Sabía el nombre que habían puesto a mi padre al nacer: István Friedman, o mejor dicho Friedman István, ya que los húngaros dicen primero el apellido. Adoptó el apellido Faludi después de la Segunda Guerra Mundial («un estupendo y auténtico apellido húngaro»),

me explicaría mi padre con el tiempo) y el nombre Steven –o Steve, que él prefería– cuando se trasladó a Estados Unidos, en 1953. Yo sabía que era judío y que había nacido y crecido en Budapest. Sabía que durante la ocupación nazi era un adolescente. Pero en todos los años que vivimos bajo el mismo techo, y por más que le pregunté, lo halagué y a veces le rogué para que me contase detalles, solo habló de la época de la guerra en Hungría en contadísimas ocasiones. Más que anécdotas eran estampas, metralla visual que acribillaba mi imaginación infantil, sin contexto narrativo.

En una es invierno y la calle está alfombrada de cadáveres. Mi padre ve el cadáver congelado de un caballo en la alcantarilla y le arranca pedazos para comérselos. En otra, mi padre está en una avenida de Pest y un hombre uniformado le ordena que entre en el Grand Hotel Royal. Fusilan a los judíos en el sótano. Mi padre se esconde en el hueco de la escalera y se salva. En otra, mi padre *salva* a sus padres. «¿Cómo?», pregunto yo, sedienta de detalles y recurriendo por una vez a tácticas dilatorias. Él se encoge de hombros. «Bueeeno, es que yo llevaba un brazalete.» «¿Y?» «Y... los salveeé.»

Mientras la caravana subía las curvas, yo miraba los tejados de terracota de las agazapadas propiedades, esforzándome por adivinar las líneas generales de la juventud de mi padre. De niño y hasta que estalló la guerra, pasaba los veranos en las colinas que recorríamos en aquellos momentos. El domicilio principal de los Friedman estaba en la otra orilla del Danubio, en un amplio piso de uno de los dos grandes edificios que poseía mi abuelo en sendos distritos lujosos de Pest. Mi padre se refería al domicilio familiar de Ráday utca 9 como «el apartamento real». Pero cuando llegaba el mes de mayo, los Friedman se trasladaban, con la doncella y la cocinera, a la propiedad de mi abuelo en las colinas, a la villa familiar. Allí, el hijo único llamado Pista –diminutivo de István– jugaba en el césped de la ladera salpicada de huertecillos y anexos (entre ellos la casita del jardinero residente), chapoteaba en la piscina de abajo y, el año que contrajo fiebres reumáticas, tomaba el sol en una tumbona, asistido por un séquito de personal contratado. Mientras ascendíamos por las cuestas de Buda, pensé: heme aquí en la ciudad donde se templó la juventud de mi padre, el yunque en el que se forjó su carácter. Ahora era escenario de su extravagante regreso. Esta proximidad me producía una sensación extraña. Durante toda mi vida había tenido al hombre sin el

contexto. Ahora tenía el contexto, pero se había producido un hiato. El hombre había desaparecido.

3. EL ORIGINAL Y LA COPIA

Yo ya había visto los leones del Puente de las Cadenas, cuando tenía once años. Fue en el verano de 1970, cuando vinimos todos de vacaciones: mi madre, mi padre, mi hermano de tres años y yo. En términos generales fue un viaje irritante. Una noche cruzamos el río para asistir a una representación de *Aida* al aire libre. Recuerdo el momento de cruzarlo por la desacostumbrada alegría que lo presidió, ya que los desplazamientos de mi familia siempre estaban llenos de tensión. El coche parecía flotar sobre el Danubio, las luces de los cables nos hacían guiños desde las alturas y los centinelas leoninos anunciaban nuestra entrada en la ciudad. Mi padre recordaba que su niñera cruzaba el puente con su cochecito infantil hasta el pie del Sikló, un precioso funicular rojo manzana que subía hasta el baluarte del castillo de Buda. Y nos contó una historia sobre el escultor que había olvidado esculpir la lengua de los leones: en la ceremonia de inauguración, un niño se dio cuenta de aquel defecto y el artista, humillado, saltó al río desde el puente. Era una historia muy conocida en Hungría, dijo, pero «seguramente falsa».

Según nos informó mi padre, el castillo estaba perforado por cuevas subterráneas, abiertas en la piedra caliza hacía milenios por las aguas termales que brotaban «de las profundidades». Los turcos invasores las habían transformado en un gigantesco laberinto. «Dicen que Vlad el Empalador, el Drácula histórico, estuvo encerrado allí.» Durante la Segunda Guerra Mundial las cuevas fueron reformadas para construir refugios antiaéreos y un hospital militar. Miles de húngaros estuvieron refugiados allí durante los cincuenta días del sitio de Budapest. «Se dice que algunas personas incluso recibían allí la correspondencia», contaba mi padre. «Pero seguramente también esto es una patraña.»

Unos días antes habíamos ido al lago Balatón, situado al sur de Budapest. Era un lago poco profundo, pues recuerdo haberme adentrado un buen trecho con el agua solo hasta los muslos. Por más que me alejaba de la orilla, seguía oyendo a mis padres, que se habían enzarzado en una agria disputa a gritos.

El clima de decepción y amargura desbordaba el círculo doméstico. Una nube de desdicha parecía cernirse sobre todas nuestras actividades y todo lo que nos rodeaba: las largas esperas haciendo cola para que nos pusieran un sello que a su vez nos permitía unirnos a otras largas colas cuyo objetivo era recibir el visto bueno de ceñudos burócratas; el pobre sofá que escupía espuma amarillenta en la habitación que había alquilado mi padre; los ojos resentidos de nuestra anciana casera, hundidos en una cara con más arrugas que una nuez, cuando nos servía por las mañanas una ración de leche hervida con cuajos flotando en la superficie; las turbias intenciones del «sacerdote» ensotonado que se nos acercó un día después de haber ido de visita al monasterio benedictino de Pannonhalma y que preguntó a mi padre si entregaría una carta a ciertos «amigos» de Estados Unidos: un agente del gobierno, dijo mi padre. El día que entramos en Hungría por la frontera de Austria, los aduaneros peinaron cada centímetro de nuestro equipaje. Mi padre estuvo allí todo el rato, sin quejarse, deseoso de ser útil, con un extraño servilismo en la voz.

Durante toda aquella visita mi padre anduvo en busca de cultura popular «auténticamente» magiar. Cuando recorríamos el campo, nos deteníamos para ver «danzas aldeanas tradicionales» que en realidad no eran más que atracciones turísticas preparadas: el gobierno pagaba a los lugareños para que bailaran vestidos con prendas que se anunciaban como trajes regionales, las mujeres con delantales estampados y coronas de flores, los hombres con traje negro y botas altas de cuero. (Según supe después, las indumentarias y las danzas eran muy poco tradicionales: habían sido un invento de los nacionalistas urbanos de mediados del siglo XIX, reivindicado luego en los años de entreguerras, para hacer creer que se conservaba la herencia de los antiguos magiares.) En una tienda de pueblo, mi padre insistió para que me probara unos trajes regionales. Mientras posaba con unos vestidos con muchos bordados y acunaba una muñeca húngara vestida de veinticinco alfileres, mi padre gastó un sinfín de carretes de película. La propietaria de la tienda hizo de peluquera. Al final, mi padre compró un conjunto de falda y corpiño, con una blusa de mangas abullonadas y con muchos bordados y una falda acampanada azul, y un almidonado delantal blanco con un pimpollo y un tulipán estampados. Imaginó que podía ir con todo aquello a clase. Pero su hija americana pensaba que ni por asomo iba a presentarse en el instituto disfrazada de Heidi húngara.

Aquel otoño hubo una serie de tensos enfrentamientos por culpa del Disfraz. Mi padre exigió que me lo pusiera la mañana del comienzo de las clases. Esperé hasta que se fue al trabajo, corrí escaleras arriba y me cambié de ropa. Una vez me pilló con ropa de calle. Me ordenó que al día siguiente fuera al instituto con el disfraz, cosa que hice muerta de vergüenza. Al final dejó de interesarse y yo desterré el disfraz al fondo del armario. Al cabo de un año, aproximadamente, cuando estaba de moda la ropa hippie, rescaté el insultante vestido de su purgatorio, separé del vestido la blusa de los bordados y me la puse con unos tejanos lavados a la piedra. Fue mi tentativa de lucir un look campesino al día. Que era más o menos tan «auténtico» como el estilo húngaro de mi padre.

La crónica visual de aquellas vacaciones se encuentra en una serie de bandejas de diapositivas Kodak que mi padre guardó durante el resto de su vida en un armario del desván, imágenes de mi madre, mi hermano y yo a la sombra de catedrales góticas y castillos en ruinas, apoyados en la borda de un crucero que recorría el Danubio, saludando desde un tren con el almidonado uniforme de los scouts, con pañuelo rojo al cuello, o levantando la cabeza para mirar la estrella roja que coronaba el colosal edificio del Parlamento húngaro. A menudo apartábamos la cara para no mirar a la cámara. Muchas fotos se hicieron de lejos, como si mi padre estuviera de safari, tras la pista de una manada en fuga.

Un día, durante aquel lejano viaje, dejamos de ver paisajes para visitar dos edificios de viviendas de Pest, dos fincas finiseculares de estilo Secesión vienesa, en otro tiempo representativas, a la sazón olvidadas y cubiertas de hollín. De las elegantes ventanas de arco de Váci út 28 colgaban torcidos los postigos rotos; los balcones ceremoniales de Ráday utca 9 estaban visiblemente deteriorados. En esta última dirección, subimos por unas escaleras mal iluminadas y llamamos a una puerta. Y recorrimos una serie de habitaciones de alto techo, ahora divididas por tablas de conglomerado, cochambrosamente amuebladas y rebosantes de inquilinos, varias familias hacinadas en viviendas destinadas a una sola. Recuerdo de un modo especial la desazón de mi padre. Aquel edificio, como el otro, había sido en otro tiempo de mi abuelo. El piso que visitamos había sido el domicilio infantil de mi padre, el «apartamento real». Al volver a la acera, mi padre levantó la cabeza para mirar la sucia fachada de Ráday 9; una niña rubia con una cinta blanca en el pelo miraba la calle desde un doble balcón en estado ruinoso, el

adosado a las opulentas habitaciones donde había crecido un niño llamado Pista. Hizo una foto. Era la última del carrete.

En 1940, cuando cumplió trece años, recibió una cámara Pathé de 9,5 milímetros. Era un regalo de su padre con motivo de su bar mitzvá. Desde aquel momento –en Hungría se uniría a una sociedad cinematográfica de aficionados durante la guerra y a un club cinematográfico juvenil inmediatamente después, luego en Brasil haría documentales en los bosques lluviosos y en las pampas– prefirió las películas a las fotos. «Con la fotografía tienes una oportunidad», me dijo en cierta ocasión. «Has de conformarte con esa sola imagen. Con el cine puedes hacer montajes y cambiarlo todo. Puedes hacer que la historia salga como tú quieras.»

Durante un breve período de mi infancia, las aventuras cinematográficas de mi padre fueron domésticas. En mi bodega tengo una caja con los resultados; los rescaté de un cubo de basura, donde mi madre los había tirado después del divorcio. Es una serie de latas con los rollos de 16 milímetros con que mi padre filmó películas caseras entre 1959 y 1961, los dos años que siguieron a mi nacimiento. Entonces vivíamos en Jackson Heights, en el barrio neoyorquino de Queens, en una vivienda de alquiler situada en la planta superior de un edificio de ladrillo de dos plantas, y las cintas recogen los hitos triviales de la vida de unos recién casados: mi madre embarazada, ya en el tercer trimestre, y comiendo pizza; mi madre empujando un cochecito infantil y lavando pañales en un cubo de plástico; mi primer cumpleaños, mi primer día en la playa, mi primer Desfile de Pascua, mi primera Navidad. El «director», como se define mi padre en los créditos, interviene de manera ocasional. En una escena filmada con ayuda de un trípode, mi padre aparece en la puerta de casa, disfrazado del hombre que quería ser. Lleva traje y corbata, abrigo de espiga, guantes de piel y sombrero de fieltro. Mira directamente a la cámara. Se inclina para dar a mi madre un torpe beso en la mejilla. Hace un saludo teatral, indica algo por señas a mi madre, siempre con los ojos fijos en el objetivo de la cámara, y se dirige a la puerta. Es una película muda, pero podría escribir los comentarios en off de este «Papá lo sabe todo».

El rollo más largo está dedicado a la Navidad. La cámara se demora en el árbol: primeros planos respetuosos de los adornos escarchados, las tiras de espumillón, la iluminada estrella de Belén. Luego lenta panorámica ante los tres calcetines de rayas rojiblancas, clavados en la pared en orden

descendente. Papá Oso, Mamá Osa, la Pequeña Osa. Y por último, la ceremonial apertura de los regalos: mi padre enseña los suyos a la cámara: una corbata, un pijama de rayas, un juego de dardos. Sonríe forzosamente y mueve los labios diciendo: «¡Exactamente lo que quería para Navidaaad!» Mi madre, vestida con blusa de volantes y falda plisada, se sienta en el suelo con las piernas cruzadas y mira los regalos con expresión lánguida: delantal, zapatillas, camisoncito.

En los últimos momentos de «Primera Navidad de Susie», la cámara enfoca a una yo de ocho meses, que está de pie y tambaleándose delante del espejo de cuerpo entero que hay en el pasillo y manotea sobre la lisa superficie con intención de asir algo. Pego la nariz y a continuación aplasto la cara contra el espejo, como si buscara algo al otro lado del reflejo. Lo que la película ocultaba, pensé cuando la vi decenios después, era a mi padre. Que estaba más ausente que nunca en los breves momentos en que aparecía en pantalla, rodeado por el atrezo de su familia americana, fingiendo una identidad independiente ante la cámara, fundiéndose, fotograma a fotograma, en un hombre cuya historia había sido reemplazada por una imagen, una imagen de cualquiera y de nadie.

Por entonces trabajaba en un cuarto oscuro de la ciudad, una habitación sin ventanas que transformaría en un reino tan exclusivo como el sótano de nuestra casa de la periferia. No tardó en ser un maestro del revelado y la manipulación fotográficos: modificaciones cromáticas, montajes, composiciones y otras operaciones de la época anterior al Photoshop. Él lo llamaba «fotografía trucada». Siempre olía a fijador.

Era particularmente hábil en «aclarar», en hacer que las zonas oscuras parecieran claras, y en «enmascarar», en ocultar partes indeseadas de la imagen. «La clave es el control», solía decir. «No expongas lo que no quieres que se vea.» En el oscuro acuario donde pasaba las horas diurnas, con las manos sumergidas en emulsiones químicas, con un solitario piloto rojo para orientarse, ensombrecía, iluminaba y retocaba, haciendo desaparecer partes corporales, edificios, paisajes enteros. Había conseguido en fotografía lo que solo había creído posible en películas. Hacía que la historia saliese como él quería.

Gracias a su talento, se volvió indispensable para ciertas empresas, sobre todo para el departamento de producción artística de Condé Nast. Desde los años sesenta hasta los ochenta, Condé Nast confió en mi padre para realizar

muchos de los más difíciles trucajes fotográficos que aparecían en sus principales revistas, *Vogue*, *Glamour*, *House & Garden*, *Vanity Fair*, *Brides*. Durante años colgó en su estudio una nota que el director de arte de una revista le envió a otro: «Pásaselo a Steve Faludi, ¡no se lo pases a ningún otro!» Mi padre se dedicaba a «trucar» trabajos de los fotógrafos de moda más célebres de la época –Richard Avedon, Francesco Scavullo, Irving Penn, Bert Stern– en varias agencias fotográficas comerciales y luego en su propia empresa unipersonal, Lenscraft Studios, sita en un loft del distrito de la moda anteriormente ocupado por el fotógrafo Hank Londoner. Aplicaba también su magia a muchas fotografías de época cuyos negativos se habían perdido; podía crear una copia perfecta de un positivo. Entre las imágenes clásicas que trabajó figuraron las del destacado fotógrafo húngaro (y refugiado judío durante la Segunda Guerra Mundial) André Kertész. El pulso artesanal de mi padre «era tan preciso, exacto y minucioso que no había el menor corrimiento del color o de la luz», me contó muchos años después Dick Cole, director del departamento de producción artística de Condé Nast durante aquellos años, mientras estábamos en su sala del sur de California, hojeando libros satinados que recogían trabajos de mi padre. «Era asombroso. Era imposible saber qué había cambiado. No se podía distinguir el original de la copia.»

A veces, cuando era pequeña, subía con mi padre al tren de cercanías y visitábamos alguna de las agencias fotográficas de Manhattan para las que trabajaba. Me llevaba al otro lado del dividido estudio donde hombres encaramados en altos taburetes borraban con pinceles finísimos las imperfecciones faciales de las modelos en boga. Consideraba el retoque como la culminación del arte fotográfico. Para que lo apreciase me ponía delante las imágenes del antes y el después de un anuncio. Mira, aquí ya no tiene ese feo lunar. Fíjate, ya no hay arrugas. Admiraba a los hombres inclinados sobre aquellas mesas de luz y que eliminaban las imperfecciones. Mi padre apenas se inmiscuyó en mis planes educativos o profesionales. Pero en algunas ocasiones me aconsejó que me hiciera retocadora. Consejo bien extraño para una hija que desde el día que pasó a formar parte de la redacción del periódico de su departamento universitario se dedicó a denunciar defectos, no a ocultarlos. En el núcleo de nuestra relación, durante los años que no nos hablamos, y más aún durante los años que reanudamos el trato, se entabló una enconada competencia entre la supresión y la denuncia, entre el pincel y el

cuaderno periodístico, entre el maestro del enmascaramiento y la aprendiz que lo desenmascararía.

4. INSEGURIDAD DOMÉSTICA

Hegyvidék (literalmente «tierra montañosa»), duodécimo distrito de Budapest, está en lo alto de las colinas de Buda. Enclave exclusivo desde siempre –territorio de embajadas, villas, residencias de nuevos ricos–, el suelo de sus propiedades palaciegas se había revalorizado mucho en el Budapest poscomunista del nuevo milenio. Como decía en un inglés deshilvanado la publicidad de una inmobiliaria que se anunciaba en Internet, Hegyvidék es «el lugar donde las villas lujosas y las modernas casas independientes –como propiedades aristocráticas que son– extienden sus grandes jardines en el silencioso ambiente». Para llegar a la dirección de mi padre había que salvar varias pendientes y luego una serie de escalofrantes curvas cerradas en calles crecientemente estrechas y agujereadas.

–Malditos comunistas –dijo mi padre, mientras el Exclusive traqueteaba por los cráteres del asfalto–. Nunca arreglaban las calles.

–¿No se fueron hace quince años? –pregunté.

–Bueeeno, ahora se llaman «socialistas» –se refería al partido que estaba en el poder a la sazón–, pero son los mismos. Una banda de ladrones.

La caravana sorteó el último precipicio y dobló una curva muy cerrada. Quedó a la vista una casa, un chalé de hormigón de tres plantas. Tenía techumbre a dos aguas y las paredes pintadas de blanco. Estaba rodeada por una valla de seguridad, con una puerta cerrada con candado y sistema de alarma. Un rótulo con un elocuente dibujo alertaba de la presencia de un peligroso pastor alemán que afortunadamente no existía.

Ignoraba si aquel búnker expresaba la paranoia de mi padre o la de la cultura a la que había regresado. Cuando tiempo después leí *A Country Full of Aliens* (Un país lleno de extraños), libro de memorias en el que el británico Colin Swatridge contaba sus experiencias en el Budapest de los años noventa, me llamaron la atención sus observaciones sobre la manía de los húngaros por la protección doméstica:

Se puede atisbar la grandiosidad de todo –el camino de ladrillo gris y los cipreses, los tramos de peldaños, los salientes y los entrantes, las columnas y las esquinas–, pero solo a través de las lanzas de hierro de las verjas, bajo la atenta vigilancia de una cámara de seguridad y de las luces sensibles al movimiento. Es fascinante esta necesidad de conjugar seguridad y exhibicionismo. La casa debe enseñar los pétreos encajes femeninos de sus molduras, sus bien torneados balaustres, su delicada atención al detalle, la sinuosa curva de sus escaleras, pero no enseña menos su dentadura, los candados musculosos, la inamovible rejería. Debe ser a la vez coqueta y firme, como un pavo real que silba, algo a la vez bello y ridículo. [...]

Lo que quizá sea típicamente húngaro en estas casas rodeadas de verde, estos castillos kitsch de las colinas de Buda y los montes Pilis, junto al lago Balatón y los montes Bükk, es la fusión de exhibicionismo y alta seguridad. Se parece a la confusión del masculino y el femenino que es propia del idioma.

Yo conocía bien esta confusión lingüística. Fue un ingrediente de mi infancia. «Dile a tu madre que lo estoy esperando», decía mi padre. O: «Tu hermano es una sucia, dile que limpie su habitación.» Es sabido que los húngaros confunden los sexos cuando se expresan en inglés. Los pronombres magiares no tienen género.

Mi padre detuvo la caravana en el arcén y echó el freno de mano. Anduvo tambaleándose peligrosamente por la calzada con los blancos zapatos de tacón y marcó la clave en el teclado del muro exterior; la verja crujió y volvió a cerrarse en cuanto la cruzamos. La caravana ascendió trabajosamente por el empinado sendero de entrada y se detuvo en la hierba: era demasiado alta para entrar en el garaje biplaza de la casa. En el césped delantero había clavada un asta de siete metros. De ella colgaban tres cordones, «así podré izar todas mis banderas», me dijo. «Izo la húngara el 15 de marzo», el día de la patria, fecha que conmemora la fracasada revolución de 1848 contra la corona austriaca, «y la de Estados Unidos el 4 de julio». El tercer cordón era para izar, cuando correspondía, las enseñas de los otros dos países donde había residido mi padre, Dinamarca y Brasil.

Rebuscó debajo del asiento del conductor y se colgó el bolso en el hombro. Nos quedamos en el sendero de los coches durante al menos un cuarto de hora mientras mi padre manipulaba los distintos sistemas de seguridad. Primero conectó la alarma de la caravana. Luego restableció el sistema de vigilancia exterior que «protegía» el sendero de los coches. Conectado este, tuvimos que echar a correr, pues disponíamos de sesenta segundos para llegar

a la puerta, la de la derecha. La casa constaba de dos viviendas iguales, una al lado de la otra; la de la izquierda, la duplicada, estaba vacía.

Antes de cruzar la puerta, desconectó el tercer sistema de alarma y volvió a conectarlo en cuanto estuvimos dentro. Mientras él tecleaba los números, traté de orientarme, ya que el vestíbulo estaba a oscuras. A la derecha vi una escalera sumida en tinieblas. Había dos niveles y se accedía al superior por unos peldaños de madera. En el extremo del pasillo, distinguí, a través de una puerta abierta, los armarios amarillos de una cocina, los mismos que habían decorado el loft de Manhattan. (Mi padre los había facturado con el frigorífico, el lavavajillas, el horno y todo lo que había poseído entonces, incluidas una impresionante reserva de leña y la caravana VW, en un contenedor de casi quince metros.) Me condujo por el pasillo y cruzamos otra puerta que había a la izquierda, que daba paso a una amplia sala embaldosada y a un comedor adjunto con araña en el techo y una vitrina llena de porcelana de Zsolnay.

Unas puertas de cristal daban a la terraza delantera, pero no se veía nada desde donde estábamos porque estaban echadas las pesadas cortinas que las protegían. «Podrían ver el interior desde fuera y sentir la tentación de robarme el equipo electrónico», aclaró. Y es que había mucho que robar. Había una unidad pegada a la pared de la sala, llegaba hasta el techo y contenía monitores, radios, televisores, amplificadores, altavoces, bafles para bajos, reproductores de CD y DVD, magnetoscopios de sistemas VHS y Betamax, un plato de tocadiscos, incluso un magnetofón de dos carretes. Este último era para reproducir antiguas grabaciones de ópera, las mismas que ponía a todo volumen en la sala de nuestra casa de la periferia de Yorktown Heights. Había media docena de aparadores con no menos de un millar de óperas en compactos, cintas, vídeos y vinilos.

En la pared de enfrente se encontraba la librería. En un extremo estaban todos sus viejos manuales sobre alpinismo, escalada en hielo, construcción de yates, viajes en canoa, ebanistería, construcción de radios de onda corta y modelismo. Su colección de *Mi-Vida-como-Hombre*, pensé. Aunque no porque hubiera una sección femenina correspondiente. En otros estantes vi libros sobre temas húngaros. *Historia antigua de Hungría*, *Canciones de Hungría*, *Cría de perros húngaros*, y gruesas biografías de lumbreras locales, entre ellas dos volúmenes de memorias de la condesa Ilona Edelsheim-

Gyulai, nuera del almirante Miklós Horthy, el regente que gobernó Hungría durante toda la Segunda Guerra Mundial, menos los últimos meses.

En otra sección vi libros de un género que desde siempre había acaparado su interés, tanto como la ópera: los cuentos de hadas. Ya de niña me daba cuenta de que el teatro de marionetas y los paisajes del tren de juguete que construía mi padre solo podían ser para sus hijos. Satisfacían su necesidad de fantasía cuentística. Y cuanto más extravagante era la fantasía, mejor. Lo mismo le sucedía con la ópera. Detestaba las producciones que no contaban con una puesta en escena y un vestuario fastuosos. Las dos obsesiones se complementaban. Uno de los recuerdos infantiles más gratos a mi padre es de la noche en que sus padres los llevaron por primera vez a la ópera, allá en Hungría. Tenía nueve años y la obra era *Hansel y Gretel*.

«Ojalá tuviera todavía aquel libro», dijo mirando por encima de mi hombro su impresionante colección de cuentos de hadas. Se refería a una antología para niños que su primera niñera le leyó en la infancia. La niñera era alemana y su lengua materna pasó a ser el principal idioma del pequeño que estaba a su cuidado. «Encuadernado en piel, páginas de mucho gramaje, ilustraciones fabulosas», recordaba mi padre. «Una joya. Cada vez que entraba en una librería, lo buscaba.» Con el paso de los años acumuló muchos volúmenes semejantes, por lo general de su cuentista preferido, Hans Christian Andersen. Poseía ediciones de sus obras en danés, en alemán, en inglés y en húngaro. (Y las leía en estos idiomas. Al igual que muchos húngaros cultos, mi padre era políglota, hablaba con fluidez cinco idiomas, además del suizo-alemán.) En 1972, cuando fuimos de vacaciones a Dinamarca, mi padre visitaba regularmente la escultura de la Sirenita del puerto de Copenhague. Recuerdo que se quedaba allí un rato largo, observando la escultura de la criatura marina que sacrificó su lengua y su cola para ser humana. Yo lo observaba a él mientras él observaba la escultura, una joven de bronce sobre una roca bañada por las olas, con las atormentadas piernas recogidas bajo el cuerpo virginal y los tristes ojos vueltos con nostalgia hacia la orilla. Mi padre le hizo muchas fotos.

En los momentos libres que tuve durante mi primera visita a Hegyvidék, y durante las visitas que siguieron, bajaba del estante la versión inglesa de los cuentos completos de Hans Christian Andersen y la hojeaba, repelida y atraída por las historias de mutilación y metamorfosis, desmembración y resurrección: la vanidosa bailarina que pide que le corten los pies para expiar

su pecado. El cojo soldadito de plomo que se enamora de una bailarina de papel y acaba en una estufa, donde se derrite y se convierte en un pequeño corazón. La solitaria criada judía que sueña toda su vida con ser cristiana... y ve cumplido su deseo en la resurrección. Y por encima de todos, el despreciado alfeñique de la camada que se convierte en un majestuoso pollo de cisne. «¡Volaré hacia ellos, hacia los pájaros reales!», dice el Patito Feo. «No importa haber nacido en el corral cuando se ha salido de un huevo de cisne.» Y yo me preguntaba: si el patito se vuelve cisne porque ha nacido cisne, si la Sirenita se abre la cola para volver al mar, ¿qué transformación prometían aquellos cuentos?

En otros estantes de la sala que iban en diagonal hasta el equipo electrónico había montones de álbumes con fotos de los muchos viajes que había hecho mi padre a Odense, la ciudad natal de Andersen. «Fui allí una vez con Ilonka», dijo. «Creo que se aburrió un poco.» Al hojearlos, me sobresaltó ver un paisaje urbano conocido: el inconfundible tejado en punta de Vor Frue Kirke (iglesia de Nuestra Señora), un establecimiento de GASA (una cooperativa danesa) y el hostel de madera Den Gamle Kro (hay un hostel con ese nombre a una calle del Museo Hans Christian Andersen). ¿Había reproducido mi padre la ciudad de Odense en el escenario ferroviario que había instalado en nuestro cuarto de juegos? Tiempo después, cuando observé detenidamente las dos fotos que conservaba de la maqueta ferroviaria de nuestra infancia, me maravilló el realismo detallista de la reconstrucción de mi padre. El morro marrón de la locomotora de juguete llevaba la insignia alada y la corona real de los ferrocarriles nacionales daneses.

Encima de los álbumes de Odense, en dos estantes de más arriba, destacaban unas figuras: personajes de *El mago de Oz*. Mi padre las había encontrado en una tienda de Manhattan, después de su divorcio y cuando vivía otra vez en la ciudad. Estaban pertrechados con diversos accesorios. Dorothy calzaba unos zapatos rojo rubí y llevaba una cesta de mimbre con un Toto desmontable que asomaba el hocico por debajo de un paño de cuadros blancos y rojos. El Hombre de Hojalata llevaba un corazón rojo en una cadena y sujetaba una pequeña lata de aceite. El Espantapájaros escupía puñados de paja y el León lucía una medalla plateada que decía VALOR. Mi padre había puesto alambres en la cabeza y los miembros de la cariverdosa Bruja Malvada del Oeste para transformarla en marioneta. Me detuve delante

de la suspendida figura y le di un ligero empujón. La bruja se balanceó inestablemente sobre su escoba.

Mi padre abrió las cortinas unos centímetros para poder echar un vistazo a la terraza a través de una de las puertas de cristales. Le había dicho que quería ver el paisaje. La terraza abarcaba la longitud de la casa y estaba bordeada por macetones rectangulares de hormigón. No crecían flores en ellos, solo hierbajos.

–Los geranios se plantan en mayo –dijo a modo de explicación. En mayo se encontraba en un hospital de Tailandia.

El resto del jardín era una pendiente con césped que llegaba hasta la calle. Por el centro corría un sendero de lajas sombreado por altos y retorcidos nogales, un fantasma arbóreo que me hizo pensar en el Bosque Encantado de Oz («Yo daría media vuelta si fuera tú...»). Cáscaras aplastadas y trocitos de nuez alfombraban los escalones. Desde nuestra altura se veía una serie de lomas hasta un valle densamente poblado de árboles. A la derecha de la terraza había un pequeño huerto plantado por mi padre cuando se instaló en la casa. Se puso a enumerar las variedades: guindos, melocotoneros, albaricoqueros, manzanos, nogales.

–Pero es extraño –añadió–, este año no han dado frutos. –El inventario hortícola hizo que se acordara del jardinero residente de antaño, el que había cuidado los terrenos de la villa de los Friedman en las colinas de Buda, la villa donde mi padre había pasado los veranos de pequeño–. La familia del jardinero vivía en una pequeña casa de nuestra propiedad –dijo. Se inclinó al llegar al extremo de la terraza y señaló una casita de una planta que se alzaba a media manzana, por debajo de donde estábamos, la única casa pequeña de la calle–. Vive ahí.

–¿Quién?

–Bader.

–¿Bader?

–*Baaader* –subrayó, corrigiendo a la vez mi pronunciación y mi incapacidad para reconocer el apellido–. Laci Baaader. –Laci, diminutivo de László–. El hijo del jardinero.

–¿Jugabais de pequeños?

–Difíicilmente. Yo era de los otros. –Quería decir judío.

–Sí que es curioso –dije.

–¿El qué?

–La casualidad. Que viva ahora en tu calle.

Mi padre no pensaba lo mismo.

–Vive en casa de su padre. –O sea, en la antigua casa del jardinero que había estado en la finca de mi abuelo. Señaló una de las adocenadas mansiones que se alzaban a un tiro de piedra de la casa de Bader. Solo pude ver lo que quedaba por encima de la alta tapia de hormigón que la rodeaba. Según dijo, era la antigua villa de los Friedman–. ¡Allí!

La noticia me inquietó. Había sospechado que mi padre había comprado la finca de las colinas de Buda con ánimo de recuperar todo lo que habían perdido los Friedman. Pero no había caído en la cuenta de que lo que había adquirido realmente era una casa que daba al escenario del crimen.

–Bueeno, estaba allíi –rectificó–. La restauraron y la transformaron en esa birria. –A pesar de lo cual, unas semanas después de llegar a Budapest, en 1989, para reconocer el terreno, había tratado de comprar la birria–. No estaba en venta. –Cuando se enteró de que aquel otoño había salido al mercado una casa próxima, pagó a tocateja el precio que le pidieron, ciento treinta y un mil doscientos cincuenta dólares, en metálico.

La casa resultó ser un chamizo a medio terminar. Mi padre habló con Laci Bader.

–Le echó un vistazo y dijo: «Esto no vale nada.» –El techo parecía un colador, las cañerías estaban rotas, no había aislamiento, el cableado de aluminio no había por dónde cogerlo–. Hacías un agujero en una pared y te electrocutabas. –Volver habitable aquella ruina costó un año y decenas de miles de dólares.

La casa, con todo, necesitaba un mantenimiento importante, para lo cual mi padre contratava a menudo los servicios de Bader.

–Ahora que soy una señora, Bader se encarga de arreglarlo todo –dijo–. Los hombres se sienten obligados a ayudarme. Yo no muevo ni un dedo. –Me miró con picardía–. Es una de las grandes ventajas de ser mujer –añadió–. Tú escribes sobre las desventajas de serlo, pero yo solo he encontrado ventajas.

Me asombraba que la nueva identidad de mi padre se llevara tan bien con la antigua, que su alejamiento del pasado se apoyara en una continua renegociación con su historia. No había recuperado la finca de la familia, pero gracias al cambio de género había conseguido que el hijo del antiguo jardinero de los Friedman estuviera a su servicio.

Volvimos dentro y mi padre corrió otra vez las cortinas. Dijo que iba a

enseñarme mi habitación. Lo seguí por la oscura escalera hasta el primer piso y entramos en uno de los tres dormitorios.

–Yo duermo aquí a veces, pero te lo cedo porque tiene vistas.

Hizo un gesto con la mano para señalar las ventanas del fondo, cubiertas con cortinas opacas, por delante de las cuales colgaban visillos. Aparté visillos y cortinas para ver lo que había al otro lado: postigos cerrados que daban a un balcón de hormigón cubierto de hojas secas. Una hamaca con agujeros colgaba de ganchos oxidados. Las paredes estaban pintadas de rosa pálido y la habitación estaba amueblada con un gusto soso e impersonal: cama de matrimonio con armazón de madera pintada de blanco, un armario ropero de madera blanca, una silla de respaldo recto (una que había sobrado del comedor de abajo) y un viejo televisor sobre un carrito metálico con ruedas. Y un anodino cuadro con flores que, como el resto de la decoración, parecía sacado de un local Howard Johnson de los años sesenta.

–Le pedí a Ilonka que los cosiera –dijo señalando el edredón y los almohadones, todos del mismo color púrpura–. La cama la construí yo. Y el armario.

–¿Te sigue gustando la carpintería?

Dijo que tenía el banco de trabajo en el sótano.

–Como en Yorktown. –Golpeó el lateral del armario con los nudillos para dar a entender que era sólido–. Puedes colgar la ropa aquí –añadió.

Abrí el armario. Mi padre vio cómo miraba el oscuro interior del mueble e hizo una mueca. Había allí un vestuario masculino al completo: trajes de tres piezas, chaquetas cruzadas, camisas de rayas, pantalones informales de color caqui, jerséis de esquiar, pantalones de alpinista, chaquetas de cuadros, botas de senderismo, zapatos cerrados, mocasines, náuticos, corbatas de seda, calcetines de lana, camisetas, ropa interior BVD y el esmoquin que se ponía para asistir a las bodas de la familia.

–Tengo que deshacerme de todo esto –dijo–. Puede que lo quiera alguien.

–¿Quién?

–Díselo a tu marido.

–No es mi... –Mi novio y yo aún tardaríamos unos años en casarnos. Percibí en mi voz un antiguo titubeo nervioso que se manifestaba en una tendencia a los registros agudos–. No tenéis la misma talla –añadí esforzándome por bajar una octava.

–¡Es una ropa muy buena! –Las perchas tintinearón cuando cerró el

armario de golpe.

Se fue para dejarme deshacer el equipaje. Diez minutos después oí una llamada en el dormitorio contiguo.

–Susaaan, ¡ven!

Estaba de pie delante de un tocador con el espejo rodeado de bombillas. Lo reconocí: era la mesa de maquillaje para las modelos que pasaban por el estudio fotográfico que mi padre tenía en Manhattan. Sostenía un vestido en cada mano, uno amarillo de tirantes y con volantes y otro azul marino con cuello de blusa marinera.

–¿Cuál me pongo? –Le dije que no lo sabía. Y pensé con algo de cabreo: ponte lo que quieras, seguirás siendo la misma persona–. Fuera hace calor, me pondré el de tirantes. –Empezó por quitarse el jersey y la blusa. Retrocedí hasta la puerta–. ¿Adónde vas?

–A deshacer el equipaje.

–Vengaaa –exclamó, con la blusa medio subida–. Aquí solo hay dos mujeres. –Acabó de quitarse la prenda por la cabeza y señaló el armario–. Ayúdame a elegir los zapatos que combinen con el vestido. –Me quedé en el umbral, con un pie fuera y otro dentro. Me dirigió su conocida semisonrisa–. Acércate, no voy a morderte.

5. LA PERSONA QUE TENÍAS QUE SER

Una noche de comienzos del invierno de 1976 ocurrió algo que marcó mi infancia y que desde entonces pasó a ser un momento decisivo en mi vida. El episodio pone al descubierto la amenaza que reforzaba el orden «tradicional» de los sexos para la mentalidad de mis diecisiete años. No por cuestiones de principios y teorías, sino por la contundencia de los hechos desnudos.

Yo estaba en mi habitación, dando cabezadas sobre un libro, cuando me sobresaltó un crujido espantoso. Alguien había entrado por la fuerza en la casa y subía las escaleras dando patadas y aullidos que helaban la sangre. Era mi padre, que infringía la orden de alejamiento. Seis meses antes se le había ordenado abandonar el domicilio. Yo oía crujidos de madera que se rompía, una puerta que cedía a golpes de bate de béisbol. Luego gritos, un golpe sordo. «Llama a la policía», exclamó mi madre al pasar corriendo por delante de mi habitación. Cuando llamé al 911, el agente que me atendió dijo que un coche patrulla estaba en camino.

«¿Ya?»

Sí, dijo el agente. Unos minutos antes habían recibido una llamada anónima, denunciando la presencia de un «intruso» en la casa.

Llegaron la policía y una ambulancia. Los enfermeros sacaron en camilla al hombre con el que mi madre salía desde hacía poco. Había venido a casa aquella noche. Tenía la camisa empapada de sangre y sufría una conmoción. Mi padre lo había agredido con el bate de béisbol y luego con la navaja suiza que llevaba siempre en el bolsillo. Le había asestado multitud de puñaladas en el estómago. Los médicos de urgencias del Peekskill Hospital necesitaron buena parte de la noche para contener la hemorragia. Tardamos más tiempo en limpiar la sangre de la casa. Estaba por todas partes: suelos, paredes, el descansillo, la escalera, la cocina, el pasillo de entrada. La sala parecía sacada de una escena de *Carrie*, que casualmente se había estrenado aquel otoño. Cuando la casa se puso en venta, un año después, mi madre y yo aún tuvimos que restregar las manchas de la moqueta.

La noche de la irrupción, curaron a mi padre un corte que tenía en la frente y lo encerraron en la cárcel del condado. Lo soltaron antes de que amaneciera. El día siguiente por la tarde llamó a la puerta de nuestros vecinos, llevaba la cabeza vendada con una tira de tela sucia que se le había subido y según mi madre parecía «el Espíritu del 76», el de la película. Su intención era dar su versión de lo sucedido: por lo visto, había irrumpido en la casa para «salvar» a su familia de un merodeador. La versión de mi padre prevaleció, al menos en el foro público. Dos periódicos locales (mi madre había empezado a escribir para uno de ellos) publicaron sendos artículos en que todo se reducía a la intervención de mi padre para echar a un intruso. El tribunal se limitó a acusarlo de un delito menor y a ponerle una pequeña multa.

En el juicio del divorcio que se celebró después, mi padre se presentó como cónyuge «tratado injustamente». El juez accedió a la petición de mi padre de no pagar ninguna pensión alimenticia y a abonar únicamente cincuenta dólares semanales para el mantenimiento de los dos hijos. Mi padre consiguió igualmente que en la sentencia figurase un párrafo que lo presentaba como parte perjudicada: al retirarle el afecto durante los últimos meses de matrimonio, mi madre había «puesto en peligro el bienestar físico del demandado», que «había caído enfermo y necesitado tratamiento médico».

«Ya estoy harta de encarnar al macho agresivo que nunca he llevado dentro», me había escrito mi padre. Cuando me enfrenté, casi tres décadas más tarde y a nueve zonas horarias de distancia, con su nuevo yo, me costó borrar de su nueva personalidad aquella imagen de hombre violento. ¿Debía creer sin más que una había eliminado la otra, con la misma facilidad con que la sentencia del divorcio había cambiado los papeles para presentarlo como la víctima «perjudicada»? ¿Podía una nueva identidad no solo redimir, sino también suprimir la anterior?

Cuando llegué a la mayoría de edad en la América de posguerra, la búsqueda de la identidad era como la búsqueda del Santo Grial, sobre todo entre la clase media que buscaba estabilidad y arraigo en las zonas periféricas en expansión. En los años setenta, «encontrarse a uno mismo» era la panacea mágica, el portal del bienestar psíquico. A veces tenía la sensación de que

todas las personas que conocía en mi comunidad en la periferia del condado de Westchester, yo incluida, buscaban orientación en libros con títulos como *La búsqueda de la identidad*, *Autorrealización*, *Sé la persona que tenías que ser*. Nuestro centro juvenil organizaba «grupos de encuentro» donde los estudiantes de los cursos superiores podían exponer sus sentimientos más íntimos; los servicios locales de orientación ofrecían sesiones terapéuticas para «contactar» con el «yo real»; las madres de nuestro barrio celebraban reuniones de concienciación para encontrar a la «auténtica» mujer encerrada en el uniforme de ama de casa. Liberar el yo reprimido era el no va más del recién incubado movimiento femenino y de hecho fue el toque de clarín que despertó muchos movimientos identitarios. Fracasar en aquella búsqueda equivalía a sufrir una «crisis de identidad», expresión clave acuñada por el psicólogo dominante de la época, Erik Erikson.

Pero ¿quién es la persona que «teníamos que ser»? ¿Somos lo que hacemos con nosotros mismos, la personalidad que nos forjamos, o estamos determinados por la herencia y todas esas fuerzas fatídicas, genéticas, familiares, étnicas, religiosas, culturales, históricas? En otras palabras: ¿es la identidad lo que elegimos o lo que no podemos eludir?

Si alguien me pidiera que declarase mi identidad, respondería que, además de los datos corrientes de la nacionalidad y la profesión, soy mujer y judía. Sin embargo, cuando indago con más detenimiento el sentido de cualquiera de estas etiquetas, empiezo a dudar de la base sobre la que hago estas afirmaciones. Soy una mujer que ha conseguido evitar la mayor parte de los rituales de la feminidad tradicional. No he tenido hijos. No he deseado la maternidad; nunca me avisó ni me inquietó mi «reloj biológico». No me casé hasta la madurez, y la boda, con el hombre con quien estaba relacionada desde hacía veinte años, fue una decisión espontánea en el ayuntamiento. Tengo pocas costumbres domésticas, la cocina me resulta indiferente, pocas veces he cultivado plantas y nunca he cosido. Hice punto una temporada, pero solo después de leer un libro de oficios feministas titulado *Stitch 'n Bitch* (Teje y quéjate).

En cuanto judía no sé prácticamente nada de la ley judía, ni de los ritos y oraciones judíos. En los servicios de la Pascua judía, muevo los labios para murmurar las primeras palabras del *kidush*, echando miradas furtivas a la

versión fonética de la Hagadá y sin tener la menor idea de lo que significan. Nunca he ido a la escuela hebrea y no he pasado la bat mitzvá. Nunca pertenecemos a la sinagoga de Yorktown Heights, que, de todos modos, era tan holgadamente reformista que habría podido pasar por universalista. Técnicamente hablando ni siquiera soy judía. Mi madre lo era solo por parte de padre, un defecto de matrilinealidad que me convierte en gentil para todos menos para el ala más liberal de los rabinos.

Entonces, si mi lealtad a estas identidades no se traduce en ritos y observancias, ¿cuál es su origen?

Soy una judía que creció en un barrio poblado por antisemitas. Soy una mujer cuya infancia se desarrolló entre los estereotipos sexistas de la América de los años sesenta. Mi sentido del *quién soy*, hasta donde puedo trazar sus coordenadas, parece derivar de una cualidad de resistencia, de una negativa a echarse atrás. Si lo amenazan, lo hago valer. Mi «identidad» se ha intensificado precisamente en los lugares en los que más asediada ha estado.

Mi vecindario de Yorktown Heights era católico a machamartillo y estaba compuesto sobre todo por irlandeses e italianos de segunda generación, familias que estaban a un paso del Bronx y deseosas de levantar barreras frente a otras razas o religiones, sobre todo frente a los negros y los judíos. A mediados de los años sesenta, cuando se pidieron firmas para impedir que una familia negra comprase una casa en la calle, mi madre se enfrentó a los peticionarios. La familia en cuestión compró la casa al final y mi madre siguió siendo la paria del barrio. Al poco de instalarnos, un chico de la calle me dio la bienvenida tirándome piedras y gritándome: «¡Judezna!» Cómo lo supo fue un misterio; no habíamos dado ningún signo ni lo dimos. Mi padre se esforzaba para que celebráramos ostensiblemente la Navidad y la Semana Santa, y mandábamos postales con imágenes cristianas (el pequeño tamborilero, el Niño Jesús en el pesebre...). Su avidez por aparentar normalidad no hacía sino aumentar mi sentido de la injusticia y, contra toda lógica, mi compromiso con una identidad que apenas entendía. Podría decirse que mi condición judía surgió del silencio de mi padre.

Y que mi condición femenina surgió de la desesperación de mi madre. Cuando renunció al trabajo que tenía en la capital (de directora de un periódico sobre seguros de vida) y se mudó a las afueras, mi padre la recompensó con diversos accesorios que sintonizaban con su condición recién domesticada: una escoba, una bata para la casa, rulos para el pelo, una

peluca cardada (con cabeza de poliestireno para su mantenimiento y sobre la que languideció por siempre jamás) y una caja con papel de cartas, con un nuevo nombre en el membrete que proclamaba la desaparición del suyo: «Sra. de Steven C. Faludi.» Sin duda aprendí entonces de mi madre algunas de mis tendencias antihogareñas. Mi padre, por su lado, estaba impaciente por presentarse como modelo de varón americano de posguerra, con esposa e hijos en los papeles secundarios, además de sus deportivos descapotables (antes de estos, un Lincoln Continental), las sierras y los taladros del sótano, la barbacoa, las cajas de puros y la pipa en la repisa de la chimenea, y el sillón con apoyacabezas de la sala, que todos entendíamos que era suyo. Era su trono, la prueba de su soberanía y su dominio sobre su parcela cubierta de hierbajos. Nos guardábamos mucho de sentarnos en él.

Cuando estaba en primera enseñanza, mi padre me compró un telar de mesa. Después de tejer sin muchas ganas un par de posavasos asimétricos y una bufanda en miniatura, me llevé el telar de mi mesa y lo escondí en el armario: para tener sitio donde poner las libretas. Desde edad muy temprana sentí la vocación del periodismo. Lo percibí en concreto como algo que hacía en cuanto mujer, como una afirmación de mi independencia femenina. Me fortalecí en la biblioteca, leyendo libros sobre «reporteras» intrépidas e imaginándome en el papel de algunas periodistas militantes, reales o ficticias, Harriet la espía y la Hildy Johnson de *Luna nueva*, Ida B. Wells y Ida Tarbell. En mis fantasías de colegiala, la encarnación de la feminidad heroica eran Nelly Bly, que denunció los horrores del manicomio de mujeres de Blackwell Island, y Martha Gellhorn, que el Día D se infiltró entre sus colegas periodistas, que eran todos varones (compitiendo con su marido, Ernest Hemingway, que también era corresponsal de guerra). En el escenario de Caperucita Roja que había construido mi padre, convertí a la niña que visita a su abuelita en una periodista de investigación que descubriría los crímenes de un lobo que ahora era el Terrible y Malvado Belicista (eran los años de Nixon). Cuando estaba en quinto curso, lideré campañas en el periódico del colegio —en favor del proyecto de enmienda para la igualdad de derechos y de la legalización del aborto—, concitando las iras de la John Birch Society, cuyos miembros me acusaron ante la junta directiva del colegio de difundir ideas inmorales y de ser «fascista roja y comunista». Las acusaciones reforzaron mi vocación periodística y mi sentido de la razón personal, quiero decir aquello que había en mi carácter a lo que los demás se

oponían. Y fortalecieron igualmente mi posición como defensora de mi género. Afirmé mi fidelidad a las mujeres mediante polémicas periodísticas contra el canon de las convenciones femeninas. Renuncié a las normas establecidas de la feminidad, no para renunciar a mi sexo, sino para expresarlo. En pocas palabras, me hice feminista.

Esta identidad se me volvió transparente el día de mi adolescencia que leí *Solo para mujeres*, de Marilyn French. Leí de un tirón aquella exaltada condena del matrimonio tradicional, poco después de que mi ya divorciada madre huyera de la vida tradicional con sus dos retoños y se instalara en un pequeño apartamento de dos habitaciones del East Village de Nueva York. Pero es más exacto decir que mi conciencia feminista surgió una temporada antes, a raíz de una sangrienta noche de 1976 que transcurrió en una casa de una comunidad tradicional, en la que vi a mi madre injustamente degradada a la condición de mujer «caída» y a mi padre engañosamente elevado a la categoría de defensor de los valores hogareños. Pasé los decenios siguientes escribiendo sobre la política de los derechos de las mujeres, siempre con la distancia del análisis periodístico. Mi tema era el feminismo en la escena pública, en los medios informativos y en la cultura popular, en los pasillos legislativos y en los despachos empresariales. Pero nunca olvidé su origen: para mí era un asunto personal.

El feminismo, según la cacareada fórmula, consiste básicamente en «elegir». ¿Elegí yo ser feminista? ¿No fue además algo que heredé, que compuse basándome en una infancia que yo no podía controlar? Me hice apologista de la igualdad en respuesta a la violencia de mi padre, por el quebradizo sentido de sí mismo como hombre con autoridad sobre su mujer y sus hijos. Mi identidad como feminista surgió de los restos de la «crisis de identidad» de mi padre, de su incapacidad para ser coherente con la personalidad masculina que había elegido. El feminismo como vocación y como refugio fue parte de la vida que elegí. La parte de la que no podía librarme era mi padre.

El término «identidad» es una galería de espejos, «tan inabarcable como omnipresente», afirmó Erik Erikson en 1968. Él había acuñado el término (poco antes había acuñado la expresión «crisis de identidad»), pero en la primera página de su importante libro sobre el tema, *Identidad, juventud y*

crisis, confesó que no podía definirla. Lo máximo que podía aventurar era que se experimentaba «un sentido» de identidad como «sentido subjetivo de mismidad y continuidad vigorizantes».

Parecía inevitable una crisis, dada la oscuridad de la identidad personal que se desprendía de otras definiciones, como la del *Oxford English Dictionary*: «El hecho de que una persona o cosa sea ella misma y no otra.» Las tentativas de dar con una «teoría de la identidad» zozobraron con el paso de los años. El sociólogo Nathan Leites se lamentaba en 1967 (según cuenta Robert Stoller, también profesor de la Universidad de California y pionero en el tratamiento de la transexualidad), diciendo: «El término identidad tiene poco uso aparte de ser una especie de ropaje de fantasía que disfraza la vaguedad, la ambigüedad, las tautologías, la falta de datos clínicos y la pobreza de las explicaciones.» La divulgación del término no ha hecho ningún servicio. En un ensayo de 1983 titulado «Identificar la identidad», el historiador Philip Gleason observaba: «Conforme la identidad se transforma en cliché, su significado se vuelve crecientemente difuso y estimula cada vez más su uso informal e irresponsable. El deprimente resultado es que gran parte de lo que pasa por ser análisis de la identidad es poco más que una serie de incongruencias.» Sin embargo, a pesar de toda su ambigüedad, la cuestión de la identidad definió y atravesó la época de Erikson y la nuestra.

La identidad como concepto no entró en la teoría psicológica hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Cuando Erikson buscó antecedentes en sus antecesores profesionales, descubrió que Sigmund Freud utilizó el término en serio solamente una vez, en un discurso dirigido a la Sociedad B'nai B'rith de Viena en 1926. El padre fundador del psicoanálisis describía lo que lo hacía judío: no era «ni la fe ni el orgullo nacional», confesó Freud, sino «multitud de oscuras fuerzas emocionales, tanto más poderosas cuanto menos descriptibles con palabras, así como una clara conciencia de identidad interior». En pocas palabras, se sentía judío pero no sabía decir por qué.

Erikson había alertado ya en fecha anterior contra la tendencia a definir la identidad individual como algo que conquistamos y desplegamos nosotros solos. «Los “papeles” intercambiables que desempeñamos, las “apariencias” de las que somos conscientes o las “actitudes” firmes», dijo, no son «la realidad», aunque son algunos de los elementos destacados de «la “búsqueda de la identidad”».» De la interacción del propio desarrollo y la herencia colectiva surge un sentido de nosotros mismos más sólido. «No podemos

separar el crecimiento personal y el cambio de la comunidad», dijo, «ni podemos separar [...] la crisis de la vida individual y la crisis contemporánea del desarrollo histórico, porque las dos se definen mutuamente y están estrechamente emparentadas.»

Así como es imposible separar la identidad individual de la identidad social, sostenía Erikson, es igualmente necesario hacer una síntesis de nuestro pasado y nuestro presente, integrar todos los aspectos de nuestra experiencia, incluso (o especialmente) las partes que preferimos no reconocer. Cuando alguien trata de negar una historia indeseada, «las etapas y los aspectos de la vida plurales y conflictivos», e insiste por el contrario en una «categoría que se vuelve absoluta», advertía Erikson, «esta persona se reestructura a sí misma y reestructura el mundo recurriendo a lo que podríamos llamar totalitarismo», una tiranía interior en la que un déspota interior patrulla «por una frontera absoluta», conservándola sin que importe si la nueva identidad es orgánica y sus componentes coherentes.

Se sabe que Erikson no obedeció su propia advertencia. En un artículo de 1975, titulado «Erik Erikson, el hombre que se inventó a sí mismo», el filósofo Marshall Berman, antiguo estudiante de Erikson, detectó una turbadora ausencia en los escritos autobiográficos de su mentor: Erikson había borrado su pasado. Las supresiones habían empezado por el primer apellido, Homburger, que primero había reducido a una inicial, «H.», y luego eliminado por completo. La supresión sugirió a Berman una omisión más turbadora aún:

Conforme desentrañábamos la historia [de Erikson], descubrimos algo más que él no soportaba que se dijera: que era judío. Inferimos que su madre, «de soltera Karla Abrahamsen», era judía, y leímos que su padrastro, el doctor Theodor Homburger, era también judío y además miembro de una sinagoga. Sin embargo, Erikson cuenta de sí mismo que de niño no parecía judío: rubio, con ojos azules y «manifiestamente alto», «en el templo de mi padrastro decían que yo era un *goy*» en son de broma.

Ya de adulto, Erikson fortaleció su gentilidad casándose con la hija de un ministro episcopaliano, colgando un crucifijo en la pared de su estudio de Harvard y adoptando un segundo apellido inventado que daba a entender no solo que era de origen gentil, sino también que se había autoprocreado. «Me hice a mí mismo hijo de Erik», contó a un amigo. «Es mejor ser tu propio progenitor.»

Es decir, mejor si conseguía que nadie supiera su procedencia. ¿Lo consiguió? En una larga carta a una trabajadora social que le había pedido que describiera su fe religiosa, Erikson dijo: «Sé que nadie que haya crecido en un ambiente judío podrá ser nunca no judío, tanto si su judaísmo estuvo definido por el sentido histórico de su familia como si lo estuvo por sus observancias religiosas o por las actitudes del entorno hacia los judíos.»

En *Identidad, juventud y crisis*, Erikson hablaba de un paciente, «un ranchero alto e inteligente» que había ocultado sus orígenes religiosos a todos menos a su mujer. A pesar de que su vida estaba caracterizada exteriormente por sus triunfos, vivía atormentado por «una serie de compulsiones y fobias» que se debían a que de niño había sido un judío urbano. «Tanto sus amigos como sus adversarios, sus mayores como sus subordinados desempeñaban sin saberlo el papel de los niños alemanes o los golfillos irlandeses que habían hecho sufrir diariamente al pequeño judío cuando iba a la escuela», escribió Erikson. «El análisis de este hombre venía a revelar que las descripciones de los perversos judíos que publicaba [el periodista nazi Julius] Streicher no eran peores que las que se atribuían a sí mismos muchos judíos», incluso un judío que vivía en el oeste de Estados Unidos, muy alejado de su pasado colectivo. «El paciente en cuestión creía sinceramente que el único salvador auténtico de los judíos sería el cirujano plástico.»

Cada vez que de niña preguntaba a mi padre por su herencia judía y su inexistencia en nuestra casa de la comunidad de la periferia, desestimaba mis preguntas sacudiendo la mano con un vago gesto de superioridad y adoptando una expresión de fulminante condescendencia: «No es interesante», alegaba. O: «Una idiotez», expresión que pasó a ser una de sus formas características de poner fin a una conversación. Tiempo después, durante la primera visita que le hice en Hungría, le pregunté por qué se había cambiado el primer apellido. En 1946, los Friedman pasaron a llamarse Faludi. Fue idea de István, a la sazón con dieciocho años. Mi padre eligió Faludi, según me contó él mismo, por dos razones: era un antiguo apellido magiar que significaba «aldeano» (los magiares auténticos son del campo) y lo había visto desfilar en los créditos de muchas películas que le habían gustado de pequeño («Procesada en los Laboratorios Kovács y Faludi»).

¿Había cambiado también el apellido Friedman, le pregunté, porque

sonaba a judío? Me respondió con su gesto habitual.

«Me lo cambié porque yo era húngaro.» Rectificó inmediatamente:
«Porque soy húngaro. *Húngaro al ciento por ciento.*»

Yo tenía una idea muy vaga y muy remota de lo que significaba ser judía, pero repetía con tozudez que lo era. Mi padre recordaba cada segundo de su vida que era judío, pero repetía con tozudez que su identidad estaba en otra parte.

6. YA NO SOY YO

Mi padre estaba en la puerta enfundado en su albornoz favorito, de color carmesí; se lo puso todas las mañanas mientras estuve allí, en mi primera visita. Tenía capucha de hábito de monje y mangas anchas, como unas alas de ángel. Lo llamaba «mi disfraz de Caperucita Roja». No lo llevaba totalmente cerrado.

–¿Qué haces?

–Estoy... –la voz se me quebró; me quedé mirando el auricular que tenía en la mano– llamando por teléfono.

–¿A quién? –Me miró con ojos suspicaces.

–Es solo una amiga de una amiga –dije con actitud culpable, aunque le estaba diciendo la verdad–. Vive en Pest. Quería que nos viéramos.

–No hay tiempo –replicó.

–Yo solo...

–Solo vas a estar otra semana.

Colgué el auricular. ¿No teníamos tiempo?, pensé. Llevaba allí cuatro días y no habíamos salido de la casa más que una vez, para recoger en Media Markt la cámara web que había encargado. El confinamiento que sufría me obligaba a preguntarme cuál era la función del complicado sistema de seguridad doméstica de mi padre, impedir que entraran ladrones o que escaparan los huéspedes. La verja estaba cerrada por ambos lados. Para salir tenía que pedirle la llave. Schloss Stefánie empezaba a parecerse al castillo de Drácula y conforme pasaban los días mi comportamiento era cada vez más el de una cautiva, el de un personaje de uno de los cuentos de hadas atesorados por mi padre, Rapunzel en la torre. ¿Por qué no terminé de marcar el número de teléfono? Cuando mi padre se negó a visitar la antigua villa estival de la familia, que se hallaba a media manzana de allí –un lugar que estaba deseosa de ver, ya que había oído hablar de él toda mi vida–, ¿por qué no fui yo sola y llamé a la puerta? Si ella no se atrevía a salir, ¿por qué no bajaba yo andando la colina y subía al autobús que iba a la ciudad? Pues no, me retiraba a mi

habitación, hacía con la boca ruidos de resentimiento y trataba de hacer llamadas furtivas cuando mi padre no me oía. Estaba regresando a los doce años, me estaba volviendo tímida y hosca, y tenía miedo de papá. Que ya no era papá.

Sin embargo, dentro de las murallas, mi encastillado padre parecía decidido, incluso desesperado por salir de la guarida, o al menos de asomar un aspecto de sí mismo para someterse a una inspección. Aquella primera semana me había tenido subiendo y bajando escaleras, abriendo armarios y aparadores, mientras él se probaba vestidos y maquillajes, y me recitaba etiquetas («Brillo de labios rosa inglesa de Max Factor», «Lápiz corrector Wet n Wild», «Pestañas adhesivas Vogue 100 % europeas, arregladas y afinadas». Me estaba presentando a «Stefi», como ella prefería llamarse, enseñando la evidencia de lo que ella llamaba «mi nueva identidad».

Incluyendo sobre todo la evidencia de su nuevo físico. Siempre parecía llevar el albornoz abierto. O la blusa. O el camisón. Todas las mañanas me llamaba a su dormitorio para pedirme consejo sobre el vestuario. «¿Pegan estos zapatos con este bolso?», preguntaba, por lo general ataviada solo con ropa interior. «¿Qué importa?», murmuraba yo para mí. «No vamos a ninguna parte.» O entraba en mi habitación con cualquier pretexto –«Creo que me he dejado las medias aquí»– para que la viera en salto de cama. Sus exhibiciones parecían más bien invasiones. Decía que se estaba «luciendo». Pero mi desconfianza aumentaba en razón proporcional a sus lucimientos. ¿Qué ocultaba tras la cortina de su nueva transparencia?

–Aquí es donde guardaba las cosas que me ponía cuando empecé a «disfrazarme» –me dijo la segunda mañana de mi estancia en Budapest. Estábamos en el descansillo del segundo piso, delante de un ancho armario de color gris metálico. Del bolsillo del delantal sacó un llavero que no habría desmerecido en manos de un funcionario de prisiones. Después de media docena de intentos fallidos y mucho tintineo metálico, encontró la que abría la crujiente puerta del mueble. El contenido habría podido vestir a todo el personal de una revista de variedades de Las Vegas: un vestido de noche de color magenta, hecho a base de cuentas y lentejuelas y con una larga cola, otro principesco vestido de fiesta con la falda en capas sobre un miriñaque, como un pastel de bodas, un pichi de colegiala con topos y con un delantal a juego, un tutú rosa, una capa transparente, un boa rosa de plumas, un camisón para muñecas descocadas con unas bragas de volantes a juego, unas botas

blancas de cordones y tacón de aguja, falda con peto de estilo bávaro y pelucas de diversos estilos y matices: desde trenzas a lo Brunilda hasta el corte a lo paje rubio platino, pasando por rizos a lo Shirley Temple.

–¿Por qué guardas todo esto bajo llave? –pregunté.

–Bueeeeno... Es que son prendas más... –meditó el adjetivo– llamativas. Son de antes de la operación. Antes de transformarme en señoora. Ahora me visto con sobriedad.

Otra mañana me emplazó ante los dos ordenadores que tenía en el despacho del desván. Había construido su palacio de la imagen bajo los aleros. En una pared vi dos puertas cerradas. Una daba a su reconstruido cuarto oscuro de fotografía, que había embalado y facturado en Nueva York en el verano de 1990. Y que no había utilizado desde entonces. La era digital había vuelto obsoleto su talento para los trucajes de películas y fotos. Detrás de la otra puerta había más equipo fotográfico, por ejemplo su gigantesco tambor para secar positivos. La habitación principal contenía más artículos fotográficos todavía, focos de estudio y gigantescos rollos de papel para las fotos publicitarias que ya no hacía. Atornillado al suelo había un bastidor de aluminio para sostener decorados de fondo.

En las estanterías que rodeaban hasta el techo la parte principal de la habitación había una videoteca: había más de dos millares entre DVD y cintas de VHS y Betamax, con superproducciones de Hollywood, comedias románticas, dibujos animados de Disney, series cómicas de televisión, documentales sobre alpinismo y, ante mi consternación, toda una serie de películas de Leni Riefenstahl. («Sí, es verdad, era nazi», admitió mi padre, «pero una graaan cineasta.») Poseía además gran cantidad de filmaciones digitalizadas de la NASA –estaba suscrita al material que la agencia espacial descargaba diariamente por e-mail– y una colección de videojuegos con vuelos simulados. A petición suya, le había llevado la última edición del vídeo de «despegues y aterrizajes» de Microsoft, un material incómodo para ser llevado en el equipaje de mano teniendo tan cerca el 11-S. Mi padre había querido que lo comprara en Estados Unidos para evitar el impuesto de importación.

Metido en el entrante más alejado estaba el centro de mando informático de mi padre. Desde allí navegaba por la blogosfera, retocaba imágenes propias con Photoshop, visitaba la Luna y pilotaba sus reactores de combate virtuales. La primera semana establecimos una rutina, nos pasábamos horas

sentadas delante del ordenador, mi padre al teclado, yo junto a ella en una silla plegable, con un cuaderno y una grabadora a mano. Algunas mañanas quería que yo viese todos los enlaces de ropa para travestis que había añadido a la lista de «Favoritos» durante los años anteriores a la operación: «Pelucas para disfrazarse», «Mujeres de fantasía», «Travestis», «El paraíso del género», «Solo entre nosotras mujeres especiales», «Servicio de habitaciones», «Las transformaciones de la señorita Elaine», «La señora Sedas», «Muñecas de papel», «Enenaguas.com», «Gladiolos rosa», «Dulce castidad en línea», «La TransTienda», «Principales sitios para travestis»...

«En Internet se encuentra de todo», exclamó mi padre con entusiasmo.

Cuanto más tiempo pasábamos en el desván del segundo piso, viendo irrealidades virtuales, más ansiosa estaba yo por huir al mundo del otro lado de la casa. Si me ponía en la ventana y me izaba de puntillas, veía Pest, por encima del nogal y de los árboles frutales, al otro lado de las faldas de las colinas y del río, veía Pest, aquella cosmópolis legendaria, escenario histórico de tanto fermento creativo y cultural. A principios del siglo xx había albergado una importante cantidad de pintores, escritores y músicos cuyas obras habían abarrotado los museos, las librerías y las salas de conciertos, que habían pintado, escrito y compuesto en los seiscientos cafés, publicado en los veintidós periódicos y en más de una docena de revistas literarias, y llenado los más de dieciséis mil asientos de los teatros, óperas y teatros de opereta, y que transformaron la identidad de la hasta entonces atrasada capital en el «París de la Europa del Este». La ciudad en la que yo pensaba era la que había visto desmenuzada en *Budapest 1900* de John Lukács, la que el corresponsal del *London Times* Henri de Blowitz describía a fines del siglo XIX: «¡Buda-Pest! El mero nombre evoca una idea cargada de futuro. Es sinónimo de libertad restaurada, de libertad que se despliega ahora y con cada paso al frente, es el futuro que se abre a una población en crecimiento.» Pero la ciudad de Blowitz, como bien sabía yo, pertenecía a una época que había desaparecido hacía mucho. Sin embargo, mi mente en cierto modo quería vincular las antiguas aspiraciones de la ciudad a la actual de mi padre. Incluso de adolescente pensaba que la clave del enigma de mi padre se encontraba seguramente en la Ciudad Esmeralda donde había nacido István Friedman. No podía desprenderme de la idea de que para entender a Stefi tenía que verla a ella en el mundo de donde procedía él, visitar las calles, los lugares

destacados, el «apartamento real» en el que había vivido el pequeño Pista. Pero Pest estaba colina abajo y solo podía verla de puntillas.

Una de aquellas mañanas que no estábamos absortas en lanzamientos de cohetes de la NASA ni en los consejos de belleza del Paraíso del Género, inspeccionamos las imágenes que mi padre había acumulado en el directorio «Mis fotos». Pocas eran en realidad fotos suyas; las había robado casi todas en la red. Una excepción era su salvapantallas, la foto de una criada vestida a la francesa, con un lazo rosa en los rizos rubio platino. Estiraba un pie calzado con un zapato blanco de tacón de aguja y se doblaba por la cintura para ajustarse una media. La doncella era mi padre, que se había hecho una selfi poniéndose delante de un espejo.

Además estaban los montajes: imágenes que había sacado de diversas páginas de Internet y en las que se había insertado ella. La larga experiencia adquirida montando y retocando fotos de modelos para *Vogue* y *Brides* había encontrado su forma definitiva: la cara de Stefi sobre una combinación de seda que había estado originalmente en un maniquí sin cabeza. Stefi con las largas piernas de una mujer que planchaba lencería con un delantal de topos. («El delantal lo añadí yo», dijo.) Stefi transportada a una tarjeta navideña de Internet en la que había habido una chica con un pañuelo rojo al cuello y poco más. Stefi con tutú rosa y zapatillas de ballet, captada con las rodillas dobladas. Stefi con otro uniforme de doncella, este de niña pequeña, castigada por una severa institutriz con traje de mezclilla y botas de cordones. La niña tenía la falda subida para que se le vieran las bragas de volantes.

—Estas me las hice antes de la operación —dijo—, pero eran demasiado radicales. Pretensiones de travesti.

El «antes» y el «después» era un tema recurrente en aquellas sesiones de visionado. Mi padre parecía haber trazado una gruesa línea entre su yo preoperado y el postoperado, como si la respetabilidad matronal que tenía ahora hubiera renunciado a sus anteriores encarnaciones exhibicionistas, encerrándolas en una «exuberancia» que ya no necesitaba o reconocía.

—¿Qué es eso? —pregunté señalando un enlace agregado a Favoritos y que se llamaba FictionMania. Tras aquel alud de imágenes esperaba un poco de alivio narrativo.

—Ah, la gente inventa historias sobre sí misma y las cuelga en ese sitio —dijo—. No vale la pena mirarlas.

—¿Historias? —insistí. Le eché un vistazo más tarde: FictionMania era uno

de los sitios de fantasía transgénero más grandes de Internet, un almacén con más de veinte mil historias contadas por personas trans, casi todas de carácter sexual. En un argumento muy repetido aparecía una dominadora (por lo general una pariente) que obligaba a un hombre apocado a ponerse ropa interior y vestidos de mujer, y a maquillarse. El género literario tenía nombre: «Ficción de feminización forzosa».

–Sí, historias, ya sabes –respondió mi padre–, por ejemplo que son niños pequeños y sus madres los visten de chica para castigarlos y luego sus madres les dan azotes en el culo. E incluyen ilustraciones. –Fui a coger el ratón para hacer clic sobre el enlace, pero mi padre me apartó la mano–. Yo no quería ver esto ni con un psiquiatra.

Mi padre no tenía ninguno, dado que consideraba la psiquiatría una de aquellas «tonterías» que había que evitar a toda costa. Le pregunté si había colgado alguna historia en el sitio.

–No, pero he utilizado algunas imágenes que tienen. Para mis montajes. – Es decir, para pegar su cara sobre alguna que otra moza en paños menores. La verdad era que había hecho algo más. El armario del descansillo contenía montones de carpetas con dramas de feminización forzosa que se había bajado de FictionMania y sitios parecidos, y en cuyos textos había introducido su nombre (Steven «antes», Stefánie «después»). Aquel alijo revelaba una predilección por el sometimiento y el servicio doméstico, por lo general en escenarios de la época victoriana: «La baronesa Gloria, la sorprendente historia del chico convertido en chica» (en la que la tía Margaret castigaba a su sobrino obligándolo a transformarse en una «mujer de verdad», con corsé y todo, en el Berlín de los alegres años noventa); o «Academia de Transexuales» (en la que mamá mandaba a su díscolo hijo a la Academia Puntilla para Señoritas, una «vasta mansión de estilo gótico victoriano», donde gobernantas con látigo exigían transformaciones: «Steven será Stefánie; su yo masculino, atrevido, temerario y arrogante será destruido y reemplazado por la personalidad delicada, afectada e irresistiblemente ultrafemenina de una sumisa esclava»). Además de historias bajadas y modificadas, había otras originales, escritas por mi propio padre. Su carácter se adaptaba a las convenciones, ya que se sometía a las órdenes del ama de llaves principal, mientras una tropa de doncellas con mano de hierro ordenaba a «Steven» que se pusiera camisones cortitos, zapatos de colegiala y uniforme de doncella francesa.

Mi padre, mientras tanto, había pasado a otra página de enlaces.

–Hace por lo menos dos años que no miro ese sitio –dijo, refiriéndose a FictionMania–. Solo era... una especie de hobby. Como cuando fumaba puros, pero lo dejé. Todo esto fue *antes*.

–¿Y ahora?

–Ahora soy una auténtica mujer –dijo–. Pero conservo esas fotos como recuerdo. He invertido en ellas mucho trabajo; no quiero que se pierdan.

No había abandonado la afición por el montaje; solo había cambiado de género. Me enseñó algunas de sus más recientes creaciones. Aquí era ya la señora de la casa: Stefánie con maxifalda plisada y canesú sin escote. Stefánie con el pelo recogido en un moño formal y con ese bolso ancho y práctico que lleva siempre Su Majestad la Reina de Inglaterra. Era ciertamente todo un cambio de personalidad desde los tiempos de la «sumisa esclava» con zapatos de colegiala, o al menos una fase de adaptación. Sin embargo, a mí me parecía menos un repudio de la colección de obras eróticas que una culminación de la misma.

Las fantasías sexuales y los catálogos de lencería de las carpetas del armario del descansillo estaban sutilmente mezclados con textos impresos de manuales descargados de Internet con información práctica sobre metamorfosis de género («El arte de andar con tacones máximos»), muchos explicados por dominadoras virtuales: «Este es tu primer paso del viaje a la condición femenina, un viaje que cambiará tu vida», decía la introducción de «Sissy Station», una preceptiva informática de veintitrés pasos para «encontrar tu verdadero yo» volviéndote mujer. «Serás humillado y puesto en evidencia. Sobre todo, serás feminizado.» El viaje exigía, en diferentes estadios, aplicarse múltiples capas de laca roja de uñas cada cuatro días, adornarse los testículos con cintas y practicar la sumisión con juguetes sexuales delante de un espejo.

«No hay una sola forma de ser trans», me advirtió un amigo trans años después. «Para mí la transexualidad es una habitación muy grande en la que se entra por muchas puertas.» La elegida por mi padre era muy clara. Pero la habitación grande, como las comunidades de propietarios, tenía sus acuerdos y sus restricciones. Un principio dominante en la transgeneridad moderna sostiene que la identidad de género y la sexualidad son reinos separados que no hay que confundir. «Ser transgénero no tiene nada que ver con la orientación sexual, ni con la sexualidad, ni con los genitales», dice un sitio

web informativo. «La transgeneridad se refiere estrictamente a la identidad de género.» Sin embargo, en las carpetas de mi padre hay todo un registro de sus primeros pasos hacia la partenogénesis genérica, expresado en términos sexuales muy gráficos. Y en FictionMania, en Sissy Station y en la abundante ficción digital sobre feminizaciones forzosas hay una identidad transgenérica para la que volverse mujer está fuertemente sexualizado, para la que la feminidad está relacionada con la sumisión, la humillación y el orgasmo, y para la que la transformación de un género en otro está erotizada en cada etapa. ¿Cómo separarlas?

Mi padre hizo clic con el ratón y apareció una tarjeta de felicitación: la cara de Stefi pegada encima de un vestido con volantes y encajes, en las manos un ramo de flores, y encima de todo el mensaje impreso de antemano: «Ojalá fuera dama de honor el día de tu boda.»

–¿Has enviado esta tarjeta?

–Esta no. Otras.

–¿A quién? –Me pregunté quién sería la novia para la que querría hacer de «dama de honor».

–A otras amigas trans –dijo mi padre.

–¿Gente que conoces?

–Gente que tiene páginas web. Ya sabes, «amistades de Internet».

Mi padre había «agregado a Favoritos» algunas de aquellas páginas de «amistades»: Annaliese de Austria, que, según su página, «se viste muy sexy», usa «talla 12» y le «encanta ir de compras». Margit de Suecia, a la que le «encantan los sostenes sin tirantes», los ositos de peluche y «el color rosa». Genevieve de Alemania, en cuyo blog aparecían fotos de ella sin sostén, en una playa nudista y una cronología de «mi segundo nacimiento».

–Estas fotos no están retocadas –dijo mi padre con indiferencia–. No son tan buenas como las mías.

–¿Dónde tienes las fotos familiares? –pregunté. De repente me sentí harta de sostenes sin tirantes y segundos nacimientos–. De tu infancia.

Hizo un gesto de desdén.

–Esas no las miro.

–Pero ¿dónde están?

Silencio. Luego, con displicencia:

–Por ahí.

–Por ahí, ¿dónde?

Se encogió de hombros, siguió haciendo clic sobre sus imágenes. Por fin:
–Guardo en el sótano todo el material antiguo y los documentos importantes. En una caja fuerte.

–¿Las puedo ver?

–Son irrelevantes –dijo–. Ya no soy yo.

Miré la hora; habíamos consumido medio día. El Quinto Día en la fortaleza.

–Papá, Stefi, por favor –dije–. Salgamos de casa. Enséñame los sitios de la ciudad que te gustan. Enséñame por qué lugares de Pest ibas cuando eras pequeño.

–Vivir en el pasado no sirve de nada –dijo–. Olvídate de las viejas amistades, haz otras nuevas.

–No creo que las cosas funcionen así –dije. De todos modos, estaba allí para ver si podía hacer una nueva amistad: ella. Bastaría con que depusiera un poco su tradicional obstinación. Pero nuestra relación parecía tener una dirección única: no la comprensión mutua, sino una visita guiada y forzosa por la chabacanería y las fantasías de disco duro. ¿Cuándo iba a dejar entrar a la hija a la que no dejaba salir?

–No quiero ir a los lugares de antaño –dijo–. No son interesantes.

–Me interesan *a mí* –dije detestando mi tendencia a la queja, mi propia obstinación tradicional.

–Estás desviándote del asunto –dijo golpeando mi cuaderno con una uña muy pintada–. Ahora soy Stefi.

Una tarde estábamos sentadas en la cocina, mi padre pelando una manzana con su última navaja suiza. Era la versión «femenina», me aclaró, con lima de uñas y tijeras para cutículas.

–¿Puedo hacerte una pregunta? –dijo.

Asentí esperanzada con la cabeza. Nunca preguntaba nada. Puede que aquel fuera el comienzo de una conversación de verdad.

–¿No puedes dejar la puerta abierta? La cierras todas las noches, cuando te vas a dormir. –Me quedé sin habla–. ¿Podrías dejarla abierta? –insistió.

–¿Por qué?

–Porque quiero que me trates como a una mujer. Quiero poder pasearme desnuda y que eso te parezca normal.

–Las mujeres no se pasean desnudas «normalmente» –dije.

La hoja de la navaja se cerró bruscamente y la oportunidad de entablar una

conversación, si alguna vez había existido, se cerró con ella. Guardó la navaja en el bolsillo del delantal.

Aquella noche cerré la puerta del dormitorio. Luego cambié de idea y dejé abierta una ranura. Aunque sus intrusiones me molestaban, caí en la cuenta de que el objetivo no era yo. Y si lo era, era solo en mi condición de espejo. Al cabo del rato oí unos golpecitos vacilantes.

—¿Puedes ayudarme con una cosa?

Estaba de pie, de espaldas a la puerta. Calzaba zapatillas, pero seguía vestida.

—No puedo bajarme la cremallera... ¿Me harías el favor?

Me quedé allí un momento y tiré de la lengüeta de la cremallera. Dejé de bajarla cuando llegó a media espalda.

—Ya puedes tú sola —dije.

—Gracias —dijo.

—De nada.

Observé su espalda acolchada alejarse por el pasillo. Y me pregunté: ¿por qué una persona tan reservada necesitaba ahora que le bajasen la cremallera? En el caso de que fuera eso lo que quería. Todas aquellas exhibiciones y revelaciones me parecían pura superficialidad.

Durante los días siguientes mi padre siguió con la visita guiada por sus fugacidades de superficie, orientándome entre los vestidos de sus armarios, la ropa interior de sus cómodas, los cosméticos de su tocador, los parches de estrógenos y las varillas de dilatación de su botiquín y todos los secretos de sus muchos Gabinetes de Curiosidades. Yo no sabía si mi padre pensaba que me estaba haciendo revelaciones o si en realidad me estaba distraendo de los auténticos secretos. Mírame, pero no me mires. Como hija de fotógrafo, yo sabía que dejar entrar la luz en un cuarto oscuro puede iluminar la evidencia o destruirla, según el tiempo que se tarde. Mi padre y yo librábamos una batalla por el tiempo, pasado y presente. Ella quería que yo admirase la decoración de los nuevos escaparates de Stefi. Yo quería conocer el contenido de otra cámara sellada: la caja fuerte del sótano.

7. EL CUERPO DE ÉL EN PEDAZOS. EL DE ELLA

El sexto día de mi estancia en Budapest decidió levantar el arresto domiciliario. «Si quieres ver algo auténticamente húngaro –dijo–, vayamos al distrito del Castillo.»

El distrito del Castillo, antiguo barrio de la nobleza, se encuentra a setecientos metros de altura en la colina del mismo nombre, con vistas al río Danubio, en la orilla de Buda. Hoy es una trampa turística de altos vuelos, sede del Palacio Real y, más arriba todavía, del porticado Bastión de los Pescadores, una terraza y paseo con torretas y parapetos desde los que sin duda se toman todas las vistas panorámicas que aparecen en las postales de Budapest. Está tan lejos de la ciudad que yo quería ver como el propio reducto de mi padre. Con todo y con eso, estaba fuera de la casa.

Fuimos con Der California Exclusive a primera hora de la tarde. Mi padre vestida para la excursión con una falda de topos, sandalias blancas de tacón alto y sus habituales pendientes de perlas.

–Antes de decidirme por Stefánie –dijo–, pensé llamarme Perla.

–¿Por qué? –pregunté.

–Porque me gusta cómo suena. Perla. –En húngaro se dice Gyöngy y también es nombre de mujer. Me vino a la cabeza un cuento de mi padre sobre feminización forzosa. Se titulaba «Gyöngyike se hace doncella: confesiones de la sumisa Gyöngyike: que comience la fiesta»–. En cualquier caso –añadió mi padre–, me encantan las perlas.

–¿Y Stefánie? –insistí. Sabía que era además el nombre de una de las tres hermanas de mi abuela paterna–. ¿Lo elegiste por tu tía Steffy?

Se encogió de hombros. No hubo más revelaciones.

No había sitio para aparcar y dimos muchas vueltas con la caravana hasta que se colocó reculando en una plaza de legalidad cuestionable.

–Da igual si me ponen una multa –dijo–. El vehículo está matriculado en Rosenheim. No podrán localizarme. –Recogió las dos cámaras que había

metido en la caravana y se las colgó del hombro. Yo me guardé el cuaderno de notas en el bolsillo trasero de los tejanos.

Descendimos los peldaños de adoquines que conducían al patio delantero del Palacio Real, un magistral batiburrillo de arquitectura neomedieval y neobarroca, coronado por una cúpula con forma de casco con tachones. La plaza de armas estaba presidida por una heroica estatua ecuestre del príncipe Eugenio de Saboya, cuyos ejércitos expulsaron del territorio húngaro a los turcos en 1717, y por una gigantesca escultura de bronce del Turul, el ave mítica que, según la leyenda, dio lugar al gobierno magiar de los mil años, el fabuloso «milenio húngaro». El Palacio Real albergaba ahora la Biblioteca Nacional, la Pinacoteca Nacional y el Museo de Historia de Budapest, y era como una diadema que ceñía la cabeza de la ciudad con las joyas que simbolizaban la antigüedad y la cultura húngaras. Me sentía satisfecha. No solo había convencido a mi padre para que saliera de su castillo de la colina, sino que había conseguido además que fuera de visita al palacio que albergaba su pasado o, al menos, el pasado de su país. O al menos el pasado que su país reivindicaba, pues su verdadera historia estaba tan envuelta en fantasías como la de mi padre.

Se decía que el milenio húngaro había empezado cuando Árpád y otros seis cabecillas magiares llegaron de las montañas orientales y conquistaron la cuenca de los Cárpatos en algún momento del siglo IX, estableciendo el territorio en el que sus herederos fundarían una monarquía cristiana, el reino húngaro, más o menos en el año 1000. Es difícil saber lo que ocurrió realmente. La historia oficial de la «conquista magiar» procede de la *Gesta Hungarorum*, una crónica escrita trescientos años después por un notario real conocido como «*P. dictus magister*», P. llamado maestro, que se basó en canciones populares, historias medievales y la Biblia para organizar un elenco de héroes magiares y unos enemigos a los que supuestamente derrotaron. La dinastía de los Árpádes, en cualquier caso, se extinguió en 1301. Durante los doscientos años siguientes el trono fue ocupado por reyes procedentes de dinastías extranjeras (pero que solían reivindicar algunas gotas de sangre de los Árpádes). Y en siglos posteriores el territorio fue arrasado por invasiones, derrotas y ocupaciones de fuerzas extranjeras: mongoles, turcos, rusos, Habsburgos austriacos, alemanes y más rusos. Con pocas excepciones, los libertadores de Hungría, como muchos otros

personajes célebres del país, fueron también «extranjeros». Como señala Paul Lendvai en *Los húngaros: un milenio de victoria en la derrota*,

Uno de los rasgos más asombrosos de la historia húngara, posteriormente censurado o abiertamente negado por los historiadores nacionalistas, es que los forjadores de los mitos nacionales, los héroes indiscutibles de las guerras otomanas, los jefes políticos y militares de la guerra de independencia contra los Habsburgo, las figuras más destacadas de la literatura y la ciencia, eran en todo o en parte de origen alemán, croata, eslovaco, rumano o serbio.

En otras palabras, no eran magiares.

Hungría alcanzó su cenit cultural en la *belle époque* europea, bajo el dominio de los Habsburgo austriacos. En 1867, el emperador Francisco José, de la casa de Habsburgo, aflojó las riendas fundando la monarquía austrohúngara, llamada corrientemente Monarquía Dual, una solución de compromiso que concedió a Hungría un amplio margen de autodeterminación y fue preludio de un renacimiento cultural y económico. La amplia conciencia del país como reino autónomo pareció validarse, aunque el monarca único de la Monarquía Dual siguió siendo Francisco José. La caída del imperio austrohúngaro, al final de la Primera Guerra Mundial, trajo por fin la independencia total, aunque con la destrucción pisándole los talones.

El Tratado de Trianón, el acuerdo de paz firmado en 1920 en el palacio del Gran Trianón de Versalles, obligó a Hungría a ceder a Rumanía, Checoslovaquia, Yugoslavia y Austria las tres quintas partes de su población y dos tercios de su territorio. Con una nación así de reducida, su imagen de chivo expiatorio se acentuó. «Somos el pueblo más abandonado de la tierra», había escrito a mediados del siglo XIX el poeta nacional húngaro Sándor Petőfi. Después de la firma del tratado, Hungría pasó a ser con más razón el país mártir, un pueblo caracterizado por sus estigmas. «El reino cohesionado por la Santa Corona se ha desmembrado y los miembros amputados desfallecen por la pérdida de sangre», dictaminó en la época el jurista Kálmán Molnár con un lenguaje tan típico como acalorado. «Desvanecidos, aguardan la muerte o la resurrección.» Para irredentistas húngaros más recientes, el tratado sigue siendo la infame profanación, una herida mortal, un brutal robo perpetrado contra la identidad nacional que no se ha olvidado a pesar de que hayan transcurrido más de ochenta años.

Nos dirigimos a la Pinacoteca Nacional, que celebraba una exposición

retrospectiva de Mihály Munkácsy. El celebrado pintor húngaro nació y fue enterrado en Hungría, pero poco más. Nacido de padres alemanes con el nombre de Michael von Lieb, estudió en Múnich y en Düsseldorf, pasó casi toda su vida profesional en París y falleció en un psiquiátrico de Alemania. A pesar de todo, era uno de los pintores más venerados de Hungría, venerado sobre todo por haber sido proclamado un «gran húngaro» fuera de Hungría. A raíz de su fallecimiento, en 1900, las autoridades le organizaron un funeral de Estado en la sagrada plaza de los Héroes de la ciudad, con el homenajeador de cuerpo presente, al lado del grupo escultórico de los siete cabecillas magiars, en un catafalco de quince metros de altura, rodeado por llameantes antorchas de bronce.

La taquillera del museo, otra anciana rezongona, miró ceñuda a mi padre cuando nos dio las entradas. No supe si la muestra de desdén fue percibida; mi padre no reaccionó de ninguna manera. Ya en el recinto de la exposición, me acerqué a las primeras obras de Munkácsy, retratos sombríamente realistas de la empobrecida vida campesina. (Las desesperadas condiciones de vida de la población rural húngara, sumida en una miseria medio feudal hasta bien entrado el siglo xx, hicieron que Hungría fuera merecedora de la etiqueta de «país de los tres millones de mendigos».) Mi padre arrugó la frente; aquel período no arrojaba una luz «positiva» sobre su país. «Te fijas demasiado en esas cosas», dijo tirándome de la manga porque me demoré delante de los cuadros de unas mujeres agobiadas que recogían leña y cuidaban a sus hijos hambrientos. Mi padre deseaba pasar a las últimas y más famosas creaciones del pintor: los retratos de estudio de los elegantes aristócratas austrohúngaros y las fantasías épicas de los dramas bíblicos y las escenas de victoria de la conquista magiar. «Este es el *auténtico* Munkácsy», dijo mi padre conduciéndome a las paredes donde estaban las últimas muestras de ampulosidad del artista.

Cuando nos cansamos de toda aquella aparatosidad en tecnicolor, me condujo a la colección permanente, un laberinto de salas dominadas por lúgubres muestrarios de desgracias magiars presentadas en gruesos marcos dorados. Crucé velozmente la siguiente docena de salas que exponían escenas de los orígenes de Hungría –desde la anunciada llegada del príncipe Árpád hasta la revolución del xix que dirigió Lajos Kossuth, «el Padre de la Democracia Húngara»– y me dejé caer en un banco de un pasillo para esperar a mi padre. Todo estaba allí en silencio y en sombras; la única luz que había

se filtraba por las altas ventanas de rejas. Pensé en catacumbas y en el interminable viaje a Hungría que hice con toda la familia en 1970, el viaje en el que mi padre insistió en que visitáramos las catedrales y monasterios del país. Viaje interminable, sí, desde la perspectiva de una niña de once años que vivió su purgatorio privado visitando subterráneos sepulcrales, percibiendo el empalagoso olor de la cera de las velas y oyendo el eco de tacones que resonaban en fríos ambulatorios de mármol. ¿Por qué, me pregunté, no visitamos ninguna sinagoga?

Mi padre no aparecía. Una recia matrona con uniforme de guardiana me observaba con cara sombría desde la silla de madera del rincón. Puede que fuera yo. Puede que al fin y a la postre aquellas arpías dominantes y lenguaraces no mirasen a mi padre disfrazada. Puede que censurasen a las mujeres con pantalones tejanos. O puede que no les gustaran las extranjeras. Al cabo del rato me cansé de las miradas insidiosas y volví sobre mis pasos. Encontré a mi padre muchas salas atrás, extasiada ante *El bautismo de Vajk*, de Gyula Benczúr, una descripción teatral del bautismo del primer rey húngaro, allá en el siglo x. El jefe tribal Vajk aparece arrodillado con los hombros desnudos delante de la pila bautismal y el dorado cáliz para desprenderse de su nombre pagano y adoptar otro cristiano: István, Esteban, Stephen. Tocayo de mi padre.

Observé el bautismo del antiguo Vajk por encima del hombro del antiguo István.

—¿No es un poco... —busqué la palabra exacta— retórico?

—Es una obra que tiene verdadera grandeza —dijo mi padre haciendo con el brazo un floreo que quería ser grandioso e hinchando con su entusiasmo la falda de topos—. Es distintivamente húngaro.

En una tentativa intelectual de prepararme para la visita, había leído el feroz análisis del «hugarismo» que hizo István Bibó en un ensayo publicado al final de la Segunda Guerra Mundial. El experto en ciencias políticas veía la identidad de su país como una quimera, una sociedad que «se engaña a sí misma» y que permanecía unida por poco más que fantasías, ilusiones, espejismos y fachadas. «Los húngaros de hoy figuran entre los grupos menos definidos de Europa», escribía Bibó, y el hugarismo es una «sublime alucinación». Mientras recordaba aquellas palabras de Bibó, las imágenes de aquella tarde amenazaban con volverse no menos alucinógenas. Todo lo que veíamos parecía puro adorno de confitería, la cara de una nación enmascarada

con una fantasmagoría tras otra: el ungido San Esteban era el «patriarca» cuyo patrimonio no tenía herederos; el príncipe Eugenio era el general (nacido en Francia) del ejército imperial austriaco que había liberado Hungría de las garras del imperio otomano para dejarla en las de los Habsburgo; Lajos Kossuth era el Padre de la Democracia Húngara cuya tentativa de independizar el país en 1848 (que se celebraba cada 15 de marzo, el día de la patria) nació muerta; el Turul era el heraldo mítico de un reinado milenario magiar que nunca había empezado.

Medité las fantasías que colgaban en aquellas paredes. Mientras volvíamos por las resonantes salas, miraba a mi padre enfundado en sus topos y la imagen que me venía a la cabeza de manera instantánea era la de un guía turístico que se había disfrazado en consonancia con un parque temático y me conducía por una historia amañada que escondía un pasado más sombrío, un guía estilo Campanilla que me enseñaba una cultura de cuento infantil en la que ni las personas ni los lugares aparecían como realmente habían sido. Los magiares solo habían conocido humillaciones, esa era la verdad. Todas las potencias que habían tenido que ver con Hungría –los mongoles en 1241, los turcos en 1526, los austriacos en 1711 y 1848, y los soviéticos en 1956– le habían hecho morder el polvo.

En la siguiente etapa de nuestro recorrido cultural por la colina del Castillo (el Museo de Historia de Budapest), mi padre se detuvo con admiración frente a otro retrato hagiográfico de otro húngaro puesto por las nubes. Este por lo menos era más actual que Vajk. Vestía uniforme de la marina y estaba cubierto por filas de medallas: era el regente de Hungría, el almirante Miklós Horthy, cuyo gobierno, de 1920 a 1944, abarcó la juventud de mi padre. La veneración que sentía por el hombre que permitió la deportación de casi medio millón de judíos me sacaba de mis casillas.

Un regente de pega, señalé. (Horthy fue elegido regente en 1920 por la Asamblea Nacional Húngara, durante el exilio del soberano de la casa de Habsburgo, que no reclamó el trono en ningún momento.) ¿Y qué era aquello de «almirante»? ¿Desde cuándo tenía armada un país sin costas?

–No sabes nada –replicó mi padre–. El Tratado de Trianón privó a Hungría de sus costas. Una tragedia. Una *catástrofe*.

Tenía razón en lo de las costas. El tratado firmado al final de la Primera Guerra Mundial, que impuso a Hungría condiciones más duras que a los demás Estados beligerantes (incluida Alemania), privó al país de todos sus

puertos, además del sesenta y cinco por ciento de sus vías fluviales, del ochenta y ocho por ciento de sus bosques y de todas sus minas de carbón, de sal y de plata. En la Segunda Guerra Mundial, la Hungría de Horthy se alió con el Eje con la esperanza de recuperar «los territorios perdidos» (de hecho, Hitler le devolvió varios territorios expropiados por el Tratado de Trianón). Cuando por fin bajamos a la ciudad, vi por todas partes –en paredes, parachoques, mochilas– el mapa de la «Gran Hungría» anterior al Tratado de Trianón, también conocida como «la patria mutilada». El mapa se presentaba como un torso descuartizado, rodeado por sus cuatro extremidades cortadas. Los defensores del honor húngaro llamaban «la amputación» al Tratado de Trianón.

–Destruyeron la madre patria –dijo mi padre elevando la voz–. Cortaron el cuerpo de él en pedazos.

–El de ella –corregí.

Se colgó el bolso de un hombro ya cargado con las cámaras y se dirigió a la salida.

Salimos del museo, pero en vez de bajar a las calles de la ciudad que tanto deseaba recorrer, fuimos más arriba aún, al Bastión de los Pescadores. Mi padre quería hacer algunas fotos «panorámicas».

La entrada estaba bloqueada por un torniquete. Había que comprar algo para poder disfrutar de las vistas. Mi padre sacó unos florines del bolso y accedimos a la arcada neorrománica jalonada por torretas de observación, terrazas de observación y siete torres albarranas de observación (en honor de las siete tribus magiares). A pesar de su nombre, el bastión no se construyó para los pescadores; se proyectó a finales del siglo XIX como terraza de observación. «Tenía que ser como un cuento de hadas», decía un cronista, construida «no para ser historia, sino para sentir la historia». «Sigue el camino amarillo de ladrillos», pensé acordándome del Mago de Oz, mientras seguía con actitud taciturna las huellas de mi padre.

Se detuvo en una de las mencionadas torres albarranas para hacer unas cuantas fotos de la ciudad que se extendía al otro lado del río. «Menos mal que he traído el teleobjetivo», dijo sacándolo del bolso. Mientras le daba al disparador, me apoyé en una columna para sentir el menguante sol de otoño y, a pesar de mi escepticismo, admirar la vista. El Danubio era una ancha y

oscura cinta que discurría bajo los siete puentes de la ciudad. A mi izquierda tenía los prados encantados de Isla Margarita y, más allá, la larga curva que trazaba el río hacia el sur.

Pest, en la orilla más lejana, era un borrón neblinoso. El Parlamento, un pastel de bodas de estilo neogótico con medio millón de gemas incrustadas y casi cincuenta kilos de oro, abarcaba trescientos metros de orilla fluvial. Este templo de la democracia, el edificio parlamentario más grande de Europa y el tercero más grande del mundo, se construyó a finales del siglo XIX, cuando aún gobernaba Francisco José y podía votar menos del diez por ciento de la población húngara.

A este lado del río, el rojo funicular, el Sikló («la pequeña serpiente»), descendía la cuesta. Inmediatamente debajo, el Puente de las Cadenas cruzaba el río hacia el esplendor neorrenacentista de la Academia de Ciencias. Esta sociedad fue inaugurada por el mismo hombre que fomentó la construcción del Puente de las Cadenas, el conde István Széchenyi, destacado estadista del siglo XIX. La búsqueda de una auténtica cultura nacional emprendida por Széchenyi concluyó en desesperación personal. «No tenemos costumbres nacionales», lamentó en cierta ocasión. «Nuestra existencia y nuestro conocimiento dependen de la imitación.» Los posteriores buscadores de la «hungaridad» han estado igualmente asediados por las dudas. Han generado dos siglos de literatura, periodismo y oratoria dedicados a la pregunta que sirve de título a muchas de sus angustiadas lamentaciones: «¿Qué es ser húngaro?» Mucho antes de que Erik Erikson acuñara la expresión, los húngaros ya tenían una crisis de identidad.

Mi padre siguió con el objetivo el descenso del brillante funicular rojo.

—Me puse muy contenta cuando reabrieron el Sikló —dijo—. La primera vez que lo vi, me eché a llorar. —Le pregunté por qué y respondió—: Porque los rusos lo habían destruido. —El Sikló fue bombardeado, junto con muchísimas otras cosas de aquel tramo del Danubio, durante el sitio de Budapest, la campaña de cincuenta y cinco días que llevaron a cabo los soviéticos en el invierno de 1944-1945 para desalojar de la colina del Castillo a las inamovibles Waffen SS y a los soldados húngaros que se habían atrincherado allí.

—¿Habrías preferido que ganara el otro bando? —pregunté.

—Tienes una idea muy tonta y muy americana de ese asunto.

—Ilústrame.

–Los rusos destruyeron todo lo que era húngaro.

Más tarde me hice con un folleto sobre la historia del Sikló y sentí un perverso placer al enterarme de que había vuelto a ponerse en servicio en 1986, todavía bajo el régimen soviético. No quise comentárselo a mi padre. Por entonces yo sabía ya demasiadas cosas para ponerme a pinchar los globos de la «gran ilusión» húngara.

8. EN EL ALTAR DE LA PATRIA

Aprendí a reservar las preguntas más incisivas para la hora mágica de mi padre. Su momento más expansivo era cuando tomaba el café de la tarde, que acompañaba con un trozo de pastel Linzer, o pastel Sacher, o pastel Dobod, o cualquier otro producto de repostería que le evocara los tiempos austrohúngaros. Le servían el pastel con una generosa ración de nata recién hecha, porque ese era «el adecuado estilo *vienés*». El imperio de los Habsburgo pervivía en las costumbres gastronómicas de mi padre.

Era un ritual suyo de toda la vida, aunque en Yorktown Heights se había limitado a los fines de semana y a determinadas panaderías americanas, que mi padre encontraba detestables. Incluso con su disfraz de papá de clase media, había mantenido sus gustos imperiales europeos. Los fines de semana se sentaba en su sillón, con su boina y su fular, una taza apoyada en la rodilla, la música clásica atronando en el equipo estéreo y comentarios despectivos sobre la nata de atomizador, la salsa de queso, el agua potable con hielo y la preferencia de sus hijos americanos por las canciones pop con mucha batería y las telecomedias con risas enlatadas. En cierta ocasión se enfadó mucho, cuando se dio cuenta de que yo no había oído hablar de uno de sus autores europeos preferidos, el austriaco (y judío) Stefan Zweig. «¡No tienes cultura!», gritó quitándome de las manos una novela barata que estaba leyendo. Durante una serie de tardes de fines de semana se esforzó por enseñarme los pasos básicos del vals en nuestra sala con moqueta naranja, con Johann Strauss en el plato del tocadiscos. Las clases terminaron mal. «¡Siempre tomas la iniciativa!», gritaba cada vez que le pisaba, no en todos los casos por casualidad. «¿Cuántas veces tengo que decírtelo? La mujer no dirige.»

En los años siguientes a su regreso a Hungría, hizo peregrinaciones regulares a Viena, por lo general con su amiga Ilonka, para comprar comestibles vieneses «como Dios manda», visitar los deslucidos palacios, pabellones de caza y joyas arquitectónicas de los casi setenta años de reinado

del emperador Francisco José, y fotografiar los últimos vestigios de aquel imperio que se había venido abajo en 1914 con el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo. O se llevaba a Ilonka a Suiza, donde rendían homenaje al antiguo castillo de Habsburgo, sede original de la dinastía. O a Alemania, donde daba un largo rodeo para pasar por la villa bávara del todavía vivo archiduque Otón de Austria, último príncipe heredero de la corona austrohúngara. «Nuestra mejor época fue la de los Habsburgo», me dijo. «Incluso de pequeño sentía aún la bondad de su influencia. Ojalá volviera la monarquía: toda Hungría la recibiría con los brazos abiertos.»

El último avatar de mi padre, su reencarnación en forma de mujer, debutó en el antiguo pabellón de invitados del emperador. Mientras tomaba café con tarta Esterházy, sintió nostalgia del paisaje de lo que ahora era el Parkhotel Schönbrunn, donde había asistido al Baile del Arco Iris de la comunidad LGBT el año anterior a su operación.

–Todo el mundo vestía de maravilla, con mucha elegancia –dijo.

–Sí, lo sé –dije. Me había enseñado el vídeo que ella misma había filmado en el baile: bailarinas formales con vestido de raso blanco y corbata negra, guantes blancos y faja, moviéndose en majestuosa formación de minué sobre un pulimentado suelo de parqué, mientras una orquesta femenina tocaba la «Pequeña música nocturna» de Mozart. Al final de la velada se entregó una rosa a cada intérprete.

–En Viena siempre han tenido buen gusto –dijo mi padre suspirando y lamiendo la última mota de nata montada que le quedaba en la cucharilla–. Incluso Ilonka disfrutó. –En la galería de imágenes que tenía mi padre en el desván, había una foto de ellos dos en el baile: él (antes de la operación) con peluca rubio teñido y vestido de noche de velvetón azul oscuro con tirantes muy finos; Ilonka con un sencillo vestido de tubo azul marino. Están cogidos de la mano. Mi padre mira fijamente a la cámara con sonrisa pegada encima. Ilonka mira hacia otro lado con mueca de disgusto. Hay tristeza en sus ojos.

–Ilonka no quería que te operases –dije a modo de pregunta.

–Creía que era un juego. Nunca pensó que llegaría hasta el final. Ilonka no quiere que cambie nada. Todo ha de ser siempre como era en el pasado. Incluso tiene que sentarse en el mismo banco de la iglesia. Yo no soy así. Me acostumbro a lo nuevo en cinco minutos.

Sonrió y cogió otro pedazo de pastel con el tenedor. Parecía un buen momento para profundizar en mi indagación.

–¿Te has *acostumbrado* a ser mujer? –pregunté.

–Bueeeeno, eso ha sido fácil.

–¿De veras?

Levantó los brazos como si se rindiese.

–Mírame –añadió aleteando con los codos como un polluelo que sale del nido–. ¿Parece de hombre este cuerpo? No he potenciado ningún desarrollo. No encontrarás ni un solo pelo en mi cuerpo. –¿Significaba aquello que el Patito Feo había sido un cisne desde el principio?–. Bueno, tenía los órganos, hice mi trabajo como hombre. Pero no encajaba en el papel. No me veían bien.

–¿Quiénes no te veían bien?

–Las mujeres no me veían bien. No sabía pelear y ensuciarme. No tengo músculos, no tengo un tipo atlético, como hombre he llevado una vida desdichada. Y fue más desdichada aún cuando fui descalificado por enésima vez. Por *tu madre*. –Le gustaba presentarla de aquel modo, *tu madre*–. Me descalificó y me echó de su lado.

–Ella no...

–Yo no tenía el papel que me correspondía. Eso lo intuyen. Ahora, como mujer, gusto más a las mujeres. Estoy más en mi papel como mujer que cuando tenía que desempeñar el que no me correspondía.

Me acordé de las matronas magiares hostiles.

–Pero ¿por qué tienes que adoptar este o aquel papel? ¿Es que no puedes...?

–Antes era como los demás hombres, no hablaba con la gente. Ahora me comunico mejor, porque soy una mujer. Lo que causa todas las desgracias es esa falta de comunicación.

–¿Qué desgracias?

–Te ven como una especie de monstruo. Porque no haces lo que hacen los demás. No saben nada de lo que haces. Eres un indeseable. Te meten en la cámara de gas. No... –Habíamos caído en una de las trampas verbales de mi padre–. No te quieren cerca. Es como una vez que vine en avión y la azafata oyó hablar al hombre que estaba sentado delante de mí, y dijo: «Ah, es usted húngaro», y el hombre respondió muy enfadado: «¡Yo no soy húngaro! ¡Soy israelí!» Es una actitud provocativa que no necesitamos. Ser mujer me ayuda. Porque las mujeres no provocan.

–Algunas mujeres sí –dije para provocarla.

–No se puede cambiar de lado continuamente –dijo–. Tienes que adoptar una costumbre y ceñirte a ella, de lo contrario serás un ser triste, no una persona cabal. Lo mejor no es que una persona se vuelva otra, sino hacer que la persona sea como debe ser por nacimiento. La cirugía es la solución perfecta. Ahora soy totalmente como una mujer.

¿Totalmente, me pregunté, o totalmente como?

–Tienes que deshacerte de las antiguas costumbres –añadió–. Si no lo haces te sentirás extraña todo el tiempo, con la... –buscó las palabras exactas– con la ansiedad de no estar donde te corresponde.

Repitió la expresión. «La ansiedad de no estar donde te corresponde.» Despachó lo que quedaba del pastel.

–Sería un buen título para tu libro –dijo.

Se levantó y se puso a recoger los platos.

–¡A la cocina! –canturreó mientras salía de la habitación–. ¡El lugar de una mujer!

Yo no me moví de la silla mientras ella lavaba las tazas y los platos.

–¡Susaaan! –Mi padre estaba al pie de las escaleras. Era por la mañana temprano y yo esperaba poder dormir a pierna suelta. Pero ella tenía otros planes–. ¡Susaaan, ven aquí! ¡Te interesará esto!

Me puse lo primero que encontré y entré en el comedor con paso vacilante. Había desplegado encima de la mesa el contenido de una carpeta etiquetada «Stefi».

–Son mis apariciones en los medios informativos –aclaró señalando una fila de artículos, una cinta de casete y un libro. Había concedido entrevistas sobre su «Cambio» a una revista húngara de LGBT (la única que había entonces), a una emisora de radio alternativa que se llamaba Tilos Rádió (Radio Prohibida), a una revista académica de ciencias sociales llamada *Replika* y a un fotoperiodista independiente que estaba preparando un libro decorativo titulado *Mujeres de Hungría: galería de retratos*, en el que aparecía mi padre y era calificada de «feminista». Miré aquel material con asombro creciente. Mientras fue Steven, había estado detrás de la cámara; Stefi, por lo visto, había decidido ponerse delante.

La Stefánie que aparecía en aquellas páginas y grabaciones era un poco coqueta. Decía a sus interlocutores que era «una mujer típica» a quien le

«encantaba el chismorreo». Cuando le preguntaban cuántos años tenía, mi padre respondía con timidez: «No es elegante preguntarle la edad a una señora.» En la foto publicada en *Mások*, la revista húngara de LGBT, aparecía sentada en el borde de un macetón de su terraza, con un vestido largo de flores estampadas y ceñido a la cintura con una cinta. Tiene dos margaritas en la mano. Como deja claro en el artículo adjunto, es mujer al ciento por ciento, «una mujer en completa armonía con sus deseos». Tomaba clases de baile, explicaba a la revista, y bailando el vals sabía dar «todos los pasos de la mujer», y había asistido a un baile «con un elegante traje de gala».

El reportaje más largo era el de la revista académica *Replika*. Un joven doctorando que estudiaba antropología social había ido a casa de mi padre para entrevistarla durante dos días. El cuestionario resultante tenía casi veinticinco mil palabras. Mi padre dedicó varias mañanas a traducirme el texto, cambiando las partes que no le gustaban. («No pongas eso. Suena mejor si lo digo de este otro modo...») Aunque el objetivo de la entrevista había sido comentar el cambio de sexo, mi padre había estado deseoso de hablar sobre la vida en Hungría anterior a la «catástrofe», es decir, la catástrofe de 1920.

–«El imperio austrohúngaro era un mundo muy pacífico» –dijo leyendo (y corrigiendo) lo que había dicho al principio de la entrevista–. «Hungría creció rápidamente. Se expandieron las vías férreas, se desarrolló la economía. Era un mundo de abundancia. Una minoría, los judíos, se dedicaba especialmente al comercio. Muchos judíos administraban las propiedades de los nobles. Yo tenía un tío que administraba la finca de un aristócrata y mi bisabuelo fue administrador de algunas propiedades de los ricos. [...] Entonces se produjo la tragedia. Trianón. El país perdió sus fronteras milenarias. Y la era en que las minorías aún vivían armoniosamente juntas llegó a su fin. Digan lo que digan, en aquellos tiempos no se perseguía a las minorías.»

–¿No había persecución? –barboté.

Mi padre me fulminó con una de sus miradas de «no sabes nada».

–Fue la mejor época –dijo–. La mejor época para los judíos.

Su historia no era tan de color de rosa. Entre 1867, año en que se aprobó la Ley de Emancipación de los Judíos, que concedía a estos la igualdad de derechos civiles y políticos, y 1920, año de la firma del tratado de Trianón, hubo una extraordinaria serie de circunstancias que condujeron a la Edad de

Oro de la judería húngara. La época dio grandes oportunidades a la población burguesa de origen judío. Y conoció una asimilación sin precedentes. Un sector de los judíos del país pudo ser «húngaro al ciento por ciento» en aquella época. Nuestra familia estaba en aquel sector. Un siglo antes de que mi padre cambiara de género, sus antepasados habían cruzado otra frontera aparentemente infranqueable.

Los padres de mi padre, Jenő y Rozália Friedman, llegaron a Budapest procedentes de una región septentrional que entonces pertenecía a Hungría (y que después de Trianón pasó a Checoslovaquia y hoy pertenece a Eslovaquia). Los miembros de la familia de mi abuela, los Grünberger, estaban entre los judíos más ricos de un pueblo que en húngaro se llamaba Szepesvárálja y luego, en eslovaco, Spišské Podhradie, nombres que en ambos idiomas vienen a significar «Al pie del hermoso castillo». En lo alto de un monte desde el que se domina el pueblo se alzan unas ruinas del siglo XII, pertenecientes al castillo más grande que había en Europa Central y que había sido sede de nobles magiares. (Declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco y utilizado continuamente como escenario de películas de Hollywood, como *Dragonheart* y *Kull el conquistador*.)

Como supe después por la rama Grünberger de mi familia, el magnate del pueblo durante su florecimiento comercial era el padre de Rozália, mi bisabuelo Leopold Grünberger, que era propietario de la mayor industria maderera de la región. El ferrocarril que pasaba por el pueblo terminaba delante de su serrería. Se había criado en la pobreza en un pueblo cercano, había servido en la caballería de los Habsburgo en la Primera Guerra Mundial y era un patriota húngaro y devoto creyente en la cultura centroeuropea; según se decía, detestaba el sionismo. Fue miembro del concejo y jefe de la comunidad judía, posición esta que debió no tanto a su piedad, que era formalmente ortodoxa, como a su riqueza y a su filantropía, que eran abundantes.

Los Grünberger pasaban sus vacaciones en balnearios de Baden-Baden, esquibaban en los montes Tatra y encargaban su vestuario, siempre a medida, a sastres de Bratislava y Budapest. Sus cuatro hijos fueron a las universidades de París y Praga, las cuatro hijas aprendieron música y estudiaron en colegios privados para señoritas. Entre los muchos símbolos de la alta posición de que gozaba la familia (fueron los primeros en tener agua corriente, gas de alumbrado, refrigeración y electricidad), hay que destacar el primer teléfono

del pueblo: de hecho, su número de teléfono era el 1. La casa de los Grünberger era un dechado de elegancia y refinamiento, desde el patio y los jardines adornados con fuentes hasta el salón con su araña, su piano de cola sobre una alfombra de Shiraz y su amplia colección de porcelanas de Rosenthal y Limoges, desde su completo ejército de doncellas, cocineros e institutrices hasta los bien cuidados caballos de la cuadra. Alfombras persas ahogaban los pasos en todas las habitaciones. La ropa blanca era de París y estaba marcada con el monograma de la familia.

El trabajo de la madera se había convertido en una lucrativa industria en la región, gracias a la electricidad producida con vapor y a la construcción de vías férreas a fines del siglo XIX, que transformaron los bosques vírgenes de Eslovaquia en un paraíso comercial. Más del noventa por ciento de los propietarios de serrerías y comerciantes al por mayor de la región eran judíos. Los artesanos, comerciantes y profesionales de la zona también eran mayoritariamente judíos y lo venían siendo desde que la prohibición que pesaba sobre los judíos en pueblos y ciudades había sido levantada por el edicto gubernamental de mediados del siglo XIX. En la década de 1920, los judíos de Spišské Podhradie poseían trece de los diecinueve almacenes y tiendas de comestibles, seis de las siete tabernas y restaurantes, todas las tiendas de licores, todas las ferreterías, todos los talleres metalúrgicos y todas las fábricas pequeñas, la serrería y el molino. Eran los médicos y abogados del lugar, el farmacéutico y el veterinario.

Los judíos de la Hungría rural ya no tenían que vivir en perdidas aldeas primitivas ni vagar por la periferia de las poblaciones vendiendo objetos como buhoneros. Ya no tenían que pagar a la nobleza un «impuesto de tolerancia» por el privilegio de alquilar una casucha en sus fincas. Algunos incluso poseían tierra cultivable. La propiedad de mi bisabuelo comprendía una casa de labor con trigales y ganado. Spišské Podhradie se convirtió asimismo en un floreciente centro rabínico para el judaísmo ortodoxo, con sinagoga propia, escuela (*cheder*), seminario rabínico (*yeshiva*), centro de interpretación de textos sagrados (*beit midrash*), piscina para el baño de purificación (*mikve*) y asociaciones caritativas y comunitarias, más un cementerio tapiado (en una parcela situada en una ladera, a tres kilómetros de la población, cedida porque era demasiado empinada para cultivarla). En 1905, cuando se quemó la primera sinagoga, mi bisabuelo consiguió los fondos para construir otra, con fachada neoclásica e interior morisco. Se

levantó a pocos metros de la casa familiar de los Grünberger, en la calle Stefánikova.

Cuando estuve en Spišské Podhradie, en 2015, la sinagoga (convertida en almacén de muebles durante el régimen comunista) se había restaurado hacía poco, aunque no se utilizaba: el último judío del pueblo, un dentista llamado Ferdinand Glück, o se había ido o se había muerto (nadie parecía saberlo) en los años setenta. La mansión Grünberger, ya destartalada y pintada con colores fosforitos (con una antena parabólica en el tejado y cortinas en vez de puertas), se había dividido y estaba ocupada por varias generaciones de una pobre y devota familia cristiana. En la antigua entrada de coches y carrozas había una docena de iconos de la Virgen. En el patio, un gigantesco Jesús de yeso colgaba de una cruz de metro y pico de altura. El cementerio judío estaba cubierto de hierbajos. Muchas lápidas habían desaparecido, habían sido robadas con el paso de los años o se habían caído. La única lápida de un Grünberger, la de la tumba de Moritz Grünberger, primogénito de Leopold y Sidonia, y fallecido a los dieciséis años, yacía boca arriba en la hierba.

Leopold dotó generosamente a sus cuatro hijas. Gracias a su dote, la hija mayor, mi abuela Rozália, o Rozi, como se la llamaba corrientemente, llamó la atención de mi abuelo Jenő Friedman, que pertenecía a una de las familias judías más ricas de la ciudad más grande de la región, Kassa (llamada luego Košice, en eslovaco). El padre de Jenő, Sámuel Friedman, era propietario del almacén más importante de Kassa. Al igual que Leopold Grünberger, Sámuel era jefe de la comunidad judía de la ciudad y tenía el cargo por su riqueza, no por su religiosidad. A diferencia de Leopold, se consideraba un destacado personaje aristocrático. «Mi abuelo Sámuel era un hombre con tiempo libre», contaba mi padre. «Recuerdo que mi abuela no paraba de decir: “¡Ve al casino a buscar a tu abuelo!” Siempre estaba allí con otros ricachos, jugando a las cartas y fumando puros.»

Cuando Jenő y Rozália se prometieron, el novio era otro que no daba golpe. Se había puesto a comprar edificios de viviendas de lujo en Pest con los sustanciosos beneficios obtenidos con las inversiones de los Friedman en bienes raíces de Hamburgo. El origen de aquellas inversiones no estaba claro, por lo que contaban mis pocos parientes Friedman que seguían con vida. Viktor Schwarcz, primo de mi padre, me dijo que los Friedman habían incendiado adrede el almacén de Kassa y con el dinero del seguro habían comprado propiedades en Hamburgo. «La leyenda que contaban los judíos

locales», dijo Viktor, «es que Samu y sus hijos incendiaron la tienda para cobrar el dinero. Nadie lo contó a la policía porque no querían delatar a sus correligionarios. Los Friedman se hicieron ricos por eso: compraron calles enteras de casas en Hamburgo y las vendieron durante la gran inflación. Y de ahí salieron los edificios de tu abuelo en Budapest.»

A pesar de que el dinero de su novio era dinero sucio, el partido que había pescado Rozália a los veinte años era más rico que el de sus tres hermanas. Sus cualidades tuvieron poco que ver: el matrimonio se había concertado previamente, ya que los patriarcas de las dos familias querían fundir su riqueza. Los novios apenas se conocían cuando contrajeron matrimonio en una lujosa ceremonia celebrada en la mansión de los Grünberger y muy poco más cuando partieron, primero en coche de caballos y luego en vagón de primera clase, hacia Venecia, para pasar una luna de miel de cuento de hadas. Volvieron a un piso suntuosamente decorado de uno de los edificios de Jenő en Pest; por el día jugaban a las cartas en el casino y por la noche iban a la ópera. Su único hijo quedó en manos de una serie de niñeras, institutrices y tutores. El siguiente embarazo de Rozi, me contó mi padre, terminó en aborto.

Cuando yo era pequeña, mi padre me permitía asomarme de vez en cuando al desaparecido mundo de su infancia, un par de atisbos a un pasaje por lo demás oscuro. «Mis padres», decía, abriendo el álbum de cartón confeccionado por mi madre y señalando una agrietada y coloreada foto de bordes romos en la que aparecían sus progenitores, la única que había en aquel álbum para representar a la familia de mi padre. La foto es un retrato formal de estudio, típica de los años veinte, con iluminación atenuada y pretensiones de elegancia cinematográfica. Alrededor de la cabeza de los recién casados hay un halo de luz, un efecto viñeta con los bordes gradualmente ensombrecidos. Los novios miran directamente a la cámara, sin sonreír. Mi abuela Rozi tiene la seria belleza morena y los ojos entornados de las estrellas del cine mudo. Sus depiladas cejas se han reducido a un arco fino y su peinado se parece al de Joan Crawford, corto y con una onda rígida; lápiz de labios oscuro y doble gargantilla de perlas, que hace juego con los pendientes, también de perlas. Mi abuelo Jenő parece mayor que ella –y lo

era, nueve años— y lleva un traje a medida de aspecto caro; lleva brillantina en el raleante pelo negro, peinado hacia atrás.

Sobre la vida de casados de Rozi y Jenő, sobre su amarga separación cuando mi padre tenía doce años, sobre su forzada reconciliación durante la guerra y sobre los últimos y desdichados años que pasaron en Israel, mi padre apenas decía nada. Pero estaba claro a quién hacía responsable de su atribulada vida marital. Rozi, según me contó, era una «diva malcriada», una «falsa» que se «daba aires», que leía libros «baratos» y que estaba o en la peluquería o persiguiendo a hombres ricos. «No le interesaba relacionarse con su hijo.» Jenő, en cambio, era «muy culto», un «auténtico caballero» que de vez en cuando recitaba poemas en las cenas y escribía cartas con una «caligrafía preciosa», un hombre que sabía estar en los «círculos educados». Jenő era una figura destacada en la comunidad judía, un judío observante pero moderno que matriculó a su hijo en las escuelas judías más prestigiosas de Budapest: la escuela elemental que dependía del Seminario Rabínico de Hungría y luego el Gimnázium Zsidó, el instituto de enseñanza media de la élite judía, que estaba en Pest y era famoso por la talla internacional de sus profesores. «Pero mi padre no era ortodoxo», subrayó mi padre, y esta afirmación me dejó confusa; los Friedman pertenecían a la sinagoga de la calle Kazinczy, que era ortodoxa. ¿Quería decir que Jenő no parecía un judío ortodoxo, que su aspecto era «provocativo», como ella decía?

A mi padre le gustaba detallar los elementos de esta temprana vida doméstica, más el diseño interior que la experiencia de la vida, telones de fondo decorativos de un estilo de vida burgués, privilegiado y asimilado al mundo gentil. «Mi padre se hacía todos sus trajes a medida en Londres.» O: «Fuimos los primeros de nuestra calle que tuvimos coche», un Renault con asientos de cuero, paneles de madera, «visillos en la ventanilla de atrás», y en el salpicadero un búcaro «con una rosa». O bien recordaba la «gramola de manivela y con muelles» y la primera canción que oyó en ella el joven Pista, la «Canción de la zorra y la oca»:

Zorra, has robado la oca,
devuélvemela.
Si no, el cazador te matará
con su escopeta.

De lo que más hablaba mi padre era de los inmuebles de la familia: de la villa estival en las colinas de Buda, con su piscina, su personal de jardinería, de los dos edificios de viviendas que tenían en barrios elegantes de Pest y, en particular, del «apartamento real» de Ráday utca 9. El majestuoso domicilio de los Friedman tenía balcón doble, techos altísimos, puertas de cristal entre las habitaciones, un salón para recibir invitados y habitaciones para el servicio. El estudio de mi abuelo, que contenía «primeras ediciones de colección» en una librería cerrada, estaba decorado con pesados muebles de madera tallada, tapizados en rojo y marrón, de un estilo que mi padre llamaba «imperio napoleónico». El salón contaba con confidentes y divanes tapizados en terciopelo esmeralda, una vitrina abarrotada de porcelana Rosenthal y un escritorio «imitación Luis XVI». En una pared había tres retratos de familia de tamaño casi natural, encargados al entonces notable pintor húngaro Jakab Ödön. Los Friedman aparecían en pose aristocrática: mi abuelo con esmoquin, mi abuela con un vestido de gala hasta los pies y mi padre, a la sazón con diez años, con chaqué de terciopelo y pantalón del mismo paño hasta la rodilla. Hasta que fue «mayor de edad», momento en que se indicó al pintor –ante la insistencia del modelo adolescente– que lo pintara con pantalón largo. El joven István ya retocaba fotos. «No era propio de un hombre aparecer con pantalón corto», explicó.

En el salón presidido por aquellos imponentes retratos, mi abuelo celebraba «bailes», nombre que mi padre daba a las cenas y veladas con baile. Enviado a la cama muy pronto, Pista permanecía acostado en la oscuridad, con una radio de galena, construida a mano por él, pegada a la oreja para «ahogar el ruido». Otras noches, los padres se ponían sus mejores galas para cumplir el protocolo de la alta sociedad y asistir a los estrenos teatrales y de la ópera. La Edad de Oro había tratado bien a Jenő y Rozi Friedman.

«¡Por fin despunta tu día, oh judío!», cantaba exultante József Kiss, hijo de padres pobres y ortodoxos, y considerado el poeta «más famoso» de Hungría de finales del siglo XIX, en su primera colección de poemas, publicada en 1868. «¡Ahora también tú tienes una patria!» A finales del siglo XIX, los judíos adquirieron además pleno reconocimiento religioso. La Ley de

Admisión de 1895 consagró al judaísmo como religión «aceptada» y reconocida por el Estado.

La nobleza magiar tenía sus razones para facilitar el ascenso de la burguesía hebrea. Para llevar a cabo reformas tan liberales como el matrimonio civil y la nacionalización de la enseñanza, los aristócratas reclutaron a los judíos para contrarrestar la influencia del clero católico. Además, Hungría necesitaba con urgencia modernizarse e industrializarse. En el vacío empresarial que había entre los grandes propietarios rurales y los empobrecidos campesinos, los judíos cumplían el papel esencial de la burguesía. Los nobles cristianos también tenían razones para apoyar la integración de los judíos: al electorado magiar del siglo XIX le faltaba un cinco por ciento para ser mayoría en una región multicultural habitada por grupos descontentos de alemanes, eslovacos, rumanos, rutenos, serbios, eslovenos, croatas y otras minorías étnicas, que peleaban por sus derechos. Los magiares resolvieron la diferencia utilizando astutamente una ley «de nacionalidades» de 1868 –en principio promulgada como gesto de tolerancia hacia las culturas e idiomas minoritarios– para poner en práctica la húngarización lingüística. Desde entonces, cualquiera que declarase que el húngaro era su primera lengua constaría como magiar en el censo nacional. Los judíos aprovecharon la oportunidad, más que otras minorías. A fines de siglo, más del setenta y cinco por ciento de los judíos de Hungría declaraban que el húngaro era su lengua materna (mientras que entre los católicos solo se llegó al cincuenta y cuatro por ciento), con lo que la población magiar se elevó mágicamente al 51,4 por ciento. En un país donde el voto estaba limitado a los contribuyentes con estudios y propiedades, los judíos ricos de las zonas urbanas tuvieron un peso electoral significativo; en Budapest, los judíos representaban más del veinte por ciento de la población y el cuarenta por ciento de los votantes.¹

Fueran cuales fuesen los intereses que motivaron a la añeja aristocracia, los beneficios que obtuvo la burguesía judía de Hungría no tuvieron precedentes. «Ningún país de Europa fue más hospitalario con los inmigrantes judíos ni más abierto a la integración, y ningún país recibió de sus judíos un apoyo más entusiasta que el reino de Hungría en vísperas de la Primera Guerra Mundial», señaló el destacado historiador István Deák. Y quizá habría que añadir que ninguna población judía hizo más por enganchar a su país al tren de la industrialización. A principios del siglo XX, los judíos húngaros habían

fundado y estaban al frente de casi todos los principales bancos del país, de las industrias pesadas, las explotaciones mineras y la mayor fábrica de munición. Eran judíos treinta de los cincuenta miembros fundadores de la Asociación Nacional de Industriales Húngaros. Por sus contribuciones, se concedieron títulos nobiliarios a los patriarcas de trescientas cuarenta y seis familias judías, máximos galardones que podían concederse en un imperio obsesionado por el espíritu aristocrático.

La riqueza fue solo un aspecto de lo que produjo la Edad de Oro. La época también señaló el comienzo de un notable florecimiento del talento creativo y profesional. En 1910, el cincuenta por ciento de los médicos de Hungría, el cuarenta y cinco por ciento de los abogados y periodistas, más del treinta por ciento de los ingenieros y el veinticinco por ciento de los pintores y escritores estaban en manos del cinco por ciento de la población judía. Los judíos húngaros fundaron y financiaron muchos periódicos y revistas literarias, en los que también escribieron, así como editoriales, teatros, cabarés y cines, y crearon la fotografía moderna.² Y contribuyeron a crear un entorno cultural en el que florecieron artistas e intelectuales, tanto judíos como cristianos. Una notable cantidad de gente de letras no judía aceptó esta colaboración, cifrando en ella sus mayores esperanzas de renacimiento cultural. «Veo ante mí el modelo de la nueva ciudadanía», cantaba en 1917 el poeta cristiano Endre Ady. «Si fuera así, sería la solución de todos nuestros problemas y el mayor acontecimiento de la Historia.» Y un desastre si no fuera así. «O alumbramos un pueblo nuevo», concluía, «o vendrá otro diluvio.»

La población judía integrada se dedicó con formidable entusiasmo a alumbrar aquel pueblo nuevo. Sus miembros más destacados encabezaron una eficaz campaña que duró décadas para «húngarizar» el país, modernizando y declarando el húngaro como lengua materna, fomentando la artesanía y la viticultura húngaras (la fama mundial de los bordados Matyó y del vino Tokáy se debe sobre todo a sus promotores judíos) y organizando la fusión de las tres poblaciones provincianas, Buda, Pest y Óbuda, para formar una capital única que, a finales del milenio, fuese un emporio cultural que rivalizara con París y Viena. «Su contribución al desarrollo de su país fue mayor que el de ninguna otra comunidad judía europea», escribió el historiador Jacob Kratz. Más que ningún otro grupo, los judíos inventaron lo que significaba ser húngaro. Y con ello inventaron una «patria» en la que pudiera despuntar su día.

Pero aquella aurora, como los amaneceres aztecas, exigía un sacrificio, una amputación. Según las condiciones del «contrato social de integración», como lo llaman los historiadores de la Edad de Oro, los judíos eran reconocidos como húngaros solo si se «enmendaban». Es decir, si no dejaban traslucir ningún indicio, en el nombre, lealtad, actitud, costumbre, formas de hablar y de vestir, de que eran judíos. Tenían que pasar un examen. Fue una disposición traicionera. «Puede que en ningún otro país de Europa Central», observó István Bibó, «fuera tan inarmónico el mundo interior de la comunidad integradora, ni estuviera tan preñada de falsedad y contradicciones la causa de la integración judía, como en Hungría.»

El día de Año Nuevo de 1896, todas las iglesias de Budapest echaron las campanas al vuelo para anunciar la «conmemoración del milenio», la celebración nacional del milenario de la conquista magiar. Miles de judíos de Budapest dieron gracias en la sinagoga de la calle Dohány, conocida con el nombre de «catedral israelita», gigantesco templo diseñado como basílica y que se gloriaba de tener el órgano más grande del país, un coro, una puerta presidida por un gran rosetón y una fachada que ostentaba estrellas de *ocho* puntas (y no estrellas de David, de seis puntas). En honor de la conmemoración, el rabino Sámuel Kohn inauguró la asamblea milenaria de la Sociedad Literaria Israelita de Hungría con la orgullosa declaración de que «israelita» no era ya sino «el adjetivo del sustantivo magiar». La Asociación de Mujeres Israelitas organizó un baile «precuaresmal» en el Café Cruz Blanca. Y tres mil judíos renunciaron a su apellido y adoptaron identidad magiar a modo de «ofrenda en el altar de la patria». En 1918 ya eran casi cuarenta mil los judíos que habían seguido el ejemplo, «nacionalizando» sus apellidos para que sonaran más húngaros. (El poeta József Kiss, nacido József Klein, fue uno de ellos.) Incluso llamarse judío era excesivo. Ahora eran, como afirmaban los dirigentes de la comunidad judía, «húngaros de creencias mosaicas».

Los jóvenes integrados en particular se apresuraron a borrar su judaísmo con exhibiciones patrióticas, cicatrices de duelos y hazañas deportivas «cristianas». Combatieron en cantidad desproporcionada en la Primera Guerra Mundial (y representaron casi el diecinueve por ciento de la oficialidad del ejército) y más de diez mil cayeron en el campo de batalla. Sus padres donaron millones de coronas a la economía de guerra. En tiempo de paz hubo jóvenes judíos entre los principales astros del deporte húngaro y sus

padres estuvieron entre los principales patrocinadores de los equipos atléticos de la nación. Deportistas judíos ganaron para Hungría la primera medalla de oro en unas Olimpiadas (en natación, en 1896), el primer campeonato mundial (en patinaje artístico) y su único Premio Helms al mejor deportista del mundo (un corredor de fondo). En los cinco primeros Juegos Olímpicos, los atletas judíos se llevaron cinco de las nueve medallas de oro individuales que obtuvo Hungría (y representaron casi el sesenta por ciento de los miembros de los equipos que ganaron el oro) y conquistaron fama internacional para el país gracias a su legendario equipo de esgrima. Attila Petschauer, el prodigio judío húngaro ampliamente considerado uno de los mejores esgrimidores del mundo, encabezó el equipo que ganó dos medallas de oro en el Campeonato Mundial y dos medallas de oro en sendos Juegos Olímpicos. Fue designado «Mejor Esgrimidor de Hungría» y «el nuevo D'Artagnan», el mosquetero de los magiares.

El sionismo tuvo poco impacto en la burguesía judía de Budapest, aunque sus visionarios fundadores, Theodor Herzl y Max Nordau, procedían de familias de Budapest. *El Estado judío*, de Herzl, publicado el año de la celebración del milenario, suscitó entusiasmo e inquietud en todos los países menos en el del autor. «El profeta Jeremías nos llama para que nos pongamos al servicio del bienestar de nuestra patria», afirmó por entonces Simon Hevesi, principal rabino de la sinagoga de la calle Dohány. «El sionismo es incompatible con el alma de los judíos húngaros.» *Egyenlőség*, a la sazón el periódico judío más influyente del país, aconsejó a sus lectores: «En Hungría, el sionismo solo puede tener un nombre: alta traición.» *Sionismo*, de Nordau, se publicó en Hungría en 1902 y su traductor, Gyula Gabel, añadió una nota, señalando que los judíos húngaros no tenían necesidad de ningún sionismo, porque todos eran «ciudadanos felices y emancipados de un país caballeroso».

El entusiasmo con que los judíos de principios del siglo xx se hungarizaron en «nuestra patria» a menudo sobrepasaba el de sus compatriotas gentiles. Como señalaba un avisado húngaro de la época, «¡Nadie era más duelista, ni mejor jinete, ni más bebedor, ni mejor serenatista que un judío húngaro integrado!». El autor judío Pál Ignóty comentaba que sus hermanos «mosaicos» parecían «más fervientemente magiares que los propios magiares». El novelista cristiano Kálmán Mikszáth escribió en 1879 a

propósito de la comunidad judía de Szeged, la segunda ciudad más grande de Hungría:

Ya no hay judíos en Szeged. [...] Las chicas enamoradas expresan su tristeza con canciones populares húngaras y el retrato del difunto rabino que cuelga en las casas judías está cubierto por un paño con los colores rojo, blanco y verde de la bandera húngara. La última generación podría incluso pensar que Jehová es un viejo vestido con el dolmán húngaro con caireles dorados.

Para zanjar una disputa cierta tarde –una discusión muy civilizada mientras tomábamos café y raciones de pastel vienes de siete pisos–, mi padre se puso a cantar.

No nací en la soleada España,
mi padre era de Rovno Gubernya,
pero ahora estoy aquí, bailando un tango;
¡dii dii di!, ¡dii di dii di!
Me he integrado fácilmente,
me he integrado muy fácilmente.

Despojada de ironías, «The Old Lady's Tango» de la opereta *Candide* de Leonard Bernstein habría podido servir para describir en buena medida a la comunidad judía de la Edad de Oro de Budapest. Hasta que la edad en cuestión se vino abajo. Mi padre, sin embargo, la utilizaba para describir su vida en la Hungría de nuestros días.

–Estoy muy bien integrado –dijo secándose las manos en el delantal, una prenda con cuadros amarillos y dobladillo de volantes–. No he tenido absolutamente ningún problema. No creas todas esas tonterías.

–¿Qué tonterías?

–Eso de que aquí sigue habiendo antisemitismo.

–¿Ah? –Nuestra discusión había surgido por un artículo aparecido en el *Budapest Sun*, el periódico de lengua inglesa. Era una noticia sobre un grupo neonazi que pegaba carteles afirmando que era seguidor de Ferenc Szálasi, jefe del Partido de la Cruz Flechada, la organización nazi que había gobernado en Hungría durante los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial. En los carteles figuraba un logotipo que parecía idéntico al emblema de la Cruz Flechada, lo que significaba una infracción de la

prohibición dictada por el gobierno contra tales símbolos. La policía no había puesto objeciones al logotipo, según el *Sun*, porque el grupo neonazi lo había modificado ligeramente. Mi padre, un fan de los retoques, pensaba que la noticia «carecía de importancia»-. ¿Y el cristalero del que me hablaste? – pregunté. Unos años antes, mi padre había contratado los servicios de una cristalería para que pusiera puertas de cristal en la sala. Insatisfecho con el resultado, había amenazado a la empresa con no pagarle y el cristalero había respondido a gritos: «Por eso os tendrían que haber gaseado a todos.»

–Bueeeeno –dijo respondiendo a mi pregunta–, aquello fue una excepción. Realmente hay muy poco antisemitismo aquí.

Yo recordaba otra «excepción» que tuvo lugar en una de las anteriores excursiones de mi padre por el Budapest poscomunista, allá en los años ochenta. Tras ponerse al día con las famosas pastas de Gerbaud y chapotear en las piscinas con olas del Hotel Gellért, mi padre decidió fotografiar un edificio local o, mejor dicho, los bombardeados restos de uno. La sinagoga de la calle Dohány, la «catedral israelita», con sus estrellas de ocho puntas, seguía cerrada con tablas (como muchos otros templos judíos: no era de extrañar que no visitáramos sinagogas cuando íbamos a Hungría a pasar las vacaciones en familia). Un grupo de viandantes se detuvo a mirar al fotógrafo americano que estaba montando el trípode. Se pusieron a hablar entre ellos, suponiendo que el fotógrafo no entendía el húngaro, aunque lo entendía perfectamente. «No entendían por qué quería nadie fotografiar aquel edificio», contó mi padre. «Decían: “Fijaos en ese judío rico. Esa gente destruyó Hungría. Se llevaron su riqueza. Los malditos judíos merecieron morir.”»

A mí me daba la impresión de que la Hungría a la que había vuelto mi padre no había tomado su identidad de la Edad de Oro de la colaboración judío-magiar, sino de la era inmediatamente posterior. A raíz de la Primera Guerra Mundial, los judíos húngaros dejaron de ser los más integrados de Europa para estar entre los más vilipendiados y ser víctimas de la primera legislación antisemita del siglo; en efecto, ya en los años treinta se les privó de sus propiedades, sus profesiones y sus libertades, y al final fueron objeto de una de las campañas de exterminio más sistemáticas del genocidio nazi. «Por fin despunta tu día, oh judío», había exclamado Kiss en 1868. Tres cuartos de siglo después, casi medio millón de judíos húngaros fueron enviados a Auschwitz, en la etapa final de lo que «probablemente fue el

crimen mayor y más horrible que se haya cometido en toda la historia del mundo», en palabras de Winston Churchill.

Theodor Herzl, por ejemplo, ya lo había predicho. En una carta de 1903 a un parlamentario judío húngaro, el fundador del sionismo había advertido: «La mano del destino también caerá sobre los judíos húngaros. Y cuanto más tarde ocurra, y más fuertes sean estos judíos, más cruel y duro será el golpe, que se asestará con todo salvajismo. No hay forma de escapar.»

Una mañana mi padre me emplazó en su despacho del desván. Estaba sentada ante el ordenador, con un vestido casero azul con flores naranja y zapatillas de felpa. En la pantalla esperaba una foto. La había escaneado unos años antes, según me dijo, y guardado en una carpeta del disco duro llamada «Familia». Estaba fechada en 1943.

En la foto había tres filas de personas posando para un retrato de grupo. La ocasión era las bodas de oro de los abuelos paternos de mi padre, que se celebraban en su elegante finca de Kassa. Mis bisabuelos, Sámuel y Frida Friedman, están sentados en la primera fila, rodeados por trece personas, entre hermanos, hermanas, hijos y nietos. Los hombres con traje y corbata, las mujeres con vestido formal, acicaladas y bien peinadas. Sámuel sostiene una corona de metal, en cada una de cuyas hojas doradas figura el nombre de un miembro del árbol genealógico. En el extremo izquierdo de la última fila veo un chico delgado como el palo de una escoba que debe de tener dieciséis años, pero parece mucho más joven. Tiene una mano entre los botones del chaleco, en pose napoleónica: es mi padre.

Observé atentamente a aquel grupo engalanado con trajes a medida y broches de marfil, aquel himno a la prosperidad de la Edad de Oro, aquel testamento no retocable con Photoshop de un mundo que había existido en otra época, y me dije: ya no hay judíos en Kassa.

9. RÁDAY 9

–Vamos a ver el piso donde creciste –sugerí. Estábamos otra vez delante del ordenador. Esta vez le tocaba a los vídeos de danzas populares húngaras y de cursillos sobre cambios de voz de los transexuales. («Cómo tener una voz femenina», por Melanie Anne Phillips: «Nada permite leer más aprisa que una voz que no coincida con el aspecto. [...] Puede que la ropa haga al hombre, pero es la voz lo que hace a la mujer.»)

Mi padre no respondió y repetí la propuesta:

–Ya sabes, el de la calle Ráday –dije. Aquel en que los muebles y vitrinas de Luis XVI atesoraban la porcelana Rosenthal de la que tanto había oído hablar, el «apartamento real».

Mi padre hizo clic sobre su colección de fotos lunares de la NASA.

–Veamos algunas fotos tuyas –sugerí–. Las que has hecho tú personalmente.

–Las tiene tu madre –dijo.

La verdad es que mi madre no las tenía, ya no. La primavera anterior a mi primer viaje a Budapest había llegado a mi casa de Portland una abultada caja de cartón sujeta con cinta adhesiva. Mi madre había sufrido un ataque limpiador y me había mandado la colección Faludi de fotografías. Las había guardado en su casa durante años, en un viejo baúl de ajuar que también contenía jerséis de lana y mantas, y cuando abrí la caja, todo apestaba a naftalina. Dentro, debajo de bandejas de diapositivas de antiguas excursiones y sobres de fotos sueltas que la humedad había convertido en un poso sólido, estaba nuestro último álbum: el título *Recuerdos de familia*, grabado en relieve dorado en la cubierta roja, ya de color marrón.

Pegada en una página había una foto de mi madre posando con un hinchado vestido de novia, en el otoño de 1957, con la cara pálida y tensa. Vi fotos de mi madre del momento de la boda, con su compañera de habitación y un tío suyo como únicos testigos. Sus padres no habían querido acudir, ni siquiera su padre (que era judío y había cambiado su apellido, Levi, por

Lanning), y todo porque se casaba con un judío, y peor aún, en una sinagoga. Había también fotos de los primeros años de casada de mi madre, de cuando vivían en Queens, y de mí y de mi hermano cuando éramos niños de pecho, luego cuando todavía andábamos a gatas, luego adolescentes con granos, fotos enmarcadas en láminas escolares con otros estudiantes. ¿Dónde estaban las fotos de los años de casado de mi padre? Las descoloridas páginas del álbum presentaban indicios de supresiones deliberadas. Podían verse cuadrados oscuros donde antes había habido fotos. Mi madre también había llevado a cabo su pequeña labor de «enmascaramiento». Algunas fotos simplemente se habían rasgado por la mitad. Su labor, si no diestra, había sido completa; no había dejado el menor rastro de los veinte años de vida doméstica americana de mi padre.

—¿Tiene tu madre aquella foto en la que estaba yo de pequeño? —me preguntó mi padre—. Aquella en la que yo tenía el pelo largo, rubio y rizado. —Le dije que creía que no. Pensando: pero ¿no ha sido siempre negro tu pelo?—. Me estaban bañando en el fregadero de la cocina. Yo tenía el pelo rubio. Parecía Ricitos de Oro.

Conocía una foto que casaba con aquella descripción, una foto de una criatura que todavía andaba a gatas y a la que bañaban en el fregadero de la cocina. La había visto en el álbum de *Recuerdos de familia*. Pero el fregadero estaba en Queens. Y la criatura era yo.

Me encogí de hombros por toda respuesta y mi padre pasó a otra cosa.

—¿Recuerdas el vestido folclórico que te regalé? —dijo—. Cuando vinimos a Hungría todos juntos, como una *familia*. —Subrayó la última palabra. Yo asentí con la cabeza—. ¡Lo detestabas! —añadió.

—¡Lo detestaba! —confirmé, absurdamente emocionada por su recuerdo.

Se echó a reír y la imité.

—No sé por qué detestabas tanto aquel vestido —dijo—. Fíjate en esto.

Dejó la NASA y paseó el puntero del ratón por un mar de carpetas hasta que dio con una que se titulaba «Trajes tradicionales», luego hizo clic en multitud de fotos de vertiginosas bailarinas de *csárdás*, ataviadas con falda ahuecada, adornada con cintas y con peto bordado, cada una con su respectivo nombre: «Traje campesino tradicional, 1936», «Danza popular húngara, 1938»... El *csárdás* se revitalizó en Hungría durante los mismos años que el fascismo. La imagen en la que mi padre se detuvo era moderna.

—Ahí estoy yo. —Era una foto de mi padre ataviada con el Disfraz, o al

menos con un vestido muy parecido a aquel por el que habíamos sostenido enconadas peleas: el mismo cuerpo con cuello de encaje, la falda hinchada y el delantal con pimpollo y tulipán que quiso que llevara al instituto. Mi padre parecía congelada en mitad de un paso de danza.

–¿Tienes uno así? –pregunté.

–¡Ojalá! –dijo–. Encontré una foto en Internet. –Y le pegó su físico con Photoshop.

Ya me había preguntado en alguna ocasión si con aquella feminidad latente se había probado la ropa de mi madre, o la mía, cuando vivíamos en Yorktown Heights. Se lo pregunté directamente una tarde, durante uno de nuestros encuentros de café y pastel, y recibí una de aquellas respuestas tuyas que no eran respuestas y eran su marca de fábrica. «Bueeeno. No. Quizá.» Y ahora me preguntaba si el vestido que me había obligado a llevar era un traje que había deseado para sí.

–¿Por qué te gusta tanto? –dije señalando el vestido de la pantalla.

–Soy un patriota húngaro –dijo–. Me recuerda cómo era el país cuando yo era pequeño.

Vi allí mi oportunidad.

–Entonces, vamos a ver la casa donde viviste de niño.

–No sirve de nada –dijo.

–Pero es que quiero...

–Y yo no quiero ir hasta allí –dijo, como si Pest estuviera a un día de viaje y no a quince minutos paseando–. De todos modos, no es necesario. Puedes verla en Internet. –Pulsó unas cuantas teclas y apareció una foto de la manzana en la que había vivido de pequeño–. Mira –dijo señalando la imagen borrosa y parcial de un edificio situado a mitad de calle–. Ahí estaba mi habitación –añadió refiriéndose a una mancha que tal vez correspondiese a una ventana del segundo piso. Lo que sin embargo me llamó la atención fue cómo había recuperado la imagen. No había escrito la dirección en Google. Había pinchado el enlace en una carpeta del disco duro que se llamaba «Material borrado». Borrado, pero no borrado. Mi padre tenía una curiosa forma de eliminar el pasado.

La primera vez que regresó a Hungría, había emprendido una campaña en toda regla para reclamar Ráday 9, así como Váci 28, los dos edificios de Pest que habían sido de mi abuelo. Mi padre desenterró las escrituras originales y escribió una carta, detallando cómo la propiedad de los Friedman había sido

«robada» por el régimen comunista. Presentó el documento a diversas autoridades y a cada uno de los ocupantes contemporáneos del edificio. No consiguió nada. La Hungría poscomunista tenía un sistema para recuperar las propiedades nacionalizadas por el Estado, pero era lentísimo, un sistema con muchos papeles, largas esperas y míseras indemnizaciones. En el caso de mi padre, dos edificios de viviendas muy bien situadas que evidentemente valían millones, se estimó que la indemnización ascendía a seis mil quinientos dólares. (Mi abuelo se había visto obligado a vender la villa de verano durante la guerra, imposibilitando toda posibilidad de recuperación.)

Mi padre escribió quejándose a la presidencia del gobierno húngaro, a los ministros de Justicia y Agricultura y a varios parlamentarios, así como a la embajada estadounidense, al embajador de Estados Unidos en Hungría y a dos diputados norteamericanos de origen húngaro. Tampoco aquello sirvió de nada. Entonces se afilió al Partido Independiente de los Minifundistas, de la derecha conservadora, porque sus dirigentes empezaron a exigir la devolución de las propiedades nacionalizadas durante el comunismo. Mi padre tenía además una antigua relación, más personal, con el partido, también relacionada con los inmuebles. En 1946, el dirigente de los Minifundistas, Ferenc Nagy, fue elegido primer ministro en las primeras elecciones democráticas de Hungría, un cargo en el que duró poco más de un año, ya que los comunistas tomaron el poder por entonces. Nagy había residido en Ráday 9 desde los años treinta. Él y mis abuelos fueron amigos (demasiado amigos, sospechaba mi padre, en el caso de mi abuela Rozi, que antes de la guerra quedaba por las tardes con Nagy en la pastelería de la planta baja de Ráday 9 para charlar). Con el paso de los años, Nagy había hecho algunos favores a la familia Friedman. «Nagy era un gran hombre», me contó mi padre. «Se decía que si no hubiera sido por los comunistas, habría metido en vereda a todo el país. Y estábamos en buenas relaciones con él.»

De la militancia de mi padre con los Minifundistas en los años noventa no salió nada tangible. Cuando falló todo lo demás, quiso establecer una cabeza de playa en Ráday utca por otros medios, invirtiendo en una tienda de equipo de montañismo... en un país sin montañas de verdad. Prestó el capital inicial a los dos jóvenes que iban a hacerse cargo de la tienda y que andaban escasos de fondos. La tienda estuvo, por presiones de mi padre, en la misma manzana que Ráday 9.

–Lo que a mí me gustaría es ir al sitio concreto donde viviste –dije yo, para variar.

–No hay nada que ver allí –respondió ella, para variar.

En cierto modo, tenía razón. ¿Qué podía quedar allí de su presencia después de todo el tiempo transcurrido? Y, sin embargo, la proximidad de los puntos importantes de su juventud ejercía sobre mí una atracción irresistible. Había vivido toda mi infancia con la presencia del fantasma del apartamento real del edificio de estilo Secesión, diseñado en 1911 por Gyula Fodor, destacado arquitecto judío húngaro cuya trayectoria profesional terminó bruscamente en los años treinta.

–Háblame de tus padres –dije.

–No hay nada que contar –replicó ella, volviendo a continuación a lo que ya me había contado en diversas ocasiones–. Su divorcio fue una tontería. Totalmente innecesario. Pero al final conseguí reunirlos. –Sus ojos fijos en los míos–. *Yo conseguí reunir a mis padres* –repitió. *Cosa que no has hecho tú*, parecía decirme. Era mi turno de no responder.

En 1940, las peleas domésticas de mis abuelos acabaron en separación. Jenő y Rozi, cuyo matrimonio había sido una novela rosa, empezaron los largos y dolorosos trámites de divorcio. Se contrataron abogados, se intercambiaron acusaciones y contraacusaciones de infidelidad. Antes de que el caso Friedman contra Friedman llegara a los tribunales, se interpuso una guerra mundial.

–¿De veras tenía tu madre un amante? –pregunté.

–Bueeeeno –respondió mi padre.

–Bueno ¿qué?

–En aquellos tiempos no se hablaba de esas cosas delante de los hijos. *Nicht für Kinder!*

–Pero tú lo sospechabas.

–Se veía con un abogado –dijo. Y con un fabricante–. Iba detrás de los ricos –añadió con una mueca–. Mi madre era una auténtica buscadora de oro.

También de Jenő se rumoreaba que había tenido varias aventuras, por ejemplo con la cocinera y por lo menos con una de las doncellas.

–Siempre iba detrás de las mujeres del *Volk* –dijo mi padre con aprobación–. Estas cosas se aceptaban en la sociedad europea.

Entre los hombres, en cualquier caso. Las doncellas eran campesinas

cristianas. Una, según recordaba mi padre, se llamaba Maryska. Se paseaba por la casa con el traje magiar «tradicional».

–Una vez me puso uno de los suyos –me soltó de manera inesperada–. Yo tendría siete u ocho años. –Se miró la falda y alisó los pliegues–. Era un vestidito local –prosiguió–. Con topos. Maryska me dijo que como niña sería muy guapa.

–¿Y lo eras?

–Seguramente. Mi madre se quejaba siempre de que parecía un alfeñique. Habló con la cocinera para que me engordara.

–Puede que estuviera preocupada por tu salud.

Sus facciones se ensombrecieron.

–Lo único que preocupaba a mi madre era su aspecto.

Cuando mis abuelos se separaron, Jenő se mudó al Hotel Astoria, un hotel de lujo inspirado en el Waldorf-Astoria, y despachó a su repudiada esposa a un estudio amueblado. Envió a su único hijo a casa de un profesor del instituto judío, «porque no acababan de resolver con quién iba a vivir yo», comentó mi padre. El profesor era un ortodoxo «mojigato», un fanático de la disciplina que quiso inculcar la religión a la fuerza a su desdichado y joven huésped. «Una época terrible», concluyó mi padre, negándose a decir más. Lo máximo que pude sonsacarle fue que aquello «no era bueno para un niño».

El destierro duró un par de años.

–Mientras vivía en casa de aquel profesor fue cuando estuvo a punto de atropellarme el tranvía –contó–. O yo iba despistado o...

–¿O? –pregunté.

–O me había cansado de vivir.

El joven István había bajado de la acera para cruzar Nagy Körút, la ancha avenida de circunvalación que rodea el centro de Pest.

–Estaba enfrente mismo del Teatro Nacional. –Iba solo y no vio, o no quiso ver, que el tranvía número 6 tomaba la curva en aquel momento–. Y entonces una mano salida de ninguna parte me sujeta y tira de mí. –La mano era de su padre, que casualmente estaba en aquella misma esquina en aquel preciso instante–. Fue un milagro –añadió–. Y él fue mi ángel de la guarda. –Un ángel, dije para mí, que se daba la gran vida en un hotel de lujo, tras haber despachado a su hijo a casa de un tirano religioso y a su mujer a una habitación amueblada.

István cumplió trece años mientras vivía con el profesor. Y recibió de su padre un regalo desproporcionado que despertó en él una pasión por el cine que le duró toda la vida: una cámara Pathé de 9,5 milímetros. El presente, como se vio después, fue en sustitución de su presencia. Aquel otoño se celebró el bar mitzvá de mi padre en la sinagoga del instituto judío de enseñanza media, el Gimnázium Zsidó. No asistieron ni Jenő ni Rozi.

–Qué horror –dije.

–Bueeno, estaban demasiado ocupados con sus propios problemas. Los que ellos crearon.

Sugerí ir a ver el instituto, otra propuesta que cayó en saco roto.

–¿Por qué?

–¿Por qué? –La voz empezó a temblarme–. Porque me gustaría ver algo que haya tenido alguna relación con tu vida en Budapest.

Volvió a encarar la pantalla del ordenador y caviló mientras observaba la foto desenfocada de Google del edificio de viviendas de la calle Ráday.

–No es una buena foto –dijo al cabo del rato.

–No –dije–, no lo es.

Frunció los labios.

–Te lo dije, ya no es mi vida. Es historia antigua.

–Me da igual –dije–. Solo quiero ver algo. Quiero salir de casa.

–Tienes que calmarte –dijo–. Te estás poniendo irracional.

–Tú me pones irracional –dije de un modo irracional.

–No lo entiendes –dijo.

–¿Qué es lo que no entiendo?

Esta vez no hubo respuesta.

¿Qué estaba haciendo yo allí? Mi padre parecía la misma persona impenetrable de antaño, el individuo aislado que siempre había sido. Por lo que yo veía, volverse mujer no había hecho sino levantar otra barricada, otro falso frente tras el que ocultarse. Todos los caminos hacia el interior estaban bloqueados por un recortable de cartulina de recargada feminidad, una feliz ama de casa que estaba impaciente por «volver a la cocina», una campesina dando un paso de baile vestida con traje regional pasado por Photoshop. No era de extrañar que a mi padre le encantara *El mago de Oz*. Ella era la maga: «No prestes atención al hombre que hay detrás de la cortina.»

Cuando bajé para desayunar a la mañana siguiente, mi padre buscaba en la videoteca una copia de *Alegría y revitalización*, la película que había filmado

durante una reunión de antiguos compañeros de estudios del Gimnázium Zsidó que se celebró en 2001 en Toronto.

–La reunión a la que no acudiste –me recordó. La vimos en el gigantesco televisor de la sala.

Tras una lenta panorámica del hotel Four Seasons de Toronto (mientras en la banda sonora se oía a todo volumen la «Obertura para un festival académico» de Brahms), la cámara pasaba a fijarse en los hombres ya maduros que hablaban cordialmente mientras tomaban vino y entremeses en una sala de reuniones. Mi padre hace una breve aparición con un chaleco caqui de fotógrafo y un micrófono en la mano. La acción culmina con una larga comida en una sala de banquetes del hotel, donde los exalumnos del Gimnázium Zsidó se levantan por turno para hablar, casi exclusivamente en húngaro. Solo entendí algunas palabras: «Bergen-Belsen... Buchenwald... gueto... SS.»

–¿Qué dicen?

–Bueeeno, mucha historia antigua –respondió mi padre–. La cuestión es que ya lo has visto. –Se levantó para preparar el café.

Guardé silencio mientras desayunábamos.

–Deberías probar esta salchicha –dijo empujando hacia mí un plato de relucientes salchichas cortadas–. *Gyulai kolbász*. Auténticamente húngaras.

Le dije que no tenía hambre. Se sirvió varios pedazos y miró de reojo a su ofendida hija. Al cabo del rato dijo:

–Entiéndelo, ya no es judío. –Se refería al edificio donde en otra época había estado el Gimnázium Zsidó. Hacía tiempo que no lo era, desde que había cerrado sus puertas durante la guerra, aunque había vuelto a abrirlas, pero ya como Real Facultad Católica de Magisterio y Escuela de Capacitación–. O sea que ya te lo he dicho, no hay nada que ver.

Se detuvo en una plaza cubierta de hierba, al lado de una parada de tranvía, y apagó el motor de Der California Exclusive. Unas cuantas manzanas más abajo, en la misma calle, de cara a las vías, se alzaba un edificio de viviendas de la época comunista, un búnker chaparro y sin pintar, construido encima de una serie de garajes iguales. En la azotea plana había una caótica acumulación de antenas parabólicas en todas las posiciones. Estábamos en otoño, pero hacía calor y mi padre se había puesto su «vestido ligero de

verano», azul con lunares blancos y zapatos de lentejuelas rojas que según ella le hacían daño en los dedos, aunque se los ponía igualmente. Eran sus favoritos. Los llamaba «mis zapatillas de rubí». Era la antevíspera de mi regreso a Estados Unidos. Hasta cierto punto me sentía animada, y no solo porque fuera a viajar en avión muy pronto. Habíamos salido de la casa.

En un pequeño balcón del primer piso había una mujer inclinada sobre una maceta de geranios. Me saludó. Era Ilonka. Me habían encargado recogerla. Desde la operación, según mi padre, el marido de Ilonka no permitía que Stefánie se acercara a su domicilio.

La vivienda era pequeña y oscura, con muebles muy grandes que reducían mucho el espacio. En las paredes vi cruces e iconos; en un aparador había pequeñas figuras de la Virgen. El marido de Ilonka, un hombre musculoso y macizo, y con la complexión tosca y deforme que produce una vida de trabajo manual, se levantó para saludarme. «*Kezét csókolom*», dijo. Era una expresión húngara que conocía, una anticuada fórmula que los hombres utilizaban para saludar a las mujeres y que significaba literalmente «beso su mano». Ilonka era baja y regordeta e irradiaba calor maternal. Advertí que llevaba pendientes de perlas, un regalo que le había hecho mi padre hacía años, cuando todavía era hombre. Murmuró expresiones de afecto y me regaló una estampa de su iglesia, una imagen de la Virgen. Al cabo del rato me cogió de la mano y nos dirigimos hacia la caravana.

Ante mi consternación, mi padre volvió a la colina del Castillo, a un lugar situado a un tiro de piedra de las torretas del Bastión de los Pescadores. Ilonka quiso enseñarme la célebre iglesia de Matías, la Iglesia de Nuestra Señora. «Bueeeno»; comentó mi padre, «Ilonka siempre quiere ir a la iglesia.» En los viajes que habían hecho por Europa, se habían detenido en cada templo que encontraban dedicado a la Virgen, además de multitud de cementerios, catacumbas y criptas. «Ilonka es un poco necrófila», añadió bromeando. «¡Pero de mente abierta!» En la iglesia de Matías tuvo lugar el «milagro de la Virgen». En 1686, durante la batalla de Budapest entre el ejército otomano de ocupación y las fuerzas liberadoras de la Liga Santa, un cañonazo dejó al descubierto una oculta estatuilla votiva de la Virgen. Contaba mi padre que a la vista de la imagen, la moral de los turcos se vino abajo y la ciudad cayó en manos de la Liga Santa aquel mismo día. «Al menos, eso cuenta la leyenda», dijo. Anduvimos por las oscuras capillas del templo, oyendo continuamente el golpeteo de las zapatillas de rubí de mi

padre contra el suelo de piedra. Ilonka encendió algunas velas en el altar de Nuestra Señora.

Luego nos detuvimos en un puesto del exterior donde unas ancianas vestidas de gitanas vendían bolsos y cojines «tradicionales» húngaros, con muchos bordados, y que parecían sospechosamente fabricados en serie. Mi padre acarició la posibilidad de comprar algunos bolsos de mano, sin asas. «Son perfectos para la ópera», dijo. Mientras mirábamos la mercancía expuesta, Ilonka recordó el momento en que descubrió el interés de mi padre por la indumentaria femenina.

–Siempre quería comprarme ropa –me dijo, mientras mi padre traducía–. Y yo pensaba: ¡qué caballero! Hasta que me di cuenta de que la quería para él. – Un día, dijo, estaban en una tienda de ropa y ella vio que mi padre se entretenía en la sección de camiones de mujer. Ilonka cogió uno y le señaló los probadores con la cabeza. Mi padre entró en un cubículo, Ilonka le pasó la prenda por debajo de la puerta y estuvo de guardia hasta que se lo probó–. Desde entonces cooperamos –prosiguió Ilonka. Compraban juntos los vestidos y los llevaban a casa: él se los ponía y ella lo fotografiaba.

–Ilonka me ayudó a diseñar mi mejor vestido –intervino mi padre. El proyecto había empezado una noche que estaban viendo *Cena a las ocho*, la comedia costumbrista de 1933, dirigida por George Cukor (hijo de inmigrantes judío húngaros), con Jean Harlow en el papel de corista buscadora de oro. («¡Seré una señora aunque me cueste la vida!») Mi padre adoraba la película, tenía copias en Betamax, VHS y DVD, y la veía por lo menos una vez al año. Cuando la doncella de la buscadora de oro aparecía en escena, mi padre pulsaba el botón de pausa. La criada iba ataviada con atuendo de doncella francesa, una versión particularmente exagerada, con tocado de terciopelo y encaje y un delantal de volantes atado con un lazo gigantesco. Mi padre le pidió a Ilonka que le dibujara aquel vestido con todo lujo de detalles («Ilonka es muy buena dibujante») y llevó el resultado al Katti Zoób Szalon, una casa de alta costura de Pest dirigida por una antigua diseñadora de vestuario donde, por una elevada cantidad, duplicaban fielmente el vestido hasta el último respunte. Era el vestido que llevaba mi padre en el salvapantallas.

La colaboración de Ilonka prosiguió durante varios años. Cuando mi padre se atrevió a ir por primera vez a una reunión del club Trans-X, una organización austriaca de transgéneros que se concentraba periódicamente en

un establecimiento de Viena, Ilonka lo acompañó. «Le daba miedo ir solo», recordaba la mujer. Estuvieron sentados en un banco delante del restaurante durante un rato largo, contaba mi padre, Ilonka dándole la mano «mientras yo me armaba de valor para entrar». Mi padre se acuerda poco de la siguiente reunión, solo una anécdota que un miembro del club contó durante la comida. «Cuando este tipo era pequeño, lo pillaron vestido de mujer», me contó mi padre. «Su padre lo entregó a un agente de policía que era nazi, un nazi *de verdad*. Y el agente empezó a pegarle. Periódicamente. Para “curarlo”.» La anécdota todavía la inquieta.

Durante los dos años siguientes mi padre asistió a algunos actos organizados por Trans-X, entre ellos una fiesta navideña («Llevé un pastel húngaro muy bueno») y escapadas rurales de fin de semana, patrocinadas por Transgénero en Austria, una a un hotel de Suecia, donde consejeros de modas y belleza ofrecían (según decían los folletos) «análisis del estilo y el color personales» y diseñaban un «vestido de noche hecho a mano exclusivamente para tu cuerpo», todo ello seguido por una sesión de posado delante de «uno de los fotógrafos más actuales de Dinamarca». Ilonka también fue. «Me lo pasé estupendamente mirando vestidos y zapatos», me contó la mujer. «Fue como ver una película.» En otra excursión, a la que Ilonka se apuntó igualmente, los miembros del club acamparon en Croacia y tomaron el sol sin sostén en la playa. Al día siguiente, mi padre se enfadó con uno de los campistas –«me interrumpió mientras contaba una anécdota sobre Ilonka»–, recogieron sus cosas y se fueron con la caravana. «Ilonka y yo proseguimos la excursión sin ellos», dijo mi padre. «Yyyy nos lo pasamos muy bien.»

Mientras dábamos vueltas por las calles adoquinadas del distrito del Castillo, Ilonka se colgó del brazo de mi padre y le habló un rato en húngaro.

–¿Qué te ha dicho?

–Ilonka se ha acordado de cuando fui a Tailandia. –Para la operación–. Dice que estaba tan preocupada que sufrió un ataque al corazón. Bueeeno, ella *creyó* que era un ataque al corazón. Tuvo dolores en el pecho y fue al hospital. Pero no supieron qué le pasaba.

«Todo el tiempo estuve pensando que volvería sin haberse hecho nada», me contó Ilonka más tarde. «Pensaba que todo era una broma. Si lo hubiera sabido, habría hecho cualquier cosa para convencerlo de que no se operase. Cuando me llamó desde Tailandia, me quedé de piedra. Me sentó realmente mal.»

Al día siguiente de su regreso, la abatida Ilonka fue a verlo con comestibles, y durante las semanas que mi padre estuvo convaleciente le preparó las comidas y le limpió la casa. Una doncella sin uniforme. Fue de las pocas personas del círculo íntimo de mi padre que estuvo a su lado después de la operación.

«Todos se mantenían a distancia», recordaba Ilonka. Un antiguo socio comercial se negó a hablar con él, y como Stefi lo llamó varias veces, el tipo cambió de número. Los funcionarios del Partido de los Minifundistas, que lo habían acogido con los brazos abiertos, ahora lo rehuían.

–Si no te hubieras hecho mujer –le pregunté–, ¿qué habría ocurrido entre tú e Ilonka?

–Bueeeno, no había mucho que hacer: estaba casada.

–¿Y si se hubiera divorciado? ¿Te habrías casado con ella?

Anduvimos otra manzana antes de que mi padre respondiera.

–Ilonka era la mujer que me convenía... Pero es católica. Los católicos no se divorcian.

Ilonka dijo algo más. Mi padre se echó a reír; fue una carcajada dolorosa pero sincera.

–Ilonka dice que siempre quiso ser monja... Bueeeno, quizá su deseo ahora se haga realidad.

Terminamos con el distrito del Castillo y estábamos en la mitad del día. Mientras descendíamos con la caravana, dejé caer una propuesta:

–Me gustaría ver la tienda de montañismo que ayudaste a lanzar en Pest. – Mi maniobra estuvo clara, al menos para mí. No me interesaba la tienda, solo su situación: la calle donde también estaba el apartamento real. Ante mi sorpresa, mi padre accedió.

Encontramos espacio para aparcar a unas calles de distancia –toda una hazaña, dada la cantidad de metros que exigía Der Exclusive– y fuimos a pie por Ráday, que recientemente había sido transformada en zona peatonal. Las aceras estaban llenas de mesas de cafeterías. Mi padre parecía complacido. «Cuando vine aquí después de tantísimo tiempo, en el año 89, era un basurero lleno de porquería, nada se había pintado desde la guerra», dijo. «Aquí solo vivían gitanos.» Paseamos entre tiendas de modas, galerías de arte, un establecimiento fotográfico y luego una larga fila de bares y restaurantes modernos: Pink Cadillac, París Texas, Top Joy, Drive 911, Soul Café, Lizard Café Island of Calmness. No precisamente muy húngaros, me dije. La tarde

era cálida, la acera estaba llena de mesas. Los clientes charlaban bajo sombrillas rojiazules con publicidad de marcas americanas: Marlboro, Red Bull. Mi padre nos condujo al establecimiento.

La tienda era luminosa y olía a madera recién cortada y a pintura reciente. No había clientes en aquel momento.

–El negocio va mal –dijo mi padre. Cuando volví a Budapest, la tienda había desaparecido y en su lugar había una cafetería–. Y aquí está la línea de zapatos que encontré –añadió señalando una pared con botas de alpinista de un fabricante alemán–. Las traía de contrabando en la otra caravana cuando venía de Alemania. Las escondía debajo del asiento –para no pagar impuestos–. Enseñaba el pasaporte americano en la aduana y decían: «Siga adelante, míster Faludi.»

Cogí una bota y leí la etiqueta: Hanwag.

–Abreviatura de Hans Wagner –dijo mi padre. Era el fundador de la compañía. Había diseñado botas para el equipo de esquí del Tercer Reich en los Juegos Olímpicos de 1936. Mi padre había visitado a Wagner unas cuantas veces y se lo llevó a tomar unas cervezas una vez que estuvo en Budapest–. Seleccionaba los zapatos directamente en la fábrica. ¿Y sabes dónde estaba?

–¿Dónde?

–En Dachau.

Zapatos de Dachau. Dejé el Hanwag en el expositor y sugerí dar un paseo. Al pisar la calle, doblé a la izquierda. Mi padre e Ilonka me siguieron. Manzana y media después señalé un destartalado pero antaño elegante edificio estilo Secesión vienesa que se alzaba al otro lado de la calle. La fachada de piedra estucada y con cinco plantas estaba adornada con sinuosas figuras art nouveau. Debajo de la azotea, tres cariátides modernistas se sostenían en columnas acanaladas. En el primer piso había una cenefa con un bajorrelieve en el que se veía a una madre abrazando protectoramente a dos criaturas, un chico y una chica. El niño tenía en los brazos una casa en miniatura.

–¿Cuál era tu ventana? –pregunté.

Esperé. Mi padre no decía nada, pero tampoco había explotado. Los peatones pasaban por la acera empujándonos. Un ayudante de camarero que limpiaba las mesas de un café se detuvo a mirarnos. Ilonka me dio unas

palmaditas en el brazo. Al cabo del rato, mi padre señaló un pequeño balcón del segundo piso.

–Solía plantar rábanos en el alféizar –dijo. Señaló el balcón doble de la derecha–. Esa era la terracita de mis padres. –Se volvió para mirar el edificio que teníamos detrás–. Esta era la vista de que gozaba –añadió–. Pero ahora está pintada de un modo muy vistoso. Antes era muy gris. Estaba llena de palomas.

Saqué la grabadora del bolso. Mi padre me vio manipular los botones, se volvió, levantó la cámara hasta sus ojos y apuntó con el objetivo al segundo piso de Ráday 9. No hizo la foto y se quedó observando el edificio a través del objetivo.

–Cuando terminó la guerra –prosiguió–, la gente salía de las bodegas. –También los Friedman, que habían estado escondidos en el sótano de un edificio abandonado del otro lado de la ciudad–. Mi padre y yo vinimos a ver si la casa seguía en pie. –Seguía en pie, pero un proyectil de artillería había abierto un agujero en el balcón doble y entrado en el interior de la vivienda–. Se podía ver la nieve que caía y el viento que soplaba en la calle –añadió–. Hacía mucho frío.

–¿Qué hicisteis?

–Venir aquí. –Seguía con el visor pegado al ojo–. El interior estaba lleno de escombros. –Las tiendas de la planta baja habían sido saqueadas y los escaparates desvalijados–. Al final mi padre encontró una vivienda vacía en el edificio, más o menos habitable, en el primer piso.

–Tuvisteis suerte.

–Un oficial húngaro de alta graduación había vivido aquí. Un nazi auténtico. Oí decir que había huido a Alemania. –Más tarde me contaría que Ferenc Nagy, el jefe del Partido de los Minifundistas, había dejado su piso para instalarse en la vivienda de los Friedman, que era mucho más grande–. Estaba en el gobierno, así que pudo conseguir el dinero para repararlo.

–¿Cruzamos la calle?

–Se ve bien desde aquí.

De todos modos crucé la calle y probé a mover el tirador de la pesada puerta delantera. La puerta de cristal estaba enmarcada en madera oscura y reforzada con un enrejado metálico con diseño geométrico. Estaba cerrada. Miré la lista de nombres que figuraban en el directorio del edificio, chapado en metal dorado.

Intuí una presencia y me volví. Mi padre estaba detrás de mí y tenía los labios apretados con fuerza.

–¿Qué haces? –dijo.

–Voy a llamar a cualquiera. –Entre los inquilinos había también algunos locales comerciales: un asesor fiscal, una tienda de helados, un salón de belleza. Elegí el botón del Várady Szalon. Mi padre me apartó la mano.

–Molestarás a la gente.

–Solo quiero ver...

–Ya te he dicho que no hay nada que ver.

Pulsé en botón.

–Te estás volviendo insoportable.

No respondió nadie. Probé con el asesor fiscal.

–¡Basta!

En aquel momento salió un hombre por la puerta. Introduje el pie antes de que se cerrara.

–Dos minutos. Enséñame aunque sea el zaguán.

Ilonka, que nos había seguido, tocó el brazo de mi padre y le dijo algo en voz baja. Entraron detrás de mí.

El zaguán había sido reformado. El alicatado de baldosas rojas relucía, las paredes recién pintadas despedían un cálido resplandor amarillo cremoso y las blancas molduras parecían resplandecer. Las cenefas interiores, de estilo art nouveau, se habían restaurado; discurrían por ambos lados del zaguán y cruzaban el techo, trazando un largo panorama blanco. Miré los ágiles desnudos en movimiento juguetón: una joven dando media vuelta en éxtasis, con los brazos abiertos; dos doncellas que hacían cabriolas juntas con salvaje abandono, los dedos entrelazados; un Adonis musculoso y desnudo, reclinado con un libro. ¿Habían sido aquellas figuras las musas diarias de la adolescencia de mi padre?

La labor embellecedora se detenía bruscamente al final del pasillo. A la derecha estaba la escalera, mal iluminada y maloliente, por la que se subía a las viviendas. La mitad de las bombillas se habían fundido. En un entrante, debajo del arranque de la escalera, había cubos de basura desbordantes de desperdicios. Había grafitis en las paredes, que aún dejaban ver restos desconchados de un mosaico geométrico, vistosamente coloreado en otro tiempo. En el centro del hueco de la escalera se encontraba el oxidado ascensor, de paredes remendadas con chapa. Más allá, el pasillo conducía a

un ancho patio interior, a cielo abierto. Por los lados del patio corrían cuatro pisos de galerías con barandillas de hierro adornadas con motivos florales, como un pastel de boda boca abajo. Las puertas de las viviendas daban a las galerías. Las baldosas geométricas del suelo estaban en pésimo estado. De las paredes colgaban cables pelados. En el centro del patio había una planta seca en un recipiente de plástico, con el largo tallo doblado y la mitad de las hojas esparcidas por el suelo.

Eché a andar entre restos de baldosas y me volví para dar un vistazo. Mi padre estaba junto a la planta marchita.

—Aquí estaba la *sukká* —dijo—. Mi padre la construyó en el patio. —Se refería a la pequeña cabaña temporal hecha de ramas, en la que se celebraba la festividad judía de la cosecha o de los *Sukkot* (Tabernáculos), un homenaje a las habitaciones que construyeron los israelitas durante sus cuarenta años de exilio en el desierto—. ¿Ves qué oscuro está en la parte posterior del edificio? —añadió. Asentí con la cabeza—. Mi padre era muy ingenioso. Colgó espejos gigantes aquí en el patio. De ese modo, las viviendas inferiores de la parte de atrás tenían luz.

Iniciamos un lento recorrido por el patio. Las tiendas de la planta baja que habían prosperado en la juventud de mi padre —la pastelería, la peletería, el salón de belleza— habían desaparecido. Tras la antigua fachada de la pastelería —donde mi padre comía pasteles bávaros (la especialidad de la casa; el propietario era alemán) y donde Rozi Friedman tomaba café con Ferenc Nagy— estaba ahora el Várady Szalon. Un rótulo en forma de caballete anunciaba sus servicios en una mezcla de húngaro e inglés: KOZMETICA, MASSZAGE, MANICURE, TAROT. No todo era nuevo. En la otra parte del patio, tras una verja cerrada con candado, había unos peldaños de piedra artificial que descendían hacia las tinieblas. Atornillado a la pared había un pequeño rótulo con una flecha que apuntaba hacia el fondo de la escalera: ÓVÓHELY, decía. Refugio antiaéreo. El rótulo estaba allí desde la Segunda Guerra Mundial.

—Trabajé ahí un tiempo, durante la guerra —dijo mi padre, señalando el *szalon*, pero refiriéndose a la desaparecida pastelería—, con mi amigo Tamás, cuando ya fue imposible ir a la escuela. —Tamás Samló era un chico unos años menor que mi padre y cuya familia tenía en alquiler una vivienda de Ráday 9. Los Somló eran judíos convertidos al catolicismo en los años treinta. Cuando llegó la guerra, el padre de Tamás, el farmacéutico del barrio,

fue enviado a trabajos forzados, y cuando volvió a Budapest, en el otoño de 1944, detenido y deportado a Mauthausen—. No había mucho trabajo —prosiguió, evocando el breve período bélico que István y Tamás pasaron detrás del mostrador de la pastelería alemana—. Nos comíamos los pasteles que sobraban antes de que los tirasen.

Propuse subir a los pisos de arriba. Mi padre negó con la cabeza y retrocedió hacia el zaguán. Cuando llegamos al hueco de la escalera se detuvo.

—Mirad lo que han hecho —exclamó señalando con un dedo acusador el oxidado armazón de un ascensor que en otro tiempo había tenido que ser elegantísimo—. Tenía las paredes de espejo, de cristal y madera tallada a mano. Una belleza. —Se volvió haciendo un gesto hacia el hormigón desnudo del hueco—. Y ahí había un mosaico precioso... ¡Y FIJAOS, FIJAOS AHORA! ¡SE HAN LLEVADO TODOS LOS AZULEJOS! —Giró sobre sus talones y echó a andar hacia la puerta—. Vamos a la caravana —dijo por encima del hombro—. No está segura en la calle.

—Pero ¿no podríamos...?

—TE HE TRAÍDO. TE LO HE ENSEÑADO. YA ESTÁ BIEN. —Su potente voz rebotó en las paredes desnudas.

—No me grites.

—Les escribí una carta —añadió. Había bajado la voz, pero su cólera proseguía.

—¿A quiénes?

—A los que viven en nuestro piso. Les escribí diciéndoles que soy el propietario del inmueble y que no deberían comprarlo, porque quienes se lo vendían no eran los auténticos dueños... Y TE LO DIJE A TI, PERO NO MOSTRASTE EL MENOR INTERÉS.

Se volvió y siguió andando a paso furioso, taconeando sobre el suelo de baldosas. La puerta de la calle se abrió y se cerró con un golpe sordo. Ilonka murmuró una disculpa y corrió en pos de mi padre. Yo me quedé sola en la penumbra del hueco de la escalera, esforzándome por imaginar las paredes de espejo del ascensor, los espejos gigantescos que había colgado mi abuelo en el patio y que en otro tiempo habían arrojado luz sobre los lóbregos huecos de la juventud de mi padre.

Mi padre aguardaba junto a la caravana, con los hombros caídos en una postura que yo conocía desde la infancia y había aprendido a temer. Desconectó la alarma y abrió el vehículo. Ilonka se sentó detrás. Envidié su refugio. Recorrimos muchas calles hasta que mi padre rompió el silencio. Nuestro silencio. Ella no era la única enfadada. «Tenía que recoger el vehículo», dijo con las mandíbulas apretadas. «Aquí *roban*.»

Mi grabadora, que había olvidado apagar, registró mi subsiguiente hundimiento. Me quedé consternada meses después, cuando transcribí aquella parte, y no solo porque durante los primeros diez minutos el tráfico ahogó la mitad de lo que dijimos. Yo recordaba el regreso a casa como una culminación, el momento en que por fin, de manera consecuente, nos enfrentamos al demonio de la habitación. Pero cuando puse la cinta, lo que oí fue un balbuceo de palabras sueltas, frases sin acabar, repeticiones que no iban a ninguna parte, diálogo de una obra teatral de David Mamet, el no diálogo de mi infancia.

SUSAN: ... solo preguntar... unos minutos...

STEFI: ... robar el vehículo... mi casa.

SUSAN: ... no preocuparse...

STEFI: ... nada que ver...

SUSAN: ... no hablar...

STEFI: ... llamar a los timbres de la gente...

SUSAN: ... eso no es lo que...

STEFI: ... Entramos...

SUSAN: ... no por la casa...

Cuando cruzamos el Puente de las Cadenas y empezamos la ascensión de las colinas de Buda, el tráfico se redujo y la grabación registró menos interrupciones.

STEFI: ... compró el piso a gente que no estaba en condiciones de venderlo. Es propiedad robada. Ladrones... Se apoderaron de lo que legítimamente es mío. Y tuyo...

SUSAN: ... No dejas de repetirlo, pero lo que yo quiero...

STEFI: ... Se lo quedaron... ¿Por qué voy yo... un viaje sentimental?

SUSAN: Lo que yo...

STEFI: ... No me interesa... Siempre fue una casa oscura.

SUSAN: No es por la casa... Si no quieres hablarme, yo...

STEFI: Te he hablado durante días. He ido allí, he buscado plaza para aparcar, te he enseñado la casa.

SUSAN: ... Por qué no podemos... una hija y su padre... Vine para ver si había algo...

STEFI: No quiero estar en esa casa.

SUSAN: Deja en paz la puta casa.

STEFI: Fui expulsado de mi propia casa. Echado a puntapiés por...

SUSAN: Eso no es...

STEFI: Echado a puntapiés por *tu madre*.

Si la discusión era por una casa, no era solo la de Ráday 9. Estaba también la otra, la casa en serie de una ciudad dormitorio que se encontraba a todo un mundo y una época de distancia, la época en que mi padre era padre y yo una hija. Recorríamos las tranquilas calles secundarias cuando por fin llegamos a aquella noche en Yorktown Heights. Las voces de la cinta se oían claramente.

STEFI: ... Y tú estabas con el resto. Cuando yo no había hecho absolutamente nada.

SUSAN: Tú...

STEFI: Acusado por toda la familia, ¿te lo imaginas? Las familias normales permanecen unidas. No se pelean entre sí sin ningún motivo.

SUSAN: Había un motivo...

STEFI: Una familia debe permanecer unida. Yo uní de nuevo a mis padres. *Yo* salvé a mi familia. *Y tú* te pusiste de parte de tu madre, contra mí...

SUSAN: Porque tú...

STEFI: ¿Cómo te habría sentado si yo hubiera echado a tu madre de casa? ¿Cómo te sienta cuando una *mujer* es echada de su casa?

SUSAN: Tú misma...

STEFI: Adoptaste el punto de vista de tu madre en el sentido de que yo debía acabar en la calle, y por la razón que sea a ella le dio por creer que no fue así. Una fantasía. No sé por qué.

SUSAN: Tú agrediste...

STEFI: Yo no tengo ni media hostia. ¿Cómo iba a pegar a nadie?

SUSAN: Yo estaba allí. Tú...

Mi padre gritaba. Yo también gritaba y además lloraba. Ilonka se inclinó sobre mi asiento y me acarició el brazo emitiendo ruidos y murmullos tranquilizadores. Aparté el brazo.

STEFI: No hubo violencia. Soy una persona débil.

SUSAN: Entonces ¿cómo es que...?

STEFI: Hizo que la policía se me llevara... y yo era ABSOLUTAMENTE INOCENTE.

SUSAN: TÚ echaste la puerta abajo. TÚ irrumpiste...

STEFI: Tu madre destrozó mi vida. Destruyó a mi familia.

SUSAN: ... TÚ, con un cuchillo, agrediste...

STEFI: Eso fue hace un millón de años. No hace falta volver a aquellas antiguas historias de familia. Son cosas muertas del pasado. Ahora somos otras personas.

SUSAN: Yo no soy...

STEFI: Yo ya lo he olvidado todo. Es como si ya ni siquiera fuese yo.

Pasó un camión y hubo un largo momento indescifrable. Entonces se interrumpió la grabación.

Segunda parte

10. ALGO MÁS Y ALGO DISTINTO

–Perdón, ¿usted es... –Dudaba entre decir Melanie y Mel para acabar la pregunta.

La mujer de la mesa de al lado era ancha de espaldas y llevaba un traje pantalón de imitación Chanel, pendientes gruesos y pelo cortado a lo paje y con mechas teñidas. No hacía más que mirar a su alrededor, como si esperase a alguien.

–... Melanie? –me decidí finalmente.

Negó con la cabeza. Volví a sentarme y seguí inspeccionando furtivamente a los clientes y sus posibles géneros.

Había vuelto de Budapest hacía una semana y llevaba veinte minutos en el Coffee People de la avenida Veintitrés de Portland, Oregón, esperando a una persona a la que no conocía.

«No sé si apareceré con ropa de hombre o de mujer», me había dicho Melanie Myers al concertar nuestro encuentro. Melanie había sido Mel hasta hacía tres años. Hasta que había ido a Tailandia para someterse a la misma operación que mi padre, con el mismo cirujano. Melanie vivía ahora parte del año en Portland, su ciudad natal. «Llama a Melanie», me había aconsejado mi padre. «Vive prácticamente en tu misma calle. Con ella conseguirás una buena entrevista para tu libro.» El resto del año vivía en Phuket, Tailandia, donde dirigía el Nido de Melanie, una residencia para transexuales que se recuperaban de la operación. Mi padre había pasado allí unas semanas después de cambiar de sexo. Melanie había estado presente durante el proceso de transformación. Yo solo había conocido a mi padre «antes» y «después» –como superpatriarca de clase media y como ama de casa ultrafemenina–, dos aspectos separados por un foso vacío de varios años. Melanie conocía lo sucedido entre uno y otro aspecto, entre las dos etapas. Si yo andaba buscando la fluidez de la historia de mi padre y no el juego de las alternativas, el o/o, Melanie era la persona indicada para dar testimonio del período transicional.

Yo no dejaba de inspeccionar el café. ¿Parecería la persona vestida de mujer que había sido hombre anteriormente? ¿Parecería la persona vestida de hombre que era un hombre transformado en mujer y se había vestido de hombre para hacerse pasar por un hombre? Al cabo del rato, todo el mundo me pareció disfrazado.

Pasó otro cuarto de hora. Se abrió la puerta del Coffee People y entró un hombre –o quizá un «hombre»– de edad madura, de pelo corto, gafas ovales con montura metálica, camisa de vestir de rayas azules y pantalón caqui. Tenía la cara redonda y un gracioso hueco entre los dientes incisivos que me recordó a Lauren Hutton. Dio unos pasos titubeantes y miró a su alrededor.

Me puse en pie intencionadamente.

–¿Es usted...? –Me sentí aliviada cuando vi que asentía con la cabeza y se acercaba.

–Ahora estoy con Mel –dijo mientras nos dábamos la mano. Tomó asiento, pidió un café con leche helado y comentó–: Cuando era hombre era un tipo realmente guapo. O sea, un hombre de verdad..., bueno, ahora quiero volver a ser hombre, pero... –puso los ojos en blanco al darse cuenta de que no podía expresarse bien–, quiero decir que era como un jugador de fútbol americano. Mandíbula cuadrada, barbilla agresiva, Charlton Heston, el hombre de Marlboro. –Sacó un Palm Pilot y se puso a tocar iconos en busca de una fotografía antigua–. Las mujeres me encontraban realmente atractivo. Pero yo siempre había soñado con ser una chica. Ya fantaseaba con ello cuando tenía seis años. Me encantaba todo lo que significaba ser mujer, cómo se las trataba, los mimos, las atenciones. Si hubiera podido recibir esas atenciones siendo varón, puede que no hubiera pasado por esto. –Mientras hablaba, pulsaba los botones del Palm Pilot–. Tienen que estar por aquí –añadió–. Me hice muchas fotos, centenares.

–Ya no tiene usted la mandíbula cuadrada –dije.

–No. Hice que me cortaran los bordes y me estrecharan la barbilla. En realidad me reconstruí toda la cara. –Se echó atrás el pelo para que lo viera–. Me quitaron de la frente unos milímetros de hueso. Me pusieron agujas de titanio. Me quitaron siete milímetros de nariz y siete milímetros de barbilla. Tuvieron que arrancarme la piel, que arrancarme la cara prácticamente.

Hice una mueca.

–Tuvo que ser doloroso.

–No me habría operado si no hubiera podido cambiarme la cara –dijo

Mel—. No quería ser un payaso. Si iban a verme con ropa de mujer, tenía que serlo de verdad. Conté con uno de los mejores cirujanos faciales del país, el doctor Douglas Ousterhout de San Francisco. Prácticamente fue él quien inventó la CFF (cirugía de feminización facial). Dicen que se basó en su ideal de mujer.

Después busqué información sobre Ousterhout en Internet y encontré fotos de «antes y después» de sus pacientes, vídeos publicitarios en YouTube y testimonios de algunos pacientes acerca del toque mágico del cirujano. También encontré una página, creada y mantenida por «Diane», una de sus pacientes, en la que se elogiaba la labor de Ousterhout y se proclamaba que la CFF era el camino para «alcanzar tu sueño» y permitirte «ser la mujer que eres [...] el doctor Ousterhout tratará de mejorar tu aspecto para que te sientas integrada en la sociedad como la persona que quieres ver en el espejo».

—Cuesta treinta y dos mil dólares —dijo Mel—. Me refiero a la cirugía facial. —Había gastado más decenas de miles en la cirugía de los pechos y los genitales, en implantes de pelo, en terapia vocal y en un nuevo y amplio guardarropa—. Era el prototipo del Mejor Transexual de Portland. —Me alargó el Palm Pilot—. Mire, este soy yo. No me reconoce, ¿verdad?

Tal como me había dicho, el Mel original tenía todo el aspecto de un jugador de fútbol americano.

Buscó más fotos.

—¿Ve esta? —En la imagen se veían tres mujeres cogidas del brazo, dos pequeñas tailandesas y una blanca que las sobrepasaba en estatura—. Se la enseñé a mi hermano y preguntó: «¿Quién es la mujer del centro?» Y le dije: «Soy yo.»

—¿Cómo se lo tomó su familia?

Permaneció en silencio un momento.

—Mi hija ya no me habla. —Volvió a fijar la atención en el Palm Pilot—. Tengo una foto suya en algún lugar. —Buscó un rato y acabó desistiendo—. Tengo aquí seiscientas fotos. —Sonrió con timidez, enseñando el hueco interdental—. Casi todas son mías. La primera vez que me manifesté como era, me fui al extranjero. Me vestía de muñequita, me ponía el mejor maquillaje, las pelucas más caras y unos vestidos preciosos de Nordstrom. Llamaba la atención continuamente.

—¿Y ahora?

—Bueno, he cumplido mi sueño. Ha sido un sueño grandioso de tres años.

Pero ahora he vuelto a la realidad.

Después de la operación, Melanie perdió su empleo como agente vendedor de publicidad impresa, un despido que sospechaba motivado por su cambio de sexo.

–Mi jefe hizo que perdiera clientes comunicándome los encargos a destiempo y aprovechando esto para presionarme.

Antes de trabajar en ventas, había pasado diez años en un cuarto oscuro litográfico, «retocando fotografías para los mejores catálogos: Macy's, Nordstrom, Neiman Marcus. Aclaraba, oscurecía; más o menos lo que según usted hacía su padre». No estuvieron en contacto en su vida laboral anterior: eso fue en el pasado. Ahora Mel estaba «sin blanca», en peligro de perder el apartamento que tenía en propiedad, y trataba de llegar a fin de mes trabajando por horas en telemercadotecnia, ofreciendo matrículas «para aprender a distancia» en una universidad online. Buscaba desesperadamente otras fuentes de ingresos y para mejorar sus posibilidades acudía a las entrevistas de trabajo disfrazado de Mel. En el campo de las ventas, señaló, las mujeres sufrían discriminaciones.

Además, se sentía solo. Deseaba reencontrarse con una novia tailandesa con la que había estado mucho tiempo y que trabajaba de camarera en Phuket. Ella tenía intención de trasladarse a Estados Unidos, para vivir juntos. Pero no podía quedarse en el país sin permiso de residencia o sin un certificado de matrimonio que demostrase que estaba casada con un estadounidense. Mel quería casarse con la muchacha, pero la operación había acabado con esta posibilidad o al menos había acabado con ella en 2004. Por otra parte, alegaba: «Toda esta emoción de vestirme de mujer..., ya no me despierta el mismo interés. No era un sentimiento auténtico. Yo solo buscaba aprobación.» En los últimos meses había iniciado «los trámites para volver a ser hombre».

–Pero ¿usted no se sentía mujer? –pregunté.

–No quiero entrar en eso. –Mel me miró de soslayo. Había comprobado mi historial en la red. Sabía que era feminista, cosa que, sin duda, le dio a entender que no creía en las distinciones de género—. Pero hay diferencias entre los machos y las hembras –subrayó—. Hay una naturaleza femenina.

–¿Y usted tiene naturaleza femenina?

Tocó un icono del Palm Pilot y pasó a otra serie de fotos. Melanie en top.

Melanie con minifalda y zapatos de tacón. Melanie con vestido de noche sin tirantes.

–No lo sé –respondió finalmente–. Antes creía que sí. Ahora creo que hay un espectro. Y que estoy en el punto medio, en el cinco. Creo que soy andrógino... –Se detuvo ante una foto de Melanie con pantalón corto, del brazo con su novia, a la sombra de unas palmeras, en Phuket–. Me siento andrógino, pero no quiero serlo –prosiguió. Había tristeza en sus ojos–. La gente no puede sobrevivir sin categorías. Incluso la gente marginal necesita categorías para ser marginal. Todos necesitamos una identidad.

Portland había sido una especie de punto de destino transexual desde principios de los años noventa, desde que el doctor Toby Meltzer, un cirujano plástico local, pasó a estar entre los veinte médicos del país que realizaban operaciones de cambio de sexo. Operó a miles de personas hasta 2003, fecha en que el hospital donde tenía licencia para admitir pacientes privados cayó en manos de propietarios conservadores y Meltzer tuvo que trasladarse a Scottsdale, Arizona. Cuando me mudé a Portland, a principios del nuevo siglo, solía ver pacientes transicionales delante del supermercado de mi barrio, tomando café después del tratamiento hormonal. Había bares en los alrededores que se habían vuelto refugios de transexuales y en los estantes de la biblioteca pública de Portland había una cantidad inusual de libros dedicados al fenómeno transexual. Cuando volví de mi primer viaje a Budapest, pasé muchas horas entre las paredes de madera de la sala de lectura de la biblioteca, bajo los retratos al óleo de los severos padres fundadores de la ciudad, recorriendo la serie –305.3. 306.76. 617.520592– de los apartados de la clasificación decimal de Dewey en que figuraban los libros sobre «trastornos» de la identidad de género y cirugía de cambio de sexo. Acabé memorizando las signaturas tras pasar unos días merodeando por las estanterías.

Los libros que había en la biblioteca de Portland dedicados a las transformaciones de varón en mujer (había pocos entonces sobre las transformaciones inversas) eran mayoritariamente autobiográficos. No había por qué extrañarse: las memorias es el género preferido en la literatura transexual, una versión particular de las memorias, porque los recuerdos

anteriores a la operación se suelen descartar por pertenecer a otros, a personas que ya no existen.

Esta eliminación quedó establecida en las primeras memorias modernas sobre un caso de transexualidad, *De hombre a mujer*, publicadas en 1933 por el pintor danés Einar Wegener, que cuenta en ellas su transformación en Lili Elbe: «No podía haber pasado para ella. Todo el pasado pertenecía a una persona que se había desvanecido, que había muerto.» Dos decenios después, Roberta Cowell, antiguo «macho agresivo», piloto de Spitfire y de coches de carreras, levantaba el mismo cortafuegos: «Mi personalidad era ahora completamente nueva», escribió en *Yo fui hombre (Mi transformación de hombre a mujer)*, libro de recuerdos que concluía con estas palabras: «El pasado ha caído en el olvido, el futuro no importa y el presente, esplendoroso y feliz, es mejor de lo que había esperado.» En *El enigma*, conocidísima crónica publicada en 1974 en la que Jan Morris cuenta su transformación de rudo montañero y oficial de caballería en humilde matrona, la autora rinde su postrer homenaje prequirúrgico a quien pronto dejaría de ser James: «Fui a decirme adiós ante el espejo. Nunca volveríamos a vernos.» En *Second Serve* (Segundo servicio), la famosa tenista Renée Richards (antes Richard Raskind) dijo a propósito de la operación a que se sometió en 1975: «Dick ha sido eliminado.» El dolor que sintió en la mesa de operaciones fue «el último estertor de Richard Henry Raskind». El estado postoperatorio fue, como dicen muchos de estos memorialistas, una «segunda vida», un reinicio que restableció y reemplazó el nacimiento original.

En los libros que leí, el antes y el después a menudo parecían forjados en términos de cielo e infierno: el antes un infierno de aborrecimiento de uno mismo, automutilación, vergüenza e intentos de suicidio. «Estaba atrapada, enterrada en vida», escribió Nancy Hunt, exmilitar condecorado y corresponsal del *Chicago Tribune*, acerca de su antiguo físico masculino en *Mirror Image* (Imagen especular), libro de memorias publicado en 1978. «Estaba condenada a permanecer encerrada para siempre en aquel repugnante cuerpo.» En la historia de Roberta Cowell, los decenios anteriores a la operación –una época de «lúgubres depresiones» y «abyecta desdicha» en que «envidiaba a los locos» dan paso, después de la intervención, a románticas veladas pasadas, en un «sueño perfecto», con caballeros «atentos» (que le abrían las puertas y le recogían los guantes) y tardes refinadas charlando con el bello sexo en «meriendas exclusivamente femeninas». En

muchos casos, el «después» de estas historias parece que es una maravillosa serie de citas para cenar y reuniones nocturnas «para nosotras solas». «Me sentía emocionada como una colegiala en su primera cita», dice Rhonda Hoyman sobre el hecho de «volver a nacer» como mujer en *Rhonda: The Woman in Me* (Rhonda: la mujer que hay en mí), libro de recuerdos publicado en 1999. «Como la novia que se prepara para la boda (que yo espero celebrar pronto).»

Estas transformaciones «hale hop» me recordaban las historias de conversiones ejemplares que circulaban entre los compañeros protestantes del instituto, la fórmula tipo *La cruz y el puñal* aplicada a la redención de género —el renacimiento del pecador que se ha salvado— o, ya desde el punto de vista de los géneros, el macho anormal y lujurioso que se transforma en recatada Guardiania del Hogar. «Era obsceno, ridículo, asqueroso», dice Hunt de su costumbre de vestirse de mujer cuando era varón, una obscenidad de la que la «liberó» la cirugía. «Lo lamenté por los demás y me sentí culpable por ser salvada mientras los demás se condenaban», alega a propósito de sus colegas no operados todavía. «Pero yo me regocijé con mi salvación.»

Renacimiento, sobre todo en la primera generación de memorialistas, suele significar regreso a la vida, no solo como mujer, sino como mujer que satisface todos los vetustos ripios del Culto a la Auténtica Feminidad: sumisión, castidad, frivolidad, pasividad, indefensión. En *De hombre a mujer*, Lili Elbe se describe después de la operación como una «criatura totalmente indefensa» que solo se siente «segura» bajo los cuidados de su cirujano, «donde la fuerte voluntad de otro que es mi protector y defensor se alza entre el mundo exterior y yo». La cirugía genital y los tratamientos hormonales producían no solo una fisiología nueva, sino también una nueva personalidad añorada o, mejor dicho, un estereotipo muy antiguo. Roberta Cowell cuenta que se sonrojaba por cualquier cosa, que lloraba cuando veía películas o leía novelas sentimentales, que se le desarrolló un «fuerte instinto maternal», «un fuerte y desconocido interés por las labores domésticas», una caligrafía «más redonda y clara» y cierta pasión por los «bombones rellenos». Y eso no es todo: sus «procesos mentales» se ralentizaron y «le costaba reunir fuerza de voluntad cuando hacía falta». Una incapacidad recién adquirida afligió igualmente a Jan Morris, que se dejaba embelesar por la caballerosidad masculina y se desconcertaba ante la complejidad inherente a enroscar una bombilla. Jim Morris había subido al Everest con Sir Edmund

Hillary y pasado cinco años en el 9.º de Lanceros Reales británicos, pero Jan Morris se comportaba como si tuviera dificultades para poner la marcha atrás de un coche y para abrir botellas, y alegaba ser «claramente menos voluntariosa», «más retraída, más dispuesta a ser conducida, más pasiva», y más deseosa de ir de tiendas para comprar ropa.

Incluso era ahora más emotiva. Lloraba con mucha facilidad y era ridículamente sensible a la tristeza y los halagos. Me sentía menos interesada por los asuntos importantes (que un cambio de sexo sitúa en una nueva perspectiva, puedo asegurarlo) y adquirí una preocupación nueva por los insignificantes. La escala de mi visión pareció reducirse. [...]

Pienso que ahora poseo una visión más sencilla. Quizá más próxima a la de un niño.

Las mujeres que desde siempre habían sabido que eran parecían reflejar fielmente lo que desde siempre yo había considerado la típica impostura femenina. Sentí un fuerte retortijón cuando vi, en el apéndice del libro de Rhonda Hoyman, una sección titulada: «¡Los 10 grandes consejos de Rhonda!» («Consejo n.º 3: Deja de lavarte la cara con jabón. Usa diariamente un producto para la limpieza e hidratación del cutis.» «Consejo n.º 4: Procura combinar el color de tus uñas con el lápiz labial que uses más a menudo, y cuando te sea posible, combina grupos de tres, por ejemplo zapatos, cinturón y bolso de mano. La palabra clave es: complementar, complementar, complementar.»)

Yo ya sabía algo, y sabría más, sobre la hipotética enemistad entre transexuales y feministas, o «feministas radicales transexcluyentes» (TERF), una expresión despectiva adoptada a comienzos de siglo por las defensoras de los trans. Que yo supiera, la etiqueta sentaba bien a algunas veteranas separatistas que aún querían excluir al personal transexual del (hoy fallecido) Michigan Womyn's Music Festival o a las secuaces del manifiesto de Janice Raymond, *The Transsexual Empire: The Making of the She-Male* (El imperio transexual. Cómo se hace un ella-macho), un libro publicado en 1978 que, entre otras ideas más sutiles, califica a los varones transformados en mujeres de monstruos manipulados quirúrgicamente que amenazan con invadir espacios femeninos, «sustituir a las mujeres en el papel materno» y «violar» metafóricamente a las mujeres apropiándose de sus cuerpos. No quisiera encajar en el molde de la feminista estereotipada que condena el estereotipo de la transexualidad, pero los repetidos ataques contra el feminismo que veía

en aquellos libros autobiográficos no hacían cómoda la neutralidad de mi postura. «¿Liberación de qué?», escribió Nancy Hunt en *Mirror Image* a propósito del movimiento de liberación de las mujeres. «¿De la gracia, la libertad, la belleza y la espontaneidad emocional de la condición femenina?» Era un juicio que no haría sino progresar con los años. «Este sacrificio propiciatorio de la feminidad es hoy el talón de Aquiles del movimiento feminista», escribió Julia Serano en el célebre manifiesto de 2007, *Whipping Girl: A Transsexual Woman On Sexism and Scapegoating of Feminity* [La chica del látigo: una mujer transexual opina acerca del sexismo y el chivo expiatorio de la feminidad] (publicado por Seal Press, una editorial feminista). Según Serano, «la pretensión feminista de que “la feminidad es artificio”» es «narcisista», «arrogante», «descaradamente misógina» y «paternalista con quienes sencillamente se sienten bien con la feminidad». Serano envuelve su defensa de la feminidad en términos liberacionistas, pero los proyectiles le rebotan de un modo curioso. Atribuye la animadversión feminista hacia la feminidad tradicional al «hecho de que muchas mujeres que han gravitado hacia el feminismo han encontrado los papeles genéricos femeninos coercitivos o antinaturales. En muchos casos, esto se ha debido a su propia inclinación hacia formas excepcionales de la expresión de género». Dicho con menos elegancia, el viejo bulo machista de que las feministas son feministas porque son poco femeninas.

Cuanto más merodeaba aquel año por las estanterías de la biblioteca, y por otras estanterías en años sucesivos, más me ofendían estos libros, por su tono de confidencialidad femenina, por sus cubiertas ilustradas con adolescentes ingenuas con rebeca y jersey, y por unos capítulos cuyos títulos reproducían la tipografía amanerada y sinuosa de los antiguos anuncios de higiene femenina. La identidad de género que defendían casi todas estas crónicas era agresivamente sana, infantil, con frecuencia repipi y curiosamente desexualizada. El hombre que habían sido, informaban las autoras, andaba al acecho por los pasillos de lencería exótica entre brotes de vergüenza y dolor a causa de su lascivia, mientras la nueva mujer era una doncella inocente, muy digna y decorosa, que aceptaba con gratitud el brazo de un hombre, se ruborizaba si oía un «chiste verde» y sufría cuando sus zapatos no hacían juego con su bolso de mano. Yo pensaba en mi padre y en todas aquellas exuberantes prendas de puticlub que había guardado en el armario del descansillo en beneficio de una «discreta» indumentaria de señora, en todas

aquellas fantasías sexuales de FictionMania que había impreso y luego almacenado en los estantes del armario. ¿Tan fácil era dissociar el yo y el ello, la identidad y el deseo? Autobiografía tras autobiografía, caían derrotadas las complejidades psicosexuales y psicológicas de una persona adulta; la vampiresa se transformaba en una virgen con la inocencia impúber de una niña. (Acabé notando que esta segunda infancia era además un subproducto de muchas páginas de fantasías trans que había consultado. Una de las categorías narrativas más frecuentadas de FictionMania era «Regresión al pasado».) En *Wrapped in Blue: A Journey of Discovery* [Vestida de azul: un viaje de descubrimiento] (foto de la cubierta: una rubia de espaldas, envuelta en terciopelo azul y con una rosa que sobresale por encima de su desnudo hombro derecho), autobiografía publicada en 2006, Donna Rose recuerda lo mucho que la emocionaban los regalos que su madre le llevaba al hospital para celebrar su transformación: «un osito de trapo rosa» y «una caja de puros de chicle rosa en que la se leía: “¡Es una niña!”». Rose tenía cuarenta y un años por entonces.

Y mi padre setenta y seis. Puede que en algún momento pensase que mi investigación bibliotecaria iba a hacerme comprender mejor su decisión, pero la verdad es que estaba teniendo el efecto contrario.

La autobiografía de Deirdre McCloskey, *Grossing* (El cruce), publicada en 1999, empieza de un modo más prometedor: «Para comparar cómo “son” los hombres y las mujeres no tengo intención de recurrir a estereotipos o a esencialismos que se hayan empleado en detrimento de otras mujeres. Las mujeres no siempre son más encantadoras o menos interesadas en las profesiones.» Y una mujer trans con una profesión, señala la autora, «procura conservarla y no destruirla en la práctica en aquel paraíso de los años cincuenta, en que todo era preparar galletas y chismorrear con las amigas». Sin embargo, incluso McCloskey, profesor de economía e historia, cae en los tópicos estereotípicos sobre la grosería masculina y las señoras que «toman vino blanco», «juegan a las casitas muy en serio» y se lo pasan divinamente hablando de «cosas de chicas». Enumera sus nuevas costumbres femeninas: detesta las historias bélicas, le aburren los deportes, lee «literatura de mujeres», le gusta cocinar, se apresura a hacerse la cama todas las mañanas, «adora a los niños» y «ama, sencillamente ama los pequeños privilegios de ser mujer, escribiendo una postal para alguien, preparando un pastel de carne para el vecino Charles». Y adora ir de compras: «Fue capaz de resistirse ante

un hermoso par de zapatos planos italianos que valían cien dólares.» (McCloskey cuenta su historia en tercera persona.) Dedicó un capítulo al maquillaje: «*Delineador de ojos*: L'Oréal líquido, el más evocativo de sus cosméticos. Se perfila los ojos al estilo de los años cincuenta...»

¿Hacía mal en quejarme? «Debería usted fijarse en qué momento de su vida se pusieron a escribir su autobiografía», me dijo Susan Stryker, antes varón y ahora mujer, y profesora de historia de la comunidad LGBT, cuando le expresé el malestar que sentía al leer aquellas ñoñeces. «El período de transición es una especie de adolescencia. Y se preocupan ahora por cosas que preocupaban a otras personas cuando tenían doce años, por ejemplo: “¿Estoy más guapa con esta sombra de ojos?” o “¿Qué aspecto me favorece más?”. Es casi como convertirse a otra religión.» Vale, vale: prosa de conversos. Recordaba mis propias desventuras con Maybelline. Y también recordaba que mis fogosos experimentos con los cosméticos y los amaneramientos me servían tanto para llamar la atención como para ocultar cosas.

Sin duda había un drama más complejo debajo de los miriñaques y las cinturas de avispa, un discurso sobre una serie concreta de necesidades, deseos, aspiraciones y temores. Si era así, era imposible adivinarlo por los textos publicados. El hilo argumental de «siempre he sido una mujer» parecía superponerse a todas las restantes motivaciones que pudieran reflejar las contracorrientes de la psique humana, motivaciones que no se referían exclusivamente al género. ¿Dónde estaban los recuerdos que implicaban cierto grado de autoanálisis? Busqué en vano algún pasaje donde la autora se preguntase: «¿Y si además estoy buscando la feminidad para reivindicar mi inocencia, para que me absuelvan los pecados de mi pasado masculino?» O: «¿Y si anhelo la talla moral inherente al hecho de ser víctima?» O: «¿Quiero ser una mujer para sentirme especial? ¿Elogiada? ¿Amada?» ¿Podrían todo este foco de historias individuales, todas las resistencias propias del carácter, todas las decepciones y todos los anhelos de una vida, introducirse limpiamente en un frasco etiquetado Identidad? Desde los tiempos de Freud, el arte de la psicoterapia se ha dedicado a descomponer los múltiples aspectos del carácter que en la superficie parecen cohesionados. Desde los tiempos de Erikson, gran parte de la búsqueda de la identidad parece haberse dedicado a lo contrario, a prescindir de las complicaciones psicológicas, a buscar el rasgo único que lo explique todo, que meta toda nuestra vida personal en un

estilo de identidad. Pero ¿qué ocurre cuando la «identidad» se utiliza para desentenderse de la «psicología»? ¿Qué impide al estilo transformarse en el «totalitarismo» contra el que advertía Erikson?

«Cada uno de estos aventureros pasa de un polo de la experiencia sexual al otro», escribió Sandy Stone en su grito de protesta «El “Imperio” contraataca: un manifiesto postransexual», de 1991. «Si hay un espacio intermedio en el continuo de la sexualidad, es invisible. [...] No es de extrañar que las teóricas del feminismo hayan mostrado recelos. Joder, también yo los tengo.» Stone, teórica mediática y hombre transformado en mujer, había estudiado algunas de las tempranas autobiografías trans que había leído yo y se había sentido igual de estupefacta. «Todas estas autoras reproducen el mismo estereotipo masculino de lo que es una mujer: vestidos, maquillaje, desvanecimiento a la vista de la sangre», decía. Todas caían en «la misma descripción de la “mujer” como fetiche masculino, como reproducción de un papel socialmente impuesto» y estaban deseosas de presentarse como heroínas del cuento del «sapo convertido en princesa». Ninguna parecía dispuesta a plantearse una forma de ser que estuviera entre la hiperfeminidad y la hipermasculinidad. La investigación de Stone dio paso a una nueva escuela de autores de transgénero que cuestionaron las limitaciones de la literatura existente y se proclamaron «proscritos del género».

«El “Imperio” contraataca» se concibió inicialmente como una réplica a *The Transsexual Empire* (en el que Janice Raymond vapuleó a Stone por haber trabajado en los años setenta con un colectivo discográfico exclusivamente femenino sin revelar que había sido varón en otra época) y, más ampliamente, a las feministas separatistas de los años setenta que consideraban la transexualidad un «fenómeno a lo Frankenstein» (según la expresión de la teóloga feminista Mary Daly). Mientras preparaba la réplica, Stone se planteó muchos interrogantes pasados por alto en las autobiografías que yo había estado leyendo, interrogantes que me habían acosado en Budapest y que mi padre había decidido eludir. ¿Cuál debería ser la relación de los transexuales con su identidad anterior y qué representaba borrar el pasado? Al alterar el cuerpo para «parecer» del sexo que creemos nuestro, ¿nos adaptamos a concepciones retrógradas y sexistas de la feminidad y la masculinidad o podemos emplear estas modificaciones para sugerir que la

biología no es un destino, que «trans» podría significar no solo cruzar la frontera de los géneros, sino trascender los géneros totalmente? Mientras circule la moneda de la transexualidad, concluía Stone, los transexuales seguirán negándose a sí mismos «la capacidad para presentar con autenticidad las complejidades y ambigüedades de las vivencias». La frase me recordó la sentencia de Erikson de que cuando se repudian o se reprimen «los diversos y conflictivos estadios y aspectos de la vida» se desemboca en el totalitarismo.

Stone apeló a sus hermanas, las mujeres trans, para que reivindicaran sus historias reales y las desplegasen como una batería de arietes contra los muros de hormigón de la dualidad genérica. «Los transexuales deben aceptar la responsabilidad de toda su historia, deben empezar a rearticular su vida, no como una serie de tachaduras [...], sino como una acción política que comience por reapropiarse de la diferencia y reclamar el poder de un cuerpo modificado y reinscrito.» No deberían definirse, proponía Stone, ni como «mujeres» ni como «hombres», sino como entidades híbridas, como representantes de géneros indeterminados o múltiples cuya existencia pone en entredicho los supuestos fundamentales de un mundo limitado a dos sexos. En otras palabras, deberían hacer suyas «las perspectivas de los monstruos» (una expresión que Stone tomó prestada de su mentora Donna Haraway, la feminista que escribió «Un manifiesto ciborg»). La misma etiqueta de Frankenstein que se había puesto a los transexuales podía ser la base de su liberación. Ver más allá del dualismo genérico, afirmaba Stone en *Generonautas*, un documental de 1999, era «el acto supremo [...] porque es el kilómetro cero del camino que conduce al descubrimiento de sí, de nuestro yo, de mi yo, de vuestro yo, de quiénes somos en el fondo y en realidad».

Las «perspectivas de los monstruos» inspiraron a otra fundadora de la nueva disciplina de los estudios transgenéricos, la historiadora de la comunidad LGBT Susan Stryker. «Lo diré con toda la contundencia posible», dijo en un constructivo ensayo de 1994, adoptando el calificativo que le habían adjudicado: «Soy transexual y en consecuencia un monstruo.» Tituló su manifiesto «Palabras para Victor Frankenstein por encima de la aldea de Chamounix», en alusión a la decisiva escena del *Frankenstein* de Mary Shelley en la que el monstruo se enfrenta por fin con su creador en el glaciar Mer de Glace, situado en la parte superior del valle de Chamonix. «Palabras como “criatura”, “monstruo” y “antinatural” necesitan ser reivindicadas por

los transgenerados», decía Stryker. «Cuando nos levantamos de la mesa quirúrgica de nuestro renacimiento, nosotros los transexuales somos algo más y algo distinto de las criaturas que nuestros hacedores querían que fuéramos.» Al igual que Stone, Stryker creía que los transexuales podían aprovechar su condición «monstruosa» para denunciar la argucia del dimorfismo genérico. Por «manifestar la ira transgénica» (subtítulo de su ensayo de 1994), podían poner al descubierto que «el orden natural era un producto de la mente humana», dijo. «El propio estigma pasa a ser la base del poder transformador.» O, según me dijo en cierta ocasión con más energía: «Nos han convertido en personas de quita y pon, ¡me cago en la puta! Mi modelo es la impenitencia.»

«Si el “problema de la identidad” en sentido moderno consiste básicamente en cómo construir una identidad y mantenerla sólida y estable», dijo en 1997 el sociólogo polaco Zygmunt Bauman, «el “problema de la identidad” en sentido posmoderno consiste básicamente en evitar las fijaciones y los estereotipos y en mantener abiertas las opciones.» Muchos teóricos del transgénero de nuevo cuño estuvieron de acuerdo. Eran académicos empapados de postestructuralismo, en sintonía con la cultura posmoderna. Pero ¿mantenían abiertas sus opciones los inconformistas del género? Pese a todas sus alegaciones sobre la multiplicidad de las condiciones genéricas (Stone sostenía que había «millares» de géneros), los rebeldes confesaban una y otra vez su deseo de ser de un solo sexo, de aquel por el que se habían operado y que era siempre el binariamente opuesto al que habían tenido antes. Al leer estos testimonios, seguía sonando en mis oídos la angustiada afirmación de Mel: «La gente no puede sobrevivir sin categorías.» En *Gender Outlaw* (Proscrito del género), Kate Bornstein, artista de performances y otra autora pionera en temas transexuales de la nueva generación, llamaba a los lectores a derrocar el binarismo con una «revolución» de la fluidez de género, una revuelta que «no reconozca fronteras ni reglas genéricas». Sin embargo, aunque afirmaba que «No me identifico ni como macho ni como hembra», Bornstein se sentía desolada cuando personas a quienes apenas conocía se referían casualmente a ella con el pronombre «él». «El mundo se ralentizó, como en esas películas en que alguien es tiroteado y el director quiere que el espectador sienta que las balas le entran en el cuerpo», dijo. «Las palabras resonaban en mis oídos sin parar. [...] Mi vida se vació de alegría en aquel instante.» O como Laverne Cox, la estrella transgénero de la serie de

televisión *Orange is the New Black*, que dijo taxativamente: «Cuando a una transmujer la llaman hombre, es un acto de violencia.»

Desde principios del milenio hasta la época de la popular teleserie *Transparent* de Amazon Studios y el superestrellato de la exdeportista olímpica Caitlyn Jenner, la insistencia en un continuo genérico no ha hecho más que crecer, incluso a pesar de que la adhesión al binarismo se ha consolidado. Es decir, que en la era del PGP («pronombre de género preferido», una estipulación popularizada en los campus universitarios) y de la fluidez supuestamente expresada al elegir la designación «intergénero» (*genderqueer*) o «semichica» (*demigirl*) o «lesbiano» (*guydyke*), andaba al acecho un fundamentalismo a la antigua. En una época en que la misma idea de «mujer» se denunciaba como una fantasía esencialista, la condición femenina de los varones transexuales se reivindicaba como un absoluto inviolable.

Los teóricos posmodernos del transgénero que querían «responsabilizarse de toda su historia» no hacían hincapié en sus escritos en la feminidad total. No pretendían ser la Pallas Atenea salida de la cabeza del cirujano doctor Zeus. Querían hacer suyos incluso los aspectos «monstruosos» de su sedicente género híbrido. Sin embargo, muchos habían borrado del registro biográfico su identidad anterior, cambiando (como Erik Erikson) no solo su nombre de pila, sino también su apellido. ¿Por qué, me preguntaba yo, estos renegados que «no reconocen fronteras ni reglas genéricas» levantaban barricadas ante su pasado y se sometían a operaciones que al parecer hacían valer un dualismo sexual? ¿O es que ese dualismo era solo una estación de paso?

Encontrándome un día de invierno en las dependencias de la biblioteca pública de Portland, me di cuenta de que habían subido mucho la calefacción y me abaniqué con el cuaderno de notas mientras leía las páginas que me faltaban para terminar *Gender Outlaw* de Kate Bornstein. Bornstein se lamentaba de la «presión cultural» que había sentido para deshacerse del pene, con objeto de ser lo que la sociedad consideraba una «mujer de verdad». Sin embargo, añadía: «Sabiendo lo que sé ahora, me alegro de haber pasado por el quirófano, y volvería a pasar, solo para sentirme tan cómoda como me siento ahora con una vagina construida.» Su libro termina con un largo poema en prosa, escrito con ocasión del séptimo aniversario de su

operación. En las últimas estrofas habla de la «emoción» que sintió al mirarse al espejo y ver una mujer y no un hombre.

Y entonces proclama:

¿Mujer?

Es una identidad de la que me esfuerzo por salir.

Y arguye que al cabo de siete años «mi piel de mujer habrá quedado atrás, en el desierto», junto a todas las demás filiaciones de género desechadas. Se desprenderá de sus identidades, sostiene, y se burla de aquellos que «quieren ponerme etiquetas ahora».

11. UNA MUJER ES UNA MUJER, SEA CUAL SEA LA CIRCUNSTANCIA

Aunque la guerra no declarada de la transexualidad moderna es entre la fluidez y los sistemas binarios, el enfrentamiento ha resonado durante decenios en la sexología del siglo xx. Ha retumbado especialmente en la obra de dos destacados generales de la sexología, Harry Benjamin y Magnus Hirschfeld.

Harry Benjamin sería bautizado en la América posbélica como «el padre del transexualismo». Definió los términos de la condición y describió el régimen de tratamiento, que durante años se ha conocido como Estándares de Atención Harry Benjamin y que sigue vigente. Su enfoque de la transexualidad se basó en un reportaje muy conocido que había despertado el interés mundial, un reportaje que dio una causa y un paradigma a Harry Benjamin, un emigrado alemán y un amable endocrinólogo que tenía por entonces en Manhattan un consultorio gerontológico en declive. El reportaje era sobre Christine Jorgensen, la primera celebridad que cambió de sexo.

El 1 de diciembre de 1952 Benjamin tenía sesenta y siete años y estaba a punto de descolgar su placa médica cuando vio los grandes titulares en mayúsculas de la primera plana del neoyorquino *Daily News*: EXSOLDADO SE CONVIERTE EN BELLEZA RUBIA. El reportaje se publicaba con fotos de antes y después: George W. Jorgensen Jr. con uniforme militar y gorro de cuartel; y Christine con permanente, abrigo de nutria y pendientes de perlas. «Un joven del Bronx, que estuvo dos años en el ejército durante la guerra y fue licenciado sin problemas», empezaba el reportaje, «gracias a la magia de la ciencia médica se ha transformado en una hermosa mujer.»

El exsoldado de la Segunda Guerra Mundial había volado a Dinamarca y, tras una serie de operaciones y un cambio legal de nombre, había vuelto como Christine Jorgensen, aterrizando en el Aeropuerto Idlewild de Nueva York en medio de un circo mediático. El *American Weekly*, que pagó a Jorgensen más de veinte mil dólares por sus declaraciones en exclusiva,

afirmaba: «La historia que toda América ha estado esperando.» Y era verdad. Según *Editor & Publisher*, la transformación de Jorgensen recibió la mayor cobertura mundial de la historia del periodismo.» Según señalaba Joanne Meyerowitz en *How Sex Changed* (Cómo ha cambiado la sexualidad), una documentada y detallada historia de la transexualidad en Estados Unidos, el artículo del *Daily News* sobre Jorgensen fue el «reportaje número uno de 1953, superando en circulación al que estuvo en segundo lugar, el reportaje sobre la ejecución del espía atómico Julius Rosenberg y su esposa, Ethel».

Un ávido lector del mismo fue mi padre, y la historia de la operación de Jorgensen cambió su enfoque de las cosas. Según me contó: «Fue la primera vez que pensé: bueno, a lo mejor también yo puedo cambiar de sexo.» La noticia fue igualmente determinante para Harry Benjamin. El médico envió una carta a Jorgensen para ofrecerle asistencia profesional. «En los muchos años que ejerzo en el campo de la sexología y la endocrinología», decía la carta, «a menudo me han aparecido problemas parecidos a los de usted.» Hacía tiempo que Benjamin se interesaba por la sexología y las minorías sexuales. Sin embargo, antes de escribir la carta a Jorgensen no había tratado ni a diez pacientes con problemas de confusión de género. (Era más conocido por dispensar una terapia hormonal «rejuvenecedora» a pacientes maduros que esperaban recuperar la lozanía perdida.) El encuentro entre Benjamin y Jorgensen se arregló rápidamente, gracias a la mediación de Tiffany Thayer, autor de historias de ciencia ficción y de novelas románticas de quiosco.

Menos de un año después, Benjamin publicaba el primer trabajo sobre transexuales en *International Journal of Sexology*. Al poco tiempo se atribuía el mérito de haber inventado el término «transexualismo» (ya acuñado por otro médico) y se imponía como primera autoridad en la materia. Gracias a la generosa donación de una paciente rica (que quería operarse para ser varón), creó la Fundación Harry Benjamin y trasladó su cuartel general a un consultorio más grande de Park Avenue. En 1966 escribió *The Transsexual Phenomenon* (El fenómeno transexual), primer libro importante sobre el tema y que pronto sería conocido como la biblia transexual. A fines de los años setenta había tratado a más de mil quinientos clientes transexuales.

En su primer artículo había descrito la sexualidad como una cualidad plural, una «variedad compleja» que no producía ni varones ni mujeres absolutos. Pero cuando publicó la «biblia», su pensamiento había basculado hacia un modelo médico de la transexualidad, más acorde con

preocupaciones afines de la América de posguerra: la conformidad de género y la búsqueda de la «verdadera identidad».

Para determinar qué transexuales podían operarse, Benjamin creó un sistema clasificatorio que llamó Escala de Orientación Sexual. Colocaba a los pacientes en una cuadrícula de tres «grupos» y seis «tipos» de su propia invención y que iban desde el «pseudotravestido» y el «travestido fetichista» hasta el otro extremo de la escala, donde estaban el «transexual auténtico/intensidad moderada» y el «transexual auténtico/alta intensidad». Según Benjamin, un transexual «auténtico» que quiere ser mujer se puede identificar por varios rasgos: el paciente se siente «atrapado en un cuerpo masculino», «desprecia sus genitales masculinos», tiene «poca libido» (lo que se entiende como femenino) y es «a menudo asexual». Se siente atraído por los hombres únicamente en cuanto mujer (lo contrario equivaldría a ser homosexual).

Benjamin consideró inicialmente estas categorías como «aproximaciones», como marcadores «esquemáticos e ideales» hasta que hubiera «más estudios y observaciones». A pesar de todo, su taxonomía informal fue transformada por sus sucesores en una regla de oro. A fines de los años sesenta, una nueva generación de clínicos universitarios –sobre todo el psicólogo John Money y los psiquiatras Robert Stoller y Richard Greenimponía un modelo binario más rígido y «preventivo» para sofocar los indicios tempranos de «género inapropiado» en la infancia. Su preocupación por inducir a los pacientes a expresar lo que Money y Green llamaron «papel genérico culturalmente aceptable» respondía a la geopolítica de la Guerra Fría de la época. «Los pasos fronterizos se habían titulizado», me dijo Susan Stryker. «Y la pregunta fue: ¿qué hacemos con los géneros no alineados? ¿Cómo los metemos en vereda?»

A mediados de los años setenta había ya más de cuarenta clínicas de identidad de género –desde la Universidad Johns Hopkins hasta la de Minnesota, pasando por la de Stanford para enseñar a los niños lo que eran los papeles genéricos «aceptables», para diagnosticar casos transexuales y para determinar si debía recomendarse la cirugía. «Algunos médicos», observaba Meyerowitz, «exigían a sus pacientes [transexuales] que aprendieran los estereotipos genéricos convencionales.» En la clínica de Stanford, «la revisión médica incluía un período de “rehabilitación”, con talleres sobre cómo acicalarse debidamente».

El nuevo régimen de la época promovió igualmente la concepción, que prevalece en la actualidad, de que la transexualidad tiene poco que ver con el impulso erótico. La distinción entre género y sexo –Benjamin decía que «el género está por encima de la cintura y el sexo por debajo»– se convirtió en dogma de fe con la nueva generación de sexólogos, que acuñó la expresión «identidad de género». Stoller, psiquiatra de la Universidad de California-Los Ángeles (UCLA), levantó una frontera firme entre la «identidad de género» – el género que creíamos tener– y la «identidad sexual», que se limitaba a lo que hacíamos o fantaseábamos que hacíamos en la cama. A principios de los años setenta, el transexualismo se describía en la literatura clínica como «un trastorno de la identidad de género», separado de la sexualidad e incluso opuesto a ella. «Un solo episodio de travestismo asociado a excitación sexual se considera suficiente para descartar el diagnóstico de transexualismo», dictaminaba en 1969 Howard J. Baker, psiquiatra de la Clínica de Investigación sobre la Identidad de Género de la UCLA, en la *American Journal of Psychiatry*. «Los transexuales», afirmaba categóricamente, «nunca se excitan sexualmente por el hecho de vestirse de mujer.» Muchos defensores de la transexualidad vigilan esa frontera incluso hoy. Cuando un psicólogo investigador sugirió en un libro de 2003 que algunos transexuales de varón a mujer se excitaban por la idea de ser mujeres –un concepto llamado autoginefilia–, el autor y sus partidarios fueron atacados con furia.³

Con el paso de los años, Benjamin redobló sus esfuerzos por conseguir que los transexuales pasaran por personas «normales», dando a entender con esto que de los pacientes masculinos que querían ser mujeres (eran los que más trataba) y tenían derecho a operarse se esperaba que encarnasen todos los clichés de la feminidad de posguerra. Al igual que la última hornada de sexólogos, era reacio a aceptar clientes cuyo aspecto y presentación no encajaran en la imagen de la mujer ideal o que rechazaran los papeles sexuales tradicionales. «Esto incluye no solo convertirse en miembros del sexo que se desea», postulaba Benjamin, «sino también aceptar las consecuencias sociales, económicas y familiares del cambio.» Sus pacientes favorecidos eran los que satisfacían su idea de la feminidad auténtica; los llamaba «mis chicas». Él y un cirujano de Los Ángeles con el que trabajaba solían almorzar rodeados de pacientes particularmente hermosas. En el caso de Benjamin, particularmente hermosa significaba «buen aspecto ario, pelo rubio y ojos azules», según contaba Stryker, que recogió historias orales de

pacientes de Benjamin cuando era directora de la Sociedad Histórica GLBT. «Le gustaba exhibir a sus bombones trans. Sentía cierto orgullo de propietario, de “mirad lo que hacemos”. Había algo de fantasía de Pígalión en todo aquello.»

En sus historiales clínicos, describía a su clientela con lenguaje de novela rosa: «Ruth» es una «mujer alta y esbelta» que «cruza las piernas y automáticamente se estira la elegante minifalda como haría cualquier otra mujer». «Harriet» es una «atractiva damisela» que ha «conocido a su Príncipe Azul» («un señor maduro responsable y comprensivo») y que, tras renunciar a su empleo para dedicarse a las «obligaciones domésticas» y haber hecho planes para adoptar un niño, ha conocido «un final feliz». Las descripciones de Benjamin recordaban a veces a las películas de serie B de los años cincuenta.

De hecho, existió por entonces una película muy a propósito, *Glen o Glenda*, de 1953, hoy cinta de culto de Ed Wood. En ella, un psiquiatra parecido a Benjamin supervisa el cambio de sexo de un exsoldado parecido a Jorgensen (interpretado por el propio Wood, que fue travesti toda la vida) y le da instrucciones sobre «las obligaciones de una mujer», «la debida estilización de sus contornos faciales» y su «apropiada forma de andar». A causa de la tutela del buen doctor –«una mujer es una mujer, sea cual sea la circunstancia»– y gracias «a los correctivos de la ciencia médica», el caso Glenda «tiene un final feliz».

La clienta más famosa de Benjamin desempeñó con muchísimo gusto el papel de princesa de cuento de hadas. «Es posible que incluso antes de nacer estuviera predestinado a amar el mundo de la fantasía», dijo Jorgensen en la primera página de su libro *Christine Jorgensen: A Personal Autobiography*, «pues mi abuelo paterno, Charles Gustav Jorgensen, llegó a Estados Unidos procedente de Odense, Dinamarca, lugar de nacimiento de Hans Christian Andersen.» El apego de Jorgensen por Andersen me asombró, tanto más cuanto que no era el único paralelismo que tenía con mi padre. Jorgensen cuenta que, de joven, adoraba las marionetas («Nunca me cansaba de mover las pequeñas figuras en su mundo imaginario»), aspiraba a ser fotógrafo, instaló un cuarto oscuro en su casa y no tardó en sentir deseos de medrar en el cine. Estas ambiciones acabaron en los años cuarenta en la «biblioteca de montaje» de RKOPathé News de Nueva York, donde George Jr. trabajaba empalmando metraje de noticiarios para crear secuencias de repertorio. Me

fue imposible no pensar en la tendencia vitalicia de mi padre a cortar y empalmar en cuartos oscuros de más de un continente.

Dos meses después de aterrizar triunfalmente en el Aeropuerto Idlewild, Jorgensen quedó a merced del fuego enemigo por no haber existido ningún «correctivo de la ciencia médica». En abril de 1953, el *New York Post* publicó la primera entrega de una denuncia en seis capítulos, «La verdad sobre “Christine” Jorgensen». Era «mujer solo de nombre», sostenía el periódico, porque no tenía órganos femeninos. Los demás medios, desde *Newsweek* hasta *True Romance*, cargaron las tintas. «Jorgensen no era mujer en absoluto», decretó *Time*, «solo un hombre modificado.» No podía ponerse el zapatito de cristal si no había pasado por el quirófano. Jorgensen estaba abatido. En respuesta a los ataques o no, recurrió a Harry Benjamin y a otro médico para someterse a una operación: en el curso de una intervención de siete horas, realizada en la primavera de 1954, un cirujano plástico recogió injertos de piel de los muslos de Jorgensen y le hizo una especie de vagina. La operación se consideró un fracaso por un detalle: según contó a sus amistades la propia operada, el conducto vaginal era demasiado corto para permitir el coito. Peor aún, la intervención se prolongó tanto que se acabó la anestesia, y cuando de prisa y corriendo aplicaron una mascarilla de éter para mantener sedada a la paciente, la cara de Jorgensen había sufrido serias quemaduras. «Recuerdo con claridad el terror que sentí entonces», explicaría luego por escrito, «y estaba mucho más preocupada por las quemaduras faciales que por la compleja operación a la que me había sometido.» Jorgensen se daba cuenta de que, al margen de la eficacia del equipo, la prueba más crítica para vencer como mujer era *parecerlo*. «Tenía que convertirme en una supermujer», explicaría más tarde. «No podía quedarme ni un solo rasgo masculino.»

En 1930, Harry Benjamin acogió en su casa a un destacado sexólogo alemán que estaba de visita en Estados Unidos: el médico Magnus Hirschfeld. Los dos hombres eran amigos: habían recorrido juntos los bajos fondos de Berlín en los años veinte, y cuando Hirschfeld fue a Nueva York, se hospedó en el apartamento de Benjamin y dio conferencias privadas en su consultorio. «Benjamin se consideraba un sexólogo alemán al estilo de Hirschfeld», me contó Meyerowitz. «Los dos rechazaban el psicoanálisis; los

dos defendían los derechos de las minorías sexuales y de género. Los dos respondían con comprensión a los pacientes desesperados.» Sin embargo, Hirschfeld abrazaba una ética totalmente en desacuerdo con el dualismo que acabaría prevaleciendo en Estados Unidos en la segunda mitad del siglo xx. «Las variedades sexuales imaginables son casi infinitas», escribió Hirschfeld en 1910. «En cada persona hay una mezcla distinta de sustancias masculinas y femeninas, y así como no vemos dos ramas iguales en ningún árbol, también es altamente improbable que encontremos dos seres humanos cuyas características masculinas y femeninas sean iguales en naturaleza y número.»

Hirschfeld fundó en Berlín, en 1919, el primer instituto del mundo dedicado al estudio de la sexualidad y que publicó uno de los primeros informes científicos sobre la cirugía transexual. El mismo Hirschfeld dirigió los estudios de campo en los antros sexuales clandestinos del Berlín de la República de Weimar. Pasó años recogiendo observaciones de testigos oculares y repartiendo cuestionarios detallados (que con el tiempo llenaron más de diez mil personas). De esta investigación, y desobedeciendo los férreos mandatos de la Alemania guillermina relativos a la separación del mundo de los hombres y el mundo de las mujeres, derivó su principal hallazgo: que las identidades sexuales eran arbitrariamente plurales y fluidas, y desafiaban toda clasificación. Las categorías de la sexualidad eran «únicamente abstracciones, extremos inventados». Aunque Hirschfeld ideó categorías para ayudarse en su trabajo e introdujo parte de la terminología que decenios después figuraría en el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*, sostuvo durante toda su vida que nadie encajaba limpiamente en ningún tipo sexual; que todos los seres humanos éramos, en mayor o menor medida, bisexuales y bigenéricos, «sexualmente intermedios», y que a causa de estas variaciones infinitas nos definía menos nuestra diferencia que la humanidad que compartíamos. Hirschfeld trató de calcular todas las variedades en cierto momento y llegó a un total de 43.046.721, aunque luego afirmó que se había quedado muy corto.

Adoptó el mismo enfoque en lo referente al travestismo, término que acuñó él, aunque consideró el fenómeno una «inclinación» y no una clase. Etiquetar a alguien de travesti, argüía, era encorsetar su experiencia en una categoría demasiado estrecha y visual que no hacía justicia a las variedades de su vida emocional. «Una desventaja del término», escribió, «es que solo describe el aspecto externo, mientras que el interno carece de límites.»

Hirschfeld creía que había que tener en cuenta esta ilimitación en toda lucha política por la liberación sexual: «Los derechos sexuales humanos deberían empezar por el reconocimiento de que las sexualidades –de acuerdo con la doctrina de las condiciones sexuales intermedias– son tan variadas como el número de individuos sexuados.»

Los derechos de las minorías sexuales pasaron a ser la causa a la que Hirschfeld dedicaría su vida. Durante decenios luchó por la derogación del infame artículo 175, que criminalizaba la homosexualidad masculina, y convenció a la policía berlinesa para que admitiera sus «pases de travesti», certificados médicos que extendía para impedir la detención de los hombres que se vestían de mujer. Sin embargo, no creía que la propia esencia tuviera nada que ver con la pertenencia a una u otra categoría sexual o de género; o, de hecho, a ninguna categoría, ni racial ni religiosa ni nacional. La individualidad del propio Hirschfeld derivaba de múltiples filiaciones: era homosexual (un hecho que ni afirmaba ni negaba), feminista (era defensor declarado y activo del sufragio femenino y del control de la natalidad), científico, médico, socialista, pacifista, amante de la cultura alemana y judío laico. La única identidad que habría admitido Hirschfeld era la de «panhumanista».

La pregunta a qué pertenezco, qué soy realmente, no me da ninguna paz. Si me preguntara si soy alemán, o judío, o ciudadano del mundo, mi respuesta sería siempre «ciudadano del mundo». O las tres cosas.

En un artículo de 1923, Hirschfeld señalaba que algunos de sus pacientes travestis expresaban sentimientos que podrían describirse como «*seelischer Transsexualismus*», transexualismo espiritual, aunque no se refería a la condición que la palabra denota actualmente. En ningún momento aisló la transexualidad como categoría ni la consideró una identidad. Aunque los médicos vinculados al instituto de Hirschfeld realizaron algunas operaciones (rudimentarias) de cambio de sexo, lo hicieron más bien a regañadientes, a petición de clientes desesperados que amenazaban con herirse seriamente. (Un hombre transformado en mujer cambió de idea más tarde y pidió recuperar la virilidad, corroborando así la tesis de Hirschfeld de que la sexualidad era algo fluctuante.) Hirschfeld estaba más interesado en liberar a las personas para que expresaran su sexualidad particular que en concretar

qué pacientes pertenecían a uno u otro de los dos sexos. No pretendía transformar la ambigüedad de la psique en certeza de la carne.

El 6 de mayo de 1933, algo más de tres meses después de que Hitler fuera nombrado canciller de Alemania, cien estudiantes de una liga juvenil nacionalsocialista llamada Comisión Nazi Contra el Espíritu Antialemán llegaron en camiones ante el instituto de Hirschfeld. Mientras una banda interpretaba música militar, los jóvenes matones irrumpieron en el establecimiento, saquearon sus dependencias, rompieron muebles y cristales, derramaron tinta roja sobre millares de manuscritos y confiscaron libros, fotografías y expedientes de los nutridos archivos. Unos días después, un ejército de manifestantes con antorchas desfiló hacia la plaza de la Ópera de Berlín, portando el desfigurado busto de Hirschfeld clavado en un palo, y arrojó a una hoguera miles de libros «antialemanes». La prensa del partido elogió la «enérgica acción emprendida contra una institución ponzoñosa»; habían «fumigado» el instituto dirigido por «el judío Magnus Hirschfeld».

Hirschfeld, el «ciudadano del mundo» que adoptaba todas las identidades y ninguna, se encontraba en Francia por entonces, exiliado por causas de fuerza mayor. En los años inmediatamente anteriores a su fuga, las bandas fascistas habían abierto fuego en sus apariciones públicas y lo habían agredido físicamente en Múnich, fracturándole el cráneo en una de aquellas ocasiones, con resultados tan serios que se le dio por muerto (lo cual le permitió, según señaló él con no poco humor negro, leer su propia necrológica). Hirschfeld se enteró del ataque al instituto por un noticiario que vio en un cine de París. A continuación se le privó de la ciudadanía alemana. Un año después, angustiado por la destrucción del trabajo de su vida, murió de un ataque al corazón el día que cumplía sesenta y siete años.

Cinco médicos relacionados con las investigaciones sexológicas del instituto huyeron de Alemania; otro murió seguramente en un campo de concentración. Al igual que muchos profesionales que trabajaban en el instituto, eran judíos. Tampoco se perdonó a una empleada doméstica interna que no era judía: la receptora de la primera operación transexual completa, Rudolf Richter, llamada luego Dorchen, desapareció el día del asalto y probablemente fue asesinada. Otras pacientes del instituto fueron inscritas en «listas rosa», detenidas, deportadas, asesinadas.

¿Estuvo la incursión nazi contra el instituto motivada por el odio a una religión o a una identidad sexual? ¿Temían además los agresores que se

conocieran sus propias tendencias eróticas? El doctor Ludwig Levy-Lenz, subdirector del instituto, especuló después que «sabíamos demasiado»; entre su clientela había funcionarios del Tercer Reich. «Que conociéramos secretos tan íntimos de algunos miembros del Partido Nazi y que poseyéramos otro material documental [...] fueron las causas de la destrucción total del Instituto de Sexología.»

La convicción de Hirschfeld de que las divisiones de la identidad no eran estrictamente binarias y de que los deseos eran intermedios e ilimitados tuvo escasa repercusión en la Alemania nazi y, para el caso, en la América de posguerra. En 1965, el Congreso estadounidense aprobó una enmienda que matizaba la Ley de Inmigración y Nacionalidad de 1952. El texto original había prohibido la entrada de inmigrantes con «personalidad psicopática». La enmienda aplicaba explícitamente la prohibición a los «desviados sexuales». La ley fue confirmada por el Tribunal Supremo en 1967 y se mantuvo en los manuales hasta 1990.

Los transexuales del siglo XXI siguen viviendo en un universo cerrado por los protocolos de Harry Benjamin. Sus «Estándares de Atención» sobreviven en los Estándares de Atención de la WPATH (Asociación Internacional de Profesionales en Salud Trans), que son las directrices que se siguen generalmente en la cirugía de reasignación de sexo. Para poder someterse a cirugía por la WPATH es necesario recibir durante un año terapia hormonal (aprobada por un terapeuta), vivir un año como miembro del sexo opuesto las veinticuatro horas del día y, lo más importante, dos cartas independientes de dos profesionales en salud mental que hayan llegado a la conclusión de que el/la paciente puede someterse a la operación. Sin estos dos importantísimos requisitos, los estándares de la WPATH aconsejan a los cirujanos no operar. A diferencia de otros grupos «transgresores», los transexuales no pueden transgredir sin permiso de las autoridades.

Modificar los órganos sexuales significa someterse a una operación y someterse a una operación significa convencer a los médicos clínicos de que firmen un diagnóstico. El diagnóstico procede de las presunciones y prejuicios de los «expertos» del siglo XX, cuyas afirmaciones se basaban por lo general en investigaciones deficientes y cuyas suposiciones han sido muy amplificadas en la cámara de resonancia de una clientela deseosa de decir

cualquier cosa que se requiriese con tal de obtener la varita mágica de la cirugía. Desde que la transexualidad entró en el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales (DSM)* en 1980 (siete años después de que los defensores de los derechos de los gais consiguieran expulsar de él a la homosexualidad), «transexualismo» ha pasado a ser «trastorno de la identidad de género» o «disforia de género». En 2013, presionados para «desestigmatizar» a la población trans, los autores del *DSM-V* han eliminado el diagnóstico de los capítulos «Disfunciones sexuales» y «Trastornos parafílicos», aunque no del manual propiamente dicho. Los médicos han hecho infinitos retoques a la taxonomía, pero básicamente superficiales, añadiendo y eliminando síntomas y delimitando factores predisponentes y asociados, tipos y subtipos primarios y secundarios. El diagnóstico sigue siendo una afección informe, mal definida, basada en teorías vagamente relacionadas con datos empíricos o con historiales clínicos reales.⁴

Sin marcadores psicológicos firmes en que apoyarse, los terapeutas que expiden las dos cartas decisivas solo pueden determinar la aptitud de los pacientes basándose, no en lo que estos manifiestan, sino en lo que cuentan y en lo bien que lo cuentan. «Aunque la transexualidad se refiere a la transformación deliberada del cuerpo físico, más que a ninguna otra categoría catalogada en el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* de la Asociación Psiquiátrica Americana», señalaba en *Second Skins* (Segundas pieles) Jay Prosser, profesora de literatura y mujer transexual, «la transexualidad no aparece como síntoma en el cuerpo del sujeto, al menos no de modo visible o demostrable. El diagnóstico requerido para esta transformación debe proceder por el contrario de la confesión del propio paciente: la declaración de transexualidad precede necesariamente al diagnóstico de transexualidad; la autobiografía es el síntoma que presenta la transexualidad.» Para entrar en la sala de operaciones, el paciente debe contar a los terapeutas la versión que estos quieren oír, una versión que apenas ha cambiado desde que Harry Benjamin publicó sus directrices en 1966.

Los tópicos, las consignas y las expresiones obligatorias que requiere la confesión circulan desde hace mucho en los intercambios transexuales clandestinos y más recientemente en los foros y chats de Internet. «To qualify for surgery», una página web para posibles mujeres transexuales que leí en 2010, sugería exagerar que se sentía «un odio persistente a las estructuras anatómicas masculinas» y que se «detestaba totalmente el comportamiento

homosexual». En una charla online de 2014 sobre cómo conquistar el beneplácito de los terapeutas para conseguir el tratamiento hormonal y la intervención quirúrgica, un solicitante afortunado explica:

Mentí por la barba al psiquiatra, le solté mentiras directas o falté a la verdad por omisión. No le hablé, FALTARÍA MÁS, de mi problema con el alcohol, ni una palabra sobre los problemas de mi restablecimiento. Tampoco le hablé nunca de las dudas que tenía, nunca le mencioné la existencia de mi novio (hoy mi marido), ni que también él es trans, ni le dije absolutamente nada de que rompí con mi ex. Hice lo posible por presentarme ante él como una chica alegre y equilibrada, aunque por dentro estaba hecha una mierda. [...] No podía sincerarme con él mientras estuviera esperando aquella maldita carta.

En *How to Change Your Sex* (Cómo cambiar de sexo), Lannie Rose, mujer trans, aconsejaba a otros que resistieran «la tentación de engañar al terapeuta», aunque señalaba cómo se hacía: «El juego es sencillo: leed historias sobre transexuales en sitios web y a continuación inventad para el terapeuta una historia que se parezca a las demás.» Es una modalidad de composición literaria que Prosser denominaba reproducción de la «historia modelo» con «clásica trama de transexualidad». Sandy Stone describía el método de un modo más sencillo, diciendo que era «aprender a mentir con eficacia sobre el propio pasado».

Inventar estas mentiras, reprochaba Rose, es «hacer a tu yo un flaquísimo servicio y perder una gran oportunidad de crecer personalmente». Rose creía que unos requerimientos rigurosos impuestos por terapeutas poco comprensivos eran artefactos del pasado reciente y que «en la actualidad, la sinceridad con el terapeuta no debería impedir la obtención del tratamiento que necesita la disforia de género, al margen de los detalles de la historia personal». El libro de Rose apareció en 2004, el mismo año que se operó mi padre. Me preguntaba cómo habría afrontado mi padre sus propias particularidades.

–A veces deseo que Harry Benjamin no hubiera existido nunca –me dijo Mel Myers–. Habría sido mejor que nos hubieran dejado sufrir en la oscuridad a las chicas trans. –Unos meses después de habernos encontrado en el Coffee People para hablar de la estancia de mi padre en el Nido de Melanie, nos vimos para comer en un restaurante tailandés llamado Miso

Happy—. Yo manipulé a mi terapeuta –confesó mientras tomábamos la sopa—. Conocía de antemano todas las respuestas –aclaró—. Salí de allí con la sensación de que era pan comido. –Ahora ya no estaba tan seguro de haber salido victorioso—. Los médicos habrían podido orientarme mejor. Ojalá hubiera terapeutas para ayudarnos a no proseguir. Puede que así hubiera aprendido...

–¿Aprendido qué? –pregunté.

–A vivir conmigo misma.

–¿Cree usted –pregunté titubeando–, cree usted que mi padre no se habría sometido a la operación?

–Yo no sé qué indujo a Stefánie a operarse –dijo Mel—. Era demasiado cerrada para que yo me enterase. –Recogió los restos del rollo de primavera que tenía en el plato—. He conocido a cientos de transexuales, pero yo diría que solo deberían haberse operado unos diez. No digo que no hubieran cambiado, pero era una prueba demasiado difícil. Tendrán que vivir siempre como «personas trans». Nunca pasarán de ahí.

En las tres semanas que estuvo mi padre en el Nido de Melanie, esta no tuvo la impresión de que su transición hubiera sido fácil. «La verdad es que en cierto modo no esperaba que Stefánie se quedara conmigo», confesó Mel. «Sentía algo amenazador en él, quiero decir en ella. Algo autoritario», matizó. «Pero acababa de abrir la residencia y tenía que atraer clientes. Así que iba a su habitación del hospital y me promocionaba. Al principio su actitud era defensiva y me miraba como diciendo: “¿Qué tomadura de pelo es esta?” Pero al cabo del tiempo se puso a decir a las enfermeras: “Bueno, a lo mejor me quedo en casa de Melanie.”»

Mel manipuló su Palm Pilot y me enseñó algunas fotos del Nido. Era un edificio de madera, muy ventilado, rodeado por un porche, por palmas y palmeras bananeras. Estaba situado en lo alto de una colina que daba a la playa (a altura suficiente para salir indemne del tsunami de diciembre de 2004). Los huéspedes tenían sus propias habitaciones con cuarto de baño privado. Melanie había decorado el área de uso común con muebles de mimbre, ocho relojes que reflejaban diferentes zonas horarias de todo el mundo y cuadros inspiradores. El artículo más representativo de la pieza era una pintura al óleo de una mujer desnuda con largo cabello rubio, mirando por una ventana brillantemente iluminada.

«Mira el nuevo día que despunta», dijo Mel. «Todo el mundo que ha

estado allí conmigo tiene que ver con eso.» Melanie invitaba a saludar el nuevo día organizando viajes colectivos con los huéspedes: a la playa, a las tiendas de ropa femenina, a los clubs nocturnos y al Espectáculo FantaMar de Phuket, «lo último en parques temáticos culturales para la noche». (Mi padre me enseñaría el vídeo que había comprado en la tienda de regalos de FantaMar y en el que salían las atracciones más concurridas del parque: un «Espectáculo de Ilusión Cultural» para la noche, con manadas de elefantes que aparecían y desaparecían «a voluntad», una tormenta con aparato eléctrico simulado y un estudio fotográfico que invitaba a los clientes a hacerse fotos con indumentaria tailandesa «tradicional».)

Los esfuerzos de Melanie por conseguir clientes aquel mes de mayo en las alas de cirugía plástica de los hospitales de Phuket dieron sus frutos. Consiguió media docena de huéspedes, todas mujeres transexuales. Mi padre era el de más edad, con diferencia. También era el «más solitario», contó Melanie. «Stefánie parecía aislado, incluso más que las demás. Quizá a causa de su cultura o de su historia, pero el caso es que las demás no se relacionaban con ella. Ninguna de las otras cinco quería visitarla. Yo tenía que animarlas, les decía que era “la Gran Húngara”.»

Las otras huéspedes, que eran veinteañeras y treintañeras y procedían de Estados Unidos, Inglaterra y Australia, no compartían los intereses de la Gran Húngara. «Su padre se presentó con todo el equipo: una videocámara gigante, películas, ordenador, vídeos de ópera. Stefánie quería meternos la ópera por las orejas. Ponía óperas alemanas a todo volumen, aunque los altavoces eran malos. Quería que viéramos sus películas y estaban también en alemán. Decía que nos las traduciría, pero tuve que decirle que no, que la gente no quería esa clase de entretenimiento. Y tenía muchas fotos en el ordenador que quería enseñar a todas, pero la gente se aburría de verlas. En cierto momento la llevé a tomar el *brunch* a un hotel de lujo en el que se alojaban alemanes, pensando que a lo mejor le entraban deseos de registrarse allí. Pero se quedó tres semanas. Y reclamaba la máxima atención.»

Sonrió con una mueca de autodesprecio: «Curiosamente, de eso es de lo que me acusan *a mí*. ¡Siempre llamando la atención!» Se echó a reír. «Las transexuales estamos..., podemos estar encerradas en nosotras mismas.» La conducta de mi padre, sin embargo, desanimaba a las huéspedes de Mel por otro motivo. «Stefánie era muy *dominante*, como un martillo que te

machacara. No creo que tuviera sensibilidad suficiente para apreciar las sutilezas de ser mujer.»

Yo no tenía muy claro qué podía contener el álbum de «sutilezas» al que se refería Mel, porque también yo, desde pequeña, había detestado el carácter dominante de mi padre. En cierto modo, sin embargo, me complacía que, fuera lo que fuese cuando salió del quirófano, fuera cual fuese la categoría en la que había esperado integrarse, ya estaba cuestionando el molde.

–Mientras estuvo conmigo –dijo Mel–, me habló en cierta ocasión de la guerra.

–¿En serio? –dije, un poco celosa de que mi padre evocara el pasado con Melanie, y también sorprendida. ¿Se había preparado la mariposa para abandonar el capullo, en busca de una nueva vida, revisitando su pasado de oruga?

Dos detalles habían llamado la atención de Mel.

–Dijo que había presentado partidas de nacimiento falsas. Y que tenía un brazalete con una esvástica, o algo parecido, que había llevado para que no supieran que era judío. –Mel tenía sus dudas, pero estaba intrigado–. Me reí y le hice un comentario –añadió–, y ella me replicó mirándome de un modo raro. Soy incapaz de decir si le hizo gracia o no... Le dije: «Entonces, ¿eres una transnazi?»

12. LA MENTE ES UNA CAJA NEGRA

La versión de Mel sobre la estancia de mi padre en la casa con el cuadro de la mujer que «miraba el nuevo día que despunta» había hecho retroceder mis pensamientos hacia las experiencias bélicas de mi padre. En el curso de otra tarde fui a visitar a otra persona de Portland que había conocido a mi padre en aquellos tiempos adolescentes, otra persona con la que también me había recomendado mi padre que contactara. «Ve a ver a Otto», me había dicho. «Él conoce a todos los que iban a nuestro colegio.» Otto Szekely había sido compañero de clase de mi padre en el Gimnázium Zsidó, el instituto de enseñanza media al que iban los judíos de Budapest.

Incluso sus mascotas eran húngaras, me dije mientras avanzaba por el pasillo detrás de Szekely, cirujano y anestesista retirado, y entrábamos en el comedor de la elegante casa que tenía en Lake Oswego, con vistas al monte Hood y al monte Adams. Sus dos grandes perros *kuvasz*, pertenecientes a una antigua raza que se decía que había acompañado a los magiares en la conquista de la cuenca de los Cárpatos, correteaban detrás de nosotros.

–Hemos estado en Budapest recientemente –me dijo Otto mientras su mujer, Margaret, enfermera quirúrgica, servía una cena suntuosa, tradicionalmente magiar, que empezó con una sopa de cerezas y concluyó, seis platos más tarde, con *palacsinta* (rollos de crepe rellenos de mermelada de frutas, espolvoreados con azúcar glas)–. Y visitamos a su padre.

–¿Cuándo? –pregunté. A principios de mayo, respondió. Época de plantar geranios–. ¿No se había ido del país?

–Dijo que pensaba marcharse, al día siguiente, según creo. Se iba a... –Otto se esforzó por recordar el nombre– ¿Malasia? –Le parecía un lugar un poco raro para pasar unas vacaciones. Yo no dije nada. Si mi padre no le había contado lo de la operación a su compañero de clase, no era yo la más indicada para notificárselo.

Mientras Margaret servía pollo a la *páprika*, Otto se acercó a un aparador y cogió unas fotos del viaje a Budapest. En la primera vi a mi padre delante de

la casa de las colinas de Buda. Cuando Otto me la alargó, cambió una mirada con Margaret.

–Tenemos un nombre especial para esa casa –dijo–. La llamamos el Castillo de Kafka.

En la siguiente foto, los Szekely posaban junto a la comida que les había preparado mi padre: rollos de arenque, paté de oca y canapés de salchichas y gambas. La afición de mi padre por el *smorgasbord*, el bufé danés, se remontaba a seis decenios antes, a la época en que había vivido en Copenhague. En la última foto se veía a mi padre en su nuevo taller del sótano, al lado de su vieja sierra Black & Decker, vestido con pantalón caqui, camisa masculina y corbata. Tenía la cara inusualmente blanda y redonda, con un brillo notable. Llevaba meses tomando hormonas femeninas.

Otto recordaba pocas cosas de los años que mi padre pasó en el Gimnázium Zsidó, aparte de que István era «pequeño, como yo», nada atlético y no muy comunicativo. Cuando era adolescente se las había apañado para contar algo: que la familia Friedman «era rica» y «tenía fincas». Otto me dio el nombre de otros compañeros de estudios que tal vez recordaran más, pero cuando los llamé, sus recuerdos eran escasos. Jaacov Steiner, profesor de audiología en Tel Aviv, era el que más sabía: él y mi padre habían ido a los mismos colegios desde que tenían seis años. «Mi mejor amigo en clase», me había dicho mi padre de Jaacov, aunque cuando le pregunté la razón, no se le ocurrió nada mejor que «era amable conmigo». Los recuerdos de Jaacov eran menos amables. «Su padre era un poco revoltoso en clase, no hacía más que interrumpir al profesor. Un chico inquieto y difícil. Pero el colegio lo toleró gracias al dinero de Jenő Friedman.» También recordaba que mi padre se alojaba en casa de un profesor, pero por un motivo que no era el divorcio que se estaba tramitando. «Los Friedman tenían una doncella interna y su padre de usted le dio un par de puñetazos, muy fuertes, en el estómago y en las piernas. El médico de cabecera sugirió que lo mandaran donde pudieran enseñarle disciplina.»

Otto me llevó a su estudio después de cenar. Se dejó caer en el sofá, con los perros a sus pies. Su cara ancha y lisa y sus cejas pobladas y arqueadas eran, pensé entonces, típicamente húngaras. Puso en una mesa un fajo de fotografías muy poco amarillentas, restos de una vida interrumpida. Las barajó despacio y cogió una para enseñármela. Era una fotografía de anuario escolar, cinco filas de chicos, formados en gradas, delante de una pared de

ladrillo, vestidos con chaqueta de uniforme y corbata. Reconocí a uno delgado, situado hacia la parte de atrás, esbozando una semisonrisa inquieta, con una mano en el chaleco, como Napoleón. «Pista», dijo Otto. Mi padre en la adolescencia: con una elegante chaqueta de mezclilla de solapas anchas, era el mejor vestido del grupo. «Fue el curso del 45», añadió alargándome la foto. «El curso que nunca terminó. Era un colegio muy elitista y los profesores eran de talla internacional.»

El Gimnázium Zsidó era famoso por su erudición académica, su claustro lleno de célebres lumbreras en matemáticas, arqueología, historia, filología, lenguas clásicas y lengua húngara. El creciente antisemitismo había obligado a muchos destacados eruditos judíos a dar clases en centros de enseñanza media. El temor al «predominio» judío en la educación superior había dado lugar a la ley de Numerus Clausus de 1920, que limitaba la cuota de estudiantes de minorías y se dirigía a los judíos. (La ley funcionó como primer decreto antisemita en la Europa de entreguerras.) La lista de los eminentes judíos húngaros obligados a emigrar al extranjero por culpa de la creciente discriminación es larga y abunda en premios Nobel; entre ellos merecen citarse el matemático John von Neumann, los físicos Eugene Wigner, Leo Szilard, Theodore von Kármán y Edward Teller; el químico George de Hevesy y el sociólogo Karl Mannheim. A finales de los años treinta, nuevas leyes antisemitas redujeron la cuota de profesores judíos. Entre los docentes famosos que buscaron empleo en el Gimnázium Zsidó estaban David Rafael Fuchs, experto en filología ugrofinesa y miembro de la Academia Húngara de Ciencias; Salamon Widder, hebraísta eminente; y Mihály Fekete, destacado matemático y luego rector de la Universidad Hebrea de Jerusalén. El director de educación física del Gimnázium era Zoltán Dückstein, el entrenador del equipo olímpico húngaro que había conseguido medallas en boxeo, esgrima, lucha y waterpolo en los juegos de verano de 1932, que se celebraron en Los Ángeles.

Otto pasó un envejecido dedo por la foto de la clase, deteniéndose en cada cara para identificar al chico por su futura profesión: físico, químico, biólogo, ingeniero aeronáutico, informático, cardiólogo, ingeniero eléctrico, psiquiatra, radiólogo, director de museo, deportista profesional inmortalizado en el Salón de la Fama de Canadá, empresario multimillonario y fundador de la compañía minera más grande del mundo... Estos fueron los que sobrevivieron, naturalmente. Antes de la guerra había sesenta y un

muchachos en la lista de la clase. Después del conflicto, menos de veinte. Cuando Otto organizó una reunión de exalumnos en Toronto, en 2001, había dieciséis. «Ahora quedan doce», dijo. Levantó la cabeza y fijó en los míos los ojos enmarcados en profundas arrugas. «Su padre es el único que vive en Hungría.»

Los alemanes ocuparon Budapest el 19 de marzo de 1944 y ese día el Gimnázium Zsidó envió a los alumnos a sus casas. Para evitar alarmas, la administración dijo que se les daba fiesta para celebrar el cumpleaños del padre de la democracia húngara, Lajos Kossuth. Las notas finales empezaron a repartirse antes de lo normal, el 4 de abril, un día antes de que entrara en vigor un decreto del Ministerio del Interior húngaro que obligaba a los judíos a llevar la estrella de David amarilla. Poco después de examinarse el último curso (el de la promoción del 44), los militares locales confiscaron el edificio y lo transformaron en campamento de tránsito, para los judíos obligados a trabajar en el extranjero.

El adolescente Otto quería ser poeta. En esto era un auténtico húngaro, pues la poesía era el arte más celebrado por la tradición magiar. Antes de que su padre fuera obligado a dejar el empleo de director financiero de una compañía química –acabó en Auschwitz, donde murió–, Otto le cogió la máquina de escribir de la oficina y compuso las «Obras completas de Otto Szekely». Otto trató de recordar algunos versos ante mí, en inglés. Un poema dedicado al invierno decía: «La nieve ríe en la sonrisa del sol.» («El juego de conceptos queda mejor en húngaro», dijo.) Otro, una versión artística de la lluvia, describía un aguacero como «la muerte de las nubes».

Escribió su último poema en el verano del 44. Estaba dedicado a su hermana, que había sido reinstalada a la fuerza con su madre en una de las casas de «Estrella Amarilla» de la ciudad, edificios de viviendas requisados donde se concentraba a los judíos de Budapest durante el último año de la guerra. Estas casas eran la última parada antes de la deportación. Otto no recordaba ya las palabras exactas, pero sí la parábola de la que se sirvió, la historia de un lobo que acecha fuera de un redil donde duermen las ovejas. «Le daba la vuelta para decir que algún día las ovejas estaríamos fuera y el lobo se quedaría encerrado en el redil. Quería darle esperanzas.» La hermana subía y bajaba las escaleras de la casa de la Estrella Amarilla para leérselo a los demás residentes. El poema mejoró el ánimo de la hermana, pero no su

suerte. A finales de 1944 fue cargada en el último transporte de Budapest a Bergen-Belsen, donde murió de tifus.

Mes y medio antes de que deportaran a su hermana, el joven Otto, de diecisiete años, fue detenido por la Cruz Flechada húngara y obligado a trabajar cavando trincheras para detener el avance del ejército soviético. No tenía equipo para andar a la intemperie, pero «mi madre era una maga. Me acortó la chaqueta para hacerme una mochila». Y se las arregló para sacar de aquí y de allá harina y azúcar suficientes para prepararle una hornada de galletas. Durante muchas semanas cavó bajo una lluvia torrencial. «Nunca acababas de secarte. Por la noche me acostaba en el mismo suelo.» Las galletas se convirtieron en puré en la mochila. Otto sacaba una cucharada de pasta cada día. «Me mantuvieron con vida.»

La pasta de galletas se agotó en el invierno del 44 y su unidad se dirigió al oeste. «Teníamos un mal presentimiento, porque estábamos al tanto del rumor»: ir al oeste significaba ir a un campo de concentración. Una noche que cruzamos un pueblo «nos detuvimos por no sé qué razón. Yo estaba en la cuneta y vi por casualidad una portilla en un corral vallado. La toqué para saber si estaba abierta». Alargó un dedo por encima de la mesa de centro, empujando una portilla invisible. «Y no estaba asegurada. Miré a mi alrededor. Esperé. Esperé, esperé y esperé.» Cuando los guardias más cercanos miraban a otro lado, se coló por la portilla «y eché a andar sin saber hacia dónde».

Ideó inmediatamente otra identidad, con la que se presentaba cada vez que lo paraban. «Decía que era un húngaro que había escapado de los rusos de Rumanía, porque por entonces había muchos húngaros de Transilvania que se fugaban.» Un húngaro cristiano, naturalmente. No tenía documentos para corroborar su historia. «Pero el miedo que sentía no era por no tener papeles.» Le pregunté el motivo concreto, aunque lo sabía. «Temía que me ordenaran abrirme la bragueta. Ese era mi mayor temor.»

Muchos años después, se negaría a que su hijo fuera circuncidado. «No quería que mi hijo se viera nunca en las mismas circunstancias.»

En el invierno de 1944, Budapest era, como muchas otras ciudades europeas devastadas por la guerra, una «ciudad de mujeres». La capital de Hungría era además, y de un modo muy evidente, una ciudad de mujeres

judías. En Budapest sobrevivió el 60,1 por ciento de judías, frente al 42,7 por ciento de varones judíos.

En las guerras, la principal amenaza es el enemigo masculino (poco importaba que los judíos húngaros nunca hubieran sido el enemigo). Pero había además en juego una compleja historia de fantasías y fobias sobre la virilidad judía que llevaba siglos gestándose y en modo alguno se limitaba a Hungría. Las imágenes dominantes (y contradictorias) del amplio espectro del varón judío –el castrado afeminado que amenazaba con corromper al varón cristiano, el sátiro rijoso que amenazaba con desflorar a las vírgenes cristianas y, cómo no, el avaro y parásito que amenazaba con vaciar las arcas cristianas– destellaban en toda Europa. En la Hungría de entreguerras, desmembrada por el Tratado de Trianón, el varón judío era una figura sobre la que se proyectaban muchos miedos y humillaciones sociales y económicos. En la popularísima novela de Dezső Szabó *El pueblo a la deriva* (1919), un joven y robusto soldado no judío regresa a su pueblo al término de la Primera Guerra Mundial y encuentra el país corrompido por judíos, a la belleza local echada a perder por amantes judíos (al final se hace prostituta en Budapest, la «moderna Sodoma» infestada de judíos) y a su mejor amigo, un poeta cristiano, enloquecido y privado de toda energía por culpa del canto de sirena de la decadencia cosmopolita (judía). El héroe se mantiene firme frente a la contaminación semita, se casa con una campesina cristiana y jura defender los ideales del campo magiar, «cuna de la raza húngara». Para muchos húngaros no judíos arruinados por las condiciones de la época, esta historia lo explicaba todo: el culpable de su castración era el lujurioso y a la vez afeminado judío urbano que se contoneaba por los bulevares de Pest, degradando la moral cristiana con sus flaquezas sexuales y sangrando la riqueza y el bienestar de la nación.

Cierto día estuve hablando con la distinguida psicoanalista de Budapest Judit Mészáros sobre cómo percibía a los judíos la sociedad húngara. Cuando llegamos a los años de entreguerras, buscó su libro *Ferenczi y después* –sobre la escuela psicoanalítica de Budapest– y me enseñó una página en que se reproducía un cartel antisemita de los años veinte. En él se veía a un hombre grotescamente gordo, con piel escamosa, desnudo pero calzado con botas, patizambo y en cuclillas. Mira entornando mucho los ojos a través de unas gafas que le cabalgan sobre una nariz ganchuda y una boca babosa. Lleva una pluma de ganso encima de la oreja y otra clavada como una flecha en las

colgantes tetillas. Debajo del brazo izquierdo le cuelga una abultada bolsa de dinero, estampada con una estrella de David, y chorreando monedas de oro. Su mano derecha busca un ejemplar de *Pesti Napló*, un periódico húngaro de la época. Encima de la cabeza tiene un rótulo que dice: «*Le az élődi sajtóval!*», ¡Abajo la prensa parásita!

—¿Se ha fijado? —preguntó Mészáros.

Señalé la entrepierna del «parásito». La repelente figura no tenía paquete.

—Así es —dijo la psicoanalista—. Está castrado. —Cerró el libro de golpe—. A veces, una sola imagen lo condensa todo.

Las tres «leyes judaicas» aprobadas por el Parlamento húngaro entre finales de los años treinta y principios de los cuarenta devastaron la virilidad judía. Las dos primeras leyes les impusieron serias restricciones para ejercer trabajos profesionales, administrativos, comerciales e industriales, eliminando más del ochenta por ciento de los empleos con que los judíos se ganaban el sustento. La tercera ley, de «protección de la raza», prohibía los matrimonios y las relaciones extraconyugales entre *hombres* judíos y mujeres no judías. «Las “leyes judaicas” hicieron que los hombres perdieran el empleo y se hundieran económicamente», explican Zoltán Vági y sus coautores en *El holocausto en Hungría: evolución de un genocidio*, «a raíz de lo cual apareció una única forma de “emancipación”. La relación entre los sexos, los papeles de género y la división del trabajo empezaron a cambiar.» Con el inicio de los trabajos forzados, el sostén de la familia de sexo masculino no tardó en desaparecer literalmente de las casas.

En marzo de 1939, más de dos años antes de que Hungría entrara en la guerra, el gobierno húngaro declaró a los varones judíos inútiles para el servicio militar. (El dictamen todavía sulfuraba a mi padre, setenta años después. «Israel hizo trizas aquel prejuicio en la Guerra de los Seis Días», exclamaba, golpeando la mesa con los puños. Según mi padre, Israel fue, entre otras cosas, un experimento para la restauración de la condición masculina.) El Servicio Laboral, exclusivo de Hungría, reclutó a la fuerza a todos los varones judíos comprendidos entre los veinte y los cuarenta y ocho años (después, entre los dieciocho y los cuarenta y ocho) y los integró en unidades de trabajos forzados que cooperaron con las divisiones del ejército húngaro. (Mi padre tuvo la suerte de no cumplir los dieciocho hasta noviembre de 1945.) Los reclutas no tenían botas ni uniforme militares (ni más identificación que un brazalete amarillo para los judíos y otro blanco

para los conversos). Tampoco armas: considerados «indignos de confianza», fueron enviados al frente desarmados. Cuando Hungría entró en guerra, estos hombres aportaron el trabajo servil, realizando las tareas más humillantes, extenuantes y peligrosas. Apenas se les daba de comer, vestían de pena y eran tratados con brutalidad: utilizados como animales de tiro, avanzaban en vanguardia de las tropas regulares por campos de minas, y eran despeñados por precipicios y torturados para deleite de los oficiales y soldados sádicos. Algunos argüían que el trabajo forzado al menos los libraba de las cámaras de gas. Pero de todos modos murieron en cantidades alarmantes, cuarenta y dos mil *antes* de la ocupación alemana.

Cuando el Partido de la Cruz Flechada tomó el poder, en el otoño de 1944, prácticamente todos los varones que no eran ancianos o estaban enfermos se encontraban militarizados. Cualquier varón que apareciera por las calles de Budapest sin uniforme despertaba sospechas. Los judíos, al margen de lo convincente que fueran sus falsos documentos de identidad, cada vez que se aventuraban a salir, se arriesgaban a lo que eufemísticamente se llamaba «inspección de los pantalones». Tivadar Soros, padre del filántropo George Soros, describió el peligro diario que corrían en sus memorias de guerra, *Mascarada*.

En cada distrito había un par de edificios de la Cruz Flechada cuyo único objetivo era torturar a los judíos y «segar» vidas judías. Las personas sospechosas de ser judías eran conducidas a estos locales para evaluar su condición. En el caso de los varones, la evaluación era sencilla. Los documentos carecían de importancia. Tenían que desnudarse y los circuncidados tenían pocas probabilidades de salir con vida. Las perspectivas de las mujeres eran más halagüeñas, porque esta sencilla comprobación no era válida en su caso.

Soros consiguió, para él y sus dos hijos, unos certificados médicos falsificados que alegaban que habían sido operados de fimosis, una afección poco frecuente que consiste en un estrechamiento del prepucio que exige la circuncisión. Sabía que no era probable que los documentos de identidad los protegiera. «El problema del prepucio», escribió, era «una amenaza que pesaba constantemente sobre nuestra vida de falsos cristianos.»

Un pariente de mi padre vivió atormentado hasta el fin por el recuerdo de esa amenaza. Cuando era niño, me contó este hombre, su madre quiso librar a sus dos hijos de aquella reveladora marca religiosa buscando una

«restauración del prepucio» mediante la cirugía. La operación, practicada en plena guerra, en una ciudad abandonada y en un sótano, por un psiquiatra con limitada experiencia quirúrgica, fue un desastre. La «llamada operación», decía él. No hubo anestesia. La madre les dio, a él y a su hermano menor, un trago de vodka y un cigarrillo. El psiquiatra indicó a los presentes que inmovilizaran a los pacientes sujetándolos de los brazos y las piernas. «Yo me desmayé», dijo mi informador, «lo cual fue una suerte.» La operación no funcionó, pero los dos hermanos estuvieron con fuertes infecciones durante un año. Lo mismo le ocurrió a otro hombre que conocían, un tipo de más edad que se operó el mismo día. «Los nazis detuvieron a este hombre en la calle y le bajaron los pantalones para ver si era judío.» Le vieron el hinchado miembro. El hombre dijo que era por la sífilis. «Tenía tan mal aspecto que se lo creyeron. O sea que en cierto modo puede decirse que la operación fue efectiva.»

¿Y mi padre?

–Yo nunca tuve miedo de que me ocurriera –dijo tranquilamente cuando le pregunté por el «problema del prepucio» en el Budapest de la guerra–. Yo no era idiota. Sabía cómo portarme. Nunca llevé la estrella amarilla.

–Pero incluso sin la estrella –insistí.

–Bueeeno, nunca me pillaron –replicó–. No es un asunto relevante. –Fin de la discusión.

Un mes después de cenar en su casa, me llamó Otto Szekely. Había recibido un correo electrónico de otro alumno del curso del 45. Adjunto al mensaje había otro correo que el hombre había recibido de mi padre, anunciándole su cambio de sexo. Otto no era el único destinatario; el hombre había reenviado el correo de mi padre a todos los condiscípulos supervivientes.

Otto no sabía qué pensar.

–Los chicos lo han estado hablando –dijo, refiriéndose a los exalumnos septuagenarios– y piensan que Pista ha querido escandalizarnos. –Otto trató de recordar precedentes–. En el instituto había un cirujano con el que yo solía trabajar y que en cierta ocasión hizo una operación parecida –me explicó–, aunque su paciente era una mujer que había nacido con útero pero sin vagina. –Quería decir una mujer biológica–. Debió de haber alguna clase de..., no sé,

un conflicto patológico consigo mismo –sugirió aferrándose a los asideros médicos que caían dentro de su competencia para explicar la acción de mi padre–. Debió de haber algún síndrome psicósomático predeterminado, precipitado quizá por alguna experiencia temprana. Eso tendría cierta lógica. –Solo que no la tenía, en cualquier caso no para él–. Lo importante es que él..., que el conflicto... no aumente más en el sentido de... –Dejó la frase sin acabar–. No lo entiendo.

–¿Le importaría que habláramos de esto mientras comemos? –pregunté.

–Será un alivio.

Unos días después, Otto entró en un restaurante del centro de Portland, se sentó en un banco y me pasó por encima de la mesa un fajo de papeles impresos. El e-mail de mi padre que había sido reenviado a todos los «chicos» era menos una exposición que una exhibición; o mejor dicho, pensé irritada, un acto de exhibicionismo. Mi padre había seleccionado dos imágenes para enviar. En una aparecía posando en el jardín imperial vienes de la emperatriz Sisí. En la otra llevaba una peluca rubia platino y una falda roja con lirios blancos. Eran las mismas fotos que me había enviado a mí para anunciarme el nacimiento de Stefánie. Sentí los avances de un oscuro resentimiento. ¿Era yo solo una de las muchas personas receptoras de aquella misiva visual?

Algunos condiscípulos habían respondido con unas cuantas observaciones. A saber: era ridículo y vergonzoso que un hombre maduro hiciera aquellas cosas. Mi rencor cambió inmediatamente de objeto. ¿Quiénes eran aquellos hombres, que apenas habían cambiado dos palabras con mi padre desde 1944, para emitir juicios? Lo vergonzoso era lo que hacían ellos, pasarse fotos como adolescentes que ríen por lo bajo cuando ven imágenes sicalípticas.

Pegada a las fotos había otra serie de e-mails, un intercambio de mensajes entre mi padre y un excompañero de clase que estaba en Israel. Ocupaba varias páginas llenas de texto. Y todo estaba en húngaro. La única palabra que entendí del mensaje de mi padre era la última: *Shalom*.

Reconocí el nombre del corresponsal, Jaacov Steiner, el «mejor amigo» de mi padre en sus tiempos escolares. Otto recorrió tristemente con los ojos la primera página de los e-mails.

«Steiner escribe a su padre que espera que esté satisfecho de la operación y

que solo tiene una pregunta qué hacerle. ¿Por qué esperar hasta este momento?»

Mi padre le había respondido al día siguiente y Otto me tradujo la respuesta. «Pido perdón por informaros uno por uno, pero como Stefi soy un poco tímida ahora.» Otto levantó la cabeza para mirarme, sus arqueadas cejas parecían ya acentos circunflejos, y siguió leyendo. «Francamente, nunca pensé que llegaría a vivir en el siglo XXI, pero aquí estoy ahora, toda una señora más o menos guapa.»

La explicación proseguía con aquel estilo de «todo ha salido a pedir de boca» que ya conocía por las primerizas autobiografías trans que había leído en la biblioteca de Portland. «Todos los tailandeses son muy amables.» «Me recuperé completamente en dos semanas.» «Quedé muy satisfecho con todas las operaciones que me hice en Tailandia.» «No he tenido ningún problema desde que volví a casa.» «Todos mis conocidos son ahora muy simpáticos conmigo.»

El último párrafo del e-mail: «Mi hija estuvo aquí, tomó muchas notas sobre mí y quizá su próximo libro sea sobre mí y los problemas de los transexuales. Te deseo un feliz Año Nuevo. Shalom, Stefi.»

Otto pasó las páginas en busca de algo. Lo encontró en otro e-mail que le había enviado Steiner en privado. Otto había subrayado un par de frases con tinta roja.

«Steiner me dice aquí que cuando Pista era joven, su conducta llegó a ser “insoportable”. Se comportaba con mucha agresividad y por culpa de eso fue enviado a vivir con el profesor. Le dio muchas patadas a la criada que vivía en su casa.»

Me pregunté por qué Otto había subrayado aquellas cosas. ¿Pensaba quizá que el episodio infantil con la doncella había podido ser un factor influyente en la posterior reinención de mi padre? Lo dudaba. Muchos niños privilegiados de aquellos tiempos maltrataban al servicio. Se volvían seres odiosos, pero no transexuales.

–Creo que fue una época terrible de su vida –dije.

–Sí –dijo Otto–. Steiner cuenta que sus padres sostenían una guerra muy enconada. Iban a divorciarse.

–Y estaba la otra guerra –dije–. Debió de ser aterrador. Mi padre afirma que durante la guerra nunca pensó en el hecho de ser judío, pero no me lo trago.

Otto se quitó las gafas y se pasó una mano por la cara.

–Los que sobrevivimos no sufrimos ningún trastorno por estrés postraumático al acabar la guerra. Quiero decir que sin duda arrastramos un estrés psicótico o neurótico. Yo siento la culpa del superviviente, pero no... – Se detuvo y volvió a empezar–. Puede que a nivel individual, si una persona queda al desnudo durante un período concreto, eso puede reforzar, disparar, lo que sea, el síndrome en cuestión. La conexión existe en alguna parte, a nivel individual, pero es muy difícil demostrarlo.

–¿Demostrar qué? –No me estaba enterando de nada.

–Su padre seguramente tenía ese deseo en él ya de niño y, por casualidad, la guerra llegó al mismo tiempo –dijo Otto–. Tengo la impresión de que usted quiere encontrar una conexión entre su padre y el Holocausto. Pero yo no creo que el Holocausto *empuje* a nadie a...

–Tampoco yo lo creo –dije.

–Es como cuando hay un asesino en masa y dicen en la tele: «Ah, eso es porque le ocurrió esto o aquello en la infancia. ¡Eso lo explica todo!»

–Otto, yo no estoy diciendo que el Holocausto explique el cambio de sexo de mi padre.

Asintió con la cabeza, apaciguado en cierto modo.

–Es como si de repente me entrase dolor de cabeza –insistió– y me esforzara por averiguar la causa. Retrocedo estableciendo asociaciones, tratando de saber qué lo ha motivado, y a veces, si tengo suerte, lo averiguo.

–Pero la mayoría de las veces no –dije–. La mayoría de las veces no hay un solo «disparador».

Se quedó callado unos momentos. Luego dijo:

–Sin embargo, lo que usted hace, investigar las conexiones, es una idea legítima. Es de sentido común. –El empírico doctor Szekely parecía estar litigando con el Otto existencialista–. Pero si quiere demostrarlo, puede ocurrir que acabe trazando un círculo muy amplio.

–Y terminar donde empecé.

–No donde empezó –dijo–. Pueden aparecer muchos hechos. Pero, al final, la mente es una caja negra.

13. APRENDED A OLVIDAR

Mi padre estaba sentado a la mesa del comedor, bolígrafo en mano, y delante tenía la lista de los exalumnos del curso del 45 del Gimnázium Zsidó. Removía y barajaba las fotocopias e iba poniendo una X junto a uno u otro nombre.

–¿Qué haces? –pregunté. Habían pasado cuatro años desde que había decidido ver a mi padre. En mis siguientes visitas habíamos hecho algunas excursiones por la ciudad y le habían sonsacado fragmentos de la historia familiar. Incluso habíamos ido a otra de sus reuniones del instituto, esta en Budapest. Habíamos estado muy poco rato; había salido hecha una furia, irritado por «todo aquel gimoteo de “Ay, cuánto sufrimos”». La mayor parte del tiempo, sin embargo, acabábamos donde estábamos en aquellos instantes, sentados en la casa de mi padre.

–¿Qué haces? –repetí.

–Señalar a los muertos.

Trazaba las X inclinadas de un modo raro. Más parecían cruces que equis. La lista del curso no tardó en parecer un cementerio: pero cristiano.

–Estas personas –me dijo al cabo del rato–. Solo están congeladas en el tiempo. Son fantasmas. –Se refería a los nombres no marcados con una X, a los condiscípulos presentes en la reunión de Budapest–. Había uno que parecía tan viejo que habría podido estar muerto.

Pasó el dedo por la lista una vez más, para comprobar si había pasado por alto a alguien. Se detuvo al llegar a su propio nombre. Lo observó un momento y trazó una X ladeada en el margen.

–¿Para qué es eso? –pregunté.

Agitó el bolígrafo varias veces y trazó otra X encima de la anterior, para que se notase el trazo.

–Steven Faludi también –dijo–. Steven Faludi está muueerto.

En 2008 Budapest ya no era una tierra desconocida para mí. Sabía ir a casa de mi padre, conocía los horarios del tranvía y el autobús, había hecho

amistades en Pest y había recibido (sin apenas resultados) tantas lecciones de húngaro que parecía haber estudiado un año entero. En el interior de la fortaleza de la colina habían cambiado algunas cosas. Mi padre ya no me embarcaba en giras obligatorias por su guardarropa real y virtual. La bata ya no se le abría con la misma regularidad. La prueba visual de su nueva identidad ya no estaba expuesta veinticuatro horas al día, siete días a la semana. El tenaz yo de mi padre, sin embargo, seguía siendo casi igual de resistente y escurridizo, sobre todo y previsiblemente cuando se trataba de asuntos de historia, fuera personal o pública. Su inspección de la lista de alumnos del Gimnázium Zsidó había sido una inesperada confrontación con los fantasmas del pasado.

Mi marido y yo habíamos alquilado aquel verano un apartamento en el centro de Pest. «Es una estupidez que no os quedéis en mi casa», se había quejado mi padre. Y como esto no funcionó: «Me estáis poniendo en evidencia delante de todo el mundo.» Yo no sabía exactamente quién era «todo el mundo» –no parecía tener muchos conocidos–, pero de todos modos nos alojamos en la ciudad. Habíamos encontrado una buena biblioteca y un bar atractivo y, en cualquier caso, me alegraba estar fuera del radio de la todavía incesante vigilancia paterna.

El piso estaba en un edificio de un estilo modernista antaño llamativo y todavía respetable que se alzaba delante de la ópera. Cuando apretaba el calor, los músicos abrían las ventanas de los estudios donde ensayaban. Muchas mañanas despertábamos en medio de un popurrí celestial, con tenores y trompetistas que afinaban con vistas a la actuación de la noche. Bajábamos la escalera en la oscuridad, a tientas –las bombillas del descansillo siempre estaban fundidas–, y nos demorábamos mientras desayunábamos café con cruasanes en el café del barrio (la propietaria, cuando veía que se acercaban americanos, ponía canciones de Johnny Cash en la vieja máquina de discos, ahogando la música de Verdi). Desde la caída del comunismo, algunas partes del centro urbano se habían sometido a un aburguesamiento frenético: la fastuosa Estación Término Nyugati (Occidental), proyectada por los mismos arquitectos de la Torre Eiffel, se encontraba ahora a la sombra del WestEnd City Center, el centro comercial más grande de Europa Central, con casi doscientos mil metros cuadrados, doscientas tiendas, setenta zapaterías, cincuenta joyerías, un casino y club de póquer y un multicine de catorce salas que proyectaba «los últimos éxitos comerciales de Hollywood». A lo largo de

la solemne avenida Andrásy, los Campos Elíseos de Budapest, inaugurada en 1876, habían aparecido establecimientos de importantes cadenas: Louis Vuitton, Hugo Boss, Nespresso, bares de degustación de vinos, tiendas de móviles y cibercafés. Pero el distrito en el que vivíamos, como muchos otros de Pest, reflejaba sus años pese a todo, no ocultaba los desconchados de las fachadas, el desgaste de las escaleras por el paso de millones de pies, las marchitas ancianas que nos observaban, vestidas con sus ajadas galas, desde las ventanas, detrás de visillos de puntilla y macetones de geranios. Había echado de menos aquella raída elegancia cuando volví a Estados Unidos, con toda su uniformidad prefabricada, había echado de menos aquellos edificios antiguos de la *út*, o la *utca*, que llevaban escrita su historia en fachadas picadas por proyectiles de numerosas batallas del siglo xx. Mi placer ante la persistente presencia del pasado no era compartido universalmente. En un portal de la calle que discurría por detrás de la ópera habían escrito –¿tal vez para replicar a la observación de Nietzsche?– un mensaje con letras de colores: «APRENDED A OLVIDAR.»

Lo curioso era que la transformación de la metrópoli permitía observar la de mi padre. Al igual que ella, la ciudad se esforzaba por renacer a una edad avanzada. Al igual que ella, había sufrido una reestructuración identitaria que la había llevado de un extremo a otro del espectro. Los húngaros tenían un nombre para aquel giro de ciento ochenta grados, aquel paso del comunismo al capitalismo: lo llamaban «el Cambio». Vagando por las calles de Pest y sentada a la mesa de mi padre en Buda, percibía el mismo sentimiento, extrañamente unitario. En ambos extremos veía a la gente enzarzada en una agitada negociación con el sentido de la identidad, y la posibilidad de abandonar el pasado, de aprender a olvidar.

Con motivo de una visita, mi padre me había hecho un regalo, un libro lujoso sobre la historia de Hungría. Encerrado entre fotografías llenas de sol y burdamente retocadas (el Danubio de un azul fosforito, la calcinada Gran Llanura con un césped que parecía un campo de golf preparado por AstroTurf), el texto estaba dividido en capítulos cronológicos que iban desde la conquista magiar hasta la restauración de la democracia parlamentaria de 1989, pasando por siglos de martirio nacional. El libro había olvidado un momento histórico. Toda la Segunda Guerra Mundial se había introducido discretamente en el capítulo titulado «Hungría durante los años de entreguerras» y sus bajas se habían registrado de este modo: «Murieron

40.000 soldados del Segundo Ejército húngaro y 70.000 fueron capturados por las tropas soviéticas» y «los ataques aéreos aliados causaron graves daños en las ciudades húngaras. El exterminio masivo de las dos terceras partes de los 825.000 judíos del país recibía una mención entre paréntesis en una frase subordinada de otra sobre despliegues de tropas adicionales. De la suerte de aquellas personas se responsabilizaba a «la Gestapo». (No había ni una sola palabra sobre la persecución y asesinato de miles de gitanos.) ¿Y el gobierno, la policía, el ejército y la administración húngaros, y el papel fundamental que desempeñaron en la erradicación de la última comunidad judía que quedaba intacta en la Europa del Eje? De esto no se decía nada.

Mi padre parecía aprobar aquella ocultación y falseamiento de las cosas. El Budapest que había deseado que yo viera presentaba las mismas tachaduras, las mismas borraduras intencionadas de los capítulos que al parecer habían dejado las cicatrices de su metralla en todos los edificios y en el carácter de mi padre. A menudo pensaba en lo que había dicho sobre su patria el premio Nobel Imre Kertész: «Nada se ha modificado, todo se ha repintado con bonitos colores. Budapest es una ciudad sin memoria.» Cuando convencí a mi padre para que fuéramos a Pest, buscó los grandes centros comerciales y las tiendas pequeñas. Solo en una ocasión paseamos juntas por el barrio judío, el lugar donde había estado el infame y perverso gueto durante la guerra, pero solo porque íbamos camino de su restaurante favorito, donde servían *Wienschmitzel*, escalope vienés.

Al volver, y por insistencia mía, entramos en el Museo Judío, que se alza al lado de la sinagoga de la calle Dohány, en el antiguo barrio judío. El humor de mi padre, agrio ya a causa del rodeo, se pudrió cuando llegamos al Salón del Holocausto. Junto a las listas de deportados y un desglose, país por país, del número de víctimas (Hungría: 565.000 judíos muertos) había una fotografía gigantesca del regente Miklós Horthy, el mismo Horthy ante cuya imagen se había extasiado mi padre en el Museo de Historia de Budapest. Estaban él y Hitler, estrechándose la mano. Cuando le dije que me tradujera lo que decían unos carteles callejeros de los tiempos de la Segunda Guerra Mundial –caricaturas grotescas de judíos ricos con orejas exageradamente grandes y nariz ganchuda, sus esposas con pendientes de diamantes y envueltas en pieles–, me soltó lo de costumbre: «Esto no es interesante.» Se dispuso a salir. Fulminó con la mirada a un guía turístico de Tel Aviv que peroraba a pleno pulmón. «No se puede pensar con tanto rebuzno.» Dio

media vuelta y se abrió paso a codazos entre la aglomeración de turistas israelíes.

Poco antes de cruzar la puerta, se detuvo en seco. Delante de ella, en la pared, había una foto, una imagen en blanco y negro, con mucho grano, de un patio embarrado en la que se veía a un grupo de hombres con sombrero y gabardina; estaban de pie al otro lado de una pequeña mesa de madera, observados por algunos viandantes que empuñaban paraguas. Era el patio del hospital judío de la calle Maros, donde, el 11 de enero de 1945, los noventa y tres pacientes, enfermeras y médicos, todos menos uno, fueron asesinados por miembros de la Cruz Flechada. Delante de la mesa había tres filas de cadáveres, exhumados de la fosa común por los soviéticos, unas semanas después de la liberación de Budapest. «Yo estuve ahí», dijo mi padre tranquilamente. Los soldados soviéticos habían invitado a un club cinematográfico juvenil recién fundado a que filmara la exhumación. Mi padre era uno de los miembros fundadores del club.

Han desaparecido muchas fotos que recogían momentos de la vida de mi padre; o se perdieron entre los escombros de la suerte de la familia Friedman o fueron arrancadas de nuestro álbum familiar por su exmujer. O deliberadamente expurgadas de los recuerdos de la interesada. Allí, en la pared del museo, había un momento que no podía eliminar. «El olor», dijo llevándose la mano a la cara. «No podías quitártelo de la nariz.»

Cada vez que paseábamos por su pulido y barnizado Budapest, la abordaba el pasado. Un día nos detuvimos delante de la Casa del Terror, recientemente fundada por el gobierno; era un museo multimedia experimental dedicado a los sufrimientos de la Hungría vigesimosecular, un museo que, a pesar de su nombre, eludía magistralmente el horror del Holocausto húngaro para presentar a Hungría como víctima de los soviéticos. Mi padre tuvo allí otro recuerdo de la guerra. El imponente edificio que albergaba el museo había sido antaño el lugar más temido de Budapest. Andrassy út 60 había sido primero la comandancia de la fascista Cruz Flechada y luego, durante el régimen comunista, la sede de la policía secreta. El interior de la actual Casa del Terror (obra de un escenógrafo húngaro de Hollywood) era un recargado espectáculo tipo parque temático, con música insistente, pantallas de vídeo en funcionamiento y luces destellantes, todo calculado para recrear al máximo el miedo al terror rojo.

Mi padre y yo habíamos cruzado a toda prisa las veintinueve galerías –solo

dos de las cuales (una era un pasillo) dedicaban alguna atención al festival de sangre judía que la Cruz Flechada orquestaba desde aquel edificio— y corrido hacia la salida. Ya en el exterior, mi padre se quedó mirando el bulevar. La historia que no existía dentro del museo se había apoderado de ella en la acera.

—Yo estuve aquí —dijo—. Exactamente aquí. Delante de este edificio. Cuando trajeron a Szálasi. —La primavera de 1945, el ex primer ministro húngaro y excabecilla de la Cruz Flechada, capturado por los aliados, volvió al edificio esposado. El club cinematográfico de mi padre fue invitado a presenciarlo. El conocido director de cine Béla Pásztor también estaba presente, filmando la captura de Szálasi para un noticiario—. Lo trajeron en una jaula con barrotes de hierro —recordó mi padre—. Y Béla Pásztor, ¡el gran cineasta húngaro!, se le acercó y le dijo: “Señor Szálasi, ¿sería usted tan amable de asir los barrotes con esas manos que tanto bien hicieron, por favor?”, y lo filmó. —Inmediatamente después, el ex primer ministro fue conducido a una celda del sótano de Andrásy út 60. Fue ejecutado en marzo del año siguiente.

Mi padre se quedó allí, bajo el sol ardiente, meditando.

—Señor Szálasi —repetía saboreando la mordaz ironía de las palabras de Pásztor—, ¿sería usted tan amable de asir los barrotes con esas manos que tanto bien hicieron, por favor? —Sonrió con astucia—. Bueeeno, ya sabes lo que era Pásztor.

—No. ¿Qué?

—Pues judío, naturalmente.

Después de cenar un sábado en Menza, un vistoso restaurante que habían abierto en el centro de Pest, mi marido y yo dábamos un paseo por la avenida Andrásy cuando oímos un estruendo con ritmo militar. Era un golpeteo de botas que marchaban marcando el paso, cada vez estaban más cerca y un portaestandarte que avanzaba levantando las rodillas se dirigió hacia nosotros por la acera. Los portaestandartes se cruzaron con nosotros rozándonos, obligándonos a pegarnos contra el escaparate de Hugo Boss. Detrás de ellos iba un reguero de muchachos (con algunas mujeres) en formación informal, uniformados con botas negras, pantalón y chaleco negros, y gorro negro rematado por un león de oro y franjas rojas.

Era la primera vez que veía a la Magyar Gárda, la Guardia Húngara, la recién fundada milicia dedicada a la «protección de las tradiciones y la cultura». Su aparición en la avenida más elegante de Pest era expresión de un creciente descontento nacional. Los cacareados beneficios de la libre empresa no habían dado los dividendos prometidos. Después de alimentar grandes esperanzas a principios de los años noventa, la nueva economía de mercado había hecho agua y a mediados de la primera década del nuevo siglo Hungría iba a la zaga de casi todos los demás países del antiguo bloque comunista. Crecían la pobreza y el paro, y las políticas del gobierno no hacían sino acelerar la caída. Con una crisis económica en aumento, el gobierno húngaro, a diferencia de lo que sucedía en los demás países de la Europa del Este, recortaba los subsidios de los desempleados, reducía el salario mínimo y eliminaba las ayudas familiares. El país se hundía por culpa de su apabullante deuda pública y de una moneda que caía en picado. En 2008 Hungría se vio obligada a aceptar un rescate de veinticinco mil millones de dólares del Fondo Monetario Internacional, la Unión Europea y el Banco Mundial. Budapest tenía mejor aspecto que la última vez que lo había visto, pero se sentía peor. Puede que la brillante cara comercial de «el Cambio» reflejase el hecho de que la vieja y atribulada Hungría estaba, como habría dicho mi padre, «también mueerta», que era cosa del pasado. El resentimiento que se percibía en las calles reflejaba algo distinto.

La Gárda era la criatura paramilitar de Jobbik («Movimiento para mejorar Hungría»), un creciente partido de derechas fundado por estudiantes universitarios. La Gárda reclutó a sus primeros miembros en el Palacio Real de la colina del Castillo, delante de una reproducción de la Corona Santa de San Esteban. Este y otros ritos posteriores fueron presididos por políticos importantes y destacados obispos y sacerdotes. Recientemente habían jurado su cargo seiscientos guardias en la plaza de los Héroe, junto a las estatuas de los siete cabecillas magiares y el arcángel Gabriel (con otra reproducción de la Santa Corona), prometiendo «prestar protección a la física, espiritual e intelectualmente indefensa Hungría». Hacia el final de la ceremonia, Gábor Vona, antiguo profesor de historia y fundador de la Gárda y de Jobbik, se levantó para recordar a sus tropas su sagrado deber: «salvar» a los «auténticos húngaros» de humillaciones que se remontaban al final de la Primera Guerra Mundial. «El Tratado de Trianón desmembró el cuerpo de la patria y los comunistas la decapitaron», dijo Vona. «Tenemos que reconstruir

paso a paso nuestra identidad como nación.» ¿Qué identidad se estaba reconstruyendo? El escudo de la Gárda –con sus blanquirrojas «franjas de Árpád»– se parecía mucho a la bandera fascista de la Cruz Flechada de los años cuarenta.

«Le das demasiada importancia a esto», dijo mi padre cuando le hablé de aquella gente que desfilaba a paso de ganso el sábado por la noche por el centro de Pest. «No representa ningún problema.» Pero aquello no me tranquilizó. Recordaba una anécdota que mi padre había dejado caer días antes. Fue en el otoño anterior, un día que volvía a casa en autobús. En cierto momento había subido al vehículo un grupo de jóvenes con la cabeza rapada.

–Venían de no sé qué manifestación en la colina del Castillo –había explicado mi padre. Empezaron a canturrear una canción antisemita. Mi padre la reconoció; la había oído de adolescente: «Si el rabino principal fuera eliminado...»

–¿Qué hicieron los demás pasajeros? –pregunté.

–Nada –respondió mi padre, momentáneamente pensativa. Y a continuación–: Bueeno, eran solo unos críos deseosos de escandalizar a los adultos. –Que al parecer no se escandalizaron.

Cierto día que me encontraba en el estudio lleno de libros que Judit Takács tenía en los límites de Buda, esta socióloga y experta en derechos de la comunidad LGBT me habló de la autocompasión y la brutalidad de Hungría, dos fenómenos relacionados. Había acudido a ella confundida e intrigada por la lógica que hacía que «el cuerpo desmembrado por Trianón» condujera directamente a la «eliminación del rabino principal». «Hungría es una sociedad muy *normalizadora*, más que otras, y definitivamente no es amplia de miras», me explicó. «Hungría tiene una concepción trágica de sí misma: “Somos especiales porque somos los perdedores de la historia.” Y esta mentalidad autocompasiva no se presta a recibir con los brazos abiertos a personas que sean diferentes.»

Hubo un momento, años antes, en que pareció que Hungría podía haber sido más acogedora. En mayo de 2004, mientras mi padre se operaba y se afiliaba al género femenino, el gobierno húngaro anunció su propia transformación y su deseo de integrarse en la Unión Europea. En ambos casos, ser miembro de la nueva «comunidad» suponía poner en práctica la

integración: mi padre tenía que pasar por mujer; Hungría tenía que pasar por un Estado «socialmente inclusivo».

Para entrar en la UE es necesario que el país aspirante dé muestras de que su política social promueve el «respeto y la protección de las minorías». Esta política consiste en prohibir la discriminación por motivos de raza, religión, etnia, edad, sexo y (desde 1998) orientación sexual: y controlar y promover activamente un trato igual a los grupos marginados. En 2003, los diputados húngaros, deseosos de que su país fuera uno de los primeros del antiguo bloque comunista en ingresar en la UE, se apresuraron a aprobar la Ley del Trato Igualitario; para que la UE tuviera lo que quería, los parlamentarios siguieron aumentando la lista de los «grupos protegidos». Al final, la ley abarcaba veinte categorías protegidas, una lista que iba más allá de los temas habituales de raza, religión y sexo, y que incluía «condición familiar», «maternidad», «paternidad», «circunstancias de riqueza y nacimiento», «origen social», «salud», «idioma», «condición de trabajos por horas» y «representación sindical». Y cosa extraordinaria, la «identidad de género», que dos ONG pro derechos humanos consiguieron colar en la legislación. Hungría pasó a ser el primer país del mundo que garantizaba la igualdad y protección del personal transgénero.

Sobre el papel. En la práctica, el miedo frustraba cualquier deseo de celebrar la tolerancia declarada de Hungría.

Al poco de llegar yo aquel verano de 2008, mi padre organizó una fiesta para presentarme a sus «nuevas amigas trans». Me sentí complacida. En primer lugar, iba a celebrar mi presencia. Incluso compró un pastel para la ocasión, una tarta Sacher que ella misma decoró con un mensaje: «¡Bienvenida a Hungría, Susan!» En segundo lugar, parecía haber encontrado una fórmula para salir de su aislamiento de por vida. «Antes era como otros hombres», dijo. «No hablaba con los demás. Ahora hablo con cualquiera.» Ahora no solo celebraba una fiesta en su casa, sino que además trataba de reunir a la «comunidad trans de Hungría», como decía ella, no poco esperanzada.

Unos años antes había tropezado con TS-Online, que entonces era la única página web para transexuales que había en Hungría. Envió mensajes a algunas personas que habían subido comentarios y alrededor de dos docenas

acordaron reunirse. Mi padre ofreció su terraza delantera como lugar de encuentro.

En la primera reunión decidieron llamarse Club Húngaro Tranny. (La palabra inglesa *tranny*, ofensiva en Estados Unidos, no tenía por entonces la misma connotación en Hungría.) Mi padre propuso convertir el club en una organización de carácter oficial, inscribiéndolo en el registro ministerial correspondiente. Sus esfuerzos no dieron el resultado apetecido. Algunas tuvieron miedo de que sus nombres figurasen en listas oficiales en una sociedad hostil; otras se mostraron ambivalentes ante la idea de hacer causa común con otras personas transgénero. «Yo no quiero una “comunidad trans”», me dijo Jazmín cuando nos reunimos, cortando el aire con un golpe de kárate. Jazmín era una de las inconformistas del Club Tranny. «Yo no soy trans. Soy una mujer.»

La segunda reunión del Club Húngaro Tranny se celebró en casa de Lorelei, un agente de policía retirado que solo utilizaba este nombre cuando se vestía de mujer; no había cambiado de sexo y no estaba seguro de querer hacerlo. Por el momento se consideraba travesti y transformista en privado; en la vida pública vivía como un varón. Mi padre llegó temprano y fue recibida calurosamente. «Lorelei estaba contento de que hubiera alguien de su edad con quien hablar», me contó. Los restantes miembros del club eran decenios más jóvenes. Mi padre se sentó y echó un vistazo a la salita de Lorelei. «Tenía muchos libros», añadió. «Las paredes estaban literalmente forradas con libros.» Se levantó para mirarlos más de cerca. «Había muchos sobre lo malos que eran los judíos. Libros nazis. *Mein Kampf*.»

Llegó más gente. «Y conforme llegaban, se ponían a mirar los libros. Y una dice: “Oooh, tienes *Mein Kampf* tambieeen.” Y otra dice: “Hay algunas cosas buenas en ese libro”.» Mi padre, que había estado callada hasta entonces, abrió la boca: «Hitler era un imbécil», dijo. Se produjo un silencio incómodo. Mi padre recordaba que entonces intervino otra invitada, que dijo: «No, Hitler no era ningún idiota. Dijo algunas cosas interesantes.»

Tras esto se abandonó el tema y mi padre presentó el resultado de sus pesquisas: para ser una organización reconocida oficialmente, los miembros tenían que pagar anualmente diez mil forintos (unos cuarenta dólares de entonces) y al menos diez miembros tenían que firmar la solicitud de inscripción oficial. Solo firmaron cinco. Mi padre estaba furiosa. «Son una

banda de cagonas.» Cuando llegó a su casa, resolvió el problema de las firmas: «Las falsifiqué.»

Una vez constituido, el Club Tranny no tardó en disolverse. Una miembro, asesora económica que temía perder clientes, declaró que no se sentía «segura» perteneciendo a un club. Lorelei dijo que él no quería aparecer en público vestido de mujer. Otra miembro dijo que no quería colaborar porque era «una mujer casada». Y otra más dijo que estaba demasiado ocupada adoptando una criatura. Luego, varias trans dijeron que no querían travestis en el club.

«¿Vais a *discriminar* a otros?», replicó mi padre.

Al final, acordaron no tener ninguna clase de organización, solo una página web. Una tarde que estábamos sentadas, como de costumbre, delante de su ordenador, mi padre me enseñó la página del club. Estaba ilustrada con una foto de caballos pastando en la Gran Llanura húngara y otra foto de ella, en su columpio del patio trasero. El pie de foto decía: «Stefánie Faludi, presidenta.»

Mi padre invitó a todas las antiguas miembros del Club Húngaro Tranny a la comida de «Bienvenida a Hungría, Susan». Dos aceptaron; Jazmín y Lorelei. En el último momento llegó otra invitada, también mujer trans: Tatianna, una expatriada húngara que casualmente había llegado de Florida por entonces para visitar el país. Mi padre completó la lista con invitadas no transexuales: dos profesoras feministas que había conocido en un salón literario, una joven que escribía en un semanario local y Judit Takács, la socióloga y experta en la comunidad LGBT. E Ilonka. «Ella me ayudará a cocinar», dijo mi padre.

Ilonka llegó por la mañana temprano con diez bolsas de comestibles y productos de limpieza. Mi padre le había pedido también que limpiara la casa. Mientras poníamos la mesa, apareció Tatianna, sudando a mares tras subir la cuesta con el calor que hacía. Había tomado el autobús en Pest. Llevaba una falda negra hasta la rodilla, botas rojas de ante, una peluca teñida con henna y un alegre sombrero de paja de ala ancha que, cuando llegó a la cima de la empinada calle de mi padre, se le había ladeado de un modo peligroso. Entró tambaleándose y enderezándose a manotazos el sombrero y la peluca. Con sus sesenta y tres años, Tatianna no pretendía hacerse la ingenua. Me gustó inmediatamente.

«Casi me muero subiendo tu montaña», le dijo a mi padre dejándose caer

en la silla más cercana y quitándose las botas entre sacudidas. Se dio unas palmadas en el estómago. «Pero no pasa nada. Necesito perder unos kilos.» Sacó del bolso de mano un paquete gigantesco de chocolatinas Hershey y lo hizo circular. «¡Pero no demasiados!», añadió.

Mi padre descorchó una botella de pálinka húngaro y sirvió unos dedos a cada una de las presentes mientras Tatianna me contaba su historia. Era la tercera vez que viajaba a Hungría desde que había emigrado a Venezuela con sus padres en 1947, cuando apenas sabía andar. Ya de adulto, todavía varón, se había trasladado a Florida, había contraído matrimonio, tenido dos hijos, trabajado de ingeniero, cultivado la fotografía y coleccionado cámaras en su tiempo libre. (Llevaba colgando del hombro su última adquisición, una cámara digital de buen tamaño.)

«Empecé a ponerme ropa de mujer cuando tenía siete u ocho años. Mis padres se iban al cine, yo corría al cajón de la ropa interior de mi madre y me ponía su maquillaje.» En 2006 había ingresado en un hospital de Trinidad, Colorado. «¡La capital mundial del cambio de sexo!», señaló. (El difunto doctor Stanley Biber, cirujano que inició las operaciones de reasignación de sexo, practicó miles de intervenciones allí entre 1969 y 2003, fecha en que se retiró con ochenta años. Fue reemplazado por una cirujana que también era transexual.) La familia de Tatianna se negó a reconocer su nueva condición. Por lo tanto, Tatianna siguió presentándose como varón la mayor parte del tiempo, a pesar de que su anatomía y todos los documentos de su billetera decían que era una mujer. Más tarde, cuando nos pusimos a intercambiar e-mails, me di cuenta de que seguía utilizando un nombre masculino incluso en Internet, un nombre que no era el suyo de nacimiento, sino otro que ocultaba su identidad femenina.

«Debe de ser un alivio», sugerí, «estar lejos de casa y vestirse como una quiere.»

Tatianna rió con amargura. Al llegar a Budapest, una semana antes, se había presentado en las oficinas ministeriales que expedían los documentos de identidad. (Había conservado su antigua ciudadanía y los ciudadanos húngaros que vivían en el país tenían la obligación de ir documentados.) Los funcionarios de la administración solo la reconocían como varón, porque eso era lo que decía su partida de nacimiento. El funcionario que la atendió «quiso que me quitara la peluca y todo el maquillaje, allí mismo, para poder hacerme una foto “de hombre”. Tatianna se mantuvo en sus trece. Estuvo

peleando con diversos jefes de negociado, subiendo por la cadena de mando, y al final consiguió la documentación.

Sacó el móvil y me lo enseñó.

–¿Lo ves? –Había fotografiado el documento de identidad con el teléfono–. Por si las moscas.

–Qué bien –dije.

Mi padre miró por encima de mi hombro.

–Vaya birria –dijo–. Mi foto me la hizo un profesional.

Un repiqueteo de tacones en las losas anunció la llegada de Jazmín. Sus zapatos eran plateados y hacían juego con la laca de sus uñas postizas. Jazmín parecía haber adoptado la animada personalidad de una instructora de aerobio. Tenía brazos musculosos. Su camiseta, de un rosa chicle, con rotos decorativos y con un hombro al descubierto, anunciaba con letras plateadas «Gym Girl!», «chica de gimnasio». Iba acompañada por un muchacho de iguales características, vestido con camiseta de culturista y pantalón corto de gimnasio. «Es mi marido», anunció a las demás. No estaban técnicamente casados, pero ella prefería presentarlo así. Jazmín me llevó aparte para contarme la historia de su transformación, solicitando los servicios de Tatianna para que hiciera de intérprete.

–Soy muy especial en este aspecto –dijo–, porque pasé dos meses escondida de todo el mundo. Y durante ese período me transformé, todo mi vestuario cambió, me había operado los pechos, me había hecho la CFF (cirugía de feminización facial), me había puesto inyecciones de silicona en los pómulos y en la frente, y me había tatuado las cejas. –El epílogo se produjo en una clínica serbia de reasignación de sexo. La operación le costó dieciséis mil euros–. Cuando desperté, mi marido estaba de rodillas junto a la cama. Porque él lo sabía. Yo ya era toda una mujer. Este es el significado del ser.

–¿De qué?

–Del ser. De mi ser... Me hace muy feliz esta sensación de que me basta chascar los dedos para que los hombres caigan a mis pies.

Le pregunté si ella y su marido llevaban mucho tiempo juntos.

–Diez años –dijo–. Pero nunca hemos utilizado mi pene. Hacíamos el amor de otro modo. Mi pene era la peor parte de mi cuerpo. Yo nunca lo usaba.

Tatianna puso los ojos en blanco.

–Esa es la diferencia entre ella y yo –me dijo en inglés–. Yo sí que

utilizaba mi herramienta. ¡Y no me avergüenza decirlo!

Jazmín dijo que su hermano menor había dejado de hablarle desde la operación y le había prohibido acercarse a sus hijos.

–Es muy católico. Yo le dije: «Si Dios no lo hubiera querido, no habría sucedido.» –No lo convenció–. Yo he cambiado –prosiguió Jazmín–, pero no puedo hacer que cambie la gente.

–Pues a mi hija le gusta como soy ahora –terció mi padre–. Y viene a verme.

Jazmín dijo que la familia de su marido no sabía nada.

–No se lo hemos dicho. –Él se limitó a presentarla como su «nueva» novia–. Sus padres me conocían –añadió Jazmín– desde que era un chico. Pero no me reconocieron como mujer. –Para curarse en salud, él la presentó a sus padres diciendo que era «la hermana de un chico al que conocían». La cosa pareció colar–. Dijeron: «Ah, sí, os parecéis.» –Sin embargo, hubo un momento de tensión cuando los padres del marido le dijeron que les enseñara fotos de cuando era pequeña.

–¿Y qué hiciste?

Jazmín sacó el móvil y buscó la foto que les había enseñado, de cuando era un chico de dos años de edad, desnudo y, gracias a Photoshop, sin pene.

No hicieron falta tantos miramientos para presentar su nuevo yo al personal del pequeño comercio que poseía. Poco antes de la operación Jazmín se había enterado de que alguien robaba dinero de la caja. El robo fue una oportunidad inmejorable para emprender un nuevo comienzo. Despidió a todo el mundo. Después de la operación contrató a un personal distinto.

–Estoy muy orgullosa de que estas chicas me consideren un modelo de conducta –dijo Jazmín de sus empleadas–. Procuran imitarme: el peinado, las uñas, todo. Como mujer, represento la condición femenina. Y no tardaría, añadió, en representar el colmo de la feminidad–. Voy a tener una criatura –anunció–. Será hijo de Dios.

–No, de Dios no, espero –murmuró Tatianna.

–Estoy buscando una madre de alquiler –aclaró Jazmín–. Una madre de alquiler a la que se inyecte el esperma de mi marido. Me costará entre tres y cinco millones de forintos, pero venderé un apartamento que tengo en propiedad.

¿Y después?

–Después tendré una vida de mujer completa. Antes era un transexual.

Ahora soy una mujer.

Mi padre llegó con el pastel decorado con velas. Mientras cortaba la tarta Sacher de «Bienvenida a Budapest» para que hubiera raciones para todo el mundo, recordó que el invierno anterior había convencido a un transportista para que trasladara su gigantesco árbol de Navidad hasta el interior de la casa.

–Es grande ser mujer –dijo–. Parezco indefensa y todos me ayudan. Es un chantaje. ¡Las mujeres pueden cometer delitos impunemente!

Lorelei, que había llegado a la fiesta dos horas tarde, con un vestido cruzado y un collar de grandes cuentas de madera (para disimular su nuez de Adán), me confió que estaba allí a regañadientes.

–En cuanto salí de mi casa, se me aceleró el corazón –dijo. Temía que lo vieran vestido de mujer–. No bajé las escaleras hasta que todo estuvo en silencio. –Al llegar al zaguán, se abrió la puerta de la calle y entró un hombre, ni más ni menos que un antiguo superior de Lorelei. Miró a este cuando se cruzaron y lo saludó con un movimiento de cabeza–. Y dijo: «*Kezét csókolom.*» –Beso a usted la mano.

–¿No te reconoció? –pregunté.

Lorelei negó con la cabeza.

–Me puse la mar de contenta cuando hizo ese gesto con la cabeza. –Lorelei solo se había atrevido a salir vestido de mujer en los últimos tiempos–. El 6 de marzo de 2005.

Ese había sido su primer intento. Se había arriesgado a salir de su casa, pero en cuanto bajó el primer tramo de escaleras, «me entraron tales temblores que tuve que detenerme». Tuvieron que transcurrir nueve meses más para que se atreviera a salir a la calle. Desde que se había retirado de la policía había estado trabajando de guardia de seguridad. En este empleo llevaba uniforme masculino y una placa con su nombre de varón. Nadie conocía su otra identidad. Prefería que las cosas siguieran así.

No era de extrañar, dado el clima político. Como señaló una de las profesoras feministas, eran «muy malos tiempos para el personal LGBT». El partido conservador Fidesz y su aliado el ultraderechista Jobbik estaban creciendo en las urnas.

–Ya sabéis lo que pasó en el desfile del orgullo gay del año pasado –dijo Judit Takács. Los neonazis y los cabezas rapadas cargaron contra los manifestantes. Hubo heridos–. Este año podría ser peor –añadió–. Estoy francamente preocupada.

–Deberían purgar la manifestación –intervino mi padre–. Que vaya tanta gente con aspecto provocativo causa mala impresión. Deberían ir personas normales, no payasos ni gente fastidiosa. No tenemos derecho a indignar a los demás. No representa el lado bueno de las minorías...

–¡Stefi...! –quise interrumpirla.

–Tenéis que hacerlo de manera simpática, con una sonrisa –prosiguió–. Lo digo para que me vean como si fuera igual que ellos. De lo contrario, correrán detrás de vosotros diciendo: «¡Quién coño es esta gente!» Es como lo que dicen de los judíos ortodoxos cuando se visten con esas ropas horrendas. La gente los mira y dice: «A saber lo que harán estos. ¡A lo mejor se dedican a matar vírgenes cristianas!»

Miré a Lorelei, el de la colección de *Mein Kampf*. Me pregunté qué estaría pensando. Y también a Tatianna. Un rato antes, mientras poníamos la mesa, me había contado cómo había conocido a mi padre a través del club Trans-X de Viena. «Recibí una llamada de una tal Stefánie Faludi y nos pusimos a hablar de esto y aquello, y tu padre va y me dice: “¿Sabes? Mi verdadero apellido no es Faludi. Es Friedman.” Y yo le dije: “Eso es estupendo. Porque yo también lo soy.”» Se refería a ser judío.

«Ah, sí», había replicado mi padre. La observación de Tatianna le había hecho recordar algo. «Es como lo que decíamos durante la guerra, cuando un judío se encontraba con otro: *Szintén zenész.*» Yo también soy músico.

Tatianna dijo que no se había enterado de que era «música» hasta que cumplió los doce años. Sus padres se habían convertido al protestantismo en los años treinta. No les sirvió. El padre fue condenado a trabajos forzados y luego, en diciembre de 1944, cinco meses después del nacimiento de Tatianna, al campo de concentración de Sachsenhausen. Durante el largo viaje hasta allí, encerrado en el vagón de ganado, el padre de Tatianna consiguió colar una postal entre los tablones. Alguien la encontró milagrosamente junto a las vías y, un fenómeno más milagroso aún, la echó al correo.

La postal iba dirigida a su único hijo, que acabaría aprendiéndosela de memoria. Tatianna me la reprodujo a continuación:

Mi querido hijo:

Tengo que irme de viaje. No sé cuánto tardaré, pero te recordaré siempre.

Tu padre

En el último invierno de la guerra, la madre de Tatianna bautizó a su hijo en una iglesia católica y los dos se fueron a vivir con una prima, una mujer joven. El hijo del administrador de la finca estaba colado por ella, pero como la mujer lo rechazó, él la denunció a un miembro de la Cruz Flechada, que desenfundó la pistola y «la mató allí mismo».

Pregunté a Tatianna cómo se sentía por haber vuelto a Hungría. Yo me acordaba de la Ley de Trato Igualitario, inspirada por la UE, y su ejemplar protección a la «identidad de género», y también de las reacciones que había suscitado. En el hemiciclo del Parlamento húngaro, algunos diputados calificaron de «sorpresa escandalosa» la inclusión de esa categoría y adujeron que no tenía sitio en una ley contra la discriminación porque la transexualidad era un «defecto de nacimiento» y una «enfermedad». El diputado conservador Sándor Lezsák afirmó que conceder la igualdad al personal transgénero exigiría ampliar la protección legal para que abarcara también a los «necrófilos y a los profesores pedófilos», a las personas cuyos «intereses sexuales se orientan hacia los animales» y a «todas las aberraciones que vemos en las películas de horror». La opinión pública coincidía en buena medida con él: los sondeos de opinión realizados el año que se debatió la Ley de Trato Igualitario reflejaron que el sesenta por ciento de los encuestados consideraba «pecado», «delito», «enfermedad» o «anormalidad» cualquier desviación de las pautas heterosexuales. El código penal definió la homosexualidad como una «perversión contra natura» hasta el año 2002.

«¿Que cómo me siento por estar en Hungría?», dijo Tatianna, repitiendo mi pregunta. Su respuesta no tuvo nada que ver con el género. Sus dedos flotaron reflexivamente hacia su cuello, en busca de algo que no estaba allí. «Suelo llevar una estrella de David», explicó. «Pero aquí no.»

Unas semanas después de la fiesta, mi padre y yo salimos al atardecer y abordamos el autobús que recorría la carretera llena de curvas que daba al Danubio más allá de las antiguas fortificaciones de la colina del Castillo. La carretera circunvalaba los baluartes del Palacio Real y el campo de desfiles ceremoniales presidido por la gigantesca y broncea escultura del Turul. Nos apeamos cuando el autobús llegó a la cima. Seguimos andando bajo la decreciente luz del ocaso y rebasamos una serie de mansiones de mármol y

piedra caliza gris que antaño habían sido palacios nobiliarios y ahora albergaban diversas instituciones oficiales y privadas.

El vestíbulo de mármol en el que entramos estaba bañado en sombras. Unos cuantos pasos rampa arriba, una ventana de plástico derramaba un cuadrado de luz. Mi padre llamó con los nudillos en la ventana y un hombre de uniforme con una placa identificadora de plástico corrió a recibirnos. El guardia de seguridad, Lorelei.

«*Szervusz, Stefi! Szervusz, Susan!*» Hola, Stefi. Hola, Susan.

Hablando en húngaro a toda velocidad, Lorelei nos hizo pasar a su pequeño reino, un cubículo lleno hasta el techo de monitores de vigilancia. Las pantallas eran una sucesión incesante de imágenes de oficinas, pasillos y entradas a oscuras. En una mesa había varias consolas de ordenador y dos televisores. Los dos estaban encendidos, uno sintonizado con Food Channel, donde dos cocineros de pelo hinchado con espuma batían un suflé, el otro con *Blue Lights*, un reality show de policías. Los agentes estaban en aquel momento en plena batalla campal con unos hinchas de fútbol alborotadores.

–Lorelei dice que hemos llegado a tiempo –me informó mi padre–. Las campanas están a punto de tocar. –Salimos a un patio que había detrás del edificio para oír las campanas nocturnas de la iglesia de Matías–. En el siglo xv –prosiguió mi padre, ahora traduciendo las explicaciones de Lorelei– el Papa ordenó que se tocaran las campanas en toda Europa todos los días a las doce para rogar por la victoria en la batalla de Belgrado. –Se refería a la batalla contra los turcos para defender lo que entonces era una fortaleza fronteriza húngara. No eran las doce del mediodía, ni mucho menos, pero de todos modos nos quedamos al pie de una fila de árboles ornamentales, esperando las campanadas. Una repentina ráfaga de viento agitó las hojas.

Lorelei siguió perorando durante otro minuto.

–Durante el régimen de Horthy –resumió mi padre señalando el confuso perfil de un edificio que se levantaba a lo lejos– el Ministerio del Interior estuvo allí. –O sea, el ministerio que había planeado y dirigido la destrucción de los judíos del país–. Y en aquel otro edificio –añadió señalando más lejos– estaba la comandancia de la Gestapo. –Hizo una pausa–. Bueeeno, una de ellas.

No podía verle la cara en la oscuridad.

El cielo se estaba cubriendo con nubes amenazadoras. Lorelei señaló una

masa de nubes negras que avanzaba deprisa hacia nosotros. Apenas tuvimos tiempo de ponernos a cubierto cuando empezó a llover.

Vimos el azote de la lluvia en las entradas del edificio por las pantallas de vigilancia de la cabina de seguridad de Lorelei. En el Food Channel, los cocineros ponían una capa de chocolate en un pastel de siete pisos y los policías de *Blue Lights* mojaban con mangueras a los hinchas, que se dedicaban a arrancar las filas de asientos del estadio. Las cámaras de seguridad del edificio captaban de vez en cuando la arácnida figura de algún funcionario rezagado que pasaba velozmente ante la pantalla.

Lorelei le contó a mi padre que había ido a una fiesta con cena y baile en Kólevs (Sopa de piedras), con un puñado de trans, pero que no le había gustado el lugar y no pensaba volver.

–Está en la calle Kazinczy –me aclaró mi padre. Kólevs era un restaurante del antiguo barrio judío.

Lorelei se lanzó a contar una anécdota interminable.

–Dice que la comida no valía nada –resumió mi padre–. Dice que pidieron pálinka húngaro y que el camarero le respondió: «Aquí tenemos de dos clases: el pálinka húngaro tradicional y el autorizado por la comunidad judía. ¿Cuál de los dos quiere beber?» Y todos exclamaron: «¡Pálinka judío no!»

Luego siguió otra anécdota larga de la que mi padre tradujo solo la conclusión.

–Tomaron una ronda de cervezas y brindaron por Alemania.

Lorelei empuñó el móvil y lo levantó para que viera una foto suya en la que aparecía con una peluca rubia platino.

–Lorelei dice –explicó mi padre– que a lo mejor te ha escandalizado ver a este viejo y no a la señora elegante que conociste en la fiesta.

Le pregunté por qué se había puesto Lorelei.

–Dice que quería un nombre que impusiera distancia –tradujo mi padre.

–¿De qué?

–De las malas connotaciones. Según él, Lorelei es un nombre que da dignidad, propio de una persona delicada y de vida limpia. No de fulana. Y dice que cuando se disfraza, lo hace como es debido. Para dar la imagen de una auténtica señora. Y el nombre debía estar acorde con eso. Bueeeno, claro. También Stefánie es nombre de una señora así.

Lorelei se volvió hacia un ordenador y buscó una página web que ofrecía una lista de nombres de chicas. Sophia, Emma, Isabella, Emily, Abigail...

–Dice que pasó aquí muchas noches, investigando ese sitio –explicó mi padre–. Hay miles de nombres y fue seleccionando grupos hasta que se quedó con Lorelei.

Elizabeth, Charlotte, Audrey, Natalie, Zoe, Victoria, Lily...

Imaginé a Lorelei encorvado sobre la pantalla, noche tras noche, pasando la interminable lista decorada con dibujos de recién nacidas envueltas en cintas de color rosa y mamás con camisetas de BEBÉ A BORDO. Y allí estábamos, en la cámara desde la que todo se vigilaba y registraba, donde nadie podía entrar ni salir, abandonar un ascensor o descansar fumando un cigarrillo sin que lo registraran los aparatos de seguridad de Lorelei. No se salvaba nadie. Y en el centro de toda aquella maquinaria de vigilancia estaba el hombre del cubículo cuya «verdadera» identidad no conocía nadie.

Lorelei movió la silla giratoria para encarar una mesa abarrotada y sacar de debajo de unos papeles un manual de instrucciones que alargó a mi padre.

–¡Aaaah! –exclamó esta. Parlotearon en húngaro unos minutos–. ¿Ves? –añadió por fin entregándome a mí el manual–. Aquí están las instrucciones del videojuego que le presté a Lorelei.

El manual se titulaba *Aviación israelí de Jane*.

–Es otro de mis juegos de simulación de vuelo –prosiguió mirándome con una intención que capté: era un regalo calculado para meterse con Lorelei a causa de sus simpatías por la Luftwaffe–. Tú haces de piloto de las fuerzas aéreas israelíes que dispara contra los enemigos del Estado de Israel. Y tienes que elegir un nombre judío.

–¿Y qué tal funciona? –pregunté.

–Bueeeno, yo lo hago estupendamente –dijo mi padre–. He practicado mucho. Pero Lorelei dice que le cuesta mucho. No hace más que estrellarse. Lo derriban y ni siquiera se entera de quién le dispara.

Vámonos, Stefi, pensé.

La lluvia amainó a eso de las diez. Sugerí que era un buen momento para irse. Nos despedimos y recorrimos a buen paso el largo pasillo que conducía a la salida. Imaginé a Lorelei, allá en su cubículo, viéndonos por uno de sus muchos monitores.

14. ALGUNA CLASE DE ALTERACIÓN PSÍQUICA

Un año antes de finalizar la Segunda Guerra Mundial en Europa, la teoría de la identidad que fomentó la solución final concentró su atención mortal en los judíos de Hungría. Es decir, cualquiera que fuese considerado judío «o tuviese al menos un progenitor o al menos dos abuelos que practicaran la religión judaica antes de la entrada en vigor de la presente ley». La «presente ley» era la segunda de las tres sobre los judíos que se aprobaron entre 1938 y 1941, una disposición que de la noche a la mañana volvió a incluir a cerca de cien mil conversos en la «raza» judía.

Desde el 15 de mayo de 1944, la policía húngara apresaba todos los días en el campo a una media de doce mil judíos y los encerraba en vagones de ganado. En menos de ocho semanas, ciento cuarenta y siete trenes trasladaron a Auschwitz a 437.402 judíos húngaros. Los crematorios de los campos de concentración se habían renovado previamente, las calderas se habían mejorado, las chimeneas se habían reforzado con aros de hierro y se habían cuadruplicado los obreros asignados a las unidades especiales que atendían las cámaras de gas. Aun así, los hornos no daban abasto y los cadáveres se amontonaban en grandes fosas abiertas y se prendían fuego, un método que permitía «despachar» (como decía el comandante del campo) nueve mil cadáveres al día. Una de cada tres personas asesinadas en Auschwitz era un judío húngaro. El genocidio húngaro, como dice su principal historiador, Randolph L. Braham, fue «el caso de hacinamiento y deportación más brutal del programa de la Solución Final nazi». El cementerio más grande de Hungría, dicen por allí, es un prado de Polonia.

En muchos aspectos, las semillas de esta catástrofe se habían sembrado dos decenios antes, con el fin de la Primera Guerra Mundial y la firma del Tratado de Trianón, cuando el ascenso social de los judíos integrados tropezó con la feroz reaparición del antisemitismo. József Kiss, el poeta que tan efusivamente había anunciado la emancipación de sus correligionarios en

1868 («Por fin despunta tu día, oh judío...»), acabó corrigiendo sus conclusiones. Antes de morir, en 1921, escribió su propio elogio fúnebre:

Fue libre presa en su patria
repudiado, indigente, sin hogar
quizá la tumba le traiga la paz
pero quizá incluso la tumba lo rechace.

Con el Tratado de Trianón, Hungría perdió no solo territorios, sino también diversidad étnica. Una elevada cantidad de minorías –rumanos, eslovacos, croatas, rutenos, eslovenos, todos descontentos– pasaron a formar parte de otros países formados a expensas de sus antiguas fronteras. (Los gitanos, cuya cantidad también redujo el tratado, siguieron siendo política y económicamente invisibles.) Con excepción de los alemanes de pura cepa, muy integrados pero formando un grupo aparte, la ciudadanía había pasado de ser un agitado mosaico de colores a ser una masa blanquinegra, compuesta de magiares y judíos. Una forma de interpretar el hundimiento de la Edad de Oro: es lo que ocurre cuando un sistema fluido se vuelve binario. Los magiares constituían ahora el noventa por ciento de la población. Ya no existía esa proporción demográfica algo menor de la mitad que necesitaba a los judíos para que los magiares fueran mayoritarios. Los judíos de Hungría eran útiles ahora para otra finalidad, para ser chivos expiatorios de la «amputación» nacional, de la «mutilada madre patria».

Del Tratado de Trianón y de la subsiguiente humillación de Hungría se echó la culpa a los judíos del país, basándose en el tortuoso razonamiento de que muchos dirigentes del breve gobierno comunista de 1919 eran judíos. Pero incluso antes de esto, a raíz de la derrota húngara en la Primera Guerra Mundial, las masas húngaras robaron y apalearon a más de seis mil judíos. La violencia continuó. «El judaísmo internacional se esfuerza por destruir completamente la desmembrada Hungría», proclamaba en otoño de 1919 la Unión de Húngaros del Despertar. «¡Desprendeos de las eternas sanguijuelas que os consumen!» En las semanas que siguieron a la firma del tratado, los Húngaros del Despertar y sus compatriotas se vengaron matando judíos en Budapest. A principios de los años veinte, esta organización derechista (formada por exmilitares y estudiantes universitarios) alardeaba de tener cien mil afiliados y casi la tercera parte de los miembros del Parlamento.

Con la caída del régimen comunista y en respuesta al Terror Rojo en el que fueron ejecutados cientos de «contrarrevolucionarios», bandas civiles que se habían puesto al servicio del Ejército Nacional de Horthy desataron un Terror Blanco que mató alrededor de un millar de personas y se dirigió especialmente contra los judíos. Centenares de judíos fueron torturados, linchados y asesinados en pogromos antisemitas. Millares de ciudadanos – soldados licenciados, campesinos, mujeres y niños– participaron en los actos de violencia. Un comunicado militar estadounidense, fechado en el otoño de 1919, informaba de múltiples casos de salvajismo, entre ellos el siguiente:

Los criminales se desplazaron a Diszel, armados con bombas de mano y ametralladoras, y mataron a todos los judíos de la localidad. Niñas de cuatro años fueron violadas y arrojadas al pozo. Dos muchachas se lanzaron al pozo voluntariamente, para conservar su honestidad. Los soldados lanzaron acto seguido bombas de mano.

En Budapest se atacaron con bombas las organizaciones judías. Y fueron tantos los estudiantes judíos apaleados y arrojados escaleras abajo (en una semana se hospitalizó a ciento setenta y cuatro) que las clases se suspendieron temporalmente en la universidad de la capital. Nueve meses después de que Horthy entrara en Budapest montado en un caballo blanco, al frente de su Ejército Nacional, y fuese proclamado regente por la Asamblea Nacional (que le otorgó poderes equivalentes a los de rey), un informe enviado al Ministerio de Asuntos Exteriores británico señalaba: «Algunas barbaridades contadas por testigos fidedignos alcanzan tal grado de bestialidad y horror que difícilmente tendrían parangón.» Un año más tarde, el regente Horthy concedía una amnistía general para aquellos responsables del Terror Blanco que «hubieran cometido algunos actos, movidos por su celo nacional y en interés de la patria».

En la Hungría de entreguerras, el principal objetivo de la desconfianza antisemita no eran ya los judíos de las pequeñas colonias rurales, vestidos con ropajes exóticos, sino los judíos laicos, los menos exóticos, los más complacientes, los «de fácil integración», con lo que el discurso se abría a matices más delicados de la identidad. «Nos convencieron con la parte exterior de la indumentaria y el idioma», escribía Gyula Szekfű en *Tres generaciones* (1920), un influyente ataque antisemita contra el liberalismo occidental, «y por consiguiente caímos en la peor de las equivocaciones: [...]

confundimos el idioma con la nacionalidad, la conversación en húngaro con la húngaridad, la engañosa y pasajera fachada con el alma inmortal». El impostor era el judío magiarizado, aplaudido durante décadas por haber «corregido» su naturaleza extranjera, pero ahora, en el habla popular de la época, era «el judío oculto», cuyo disfraz no engañaba a nadie. «¿Por qué los judíos disimulan su raza?», preguntaba el escritor y político populista de entreguerras Péter Veres. «¿Es que tienen características raciales verdaderamente vergonzosas? [...] La integración es para los judíos cien veces más difícil que para cualquier otra raza. Cuanto más la desean, más problemas tienen, pues mentir diciendo que están conformes es una de sus principales características.»

En la Hungría de los años veinte había dos especies, una falsa y otra verdadera, y los falsos húngaros tenían que ser expulsados para que prosperasen los húngaros verdaderos. «Húngaros y judíos», escribía el conocido escritor László Németh en 1927, año en que nació mi padre, «son como animales de laboratorio que la historia ha juntado bajo un mismo injerto de piel para ver cuál envenena a cuál.»

El judío integrado respondía a la creciente animosidad esforzándose por integrarse más aún. Los autores de la *Enciclopedia Judío-húngara* de 1929 trataron de convencer a los detractores consignando todas las cosas buenas que habían hecho los judíos en favor del Estado húngaro y del régimen de Horthy, todos los actos de lealtad a la cultura magiar, todas las formas en que los judíos habían sido asimilados y reciclados por «la civilización cristiano-europea» (la enciclopedia aseguraba que incluso el tamaño del cráneo de los judíos integrados había aumentado de un modo científicamente mensurable). «Durante los decenios anteriores a la terrible tragedia de su aniquilación física», escribe el historiador Raphael Patai en *The Jews of Hungary* (Los judíos de Hungría), «los judíos húngaros experimentaron la tragedia de vivir un amor no correspondido, de sentirse rechazados, unas veces con educación, otras con brutalidad, por la población de la que querían formar parte con todas sus fuerzas.» Cuanto menos correspondidos eran sus sentimientos, más querían demostrar su fidelidad como magiares leales, con resultados catastróficos.

La catástrofe se había gestado durante decenios en muchos Estados nacionales fundados no hacía mucho en la Europa Central y Oriental. «Con el agravamiento de la crisis de la integración a finales del siglo XIX», escribió el

historiador húngaro Viktor Karády, «todas las modalidades de la moderna identidad judía se vieron empeoradas por alguna clase de alteración psíquica.» Karády enumeraba los síntomas de esta alteración: «aversión» al pasado (lo que mi padre llamaba «historia antigua»); exhibición de un odio extremo hacia sí mismos, «invariablemente dirigido contra judíos “anticuados” que negaban “el progreso”» (los que según mi padre eran «judíos ortodoxos vestidos con ropas horrendas»); y «formas grotescas» de conducta compensatoria, por ejemplo «máximo conformismo en el vestir y en las apariciones públicas», «imitación de rasgos cristianos que resultaban altamente inverosímiles, absurdos y fuera de lugar» y «alardes patrioterros» (o lo que mi padre llamaría ser «húngaro al ciento por ciento»). Las insoportables contradicciones de la autonegación y la aparición pública condujeron a una terrible ironía. «La necesidad de prestar atención constante a la adaptación», escribió Karády, «empujó paradójicamente a los empeñados en tales estrategias de ocultamiento a una preocupación obsesiva por la identidad.»

Mientras los judíos húngaros eran víctima de la violencia de las milicias antisemitas durante los años veinte y treinta, y sometidos a una opresiva legislación antisemita que los privaba de sus derechos básicos, los dirigentes judíos rechazaron repetidas veces las ofertas de ayuda de las organizaciones internacionales pro derechos humanos y judías, alegando que eran «injerencia extranjera», y rogaron a estos grupos que en vez de hacer ofertas contribuyeran a revertir las condiciones del Tratado de Trianón. En 1934, la Congregación Israelita de Pest aprobó una resolución que rechazaba cualquier alianza con grupos judíos foráneos y proclamaba: «Nos mantenemos incondicionalmente fieles a nuestra magiaridad y no permitiremos la intervención de corrientes extranjeras e internacionales, por dignas de elogio que sean.» Los dirigentes judío húngaros siguieron negándose a aceptar la ayuda exterior hasta 1939, cuando ya era demasiado tarde.

Al final, la magiaridad no les sirvió de nada, ni siquiera a los más condecorados. En el invierno de 1942, Attila Petschauer, estrella de la esgrima olímpica de 1928 y 1932, el «nuevo D’Artagnan» de Hungría, fue deportado a una unidad de trabajo de Ucrania. En el Frente Oriental, su condición de estrella fue su perdición. El cronista deportivo Peter Horvitz dio una versión de las últimas horas de Petschauer:

Un día, Attila reconoció, entre los oficiales húngaros que vigilaban su unidad, a un teniente coronel que había sido amigo suyo durante los Juegos Olímpicos de Ámsterdam, Kalman Cseh, que había participado en las pruebas hípicas. Attila lo llamó y Cseh lo reconoció. El oficial húngaro se volvió hacia uno de sus subordinados y le dijo: «¡Pónselo difícil al judío!» Ordenaron al gran deportista olímpico que había sido motivo de honor para Hungría que se desnudara con el frío terrible que hacía y trepase a un árbol. Luego le ordenaron que cantara como un gallo. Luego lo rociaron con agua, que se le heló encima. Murió poco después, el 20 de enero de 1943. Estos trágicos sucesos fueron presenciados por Károly Karpati, un luchador judío del equipo húngaro que en 1936, en presencia de Hitler, derrotó al campeón nacional de Alemania y conquistó el oro en los Juegos de Berlín.

Al final de la sucesión de invenciones y crisis identitarias estaba el judío. Durante la monarquía de los Habsburgo, los magiares, a fin de conservar su autoridad política como magiares, necesitaron a los judíos para ser magiares. Después del Tratado de Trianón, los magiares, para saber quiénes eran ellos, necesitaron que los judíos fueran judíos. Y los judíos, después de integrarse en el húngarismo (un concepto que ellos mismos habían contribuido no poco a crear), carecían de identidad que los respaldase.

«¿Quién es húngaro?» Solo parecía haber una respuesta. El húngaro no era judío.

La mañana que mi padre me enseñó la foto de las bodas de oro de mis bisabuelos le pedí que identificara a la gente bien vestida que aparecía en ella. Eran parientes míos, pero nunca había coincidido con ninguno. Mi padre fue pasando el dedo por sus caras y diciéndome quiénes eran, pero no sus nombres: «Fusilado en una casa. Muerto en una fábrica de ladrillos. Muerta en un vagón de ganado. Gaseado en Auschwitz. Gaseada en Auschwitz. Gaseado. Gaseada. Gaseado...»

Había quince personas. Solo tres habían sobrevivido a la guerra.

Los abuelos de mi padre habían vivido en Kassa, sede de una de las comunidades judías más grandes del país y una de las primeras ciudades que había aislado y deportado a su población. Más de doce mil judíos, procedentes de esta ciudad nororiental y de las aldeas vecinas, habían sido concentrados en almacenes de ladrillos y cargados en trenes. (Una muchacha de diecisiete años trató de huir, la mataron y expusieron su cadáver desnudo

para que sirviera de ejemplo.) Kassa era además el nudo ferroviario del que partían los transportes a Auschwitz y otros campos de concentración polacos, la estación de transbordo donde los vagones de ganado de toda Hungría eran devueltos a los alemanes. Esta estación fue inmortalizada por el Ministerio de Propaganda de Goebbels en un presunto documental destinado a exponer el trato «humanitario» que dispensaban los alemanes, en comparación con la brutalidad de los húngaros. Tras unas imágenes en que salían policías magiars –azotando a niños con látigo, apaleando a mujeres y robando alianzas de boda a las víctimas–, la película mostraba a enfermeras de la Cruz Roja alemana entrando en los vagones de carga para atender a las víctimas. Todo era teatro. La crueldad de los policías húngaros, en cambio, era muy real.

Cincuenta y seis miembros de la familia Friedman-Schwarcz de Kassa, la rama familiar de mi abuelo Jenő, murieron durante las deportaciones. Mi bisabuelo Sámuel –el paterfamilias que había celebrado sus bodas de oro unos meses antes– murió en los almacenes de ladrillos. Uno de sus nietos era el primo de mi padre Viktor Schwarcz, químico retirado que vive en Praga y se acercaba a los noventa años cuando lo conocí. Viktor me enseñó el «certificado de defunción» de Sámuel. Lo guardaba envuelto en capas de plástico como protección. La notificación oficial, fechada en 25 de mayo de 1944, dice que la causa de la defunción de Sámuel fue un «ataque al corazón». Una «mentira», me contó Viktor, como cualquier otra. Si hubo ataque al corazón, fue inducido por la paliza que la policía húngara propinó al anciano de setenta y siete años. «Querían saber dónde guardaba el oro el rico judío.» Cuando los judíos de Kassa fueron deportados. El adolescente Viktor ya estaba en un batallón de trabajos forzados del Frente Oriental. Al final consiguió escapar y se unió al Ejército Rojo. Cuando terminó la guerra volvió a Kassa y encontró la mansión completamente desvalijada. No había oro que recuperar, excepto una guirnalda chapada en oro que encontró en la bodega: la corona conmemorativa del quincuagésimo aniversario de boda de Sámuel y Frida Friedman. Al concluir mi visita Viktor me dijo que había decidido regalármela: «En recuerdo de nuestra familia.» Se excusó por su ennegrecido estado. «Ya ves adónde se va el oro», dijo frotando con el dedo las descoloridas hojas de metal. No era aquello lo que me preocupaba. Los nombres que había en las hojas se habían borrado casi del todo y eran ilegibles. La familia Friedman, pensé, es la que se ha ido.

Lo mismo ocurrió con la otra rama de la familia. Dos años antes de la muerte de Sámuel Friedman, las deportaciones de judíos de la región habían llegado a la población natal de mi abuela, Spišské Podhradie, «Al pie del hermoso castillo», el pueblo ancestral de los Grünberger. Este pueblo, antaño húngaro, estaba ahora en territorio eslovaco, donde las deportaciones habían empezado antes. Policías y guardias paramilitares detuvieron a los centenares de judíos que vivían en el pueblo y en los alrededores, y los enviaron a campos de concentración de Polonia, donde casi todos fueron exterminados inmediatamente. El abad del monasterio de Spišské Podhradie protegió a unos cuantos, al igual que el pope de una aldea vecina. Otros no hicieron nada.

El último hermano de mi abuela Rozi que sobrevivió, Alexander Gordon (había abandonado el apellido Grünberger después de la guerra), me dio una serie de fotografías que se tomaron el día de la deportación, el 28 de mayo de 1942. Las había hecho un condiscípulo suyo que era cristiano. Unas se habían tomado desde el suelo, otras, que captaban toda la plaza del pueblo, desde la ventana de un piso. En ellas se ve una larga columna de carros tirados por caballos, cargados con ancianos, mujeres y niños que llevan, a pesar del calor, abrigos, sombreros y jerséis. Solo se les permitía ir con lo que podían llevar puesto. A su alrededor hay un círculo de espectadores, aldeanos cristianos, niños que jugaban a sus pies. Cuando los carros pasan por delante del monasterio, una lugareña saluda a una amiga judía que tal vez sepa, tal vez no, que va camino de la muerte. La mujer del carro le devuelve el saludo. En la última foto hay guardias delante de una casa, llevan uniforme negro y botas altas, del hombro les cuelgan los fusiles, algunos ríen y charlan. Tieso y rígido en medio de ellos, serio y aislado, hay un anciano con chaqueta y corbata, se toca con un sombrero flexible y lleva en la mano un bastón. Había visto su cara en retratos de familia de ocasiones especiales. Es Leopold Grünberger, mi bisabuelo.

Me pregunté por qué no estaba en los carros. Alexander Gordon me lo explicó: «Mi padre tenía una “dispensa”», lo mismo que su mujer, Sidonia. «Solo unos cuantos judíos tenían dispensas. Como si aportaran algo que fuera importante para los alemanes.» En el caso de Leopold, era el industrial maderero más importante de la zona. Aquel día se le obligaba a presidir la destrucción de su propia comunidad.

La «dispensa» perdería todo valor cuando los alemanes ocuparan

Eslovaquia, en el otoño de 1944. Leopold y Sidonia huyeron al campo, donde su hijo Alexander los vio por última vez. Este había estado en un campo de trabajo durante las deportaciones, había escapado y se había unido a la insurrección nacional eslovaca. La revuelta había fracasado y él se había refugiado con documentación falsa en un pequeño pueblo, donde oyó rumores de que sus padres estaban escondidos en el bosque. Estuvo buscándolos varios días, hasta que los encontró con otras veinte personas en la cabaña de un leñador. «Vienen los alemanes», les dijo Alexander. Rogó a sus padres que siguieran escondidos. Su madre le pidió la camisa. «Quería lavármela», dijo Alexander. Sidonia restregó la prenda como pudo y la colgó cerca del fuego. Cuando estuvo seca, su madre le dijo: «¡Vete! ¡Vete! Sálvate tú.» Alexander huyó. Al día siguiente llegó a la cabaña una unidad de las SS y envió a sus ocupantes a campos de concentración alemanes: Leopold a Sachsenhausen, Sidonia a Ravensbrück.

Alexander me dio un documento de varias páginas. Era una lista de nombres, escrita a máquina por un funcionario: se trataba de los judíos de Spišské Podhradie que habían muerto. El minucioso documento listaba a las personas alfabéticamente, con fecha de nacimiento, campo de concentración y fecha de la defunción. Había 416 nombres, todos los residentes del pueblo menos veinte. Los números 135 y 136 eran Leopold y Sidonie Grünberger.

Cuando Adolf Eichmann llegó a Budapest el 19 de marzo de 1944, primer día de la ocupación alemana, para supervisar el estado de la «cuestión judía» en Hungría, se presentó con diez o doce funcionarios y un cuerpo auxiliar (secretarías, cocineros y chóferes) compuesto por doscientas personas, y sin autoridad concreta para dirigir el gobierno húngaro. «Algo excepcional en el régimen alemán de Hungría», señalaba el historiador húngaro György Ránki, «fue que el gobierno [húngaro] conservó una parte relativamente grande de la soberanía nacional, mucho mayor que en los demás países ocupados de Europa, incluida Dinamarca.» Dinamarca, como es notorio, había utilizado aquella soberanía para enfrentarse a la legislación antijudía de los ocupantes. Puesto que en Hungría había solo un puñado de funcionarios de las SS, la administración local parecía estar en mejor posición para oponerse a los edictos alemanes, pero desde el primer momento sucedió lo contrario. Cuando las SS y la Gestapo detuvieron a cientos de eminentes judíos de

Budapest durante las dos primeras semanas de ocupación –y los internaron en el edificio del seminario rabínico donde mi padre había hecho la primera enseñanza– ni el Parlamento ni el regente Horthy protestaron. Todas las dependencias gubernativas legisladoras y policiales se sometieron. Eichmann estaba asombrado, por no decir complacido, por la buena disposición, incluso el entusiasmo del país ocupado. « Hungría fue el único país europeo que nos animó sin cesar », diría tiempo después. « Los húngaros nunca estaban satisfechos con la velocidad de las deportaciones; por mucha prisa que nos diéramos, siempre les parecíamos lentos. » No tuvo nada que objetar, evidentemente. « Todo salió a pedir de boca. »

El gobierno húngaro se apresuró a movilizar y a poner todos sus recursos al servicio de la Solución Final. El Ministerio del Interior trazó los planes. Un subsecretario, László Endre, acicateó a Eichmann (con buenos resultados) para que cuadruplicase la cantidad de transportes judíos. A Eichmann le gustaba decir en broma que Endre « quería comerse a los judíos con paprika ». Menos de tres semanas después de iniciada la ocupación alemana, las autoridades locales recibieron la orden ministerial de aislar y deportar a los ciudadanos judíos. « El real gobierno húngaro », empezaba el decreto, « pronto habrá purgado el país de judíos. »

Muy pocos funcionarios rurales y municipales se negaron a colaborar. Fueron la excepción. « Si alguna administración local se apartaba de las directrices nacionales », señaló el historiador Elek Karsai en su estudio sobre la gestión de las deportaciones húngaras, « era para ir más allá de lo que se exigía: o cumpliendo los decretos gubernamentales en un plazo más breve de lo previsto o aplicando medidas más duras y severas de lo que se ordenaba. » El celo de los funcionarios fue secundado por la población civil. Durante los ocho primeros días de ocupación alemana de Budapest, se presentaron treinta mil denuncias contra judíos escondidos y contra propiedades judías, cuando en la Holanda ocupada, por ejemplo, solo hubo trescientas cincuenta denuncias durante los primeros años.

Poco después, el gobierno húngaro publicó más de un centenar de decretos antijudíos: no podían viajar, poseer coches ni bicicletas, ni hacer uso de radios y teléfonos. No podían publicar libros ni venderse los libros que ya hubieran publicado. (El decreto de abril de 1944, « Sobre la protección de la vida intelectual húngara de las obras literarias de autores judíos », ordenaba guillotinar estos libros o quemarlos públicamente. En una de estas hogueras

que se fomentaron en Budapest se quemaron 447.627 ejemplares, «con un volumen equivalente», apuntó Braham, «a veintidós vagones de mercancías llenos»..) A los judíos tampoco se les permitía tener servicio doméstico cristiano, ni llevar uniformes estudiantiles o militares, ni bañarse en piscinas o baños públicos, ni ser clientes de bares, restaurantes, servicios de restauración, cafeterías, puestos de café y pastelerías.

El coche de mi abuelo, el Renault con visillos y un búcaro en el salpicadero, fue confiscado. La doncella, la institutriz y la cocinera, que eran cristianas, fueron dejadas en paz. Las tiendas de la planta baja de Ráday 9 –la peletería, el salón de belleza y la pastelería– fueron zona prohibida para la familia que poseía el edificio. Tampoco es que este fuera suyo todavía. Las transacciones judías con bienes inmuebles fueron anuladas, sus activos confiscados, sus depósitos bancarios sellados, sus establecimientos comerciales e industriales cerrados o dejados en manos de administradores cristianos. De todos modos, la familia Friedman ya no vivía en Ráday 9. Por entonces, mi padre estaba alojado en casa de su profesor de disciplina, Rozi vivía en su estudio amueblado y Jenő se hospedaba en el Hotel Astoria. (Pronto tendría que buscar otro alojamiento; a raíz de la ocupación alemana, el Astoria pasó a ser una comandancia de la Gestapo.) Otro decreto más prohibió a los judíos comprar mantequilla, huevos, arroz, carne (exceptuando la ternera) y –condimento esencial en la cocina húngara– páprika. En otoño, el racionamiento de los judíos estaba ya a niveles de hambre. Mi padre recuerda haberse colado en la pastelería de Ráday 9 –abandonada por entonces– y haber pasado los dedos por el mostrador en busca de migas.

Los judíos de Budapest fueron los últimos del país en ser transportados a Auschwitz. A modo de preámbulo, el 16 de junio de 1944 se dijo a doscientas cincuenta mil que disponían de tres días para dejar sus domicilios y trasladarse a uno de los dos mil edificios de viviendas seleccionados como casas de la «Estrella Amarilla». Tenían que dejar los muebles para que los aprovecharan los nuevos inquilinos cristianos.

Mi abuela Rozi acabó en una casa de la Estrella Amarilla de un desolado sector del sur de Pest. Compartía habitación con una docena de personas. A los ocupantes les estaba prohibido tener invitados y hablar con la gente desde las ventanas; solo podían salir a la calle durante una franja horaria muy reducida para comprar víveres (para ir a las tiendas solo podían viajar en el último vagón del tranvía). Mi padre vio a su madre en una ocasión durante

los meses que pasó en la casa de la Estrella. Y se arrepintió de la visita. Poco después de haberse colado en el interior, la policía selló las puertas. «Ya no dejaron salir a nadie», dijo mi padre, que esperó a que fuera de noche, entonces subió «al tejado y fui de un tejado a otro hasta que encontré una puerta abierta y salí a la calle». Ya no volvió. «No quería quedarme encerrado en una estúpida casa de la Estrella.»

En algún momento de fines de la primavera de 1944, mi padre y mi abuelo volvieron a Ráday 9 y se escondieron en casa de un médico no judío. Este se había llevado a su familia a la casa de verano que tenían en el lago Balatón e invitó a Jenő y a István a quedarse en el piso vacío. Padre e hijo permanecieron allí dos meses, con las cortinas echadas, las luces amortiguadas, con la radio «muy bajito» para escuchar la BBC. Hasta que regresaron los inquilinos. Mi padre desapareció en las calles y en una serie de escondites. Mi abuelo Jenő también cambió de alojamiento: estuvo poco tiempo en casa de amigos y finalmente fue a lo que hasta hacía poco había sido su otra propiedad de Budapest, el edificio de viviendas de Váci 28, requisado como casa de la Estrella Amarilla. Una estrella de David de tamaño reglamentario (treinta centímetros), pintada sobre fondo negro, colgaba ahora encima de la entrada. Se coló en la antigua habitación de una criada.

El 7 de julio, cuando empezaban las deportaciones en Budapest, el regente Horthy decretó un alto en lo que él llamaba «los traslados». Tomó aquella decisión por varios motivos, entre ellos el empeoramiento de la situación militar, los crecientes llamamientos de los aliados y potencias neutrales, y las peticiones de dirigentes de todo el mundo. La población judía de Budapest se salvó por el momento, un gesto que aumentó la estima por Horthy, no solo la de mi padre, sino también la de muchos judíos de la capital, que atribuyeron su supervivencia al Regente.

La orden de detener la deportación de los judíos de Budapest resultó ser un indulto de corta duración: «la falsa primavera» llamarían después al período, aunque abarcó desde fines del verano hasta el otoño. El 15 de octubre, cuando Horthy anunció que había firmado un armisticio con la Unión Soviética, los alemanes lanzaron la Operación Panzerfust, secuestraron al hijo de Horthy y este se vio obligado a dimitir y a ir a prisión. Horthy abdicó en Ferenc Szálasi, cabecilla del partido fascista Cruz Flechada y nuevo jefe del Estado elegido a dedo por los alemanes. Antiguo militar, ferviente antisemita y nacionalista magiar (aunque solo magiar a medias), Szálasi difundió una

absurda ideología que llamó «húngarismo». (Durante un tiempo que pasó en la cárcel en 1938 y «con ayuda de la Biblia», había descifrado la genealogía de Jesús y llegado a la conclusión de que este no era judío, sino «godvaniano», una raza imaginaria que él creía relacionada con los magiares.) Szálasi era de Kassa.

El nuevo jefe del Estado se puso inmediatamente a eliminar a los judíos de Budapest y quiso reanudar las deportaciones a principios de noviembre, aunque Himmler había ordenado que se interrumpieran. Los miembros de la Cruz Flechada –casi todos jóvenes, muchos con antecedentes criminales («tipos primitivos, al estilo de los zapateros remendones», decía mi padre, «no muy inteligentes»)– llevaron a cabo un programa intensivo, aunque crecientemente independiente, de limpieza de judíos que acabó con millares de personas en la capital y envió a cerca de ochenta mil en marchas de la muerte hacia la frontera austriaca. A fines de noviembre de 1944, el régimen de la Cruz Flechada ordenó que los judíos que quedaban en la capital fueran desalojados de las casas de la Estrella Amarilla e internados en el gueto recién construido, un recinto amurallado a toda prisa en el centro del antiguo barrio judío. En un área de 0,25 kilómetros cuadrados, pronto hervidero de ratas, aguas residuales y tifus, fueron encerrados setenta mil judíos. Entraba poca comida y no salía ninguna basura. En diciembre, los miles de cadáveres amontonados en los patios de los edificios (incluida la sinagoga de la calle Dohány) eran bloques de hielo fusionados entre sí.

Mi padre iba de escondrijo en escondrijo. Durante un tiempo estuvo oculto en un viejo cuartel de las afueras de Buda que servía de cementerio de aviones. El ejército húngaro utilizaba el campo de desfiles para almacenar los fuselajes destrozados de los bombarderos aliados abatidos. Por la noche dormía en cualquiera de los catres militares abandonados. Cada vez que se despejaba el paisaje, me contaba, «me metía en la cabina del piloto y jugaba a sentirme piloto de bombardero». Mucho antes de sentir la pasión por los vídeos de vuelo de Microsoft, el joven István jugaba a imaginar despegues y aterrizajes. Los militares acabaron descubriéndolo y buscó refugio en las afueras de Pest, en un barrio cristiano. Por entonces, gracias a la resistencia sionista, había conseguido un brazalete de un partido húngaro de orientación nazi.

Mientras mi padre pilotaba aviones abatidos y recorría las calles con adornos fascistas y una incriminadora circuncisión, mis abuelos se habían

reencontrado, aunque por casualidad. Los dos habían buscado refugio en una «casa protegida» que estaba junto al río, cerca del parque de San Esteban, un área que acabó llamándose Gueto Internacional. Desde el verano de 1944, las legaciones de países neutrales, como Suecia, Suiza, Portugal, España y el Vaticano, empezaron a emitir docenas de miles de salvoconductos y pasaportes de apariencia oficial que (en teoría) libraba de la deportación a los judíos de Budapest. Las misiones diplomáticas de los países no alineados declararon zona de seguridad varias docenas de edificios de viviendas. Rozi y Jenő acabaron, sin saber nada el uno del otro, refugiándose en la misma casa protegida de la embajada suiza, situada en Pozsonyi út, a un par de calles del Danubio. Compartieron habitación con otras cuarenta personas, entre ellas la prima de mi padre, Judit (luego Yudit) Yarden y sus progenitores.

Durante el resto del otoño y en invierno, bandas armadas de simpatizantes de la Cruz Flechada encontraron un placer perverso en asaltar las casas protegidas: consideraban que sus moradores eran judíos protegidos, lo cual los convertía en objetivos más tentadores. Los «protegidos» no tardaron en ser sacados a la fuerza, unos para ser interrogados y apaleados en las comisarías de la Cruz Flechada, otros para ser enviados a las marchas de la muerte. Varios millares fueron conducidos al Danubio y tiroteados en el agua. Para ahorrar proyectiles, los pistoleros de la Cruz Flechada ataban a varias personas juntas –a menudo miembros de una misma familia–, mataban a una en el río y el muerto arrastraba a los demás hasta que se ahogaban.

Mi padre oyó hablar de los tiroteos. Cierta día (según decía una de las anécdotas de infancia, exenta de detalles, que mi padre había contado en mi juventud, aunque yo nunca había sabido si creerle o no), el joven Pista se presentó en la casa protegida de los suizos donde se alojaban sus padres, enseñó su brazalete nazi húngaro y los «saaalvó».

–¿Qué casa? –le pregunté una tarde, sentados en su comedor de Buda, ante unos restos de pastel y café. Extendí un plano de la ciudad en la mesa y señalé la zona de media docena de calles donde habían estado casi todas las casas protegidas.

–Bueeeeno –dijo–, era uno de esos edificios. Ya no me acuerdo.

–¿Por qué no vamos y lo vemos? –insistí. Una pregunta estúpida.

–No tiene sentido –replicó apartando el plano con la mano.

Desvió la conversación hacia uno de los pocos temas del pasado que no tenía inconveniente en revisitar: el excelente gusto de su padre.

–Mi padre siempre tuvo mucha clase –dijo, recitando una lista de ejemplos que yo había oído ya muchas veces: sus trajes a medida («un tejido precioso que importaba de Inglaterra»), los clásicos que guardaba en las librerías acristaladas de su estudio («ediciones magníficas, elegantemente encuadernadas»), el Renault de los visillos en la ventanilla trasera y el búcaro en el salpicadero.

–Mucho estilo –dije removiendo con cansancio las migas de mi plato y deseando que mi padre siguiera hablando.

–Bueeeno –dijo riendo–, aunque no sabía qué hacer cuando el coche se averiaba.

–No sabía de mecánica, ¿verdad?

–No, pero una vez siguió un curso de reparación de automóviles. Yyy –dedo en alto, su forma de poner signos de admiración– se compró un mono que se ponía para recibir la clase en el garaje. Gris, con una gorra del mismo color. Yo tenía la misma talla. Por eso me lo ponía.

–¿Tú arreglabas el coche?

–¡No!

–¿Para qué, entonces?

–Calle Vadász.

–¿Qué?

–¡No escuchas!

Escuchaba, pero es que no captaba lo que quería decir, aunque habría debido enterarme. En 2004, cuando mi padre me organizó el viaje guiado por su guardarropa femenino durante mi primera visita a la casa de Buda, me había señalado la única prenda de su vida anterior que no había desterrado al ropero de los desechos masculinos. Colgado en el armario de su dormitorio había un mono blanco, cuidadosamente planchado y guardado en una bolsa de limpieza en seco. Era el uniforme que había llevado como voluntario del Cuerpo de Ambulancias de Yorktown Heights. Recordaba las noches que había estado de servicio; llevaba puesto el uniforme dentro de casa, bien almidonado y planchado. Me sorprendía que lo conservara y me sentía confusa a propósito de su significado. ¿Qué querría decir aquella fusión de vestimenta y salvación, símbolo y rescate?

15. EL GRAND HOTEL ROYAL

«Calle Vadász», repitió mi padre. Se refería a la «Casa de Cristal», una antigua fábrica de vidrio, sita en Vadász utca 29, luego edificio protegido de la embajada suiza, en el que se instalaron las organizaciones clandestinas sionistas en el otoño de 1944. Los grupos de jóvenes imprimían y distribuían docenas de miles de documentos de identidad falsos, ayudaban a los judíos a pasar clandestinamente la frontera rumana y procuraban obtener información útil que transmitían a los contactos aliados. Tras la toma del poder de la Cruz Flechada, los jóvenes sionistas empezaron a recoger uniformes y brazaletes de partidos fascistas, que llevaban mientras recopilaban información y repartían documentos falsificados. Eran pocos, quizá unos centenares, fue uno de los movimientos de resistencia más pequeños de Europa Central, y muchos de sus miembros eran refugiados eslovacos y polacos.

Mi padre se unió a Betar, una organización juvenil sionista, a petición de Frigyes Schwarcz, llamado «Friczi», un primo suyo de diecisiete años que había llegado a Budapest en 1944 para promover la resistencia armada. Los dos muchachos compartieron por poco tiempo un piso abandonado, luego Friczi se fue a un «búnker» de las afueras de Pest para organizar un levantamiento. Muy poco después, los vecinos lo delataron a él y a sus compañeros de búnker y todos fueron asesinados. «¡Querían “luchar contra los nazis”!», exclamaba mi padre con aire despectivo. «Ni siquiera sabían usar un arma de fuego. Friczi quería ser un héroe. No vivió para contarlo.»

Mi padre siguió colaborando esporádicamente con Betar.

–Tenía un contacto. Me buscaba y me encargaba una misión, por ejemplo, ir a espiar a un edificio donde estaban los nazis. Yo me ponía el mono y la gorra de mi padre.

–¿Por qué?

Me miró con una de sus caras reservadas para la gente idiota.

–Porque, *como ya te he dicho*, era gris. El color de la Luftwaffe. Me movía como un mecánico de la Luftwaffe, como si trabajara para los nazis.

–¿Y funcionó? –Lo dudaba mucho.

–Estupendamente. –Y dio lugar, según añadió, a «un suceso aún más absurdo». Cierta día, el contacto de Betar indicó a mi padre que espíara en una escuela de primera enseñanza requisada por las SS y a la sazón ocupada por la Gestapo y la Cruz Flechada–. Llevaban allí a la gente, la interrogaban y la molían a palos –prosiguió mi padre, cuya misión consistía en averiguar a quiénes detenían–. Resultó que era la escuela donde yo había estudiado. –La escuela había estado en el Seminario Rabínico de Hungría, al que mi padre había asistido hasta los diez años–. Me puse el «uniforme», me presenté con papeles falsos y me ofrecí voluntario para ser guardia del turno de noche. Bueeno, aquellos tipos de la Cruz Flechada no eran muy listos. Se alegraron de que llegara alguien a ayudarlos.

–¿Y qué averiguaste?

–Nada importante. No estuve mucho tiempo. Una semana quizá... Pero nadie sospechó que yo fuera judío. No hacía esas cosas.

–¿Qué cosas?

–Tonterías. –Levantó un poco la voz–. Por ejemplo, aceptar papeles de «protección» de algunos diplomáticos que en realidad no servían para nada. – Se refería a sus padres–. Por ejemplo, ir a una casa «protegida» y decir: «¡Ah, ya estamos protegidos!» –Puso voz aflautada para decir esto último–. Bueeno, está bien –concedió–, quizá estuvieron poco tiempo... Pero luego tuve que sacarlos de allí.

Busqué mi cuaderno de notas.

–¿Cómo?

–Ya te lo he contado.

–Los detalles no.

Miró su plato vacío durante unos momentos.

–¿Qué quieres saber?

–¿Aquel día... llevabas puesto el mono? –Era una pregunta tonta, pero segura; a Stefi le gustaba hablar de ropa.

–No, llevaba solo el brazalete. Y una gorra de la Cruz Flechada. –Aquel día quería pasar por nazi húngaro, no por agente alemán–. Y llevaba un arma de fuego.

–¿Un arma?

–Un viejo fusil del ejército. Seguramente me lo dio la gente de Vadász. ¡Lo

que sí sé es que no tenía munición! –Tampoco habría tenido importancia, señaló. Al igual que Friczi, el joven István no sabía disparar.

–¿Y te dejaron entrar?

–Iba armado, así que todo estaba en orden. –Le dijo al guardia de la puerta que tenía instrucciones de llevarse a los Friedman–. Me hice el canalla, pero no demasiado. No quería exagerar la nota.

–¿Y no sospecharon? –Me costaba imaginar la escena.

–Ya te he dicho que sabía fingir. –Se puso en pie y empezó a balancear los brazos–. Subí las escaleras, un dos, un dos, abrí la puerta de un empujón y grité: «¿Está aquí un tal Jenő Friedman? ¿Y su mujer? ¡Traedme aquí a esos malditos judíos! ¡Y que vengan con las manos vacías!» –Levantó el puño como quien blande un fusil.

–¿Y estaban allí?

–Había tanta gente que no cabía ni un alfiler, todos estaban apretujados, los ancianos, los enfermos, los niños pequeños. –Se acordaba de sus expresiones–. Todos se apiadaron de mis padres –prosiguió–. Pensaban: «Ay, este naaazi va a matar a los pobres Friedman.» –Stefi siguió contando que ordenó a sus padres que se dirigieran a la puerta. Mientras iban por el pasillo, se les acercó sigilosamente un viejo judío–. Quería saber si podía conseguirle papeles falsos. –Es decir, que se dio cuenta de que el joven del brazalete fascista era otro judío–. Le grité: «¡Quítate de en medio o te llevo a ti también!» –El viejo retrocedió y mi padre hizo bajar por las escaleras a sus progenitores apuntándoles con el fusil–. Cuando llegamos a la puerta principal, saludé al guardia y grité: «¡Viva Szálasi!» –Mi padre limpió las migas de su salvamanteles–. Y así volví a reunir a la familia.

Después de aquello, padre, madre e hijo se fueron a vivir a un piso abandonado de las afueras de Pest, en el invierno de 1944. Según los papeles falsos que los jóvenes resistentes sionistas habían entregado a mi padre, ahora se apellidaban «Fabian» y eran refugiados católicos de la ciudad rumana de Braşov. Cuando empezó el largo sitio de Budapest, unos días después de Navidad, cayó una bomba al otro lado de la calle que destrozó todos los cristales de la casa. Los Fabian se refugiaron en el sótano, donde pasaron el resto de la guerra.

–Cuando salimos a la superficie, había arriba un hombre que gritaba: «¡Soy el legítimo propietario de esta casa!» Le dijimos: «Tranquilícese, tranquilícese. No pensamos quedarnos.» Luego se presentó. ¿Y sabes cómo

dijo llamarse? Friedman. –Mi padre se quedó mirando el movimiento de mi mano por la superficie del cuaderno—. Cuando escribas la historia de mi vida –añadió–, esta anécdota quedará de fábula. Y es queeee –levantó un dedo– además es cieerta.

¿Lo era realmente? ¿O era otro de sus cuentos de hadas? ¿Había engañado con sus trucos a la Cruz Flechada el fotógrafo de los trucajes o había trucado la versión que me había dado a mí? ¿Cómo juzgar la verdad de una anécdota cuya finalidad era confirmar que el narrador era un embustero muy hábil?

En algunos de mis anteriores viajes a Budapest había pasado mucho tiempo investigando la historia de mi extensa familia, para encontrar la parte escrita que se correspondiese con las lamentablemente escasas fotografías de la tribu FriedmanGrünberger que había localizado. No había muchos registros a los que acudir. El Centro Conmemorativo del Holocausto Húngaro había abierto sus puertas en Budapest en 2004, y cuando estuve allí, su reducidísimo personal investigador tenía poco que ofrecer. Me dijeron que escribiera el nombre de todos y cada uno de mis parientes, con su lugar y fecha de nacimiento, en unos formularios que archivarían «en nuestro sistema».

Pregunté con qué fin.

«Para tener sus nombres archivados.»

Sugirieron que probara en el Archivo Judío. «Pero no sé si encontrará usted algo», dijo un investigador. «Está un poco desorganizado.»

El archivo, establecimiento dependiente del Museo Judío Húngaro, estaba en el antiguo barrio judío, adjunto a la sinagoga de la calle Dohány. Para entrar desde la sala de exposiciones del museo había que dar una serie de vueltas y revueltas por pasillos y escaleras irregularmente iluminados. El laberinto terminaba ante un impresionante juego de puertas dobles. Llamé con los nudillos tímidos y me abrió una mujer con bata blanca de laboratorio. Era Zsuzsanna Toronyi, la directora del archivo.

El atestado interior parecía aún más abarrotado a causa de los viejos volúmenes y los montones de enmohecidos periódicos que se acumulaban en torres peligrosamente altas por toda la sala. Los combados estantes parecía que fueran a ceder de un momento a otro bajo una profusión de cajas de cartón con etiquetas escritas a mano. Vi con consternación el rótulo de «fuera

de servicio» de la fotocopidora. Toronyi me advirtió que era poco lo que el archivo podía ofrecer en materia de documentos familiares, pero cuando le dije que mi padre había ido a la escuela de primera enseñanza del Seminario Rabínico, me condujo por el laberinto de cajas y, como si tuviera en su interior una varita de zahorí, rescató un libro del caos en un abrir y cerrar de ojos. *El Seminario Rabínico de Budapest, 1877-1977: libro del centenario* empezaba por la orgullosa crónica de su inauguración «en presencia de miembros del Parlamento y el gobierno húngaros». Sus instructores iban «no solo a enseñar judaísmo, sino también a alimentar el patriotismo húngaro entre sus correligionarios, difundiendo el idioma y la cultura de Hungría». Miré por encima la descripción de su «moderno» plan de estudios y la lista de sus muchos licenciados internacionalmente conocidos. Al final, el libro hablaba del Holocausto.

«A pesar del estallido de la Segunda Guerra Mundial», decía el texto, los docentes del seminario «prosiguieron su labor, esperando que el horror de la guerra europea no los alcanzara». Vana esperanza. Menos de veinticuatro horas después de que los alemanes ocuparan Hungría, el edificio «fue confiscado por las SS para que hiciera de prisión de paso para miles de judíos que iban camino de un trágico final en los campos de exterminio». Mientras leía el escalofriante capítulo –el saqueo de los trescientos mil volúmenes del seminario, la destrucción de las investigaciones en las que el rector había trabajado toda su vida, la colocación de cañones de la Cruz Flechada en la azotea y, finalmente, el bombardeo del propio edificio– apareció Toronyi para ofrecerme otro volumen. Era un libro vetusto y muy usado, con muchas páginas desprendidas del cosido. «Puede que encuentre aquí a su familia», dijo.

Se titulaba *Restos contados: registro de los judíos supervivientes de Budapest* y se había publicado un año después del fin de la guerra. El registro había sido compuesto por la Sección Húngara del Congreso Judío Mundial y la Agencia Judía para Palestina, que había movilizado a cuatrocientas dos personas en el verano de 1945 con objeto de registrar 35.082 casas de Budapest en busca de judíos vivos. El libro resultante proporcionaba una lista de los supervivientes por orden alfabético, con la fecha y el lugar de nacimiento, apellido de soltera de la madre y la dirección donde habían sido localizados. Los datos se habían reunido a toda prisa y se habían entregado inmediatamente a la imprenta con la esperanza de ayudar en la búsqueda de

familiares perdidos, por lo que no era el registro más seguro ni más completo. Fechas y ortografía eran a menudo aproximadas. Sin embargo, cuando di con él, supe que lo había encontrado. Cuando detuve el dedo en el mal impreso renglón, a pesar del verano sofocante tuve un escalofrío:

«Friedmann, István, Bpest, 1932, Grünbaum Rózsi, VIII, Víg u. 15.»

Traté de situar a mi joven padre en el número 15 de la calle Víg, que estaba a veinte minutos andando de Ráday 9, en el Distrito de Palacio, aristocrático en otra época. ¿Qué hizo y qué pensó aquel día? ¿Se había equivocado el censista al apuntar el año de nacimiento o el interesado mentía ya acerca de su edad? Estuve mirando la anotación durante un rato largo, como si contuviera un código secreto. Pero no eran más que palabras en una página.

Volví al comienzo para leer la introducción del volumen. Empezaba con un epígrafe tomado del Deuteronomio: «Y el Señor os repartirá entre las naciones y seréis reducidos en número...» Y luego daba este consejo:

Todas las personas que pasen las páginas de este libro deberán comprender el significado de que también por encima del deseo de poder que se creyó el más fuerte hay una jurisdicción superior, que impide que el inocente sea totalmente exterminado. Pero deberán comprender asimismo la pesada carga que pende sobre cada persona que figura en este libro: los temidos recuerdos del pasado, la espantosa lobreteza del presente y los no resueltos problemas del futuro.

Pues todos los que quedamos nos encontramos aquí y ahora en este mundo, despojados, humillados en nuestra dignidad humana, con el alma desolada hasta la muerte, y solos.

Cerré el libro lentamente, acongojada porque al pasar las frágiles páginas se habían desprendido algunas de las que aún permanecían cosidas. Agradecí su amabilidad a Toronyi y salí por las puertas dobles.

Unos minutos después de irme, me di cuenta de que me había perdido. Estaba tan aturdida que había olvidado el complicado camino por el que se iba del archivo al museo. Doblé por un pasillo, luego por otro, subí unas escaleras empinadas, bajé otras. Todos los caminos terminaban en una puerta de tela metálica cerrada. Sabía que eran dispositivos de seguridad para proteger los objetos valiosos del museo. Sabía que estábamos en 2008 y sin embargo no conseguía sofocar el pánico. Empecé a correr por el laberinto, trazando círculos, sacudiendo los pomos de las puertas. Todas estaban cerradas. En un pasillo oí el rumor de una radio. Lo seguí hasta el origen y

golpeé la puerta. Un anciano encorvado abrió una rendija y se asombró al ver a la americana histórica que había al otro lado. «¿Salir?», dije señalando con el dedo. «¿Salir?» Me tomó del brazo y me condujo a la salida.

Meses después leí que, en el invierno de 1944, varios reclusos del amurallado gueto judío que esperaban la deportación escaparon forzando una grieta abierta manualmente en una pared del edificio que ahora albergaba el Museo Judío y el Archivo. Como señalaban los autores de *Budapest judío*, «el Museo Judío era el único boquete que había en la muralla del gueto de Pest».

Una tarde conseguí sacar a mi padre de la casa con la promesa de comprar unos dulces. Le sugerí indagar en una pastelería de Pest, famosa por sus tartas vienesas. Lo que a mí me atraía era la dirección, no sus existencias. Estaba cerca del Grand Hotel Royal y del lugar donde mi padre había dicho que, siendo adolescente, había sido detenido por un agente de la Cruz Flechada y casi muerto en un sótano. Era otra anécdota que mi padre me había contado cuando yo era pequeña. O al menos el Royal era el sitio donde, según ella, «seguramente» había ocurrido. El hotel era un establecimiento con una historia interesante. Inaugurado en 1896, en honor del milenio nacional, su estructura palacial de estilo Renacimiento francés disponía de baños, patio de honor con jardín de palmas y «salón real de baile» donde Béla Bartók solía dirigir conciertos. El hotel fue requisado durante la guerra por la Cruz Flechada y las SS. La pastelería estaba a un par de calles.

Guarnecidas con sendas tartas Dobos, un elevado pastel de ocho capas de bizcocho azucarado y crema de mantequilla con chocolate, al que mi padre insistió en añadir una cumbre de nata montada, hice lo que pude por orientar la conversación hacia el drama que tal vez había tenido lugar en aquella misma calle, hacía más de sesenta años. Mi padre también hizo lo que pudo por salirse por la tangente.

–El Urania era faaantástico –dijo con el tenedor en el aire, cargado de nata montada. El Cinematógrafo Nacional Urania, un antiguo cine con un lujoso interior morisco, a base de dorados y espejos, era otro punto de referencia de la infancia de mi padre, un Taj Mahal que el joven István solía frecuentar—. Sobre todo estrenabas películas alemanas. Bueeeno, el propietario era alemán. También iba al Savoy, que estaba cerca de nuestra casa de Ráday.

Me daban entradas gratis porque mi padre se hizo amigo de la taquillera. Bueeeno, tenía muchas amigas.

–Y el Hotel Royal...

–Luego, después del Urania –prosiguió mi padre sin inmutarse–, iba a la tienda de alquiler de películas que había al lado. –Recordaba la decoración interior: muebles ricamente tapizados con bordados de oro e hilo rojo, colgaduras de terciopelo, paredes con brocados–. Tenían allí todas las películas del cine mudo. Dieciséis milímetros. Alquilé *Metrópolis*, todos los grandes clásicos. Era una auténtica joya. Era... –se detuvo en busca de la descripción exacta: en sus ojos había un chisporroteo infantil; raramente la había visto tan entusiasmada– como estar dentro de una caja de música.

–¿Hacías ya tus propias películas por entonces? –pregunté.

–Esa sí es una anécdota interesante –respondió–. La Pathé de nueve milímetros y medio que me regaló mi padre tenía una perforación en el centro de la cinta, una imbecilidad. –El carrete tenía los agujeros entre los fotogramas–. ¡En mitad de la película! Bueeeno, los franceses siempre hacen cosas distintas sin saber por qué. Pero no escribas eso. ¡No queremos ofender a los franceses! El caso es que me compré una cámara de dieciséis milímetros y también un proyector de dieciséis milímetros. La cámara se la compré a un ingeniero húngaro que la había fabricado personalmente. ¡En su sótano! Copió el modelo americano Bell & Howell. Me la vendió más barata porque yo era un crío. Lueeego conseguí también una filmadora suiza Bolex.

–¿Cuándo fue eso?

–En los años cuarenta. –En mitad de la guerra, mi padre, que entonces era adolescente, salía de compras para adquirir un equipo cinematográfico mejor–. Además –añadió–, iba a la sociedad de cineastas húngaros. Se llamaban Grupo Amateur de Película Estrecha porque utilizaban película de dieciséis milímetros, que era la más estrecha. –La sociedad, según recordaba mi padre, «estaba llena de fascistas». Mi padre ni se inmutaba–. Me interesaba tanto el cine de aficionados que estaba allí todo el tiempo. Eso es lo que me interesaba, no los imbéciles de los nazis.

–¿Sabían que eras judío?

–Yo no se lo dije.

Después de la guerra, fue uno de los primeros miembros de otro grupo de realizadores, el club cinematográfico juvenil patrocinado por el Partido Comunista Húngaro. El joven István sugirió el emplazamiento del primer

cinclub: las oficinas abandonadas de los archivos cinematográficos que los nazis habían tenido en Pest. Propuso también la primera actividad del club: volver a montar el metraje de los noticiarios de dieciséis milímetros que habían dejado los alemanes y convertirlos en discurso crítico.

–Ya sabes, la teoría cinematográfica de Eisenstein –dijo–. Transformamos las películas nazis en antinazis. –Le dije que aquello sonaba a ejercicio satisfactorio–. ¡El poder del montaje! –exclamó–. Bueeeno, tengo que montar todo lo que hago.

Se puso en pie para coger el bolso de mano, que había dejado en la percha de los abrigos, al otro lado de la sala.

–No deberías dejarlo allí –dije.

–¿Por qué no?

–Porque te lo pueden robar –dije. Y pensé: ya estoy otra vez con el bolso.

Pagué el importe y fuimos paseando por la calle. Cuando llegamos al Royal, sugerí echar un vistazo al interior.

La entrada de mármol daba a una escalinata, al otro lado de la cual había un patio acristalado de seis pisos de altura. El Grand Hotel Royal se llamaba actualmente Corinthia Hotel Budapest y era un establecimiento de cinco estrellas, de una cadena multinacional con sede en Malta. Un folleto que daban en el mostrador de información anunciaba a los cuatro vientos la transformación del edificio en «el mejor hotel de lujo del siglo XXI», con «niveles de comodidad y servicios totalmente a la última». Una serie de fotografías comentadas que se exponía en el vestíbulo contaba la historia del hotel, con una sola omisión; la cronología saltaba del año 1928 hasta la insurrección anticomunista de 1956. Por el pasillo que conducía al bar deportivo llegaban gritos de hinchas y el parpadeo de grandes pantallas de televisión. Se estaba jugando un partido de fútbol.

Me volví para mirar a mi padre, que negaba con la cabeza.

–No –decía–, ¡no, no, no! –Giró sobre sus talones y se dirigió otra vez a la espectacular puerta giratoria.

–Pero ¿qué...?

–No es aquí –respondió–. No es aquí donde ocurrió. –Eché a andar tras ella. ¿Había ocurrido alguna cosa en definitiva?

Ya en la acera, anduvo hacia un lado y otro. Minutos después, cruzó al otro lado de la ancha y curva arteria de circunvalación, que en aquel tramo se

llamaba Erzsébet körút. Siguió andando hacia el sur y la seguí. Dos bocacalles después, se detuvo en el cruce con Wesselényi utca.

–Aquí es donde torcí a la izquierda y accedí al *körút* –dijo–. Había cadáveres en toda esta parte de la acera, caballos muertos, congelados, y... –trazó un pequeño círculo mientras miraba unos cochambrosos edificios de viviendas–, Dios Santo, es ahí. –Levantó la cabeza para observar un edificio de cuatro plantas de piedra artificial, con arqueadas ventanas góticas y gárgolas ennegrecidas por el hollín. Sobre el dintel de la entrada había dos búhos de piedra y un escudo con unos corchetes cruzados que recordaban inquietantemente a la cruz gamada. En un saliente de la fachada dormía un indigente con una muleta al lado. Las ventanas estaban protegidas por barrotes de hierro.

–Todos estos años –dijo con los ojos clavados en los búhos–. Todos estos años he creído que era el Royal.

La puerta no estaba cerrada. La cruzamos.

Dentro olía a moho. Había tres bombillas desnudas, colgadas de una cadena, solo dos funcionaban. Cruzamos el vestíbulo –había una tienda que vendía «botas de vaquero del Oeste con espuelas», pero estaba cerrada– y accedimos a un lúgubre patio ceñido por tres plantas porticadas con techo de bóveda de arista. Me dio la impresión de estar en un monasterio románico. Reinaba un silencio sepulcral.

Mi padre subió sin mucha convicción el primer tramo de gastados peldaños de hormigón. Entonces dio media vuelta y corrió por la escalera que conducía al sótano. No fue muy lejos. El camino estaba cortado por una doble puerta de barrotes.

–Me disponía a ir a Váci 28, a buscar comida –dijo. El administrador del edificio, un cristiano que había trabajado anteriormente para los Friedman, había accedido a vender al joven Pista una pequeña cantidad de tocino y alubias si era capaz de llegar allí–. No habría tenido que ir por el *körút* ancho, esa fue mi equivocación.

Cuando ya había dejado atrás el edificio, un joven con el uniforme de la Cruz Flechada le indicó por señas que se acercase. Mi padre se acordaba de sus palabras: «¡Hermano!» –siempre se llamaban de este modo–, «¡Hermano! ¿Por qué llevas ese brazalete? ¿No sabes que los dos partidos se han unido?» La Cruz Flechada y los Nacional-Socialistas de Renovación Nacional, otro partido fascista, habían unido sus fuerzas recientemente y todos militaban

ahora bajo el emblema de la Cruz Flechada. Mi padre llevaba un brazalete ya en desuso.

–Pero yo me comporté con mucha seguridad y le dije: «Claaaro que sí, hermano, claro que lo sé. Por eso voy a buscar el otro brazalete.»

El guardia le ordenó que entrara e informase en el sótano. Mi padre entró y se detuvo delante de la escalera. El edificio era un avispero de personal de la Cruz Flechada, jóvenes armados desfilaban por los pasillos. Oyó disparos. «Estaban fusilando a gente en el sótano.» El Royal era el centro donde la Cruz Flechada presentaba su cara pública. Pero aquel otro edificio era el sitio, uno entre otros que había por toda la ciudad, donde se llevaban a cabo las ejecuciones.

Mi padre hizo una pantomima para que entendiera lo que ocurrió a continuación.

–Hice como que bajaba –dio unos pasos hacia la doble puerta de metal–, pero como vi que nadie miraba, di media vuelta y subí en vez de bajar. –Subió los primeros peldaños, como si se encaminara a una cita, y se detuvo en un oscuro entrante que había en el ángulo del primer descansillo–. Estuve aquí un rato. –Se pegó contra la pared, el estampado floral de su vestido apenas se veía en la oscuridad. Esperamos. Arriba se oyó un portazo. Di un respingo.

–¿Cuánto tiempo? –pregunté, más que nada para romper la tensión.

Mi padre no se movió. Pensé que su intención era reproducir lo sucedido en vez de describirlo, pero entonces abrió la boca.

–Suficiente para que el guardia creyera que había seguido su indicación. –Se apartó de la pared–. Me quité el brazalete y bajé. –Hizo lo que decía y descendió los peldaños, imitando el paso de ganso con sus zapatos de tacón–. Pasé por delante del guardia y le hice el saludo nazi. –Se colgó el bolso del otro hombro y estiró el brazo para que viese cómo lo había hecho–. Y le dije: «¡Muchísimas gracias, *hermano!*», y me alejé. –O habían cambiado al guardia en el ínterin o la segura actitud de mi padre lo había convencido, incluso sin brazalete, de que se habían comprobado las credenciales de István Friedman y de que este era, efectivamente, un «hermano».

–¿Y entonces?

–Entonces fui a Váci út y recogí el tocino y las alubias.

16. CASTIGADOS EN LA PARTE DE ATRÁS

–Siempre podrás decir que es el día de mi santo –dijo mi padre mientras subíamos los peldaños de la ancha catedral. Se refería al santo correspondiente a su nombre anterior–. Porque nadie trabaja –explicó. El día de San Esteban es festivo en todo el país. Todos los años, cuando llega el 20 de agosto, el país entero rinde homenaje (con misa matutina y fuegos artificiales por la noche) al primer rey de Hungría, canonizado por la Iglesia católica.

La dorada catedral de San Esteban es uno de los edificios más visibles de la ciudad: tiene exactamente noventa y seis metros de altura, en recuerdo del año 896, supuesta fecha de la conquista magiar, y es uno de los dos edificios más altos de Budapest. (El otro, el Parlamento, mide también noventa y seis metros; la legislación local ordena que ningún edificio urbano supere esa preciada medida.) En la construcción del templo, de forma basilical, intervinieron tres arquitectos que tardaron cincuenta años en levantarlo con cincuenta clases de mármol. Una vez dentro, procuramos orientarnos en el ancho, resonante y oscuro recinto. Los adornados reclinatorios tenían capacidad para ocho mil quinientos fieles. Podía inferirse del tamaño del altar mayor, presidido por una gigantesca escultura marmórea de San Esteban y por el arcángel Gabriel, que permanecía suspendido encima con la Santa Corona en las manos.

–¿Dónde es? –pregunté a mi padre.

Señaló con la cabeza el extremo izquierdo del altar, donde se había formado una larga cola. Nos unimos a ella. Al cabo de media hora llegábamos al puesto de los guardias. Apartaron un cordón de terciopelo y nos dejaron pasar a la capilla de la Santa Diestra. La cámara estaba adornada con pinturas de santos. El objeto que habíamos ido a ver se perfilaba envuelto en sombras contra la pared del fondo. Para iluminar la estancia había que depositar doscientos forintos en un cepillo. Cuando se encendieron las luces, fue como si estuviéramos en el interior de una casa de muñecas engastada en

joyas, entre las que destacaba un sarcófago de cristal en cuyo interior había un relicario de oro recargado de adornos. Dentro del edículo había una mano amputada, la reliquia cristiana más venerada de Hungría, la Santa Diestra, la momificada mano derecha de San Esteban. Era la mano milagrosa con la que se decía que el rey agonizante había levantado la Santa Corona de Hungría para ofrecer el trono a la Virgen María en 1038. Al cabo de un minuto se apagó la luz.

El 20 de agosto de 1990, en conmemoración de la caída del comunismo pagano y la restauración del cristianismo, se sacó la Santa Diestra del sepulcro para efectuar lo que sería una procesión anual. En realidad se trató de encabezar un desfile. Los sacerdotes levantaron la reliquia dentro de su sellada caja de cristal y se pusieron en movimiento, seguidos por docenas de miles de personas que recorrieron las calles de Budapest. La transmisión en vivo del acontecimiento por televisión fue seguida por centenares de miles de ciudadanos.

El interés poscomunista por la mano de San Esteban formó parte de una reconstrucción de mayor alcance de cierta historia mitológica, el mito de la Hungría original y quintaesencialmente cristiana.⁵ El régimen comunista había suprimido toda clase de práctica religiosa. Desde 1949 el gobierno dejó de consignar la filiación religiosa en el censo nacional y omitió la religión en los documentos de identidad. Los ciudadanos eran en teoría comunistas, en todos los aspectos. La eliminación de la religión supuso una tachadura más en la atribulada historia de los judíos. En 1989, el año que señaló el fin del régimen comunista, el historiador húngaro Peter Kende publicó un libro sobre el judaísmo húngaro que incluía un capítulo titulado «¿Hay judíos actualmente en Hungría?». Era una pregunta razonable. Cuando el censo húngaro del poscomunismo reintrodujo la casilla de la filiación religiosa, el resultado, en 1992, fue como sigue: católicos, 67,8 por ciento; calvinistas, 20,9 por ciento; luteranos, 4,2 por ciento; judíos, 0 por ciento.

Muchos padres habían hecho de todo para ocultar a sus hijos sus orígenes judíos. Un estudio de 1985 sobre los hijos de los supervivientes del Holocausto que vivían en Hungría reveló que generalmente se enteraban de sus orígenes religiosos por casualidad o accidente cuando eran adolescentes o mayores, a menudo cuando un incidente propiciaba la confesión de un progenitor. Era un fenómeno tan habitual que los autores del estudio le pusieron un nombre: «Cómo he llegado a saber que soy judío.»

Tras el divorcio de mis padres, mi progenitor se volvió adicto a los programas de telepredicadores. La Christian Broadcast Network era su tabla de salvación, grababa docenas de sermones de Robert Schuller, Pat Robertson, Jerry Falwell y muchos otros, con excepción de Jim Bakker, al que consideraba «un idiota». Tenía un televisor Panasonic de trece pulgadas en el que todos los domingos veía *Hour of Power*, que se transmitía desde la Catedral de Cristal, situada en Garden Grove, California. Le ponía la televisión a la perezosa Susan y así él podía verla mientras cocinaba, mientras comía o mientras estaba en la cama. Interrumpía estas maratónicas telesecciones para hablar de moralidad cristiana y «valores familiares» con las visitas. Un tema favorito: la abominación del divorcio.

El entusiasmo evangélico de mi padre amplificó una antigua fascinación por el cristianismo. Antes del divorcio, teníamos misas cuadrafónicas, música sagrada barroca, fugas, pasiones y misas de difuntos en la sala de estar los domingos por la tarde. Entre disco y disco mi padre nos endilgaba aburridos sermones sobre los puntos más delicados de la historia de la liturgia. A veces cantaba con el coro, en alemán. Yo me sentaba delante de él, desesperada por huir, fingiendo que aprendía la traducción inglesa de los subtítulos. («Oh, inocente cordero de Dios / sacrificado en el madero de la Cruz / paciente en todas las edades / a pesar de todas las provocaciones.»)

Las únicas festividades que celebrábamos eran las cristianas. En Navidad colgaba pequeñas bombillas en la puerta e instalaba en la salita un árbol grande y minuciosamente decorado. (Un año la decoración consistió en un «tema danés», con velas encendidas; un pabilo errante estuvo a punto de incendiar la casa.) Nos reuníamos para repasar las fotos de familia, posábamos con tartas de frutas o cajas de galletas navideñas, que mi padre se empeñaba en que cocinara mi madre. En el equipo estéreo sonaba el *Oratorio de Navidad* de Bach o algo parecido. En Pascua nos obligaba a peregrinar a una iglesia católica –u ortodoxa griega, u ortodoxa rusa– que había oído decir que celebraba un ritual muy vistoso el domingo de resurrección. Le gustaba «el esplendor de los padres de la iglesia», según decía él, con los clérigos ostentando su suprema autoridad espiritual. Acabados los servicios, mi padre filmaba toda aquella pompa y solemnidad mientras los eclesiásticos balanceaban los incensarios. Su deseo de confiar al celuloide los ritos

cristianos databa de antiguo. Unas semanas después de recibir la cámara Pathé como regalo de bar mitzvá, el joven István había ido a Estrigonia, donde estaba la sede arzobispal más importante de Hungría, para «hacer una película» con fieles entrando en la catedral (y el edificio) más grande del país, la basílica primada de la Santísima Virgen María de la Asunción.

Mi padre no asistió nunca a ningún servicio en la solitaria sinagoga de Yorktown Heights. Lo que sí hizo fue visitar sus oficinas un día de 1976, para ver si el joven rabino podía impedir que mi madre solicitara el divorcio. «¿Y sabes lo que me respondió?», me preguntó mi padre mientras estábamos sentados ante su ordenador. Habíamos estado mirando fotos de catedrales húngaras. «Bueeeeno, señor Faludi», reprodujo las palabras del rabino con vocecita aguda, «en el judaísmo moderno no se puede descartar el divorcio.» Cada vez que mi padre se ponía a hablar de las autoridades masculinas judías que había conocido –rabinos reformistas americanos, ortodoxos vestidos con caftán o representantes del Consejo Judío durante la guerra– les atribuía vocecita afectada.

Una tarde de verano estábamos en la terraza tomando café y se puso a hacer otra de sus burlescas imitaciones, en esta ocasión de los ancianos de la comunidad judía de Budapest que no la habían ayudado a recuperar las propiedades familiares después de su regreso a Hungría.

«Ay, no podemos hacer nada, señor Faludi», remedó, moviéndose y hablando como Minnie Mouse. «Tenemos que estar a buenas con las autoridades.» En aquellos momentos iba vestida con un batín con rosas estampadas y pantuflas («mi atuendo de ama de casa», lo llamaba ella), lo cual no hacía sino subrayar el contraste. Era un exvarón judío transformado en mujer burlándose de unos varones judíos que no habían sido lo bastante hombres.

Una noche fuimos a ver una versión no escénica de *La judía* de Halévy en la sinagoga Dihány, la «catedral israelita», con el órgano y las estrellas de ocho puntas que estuvieron donde en otra época estuvo la entrada del gueto. Al entrar, mi padre titubeó ante la mesa desplegada y llena de solideos de repuesto. «¡No, no son para las mujeres!», anunció levantando el dedo de la admiración, y seguimos andando hacia el santuario principal, donde se representaría oficialmente la ópera en Hungría, por primera vez desde 1937.

El argumento presentaba las típicas peripecias de los libretos de ópera, con una trama cuyos giros se basaban en la confusión de identidades de cristianos y judíos. Un orfebre judío cría a la hija de un cardenal como si fuera propia, y cuando la muchacha crece, el cardenal (que no sabe que «Rachel» es en realidad hija suya) la condena a muerte por haberse enamorado de un príncipe cristiano (que la ha hecho creer que es judío). El orfebre podría salvar a Rachel revelando que es, al menos por sangre, de raza cristiana, pero guarda silencio y la muchacha muere en un caldero de aceite hirviendo, al cual se arroja el orfebre poco después.

Mi padre estaba enfadada por habernos sentado tan atrás. Casi la mitad de los reclinatorios estaban acordonados y con el rótulo de RESERVADOS PARA VIPS.

–Esos vieeejos cascarrabias –comentó despectivamente.

Apretujadas las dos en el centro de una fila trasera, yo era consciente de que la gente observaba a mi padre y no precisamente con simpatía. También ella parecía darse cuenta.

–¿Se me ha ido el colorete? –me preguntó buscando el espejito en el bolso de mano.

Llevaba un vestido rojo de tubo, zapatos negros, pañuelo negro con grandes rosas rojas y bolso negro. («No se puede ir a la ópera con un bolso blanco», me había advertido horas antes.)

–No, yo te veo bien.

–Fíjate en esos judíos gordos, con esa barriga, esos anillos de oro y esos relojes –dijo señalando vagamente hacia los reclinatorios reservados. Por lo visto no podía olvidar el tema y fue elevando la voz–. Creen que son muy importantes porque se sientan en la sección VIP con todo su oro.

La gente volvía ya la cabeza. El concierto, patrocinado por el Festival de Verano Judío, era una atracción turística –no muy frecuentada por húngaros– y era evidente que muchos turistas entendían el inglés.

–Stefi, ¿te importaría bajar la voz?

Se puso a manosear el pañuelo y luego se inclinó teatralmente hacia mí para hablarme al oído.

–Sé lo que están pensando –dijo en voz baja–. Me miran y dicen: «He ahí una emperifollada y apetitosa gentil.»

Me acordé de la orden de Otto Szekely relativa a no mezclar religión y género. Había veces en que mi padre parecía resuelta a crear ese problema.

En 1922, Hans Blüher, ideólogo nazi de primera hora y defensor de un Estado alemán basado en los vínculos masculinos de una teórica *Männerbund*, concretó las diferencias sexuales entre las «razas» aria y judía. «La asociación del carácter masculino con la esencia del ser alemán», dijo, «y entre el carácter femenino y servil con los judíos es una intuición directa del pueblo alemán que se demuestra día tras día.»

Estos bulos se dirigían contra un sexo en particular. La feminización de la «raza» parecía hacer de la «judía», sobre todo la variedad integrada y adinerada, un objeto especialmente atractivo. Incluso cuando se la vilipendiaba, como en los años de entreguerras, era a menudo como seductora y no como mujer fracasada. Por lo general se la consideraba hermosa. Estando de visita en Budapest en 1913, el escritor francés André Duboscq escribió admirativamente: «La mujer judía destaca por la voluptuosidad de sus favorecedoras curvas y sus pequeños y vistosos adornos: decoran sus sombreros con plumas y cintas. Se las puede ver todos los días en el paseo.» El paseo tenía lugar los fines de semana en el Corso de Budapest, el andén entarimado que discurría en la orilla de Pest del Danubio. Mis abuelos y su hijo lo recorrían también de arriba abajo todos los sábados, después de los servicios matutinos. El periodista de Budapest Jenő Heltai señalaba en 1908 que, entre las parejas judías socialmente ascendentes que conocía, los hombres no sabían ocultar su origen pero «en sus esposas no se notaba la condición judía». Y cuando se notaba, solo servía para aumentar su atractivo erótico. Endre Ady, el poeta húngaro cuya rica y casada amante y musa era judía, cantaba «los labios rojo sangre» de las «melosas mujeres» judías. En su novela en verso *Margita quiere vivir*, de 1912, Ady afirmaba que «la joven judía» era «un símbolo de los nuevos / deliciosos tiempos húngaros que no tardarán en llegar / [...] Hungría y Margita son casi una misma cosa».

En Budapest, a causa de la superior educación de las judías burguesas (a principios de siglo, el cuarenta y ocho por ciento de las universitarias de la ciudad era de familia judía) y de sus ambiciones culturales (las judías acomodadas pronto pasaron a ser las principales consumidoras del mercado del arte y el ocio de la capital), todos los teatros, salas de conciertos y editoriales de finales del siglo XIX y principios del XX buscaban ávidamente su concurso. Por si fuera poco, tenían más posibilidades que los varones de

casarse con una persona cristiana de posición social superior. Muchos destacados prohombres de la crema de la cristiandad (entre ellos el barón Géza Fejérváry, primer ministro húngaro a principios del siglo xx) y la intelectualidad cristiana (Béla Bartók, Zoltán Kodály y Gyula Krúdy, entre otros) se casaron con judías. (Un autor antisemita de entreguerras informó con pesar de que conocía a veintiséis aristócratas gentiles del más rancio abolengo que habían contraído matrimonio con hijas de industriales judíos.) La judía era algo más que una integrada en ciernes que se toleraba: era un ejemplo de la feminidad húngara moderna. Como el historiador Viktor Karády observó en el catálogo de la exposición *Las judías*, celebrado en 2002 en el Museo Judío de Hungría, los judíos de la Hungría finisecular desempeñaron un papel «de extraordinaria importancia» en la definición y legitimación del «modelo de conducta de la mujer occidental de clase media».

Sin embargo, como decía el viejo chiste, «Una judía no es un judío». Destacados autores cristianos de la época, de Hungría y de toda Europa Central, mientras ensalzaban la «orgullosa belleza» de las judías, se burlaban del «feo y ridículo aspecto» de sus maridos judíos. Se decía que los hombres judíos eran víctimas de la histeria y la neurastenia típicamente femeninas, eran propensos a los desmayos y a la palidez tuberculosa (y a tener pies planos, varices y hemorroides), carecían de fuerza reproductora, sufrían enfermedades venéreas y estaban acosados por «anormalidades» sexuales de carácter afeminado y sumiso. Los nuevos tiempos ponían una pátina científica sobre estas difamaciones. «Hay una incidencia relativamente alta de la homosexualidad entre los judíos», sostenía Alexander Pilcz, eminente psiquiatra vienés de principios del siglo xx y autor del manual clásico de «psiquiatría racial». Además, añadía, de un alto porcentaje de drogadicción y «locura periódica». Los teóricos del momento basaban sus conclusiones en «hechos» como que la longitud de los brazos abiertos del varón judío era menor que su estatura y por lo tanto era como la de una mujer. Tales eran las endeble premisas que respaldaban un arraigado prejuicio: «la muy extendida convicción», escribió el historiador Daniel Boyarin en su estimulante libro *Unheroic Conduct* (Conducta antiheroica), «de que ser judío en nuestra cultura afemina a un muchacho».

Oskar Panizza, psiquiatra alemán que escribió obras literarias, describió el tipo en *Der operirte Jud'* (El judío operado), novela corta de 1893. El

antihéroe de esta «horripilante comedia», como la llamó el propio Panizza, es Itzig Faitel, «un hombre bajo y chaparro» que anda cojeando, tiene voz de «cobarde», el espinazo y las piernas torcidas, y el pecho abombado como «el de un pollo». Jurando rehacer su físico y «volverse un caballerosher tan elegantiboste como un cristianuga y renunciar a todo rastrasltzy de judaischmuck» (Panizza parodia el yiddish en algunos pasajes), Faitel contrata a un equipo de foniatras, anatomistas y ortopedas. Le rompen los huesos estropeados y se los vuelven a poner, le cambian el negro pelo prietamente rizado por «los bucles de oro de un niño» y le clavan en la pelvis una jaula de alambre espinoso para corregirle la cojera. Luego, a cambio de «una elevada suma de dinero», siete mujeres de la Selva Negra le dan una provisión de «sangre cristiana». Se introduce en una bañera, se abre una arteria y se inyecta la sangre donada hasta que cae en coma. Cuando despierta, la transformación es completa y Faitel puede ya «hacer como que es un ser humano normal». Ha «modificado sus documentos», ha adoptado el nombre de Siegfried Freudenstern y anuncia su compromiso con una hermosa muchacha cristiana «de cabellos dorados». En el banquete de bodas, sin embargo, el novio bebe demasiado champán (los judíos no saben beber), y cuando levanta la copa para brindar, la fachada tan laboriosamente construida se resquebraja. Del interior salta un «monstruo» que «se puso a chascar la lengua, a gorgotear, a tambalearse mientras hacía asquerosos, lascivos y bestiales movimientos perrunos con el trasero». Los horrorizados invitados observan cómo las rubias guedejas de Faitel empiezan a rizarse y a volverse negras, sus miembros se tuercen y sufren espasmos; y «por el salón se extendió un olor repugnante que obligó a correr hacia la salida a los que todavía vacilaban, a huir mientras se apretaban la nariz con los dedos». Itzig había querido integrarse demasiado fácilmente.

La novela de Panizza pertenecía a una larguísima tradición. En la *Historia de Jerusalén*, crónica de 1180, el cardenal Jacques de Vitry sostenía que los varones judíos «se han vuelto débiles, incluso enemigos de la guerra como mujeres, y se dice que tienen flujo de sangre todos los meses. Dios los ha castigado en la parte de atrás y condenado a perpetua vergüenza». *Lilium medicinae*, un texto médico escrito por Bernard de Gordon a principios del siglo XIV, presentaba un diagnóstico típico: el «inmoderado flujo de sangre» de los varones judíos era resultado de su «ociosidad», de su «miedo y ansiedad» poco viriles, así como del «castigo divino» por haber matado a

Cristo. Como afirmaba un tratado de Cecco d'Ascoli, sabio y médico italiano del siglo XIV: «Desde la muerte de Cristo, todos los varones judíos tienen menstruación, como las mujeres.»

Tales pérdidas de sangre exigían la consiguiente recuperación. En la Europa medieval, los judíos fueron acusados durante mucho tiempo de matar a criaturas vírgenes (sobre todo niños impúberes) y de aprovechar su sangre para fines rituales. Pero hacia el siglo XV aparecieron acusaciones concretas: los varones judíos, se decía, buscaban la sangre cristiana para reparar su hemorragia menstrual, su fertilidad flaqueante y la «herida de la circuncisión». Se decía asimismo que los varones judíos con medios se cubrían con sangre gentil el día de sus esponsales. Estas creencias arraigaron especialmente en Hungría. En la ciudad húngara de Nagyszombat catorce judíos fueron acusados en 1494 de beber la sangre de una muchacha cristiana para restañar la «excesiva hemorragia» de su circuncisión, para «despertar» su capacidad amatoria y «curar» su «falta mensual». Fueron torturados y luego quemados en la hoguera. (Cuarenta años después, los vecinos de la misma ciudad lanzaron la misma acusación contra otro judío local y consiguieron que toda la población judía fuera expulsada «para siempre» por edicto real.) En el pueblo húngaro de Bazin (hoy Pezinok, en Eslovaquia), también fueron quemados varios judíos en 1529, acusados de haber matado a un niño de nueve años, de haberle cortado el pene y los testículos y de haberse bebido su sangre con juncos y cañones de plumas. (El chico reapareció tiempo después en Viena, vivo e intacto.) Incluso en la Hungría moderna, como señaló Joshua Trachtenberg en *El diablo y los judíos*, se creía «que los judíos estrangulaban todos los años a un niño o una virgen con sus filacterias, les sacaban la sangre y embadurnaban con ella los genitales de sus hijos para que fueran fértiles». Las acusaciones de asesinato ritual –o «calumnia de sangre»– persiguieron a las comunidades judías de Europa Central en general, y de Hungría en particular, hasta finales del siglo XIX.

A principios de abril de 1882, un mes después de la desaparición de una campesina cristiana de catorce años en Tiszaeszlár, aldea del noreste de Hungría, unos judíos de la sinagoga local fueron acusados de haberle cortado el cuello y de amasar con su sangre el pan ácimo de la Pascua judía. El cadáver de la chica fue encontrado dos meses después, flotando en el río y sin presentar signos de violencia; los médicos que la examinaron llegaron a la conclusión de que se había ahogado y de que seguramente había sido un

suicidio. Al final se absolvió a los acusados. Sin embargo, el incidente fue uno de los últimos y más sensacionales casos de acusación de asesinato ritual que hubo en Europa, prueba de que la Edad de Oro estaba ya sentenciada. El «caso de Tiszaeszlár» sirvió para promover el primer partido antisemita del continente, el Országos Antiszemita Párt, y desató una ola nacional de histeria y violencia antijudía; la muchedumbre atacó a los judíos en doscientas poblaciones. Según averiguaron los etnógrafos cuando investigaron en la región, muchos siguen creyendo en la actualidad que los judíos de Tiszaeszlár asesinaron a una adolescente cristiana para obtener su sangre. (En 2012, un diputado derechista se levantó en el Parlamento para protestar porque el caso de Tiszaeszlár hubiera sido «tapado» por la «judería húngara y sus dirigentes de entonces».) Casos como el de Tiszaeszlár pusieron de manifiesto lo vicioso del círculo. Los judíos eran peligrosos porque eran débiles, y como eran débiles tenían que cebarse en la vitalidad de razas más saludables. La calumnia de la sangre, al fundir afeminamiento y agresividad en el cuerpo del varón judío, hacía de puente entre el odio religioso y la fobia sexual.

El antisemitismo tiene muchas causas, pero el judaísmo que amenazaba al moderno Estado fascista no era únicamente religioso. Era también el judaísmo como género. El editor alemán Theodor Fritsch materializó la amenaza en un libro de 1893 que se vendió mucho, *Antisemiten-Katechismus* (El catecismo antisemita): «Lo que ocurre es que la sexualidad del judío es diferente de la del teutón; no puede ni quiere comprenderla. Y cuando trata de trasladar sus actitudes a los alemanes, el movimiento conduce a la destrucción del alma alemana.» (En la jerga vienesa de la época, «el judío» era el clítoris y «jugar con el judío» era una forma de referirse a la masturbación femenina.) Decenios más tarde, en 1930, cuando el futuro ministro del Interior alemán, Wilhelm Frick, presentó en el Reichstag un proyecto de ley para castrar a los hombres homosexuales, llamó a la homosexualidad «esa pestilencia judía». Se dice que Heinrich Himmler proclamó que Alemania era un «Estado masculino» y afirmó la conexión: «La conspiración de los homosexuales es inseparable de la conspiración judía mundial. [...] Las dos se proponen destruir el Estado y la raza alemanes.» Por entonces, como señalaba el historiador Sander Gilman, Europa había «presenciado no solo la aparición del judío moderno, sino también la aparición del moderno homosexual». Estos nacimientos paralelos fueron algo

«más que una casualidad histórica. El judaísmo moderno pasó a ser tanto una categoría de género como una raza». Fue algo que también Freud había sospechado años antes, cuando escribió en un estudio de 1909, «Análisis de la fobia de un niño de cinco años», sobre un muchacho que temía perder el pene: «El complejo de castración es la raíz inconsciente más profunda del antisemitismo.»

La creencia en el afeminamiento del varón judío sería asimilada y divulgada por un ejército de destacados escritores, profesores, médicos y políticos judíos de la época moderna. El etnólogo y rabino Adolf Jellinek: «Los judíos son como una de esas tribus que por un lado son más femeninas y por el otro han acabado por representar lo femenino entre otros pueblos. La yuxtaposición del judío y la mujer convencerá al lector de la verdad de la tesis etnográfica.» El médico Heinrich Singer: «En general, está claro, al analizar el cuerpo del judío, que el judío se parece más al tipo corporal de la hembra.» Walther Rathenau, industrial y estadista de la República de Weimar, dirigiéndose en son de reproche a sus correligionarios judíos en «Escucha, oh Israel»: «¡Mírate en el espejo! [...] Si reconocieras tu mal construido cuerpo –hombros altos, pies torpes, formas redondas y blandas como signos de decadencia física, trabajarías por tu renacimiento externo durante unas cuantas generaciones.» Y Otto Weininger, el famoso filósofo y niño prodigio vienés, cuyo *Sexo y carácter*, un libro de 1903 que causó sensación, explicó sin rodeos la equivalencia de religión y género: «La raza judía es predominantemente femenina. [...] Los judíos son mucho más femeninos que los arios [...] y el judío más viril puede ser tomado por una mujer.» Weininger quiso huir de su propio veredicto convirtiéndose al protestantismo, y de un modo más encubierto (según parece) tomando extractos de glándulas sexuales para fortalecer la virilidad heterosexual que temía que le fallara. De todos modos, la cura no le alivió un abatimiento más profundo que sentía. En un escrito testimonial que tituló «Condenación», se comparó con una casa cerrada: «¿Qué parece haber dentro de esta casa? Una actividad frenética, una lenta y aterradora comprensión en la oscuridad, una continua aclaración de cosas. No preguntéis por el aspecto interior de la casa.» Un año después, en 1903, tras alquilar y mudarse a una habitación de la casa donde Beethoven había muerto, escribió una carta a su padre y a su hermano, anunciándoles su inminente defunción; en efecto, a los veintitrés años de edad se pegó un tiro en el pecho. Decenios más tarde, bajo el Tercer

Reich, las ideas de Weininger conocieron un segundo período de fama: la propaganda alemana citaba su libro en programas radiofónicos, y Hitler, un gran admirador del autor, dijo de él: «Había un judío decente y se suicidó.»

¿Qué precio había tenido que pagar un chico judío deseoso de integrarse, me preguntaba yo, por crecer en tal sistema y bajo tal ética? El joven István había llegado a la mayoría de edad en una cultura en que los varones de su «raza» eran tachados de maricas neurasténicos y las mujeres mimadas como modelos de gracia femenina. De niño había visto a su «diva» madre envuelta con toda naturalidad en pieles y joyas, abriéndose camino con su encanto por la escena social de Budapest y flirteando con el futuro primer ministro cristiano en la pastelería alemana de Ráday 9. Y luego, de adolescente, había visto a su «culto y refinado» padre, aquel hombre de mundo, reducido a la condición de fugitivo amedrentado, incapaz de salvar a su familia cuando aquel fermento de las identidades distorsionadas cuajó en genocidio racial. Sin duda había tenido que pagar un precio por la experiencia.

Mi padre decía que no. En cualquier caso, alegaba que fuera cual fuese la cólera sentida en el pasado, se había disuelto en su nueva encarnación, su última identidad.

—¿Por qué tendría que enfadarme? —decía—. Todo el mundo es muy amable conmigo. Me aceptan mejor ahora como mujer que en toda mi vida anterior como hombre.

—¿Y como judío?

La mano del desdén rasgó el aire.

—Nadie me ve como judío —replicó—. Porque yo no me veo como judío.

Yo tenía mis dudas. Recordaba la exageración de sus expresiones cuando yo era pequeña, el altísimo árbol de Navidad con la gigantesca estrella de Belén, las tarjetas con el tamborilero, los oratorios a todo volumen, los peregrinajes anuales a la Santa Misa del Domingo de Resurrección. No me creía sus alegatos de ecuanimidad, ni entonces ni ahora.

Cuando era adolescente, mi mejor amiga, una ferviente católica, se dejó fascinar por el movimiento de la Renovación Carismática. Sus adeptos se reunían en el salón social de la iglesia local de San Patricio para invocar al

Espíritu Santo y pedirle visión profética y fe salvífica. Yo estuve allí unas cuantas veces para ver los espectáculos, que más que nada eran reuniones de mujeres que rezaban, amas de casas de clase media, con sus hijas, que recibían el don de lenguas e imponían las manos para curar a los afligidos. Como siempre, me veía a mí misma como la reportera inquisitiva que andaba a la caza de un reportaje. El sacerdote veterano de la parroquia, un tradicionalista malhumorado que veía con malos ojos aquello de la glosolalia, se había retirado cuando la chifladura de la Renovación Carismática adquirió fuerza, y un cura joven y más comprensivo, con cierto aire de Rock Hudson, había ocupado su lugar y su púlpito. Mi amiga y su madre, tal vez esperando que yo fuera inspirada y me convirtiese, me prepararon un encuentro personal con el sacerdote. Le hablé de esta invitación a mi madre. Mi madre cometió el error de comentárselo a mi padre. A ella le hizo gracia la idea. A él no.

Estaba a punto de dormirme aquella noche cuando se abrió la puerta de golpe e irrumpió mi padre.

«Yo te creé», gritó mientras me sacaba a rastras de la cama. Me asió por la nuca y empezó a golpearme la cabeza contra el suelo. Ahogado por la ira, decía muchas incoherencias, pero su intención estaba clara: no quería tener una hija católica. «Yo te creé», repetía mientras mi cabeza visitaba las tablas. «Y puedo destruirte.»

Así fue como una hija acabó sabiendo que su padre era judío.

17. EL SUTIL VENENO DE LA ADAPTACIÓN

Mi padre echó a correr y cruzó la plaza hacia la entrada de un edificio comercial de diez plantas que se alzaba a unas calles del Danubio, en la orilla de Buda, entre el frufú de la falda y el taconeo de sus zapatos negros sobre el hormigón. Puso la pierna delante de la puerta de cristal en el momento en que se cerraba detrás de un cartero. Habíamos llegado al consultorio de su médico.

–Cierran la puerta –me dijo por encima del hombro–. *Vamos*. –Entramos en el ascensor y subimos.

Las dependencias del médico estaban al final de un largo pasillo destartalado. El interior no era mucho mejor. En la sala de espera había dos abombados sofás de vinilo apoyados en sendas paredes enfrentadas. La raída moqueta tenía zonas peladas y armonizaba con el color fango de los sillones. En una pared había una fila de fotos infantiles clavadas con chinchetas. No había ventanilla de recepción ni recepcionista.

–¿Dónde encontraste a este médico? –pregunté.

–En la guía telefónica –respondió mi padre. Se instaló en un sofá y se inclinó hacia delante para subirse los calcetines cortos, que llevaba encima de las medias–. Me cuida bien, porque, en fin, trae niños al mundo... Bueeeno, le di un generoso soborno. –Quería decir una propina, una *paraszolvencia*, según la eufemística frase hecha, un pago adicional, una práctica corriente en un país donde los médicos cobran una miseria, incluso en los distritos postineros de Budapest.

–¿Cuánto? –pregunté.

–Diez mil florintos. –O sea, una gratificación de cuarenta dólares.

Miré por encima la escasa prensa que había en una mesita mellada. Eran números atrasados de revistas de navegación.

–¿Quieres alguno? –Señaló las fotos de los bebés.

Fingí que no la había oído y me quedé mirando una ancha placa que había

a la derecha de las fotografías: DR. MISLEY ENDRE, SZÜLÉSZET-NŐGYÓGYÁSZAT.
Dr. Endre Misley, Obstetricia y ginecología.

Se abrió la puerta interior antes de que pudiera repetirme la pregunta. Un caballero muy bronceado y de pelo canoso, con bata médica y camisa de Izod, vino a nuestro encuentro.

–*Kezét csókolom* –me dijo. Beso a usted la mano. Y luego, volviéndose hacia mi padre–: *Kezét csókolom*.

Mi padre sonrió y me dio un codazo. Entramos con el ginecólogo en el consultorio, un pequeño espacio con una mesa abarrotada y una credencia llena de trofeos deportivos. Mi padre se puso el bolso en el regazo y empezó a charlar en húngaro. El bronceado doctor Misley sonreía de oreja a oreja y asentía cordialmente. Al cabo del rato anotó algo en un talonario de recetas, arrancó la primera y se la alargó a mi padre. La renovación de su caja de estrógenos. Estábamos allí para eso. Mi padre guardó la receta en el bolso de mano.

–Le he dicho al doctor Misley –dijo volviéndose hacia mí que soy tu «madre». –Trazó unas comillas con los dedos. Pausa–. Tú, en cambio, no lo eres.

–¿No soy qué?

–Madre. Al menos no todavía.

¿Cómo había conseguido el ginecólogo los trofeos?, pregunté. Por cambiar de conversación.

–El doctor Misley es un *gran* aficionado a la veela –explicó mi padre–. Tiene una embarcación de siete metros de eslora y ha ganado muchos premios. –Tradujo el elogio al doctor Misley, que amplió la sonrisa–. Navega en Baviera –añadió el autor de mis días–. Bueeno, es que es alemán.

Se volvió entonces hacia el doctor Misley y siguió dándole a la lengua un rato, señalándome con el dedo de tarde en tarde.

–Le estoy contando tu problema –dijo por fin.

–Yo no tengo ningún problema.

–Puede que haya motivos físicos.

–Te digo que no...

–Mi madre fumaba durante el embarazo –me interrumpió–. Tal vez se deba a eso.

–¿El qué?

Se señaló con el dedo.

–El hecho de ser tan débil. Ya sabes que tuvo un aborto.

El doctor Misley guardó el talonario de recetas. Yo saqué el cuaderno de periodista.

–¿Puedo hacerle algunas preguntas? –El médico me indicó que sí a través de mi padre–. ¿Ve usted alguna diferencia desde la operación?

El médico estuvo hablando un rato.

–Dice que ahora mi cara es muy atractiva –tradujo mi padre–. Dice que tengo muy pocas arrugas para mi edad. Es por las hormonas, pero también por los genes. –Alargó la mano para acariciarme la mejilla–. Tú también tienes los genes.

–A lo que me refería –dije– es a si el doctor Misley ve alguna diferencia en tu *personalidad*.

La respuesta fue más larga esta vez.

–El doctor Misley dice que soy un hombre feliz. Quiero decir una *persona* feliz –se corrigió–. El doctor Misley dice que eso es muy importante, porque no sabemos cuántos años dura una vida, pero al menos debería ser una vida feliz.

El doctor Misley, pensé, receta agasajos además de medicamentos.

–¿Es mi padre uno de sus pacientes más... –busqué adjetivos en mi cabeza– insólitos?

Recibí la respuesta a través de la cadena humana lingüística.

–Dice que tiene uno aún más insólito. Trajo al mundo una chica de doce años.

Aquello sonaba ciertamente insólito.

–La paciente tenía doce años –aclaró mi padre–. Fue al hospital y no sabía que estaba embarazada. Tuvieron que rasgarle la cosa esa.

–¿Qué cosa esa?

–Ya sabes, eso que hay en la vagina.

–¿El himen?

–Eso.

Yo seguía sin entender.

–Se le había colado esperma sin darse cuenta –prosiguió mi padre–. El himen tenía un agujero y el esperma entró por allí.

¿*Sin darse cuenta*? Mi padre volvió a hablar con el médico.

–Violaron a la muchacha.

El bolígrafo se me congeló encima del cuaderno.

Otra ración de frases en húngaro.

–Fue el padre de la muchacha.

–Joder –dije.

El doctor Misley seguía luciendo su radiante sonrisa. Charló otro rato con su paciente. Mi padre reía por lo bajo de tanto en tanto. Esta vez no hubo traducción y al cabo del rato guardé el cuaderno.

–El doctor Misley quiere saber cuántos años tienes –dijo mi padre.

–Cuarenta y nueve. –Y pensé con mal humor: ¿es que no lo sabes?

Prosiguió la conferencia en húngaro.

–Dice que pareces mucho más joven –dijo mi padre–. Como yo –añadió. Y luego, minutos más tarde–: El doctor Misley dice que una vez tuvo una paciente que parió pasados los cuarenta y ocho... Así que es tu última oportunidad. El doctor Misley quiere saber si te someterías a un tratamiento de fertilidad.

–Yo no...

–Y si has estado embarazada alguna vez.

–No... –titubeé–, no.

–El doctor Misley dice que deberías controlar tu ovulación.

El ginecólogo abrió un cajón y sacó un aparatito de plástico que tenía forma de ocarina.

–Escupes dentro –tradujo mi padre– y te dice qué días eres embarazable. –*¿Embarazable?*–. Si puedes tener descendencia –aclaró dándome un codazo–. Muy bien, cariiiño, ahora dice que puede hacerte un análisis.

–No, gracias –respondí.

–Pero ahora tiene tiempo.

–No quiero ningún análisis.

–¿Tal vez en otra ocasión?

–No, yo...

–Dice que si no te sientes cómoda con él, puede recomendarte a otro médico.

El médico abrió otro cajón y me alargó una octavilla, una hoja de propaganda del Mini Mikroszóp, el aparatito que comprobaba la ovulación. En la parte superior, con letras infantiles de color rosa, y en inglés, ponía: «Quizá mamá.»

–Serán solo diez minutos –insistió mi padre.

–¡No!

Mi padre se colgó el bolso y echó a andar hacia la puerta con la cara contraída por una mueca ceñuda que conocía muy bien.

Bajamos en el ascensor en silencio. Ya en la planta baja, entramos en la farmacia –ella tenía que recoger las hormonas– y nos pusimos al final de una larga cola. Un empleado gruñón tardó lo suyo en descifrar la receta mientras miraba a mi padre con aire suspicaz. Me di cuenta de que mi padre me observaba.

–Eso de no tener niños –dijo–. No es normal.

¿Normal? En un momento decisivo de mis veintipocos años, ser capaz de poner fin a un embarazo me había devuelto a lo que yo consideraba vida normal. Recuerdo que me salvó. También recordaba a una mujer mayor, cercana a mí, una persona a la que yo admiraba mucho, cuya vida quedó destrozada por no haber podido hacer lo que yo. A mediados de los años cincuenta había buscado la ayuda de un abortista de rebotica y el horror al que había dado lugar –la operación chapucera, la peligrosidad de la extracción tardía, fuera de tiempo, de un feto muerto desde hacía mucho– fue una vivencia traumática que la atormentó el resto de su vida. La historia de su calvario fomentó mi incipiente feminismo.

Cuando entregaron por fin el medicamento, mi padre lo cogió del mostrador de un manotazo y cruzó la puerta a toda velocidad. Tuve que correr para no perderla de vista mientras taconeaba con furia por un páramo de calles secundarias, su blanco bolso oscilando como una vela mayor sujeta por el garfio de su hombro encogido. En cierto momento dobló una esquina y la perdí de vista, y me asaltó un terror infantil a perderme, a verme de pronto vagando eternamente entre una red de rótulos incomprensibles y hoscos clientes de autoservicios.

Volví a entrever su agitado bolso en el momento en que doblaba otra esquina para acceder a la ancha calzada de Margit körút. Fue absorbida por un mar de compradores y la vi entrar y salir de aquel templo de la libertad poscomunista de ciento cinco mil metros cuadrados que se llamaba Mammút. (En realidad, Mammút I. Mammút II, que era otro centro comercial paquidérmico, estaba en construcción al lado mismo.) Al menos allí, pensé para consolarme, entendía los rótulos. (EXTREME DIGITAL, CINEMA CITY, D.I.V.A., ROYAL CROISSANT...) Al menos allí sabía que estábamos a unos minutos de nuestro punto de destino: Moszkva tér, la plaza Moscú, que aún conservaba su nombre de la época comunista y donde se encontraba una enorme y

enormemente fea central de transportes urbanos. Seis líneas de tranvía, dieciocho de autobuses y una de metro confluían allí. Cuando llegamos yo estaba ya sin aliento. Seguí a mi padre y cruzamos una serie de vías hasta que nos detuvimos en el andén del número 59, el tranvía que iba al distrito donde vivía. Al cabo de unos minutos de espera, rompió el silencio.

–Todo se reproduce –dijo–. Los pájaros, las abejas, incluso los hierbajos del suelo. –Señaló vagamente una mata de garranchuelo que brotaba por una grieta del asfalto. Miré la parte más alejada de las vías, deseando que llegara el 59–. Sin hijos, tu existencia no tiene sentido. –Y como yo no respondí, añadió–: Tus libros dejarán de venderse. La gente olvidará todo lo que has escrito. –Seguí con los ojos fijos en las vías–. Es lo más importante –insistió. Me volví a mirarla–. La familia –remachó.

Si la familia significaba tanto, pensé y no dije, ¿por qué había roto con aquella en cuyo seno había nacido y en la que había ejercido el mando? ¿Y no seguía rompiendo –«Ahora soy Stefi»– con toda su tensa historia de hijo problemático y marido y padre conflictivo?

Pero ¿y si estaba ocurriendo algo más? «A mi hija le gusta como soy ahora», había dicho a sus amigas trans en la fiesta que había celebrado en mi honor. «Viene a verme.» En el artículo sobre mi padre que había aparecido en *Replika*, el entrevistador le había preguntado por la relación con su familia desde la operación. «Mi hija se puso muy contenta», había respondido. «Vino inmediatamente después de la operación. Antes, verás, a causa de la separación de sexos, incluso entre padre e hija, estábamos muy alejados el uno del otro.» Pensé en una observación que me había hecho Ilonka: «Creo que atraje a tu padre porque le atraía sentirse miembro de mi familia.» Pensé en el titular del artículo aparecido en *Mások*: «Stefánia, a családapa», Stefánia, padre de familia.

Mientras esperábamos el tranvía en el andén de Moszkva tér, en mi cabeza vibraban las palabras de mi padre. ¿Por qué no la había visitado antes? Un penetrante chirrido de ruedas metálicas anunció la llegada del tranvía. Mi padre me fulminó con la mirada. «Estás liquidando la familia», dijo. «Cuando una familia deja de tener continuidad, es un suicidio: para todas las personas que han vivido, para todas las personas que llegaron antes que tú.» No le faltaba razón, pensé. Yo había renegado de su familia. No solo por no tener hijos, sino por dejar que nuestro distanciamiento durase tantos años. Era esto último lo que me avergonzaba.

El 59 se detuvo delante de nosotras con un último chirrido. Le dije a mi padre que ya volvería a la mañana siguiente. Quería pasar la tarde en Pest. Nos miramos un momento y me despedí dándole un torpe abrazo. Subió al estribo y a la plataforma, izándose con la mano en el agarradero. El vagón estaba bien iluminado y por las ventanillas, como si fueran fotogramas de una película, vi a mi padre avanzar por el pasillo en busca de un asiento libre. Se instaló con el bolso en el regazo, las manos juntas encima y la vista al frente. Yo me quedé en el andén, esperando que volviera la cabeza y se despidiera con la mano, pero no lo hizo. Se cerraron las puertas, el tranvía traqueteó al tomar la curva, llevándose a mi padre de la luz de Moszkva tér hacia su vallado reino de las colinas de Buda, donde la vista era más oscura.

Hacia la mitad de la novela de Mary Shelley, el doctor Frankenstein está de excursión en el Mont Blanc, por encima de la aldea de Chamonix, cuando le parece ver que se acerca una figura por la congelada llanura de la Mer de Glace, saltando las grietas a una velocidad sobrehumana. Al acercarse, el doctor Frankenstein se da cuenta «de que era el infeliz al que yo había creado. Temblé de ira y horror, y decidí esperar su llegada y trabar con él mortal combate». Pero el monstruo no quiere luchar. Quiere contar su vida. Es una historia de viajes angustiosos por un mundo de humanos que lo desprecian y huyen de él, y que culmina con el descubrimiento de un tierno círculo doméstico cuando mira por una rendija de su escondite en una rústica cabaña. Pasa un año entero espiando a la feliz familia y haciendo un cuidadoso estudio de sus costumbres y relaciones:

Oí hablar de la diferencia de los sexos, del nacimiento y desarrollo de los niños, de que el padre goza con las sonrisas del pequeño y con las vívidas ocurrencias del mayor, de que la madre vive dedicada a cuidar de aquella preciosa carga, de que el espíritu de la juventud se ampliaba y adquiría conocimientos, del hermano, la hermana y de todas las variadas relaciones que unen a un ser humano con otros en lazos de reciprocidad.

Saber que nunca conocerá esos lazos llena al monstruo primero de desesperación y luego de una furia asesina. «Ningún padre había contemplado mis días de recién nacido, ninguna madre me había bendecido con sus sonrisas y caricias», reprocha a su creador, «y si habían estado allí, toda mi vida pasada era ahora un borrón, un vacío en el que no distinguía

nada. [...] Nunca había visto a ningún ser que se me pareciera o que quisiera tener trato conmigo. ¿Qué era yo?»

La autora de *Frankenstein* negó consuelo a su creación. La familia fue un tema complicado para Mary Shelley. Su madre, la célebre feminista Mary Wollstonecraft, había tratado de suicidarse cuando la abandonó el padre de su primera criatura y falleció al dar a luz a la segunda, Mary. El amante de Mary, el poeta Percy Bysshe Shelley, había perseguido a otras mujeres incluso mientras ella lloraba la muerte de su prematuro primogénito y escribía su famosa novela. En la historia que inventó Mary Shelley, el doctor Frankenstein accede al principio a crear una Eva monstruosa para su torturado Adán, pero luego se retracta, destruyendo así toda esperanza de felicidad para su prole.

«Una familia debería permanecer unida», había gritado mi padre el día que volvíamos de nuestra frustrada visita a la casa de su infancia de Ráday 9. «Las familias normales están unidas.» Y yo me pregunté: ¿se había sentido mi padre miembro de una familia alguna vez? ¿O tenía tan solo atisbos robados mientras observaba por la abertura del visor de su cámara?

En el otoño de 1976, año en que se celebró el bicentenario de Estados Unidos, mi madre declaró su independencia. Solicitó el divorcio.

Mi padre se opuso con todos los medios de los que disponía. Como la lástima no funcionó —convirtió una operación menor de hernia en una herida de guerra («Le haces esto a un hombre herido», gritó a mi madre cierta noche, bajándose el pantalón del pijama para enseñarle la cicatriz)—, probó la intimidación. Un domingo por la tarde, oí gritos y rumor de pelea. Salí de mi habitación y vi a mi padre atacando a mi madre con una de nuestras «modernas» sillas escandinavas de comedor. Le descargó la silla en la espalda. Corrí hacia él y salté a su cuello por detrás, sin saber qué más hacer, y le tapé los ojos como si cabalgara un caballo enloquecido. Mi madre huyó entonces por la puerta trasera.

Ya no recuerdo el orden exacto en que ocurrieron las cosas aquel otoño y aquel invierno. La orden de alejamiento que consiguió mi madre y de la que mi padre no hizo ningún caso. El fin de semana de Acción de Gracias durante el que nuestra madre nos llevó a Nueva York y nos escondió en casa de no sé quién. La tarde, días después de nuestro regreso, en que él le tiró una bota de

montañero a la cabeza. Mi madre consiguió otra orden de alejamiento. Mi padre tampoco le hizo caso. Mi madre trató de efectuar una detención civil. No se presentaron cargos. Luego estuvo aquel coche misterioso que algunas tardes aparcaba delante de nuestra casa y que se iba cuando nos acercábamos. ¿Había contratado mi padre a un detective privado para que nos espicara?

La noche que mi padre me sacó de la cama a rastras y me golpeó la cabeza contra el suelo fue uno de los muchos episodios dramáticos de aquella temporada: mi padre plantado en el camino del jardín, gritándome «reniego de ti», por tomar el partido de mi madre. Mi padre, furioso porque alguien había dejado una caja de cerillas en el sótano, encendiéndonoslas en la cara: «¡Habrías podido provocar un incendio!» Otro fin de semana al atardecer, a fines de otoño: mi padre ha sacado los ingredientes para hacer el tradicional *lecsó* húngaro y corta salchichas y pimientos verdes con un cuchillo. Me llama a la cocina. «¿Dónde está tu madre?, pregunta. Le digo que no lo sé. Mi madre se ha ido de casa por la mañana temprano y todavía no ha vuelto. «Sí lo sabes», dice volviéndose con rapidez, cuchillo en mano. «¿Sabes lo que podría hacerle?» Voy al pasillo y me calzo las zapatillas de deporte. Mi padre me sigue. «¿Adónde vas?» A correr, digo, y eso hago. Voy corriendo varias manzanas hasta que llego a casa de una amiga y llamo a mi madre por teléfono. Mi padre tiene razón. Sé dónde está mi madre. Cuando salgo a la calle, media hora después, está oscureciendo, pero identifico a la figura que observa desde las sombras de enfrente de la casa, al otro lado de la calle.

Otra noche me despiertan entre sacudidas. Es mi padre, que ahora vive en un estudio de Manhattan. Ha entrado por una ventana. Mi madre ha cambiado las cerraduras. «¿Dónde está?», me pregunta. Mi madre ha ido a la ciudad, a casa de una amiga. Él se queda allí, mirándome, luego sale al pasillo y se dirige al dormitorio principal. Pasa media hora. Voy a buscarlo. Ha sacado de los muebles todos los cajones de mi madre y ha revuelto el contenido. Él está sentado en el suelo, rodeado de carpetas que ha encontrado en una caja del armario de mi madre, ha revisado el contenido, examinando cada página. «¿Qué haces?» «Conseguir pruebas», responde, y me da con la puerta en las narices.

Semanas después, vuelvo de la escuela y veo un gigantesco ramo de rosas rojas tirado en la mesa del comedor.

—¿Quién las ha enviado? —pregunto a mi madre.

—Tu padre.

Se las ha entregado en persona, diciéndole que las necesidades de «la familia» son lo primero. Las rosas quedan sobre la mesa, con el papel de envolver abierto, los rojos pétalos marchitándose. Al final las tiro.

La violencia de mi padre se había concentrado en aquella temporada excepcional, durante los trámites de divorcio. Sin embargo, lo que estalló entonces había estado gestándose bajo la superficie durante mucho tiempo. Su cólera era un sentimiento anterior, tan antiguo que parecía formar parte de su naturaleza. El hundimiento de su matrimonio sacudió los escombros de catástrofes anteriores. La primera ruptura conyugal traumática que había vivido era la de sus padres, que había dejado al joven István desamparado en una época de terror universal. Durante más de veinte años, desde que había emigrado a Estados Unidos, a fines de 1953, mi padre se había esforzado por encajar en el modelo prefabricado del marido y padre americano, hasta que su propio matrimonio se había venido abajo, al igual que el de sus padres, y su distanciada esposa lo había echado no solo de una casa, sino también de una identidad.

Mis padres se conocieron en 1957, en el curso de una fiesta de Greenwich Village. Mi padre había sido invitado por unos emigrados judío húngaros que había conocido en el Upper West Side, donde había alquilado una habitación con media ventana tapada por cubos desbordantes de basura, ya que se trataba de un sótano. Desde su llegada a Nueva York había trabajado en puestos técnicos y cuartos oscuros de departamentos de fotografía de agencias publicitarias de Manhattan, retocando fotos de clientes satisfechos y familias felices. «En el cuarto oscuro escuchaba siempre un programa de radio para húngaroamericanos», recordaba mi padre. «Me emocioné mucho el día que oí por la radio la noticia de la sublevación húngara del 56.» Se refería al levantamiento contra el régimen soviético. «Pensé: a lo mejor puedo volver.» La sublevación fue aplastada dieciocho días después.

Su primer empleo, por el que cobraba treinta y cinco dólares semanales, fue de ayudante de cuarto oscuro en un estudio fotográfico de la calle Cuarenta y siete de Manhattan que diseñaba publicidad de productos alimenticios. «Falseábamos los productos, abillantando con grasa los fiambres para que tuvieran mejor aspecto.» Por la noche ganaba un dinero extra fotografiando a jóvenes atractivas que su jefe conocía en clubs nocturnos. «Me encargaba fotografiarlas en ropa interior erótica o desnudas, mientras él y sus amigos miraban. Era todo de muy mal gusto, pornográfico.»

Dos años después se fue a trabajar para Illustrators Incorporated, donde creaba imágenes para el *Saturday Evening Post* con un epidioscopio, un proyector óptico. Proyectaba fotos del hogar tradicional americano –mamá con delantal sirviendo la comida de Acción de Gracias, papá en su sillón fumando en pipa– en una mesa de dibujo, «para que todo tuviera un aspecto *real*». En su vida real, malcomía un bocadillo en una charcutería barata de Broadway que atendía a inmigrantes recién llegados de la Europa del Este y luego se iba a su casa, a la habitación que daba a los cubos de basura.

Aquella noche, en la fiesta de Greenwich Village, mi padre venció su timidez, lo suficiente para preguntar a mi madre si quería bailar. El fin de semana siguiente la invitó al Tanglewood Music Festival, para asistir a un concierto de jazz. Prefería la música clásica, pero supuso que proponer jazz le haría parecer «más americano». Aquel domingo fueron a los Berkshires en el Ford descapotable de mi padre, modelo 1955, «rojo y blanco, una horterada total». Un accesorio más de su nueva actuación rojo-blanco-azul. Seis semanas después se casaron en la Congregación Rodeph Sholom, una sinagoga reformista de la calle Ochenta y tres, a pesar de las objeciones de los padres de ella.

–¡Qué prisa por casaros! –le dije a mi padre una tarde en Budapest.

Encogimiento de hombros.

–Nos pareció que había que hacerlo –dijo. Y luego–: Tu madre quería.

Ernó, tío de mi padre, que había emigrado a Nueva York unos años antes, fue su testigo en la ceremonia. No hubo luna de miel: la agencia de publicidad donde mi padre proyectaba imágenes de alegría familiar no le dio ni un solo día libre. Medio año después, los recién casados lo celebraron con un largo fin de semana en las cataratas del Niágara. Era otra cosa que «había que hacer».

En poco tiempo, mi padre había conseguido el modelo, envase grande, del Sueño Americano de posguerra, división masculina: casa en una zona de clase media de la periferia, un trabajo en el centro urbano, una esposa que se quedaba en casa, dos criaturas y un perro, un jardín de mil metros cuadrados con caseta para el perro, un parque infantil y una valla, todo construido en el taller doméstico del sótano. La conquista de todo aquel nivel de comodidad, seguridad y orden debió de asombrarlo. Pero la seguridad era una trampa para incautos. La América del «hombre-empresa» era un paisaje de grandes almacenes –maquillado, kitsch, prefabricado– cuyo individualismo de

vaquero curtido y cuya autoridad de «papá lo sabe todo» enmascaraban una uniformidad simplista de Hallmark. «El varón americano: ¿por qué tiene miedo de ser diferente?», preguntaba un titular de la revista *Look* de su serie de 1958 dedicada al debilitado varón de posguerra (y que luego apareció en formato de libro, *La decadencia del varón americano*). El personaje ficticio que aparecía en el artículo era «Gary Gris», un marido y padre de una zona de clase media de la periferia, muy sumiso, que había engullido el «sutil veneno de la adaptación y el conformismo» y que al despertar cierta mañana de invierno «se dio cuenta de que había olvidado cómo decir la palabra “yo”».

El símbolo de la problemática identidad americana en los años cincuenta era un varón debilitado, intimidado, que ha vuelto del heroico combate para ser presa de las fuerzas domesticadoras del consumismo, el «mamaísmo» y la homogeneización de la «sociedad de masas», un exsoldado que se ha vuelto un apático televidente apoltronado, el andrógino papá con delantal de *Rebelde sin causa* que sirve cenas en bandeja a su dominante esposa. En «La crisis de la masculinidad americana», un influyente ensayo de Arthur Schlesinger Jr. aparecido en *Esquire* en 1958, el crítico social destacaba un acontecimiento que había sido noticia y que venía a ser un «indicio impresionante» de esa crisis: en realidad, su materialización. «Parece que no es casualidad», escribió, «que el cambio de sexo –el fenómeno Christine Jorgensen– haya fascinado tanto a los directores y lectores de periódicos.» Al volver a leer las palabras de Schlesinger tantos años después, pensé que la odisea de mi padre era la de un Zelig del siglo xx, presente en la *Götterdämmerung* de la identidad de la Europa fascista, presente otra vez cuando la cuestión de la edad adquirió una nueva forma en la América de posguerra. En distintos tiempos y lugares, y sea cual sea la ideología que hay en juego, la política oculta una turbadora combinación de identidad y género. Tanto en su condición de judío europeo como en la de papá americano, la virilidad de mi padre había sido dudosa, distorsionada y mancillada.

«La clave de la recuperación de la masculinidad se encuentra más bien en el problema de la identidad», concluía Schlesinger en el artículo de 1958. «Cuando una persona empieza a descubrir *quién* es, probablemente averiguará muy poco después qué sexo tiene.»

En los años setenta, las producciones cinematográficas de mi padre sobre

la vida doméstica americana –las películas caseras que hizo sobre nuestra primera Navidad en familia, nuestra primera Pascua, nuestro primer y tirante viaje familiar a los Cayos de Florida para visitar a los disgustados padres de mi madre– habían degenerado en una serie de instantáneas esporádicas que estaban más cerca de Diane Arbus que de Norman Rockwell. Encontré algunas en el fondo de una caja apolillada con fotos que mi madre me había mandado: un puñado de instantáneas húmedas, descoloridas, con los bordes doblados, una desordenada crónica de una decadencia familiar.

Al volver de uno de mis viajes a Budapest, pasé una tarde tratando de alisar aquellas fotos en mi mesa; pero en cuanto levantaba la mano, volvían a doblarse, como si se avergonzaran de lo que exponían. Allí estaban mis padres en un jardín de hierba medio seca: mi madre con aspecto cansado y sentada en una silla plegable y medio rota; mi padre arrodillado nerviosamente junto a ella, con unas patillas estrechas y un corte de pelo tipo *mullet* que le hacía parecerse más a Tutankamón que a Tom Jones. Otra foto: la familia reunida en el porche trasero, alrededor de una mesa de madera maciza con bancos, todos con cara fúnebre mientras comemos unos perritos calientes. Y: mi hermano y yo en nuestra desconchada puerta de hormigón, él con un desigual corte de pelo casero y vestido con prendas ajenas y desparejadas, yo con unas gafas no menos desiguales y con las patillas pegadas con cinta adhesiva.

La caja contenía varias fotos de nuestra casa, con su falso exterior rústico a base de tablas, ya auténticamente castigado por el clima, aunque mejor sería decir podrido, una gangrenada mezcla de pintura desconchada y moho, con las contraventanas medio caídas. En una foto del patio trasero se ve una lona que tapa un agujero en el suelo –que antaño fue un estanque para peces de colores japoneses– y también la infraestructura del porche, las vigas de madera comidas por los hongos. En otra foto que retrata el camino del jardín desde el interior, se ven hierbajos de un palmo de altura que se abren paso en el asfalto de delante de la puerta del garaje. Todo lo cual data de finales de los años setenta, cuando mi padre se había mudado ya. Mi madre no conducía y no necesitaba tener coche. «La caída de la casa Usher», solía decir ella por entonces, mientras los ratones (o cosas peores) correteaban por el desván. Las barandillas del porche se pudrieron y se nos deshacían en las manos, las termitas pululaban por los alféizares de las ventanas y las baldosas de linóleo de la cocina se fueron despegando una por una, y así se quedaron. Un día que

me dio un ataque de orden recogí los fragmentos de las baldosas y los amontoné en un rincón. Cuesta mirar ahora esas fotos y no pensar en la desintegración de una familia al borde del abismo. La cámara solo documentaba lo que había estado allí todo el tiempo, un matrimonio cuyos cimientos, contruidos con los baratos materiales de la convención y el miedo, habían estado hundiéndose durante años.

Las fisuras empezaron a hacerse evidentes en las rutas de senderismo. Cuando mi rebelión adolescente me eliminó como compañera de excursiones, mi padre enroló a mi madre. A diferencia de la protesta de su hija, la esposa descubrió que adoraba la grandiosidad de los espacios abiertos. Durante unos años lo acompañó habitualmente en sus excursiones por la naturaleza. En 1973, después de prepararse durante meses, volaron a México y atacaron las laderas volcánicas del Popocatepetl y el Pico de Orizaba, las dos montañas más altas del país. Desde entonces, el montañismo, el único placer que compartían, pasó a ser el escenario de su derrumbe. El viaje a México fue el último que hicieron juntos.

Mi padre me lo explicó tiempo después del siguiente modo: «Tu madre quería subir a otras montañas, a los picos más *menores*.» La verdad es que era una alpinista valiente. Cuando nos atrapó una ventisca a los cuatro mientras ascendíamos al primer refugio del monte Cervino, mi madre fue la única que disfrutó de la experiencia, como se ve por una foto que enmarcó y siguió expuesta en su casa años después de divorciarse: en ella aparece en primer plano con chubasquero y pañuelo, con la cara vuelta hacia arriba para saludar a la nieve como si fuera un glorioso baño de sol, mientras la infeliz de su hija se encoge detrás de ella, mirando sus embarradas botas de ante. Mi madre no quería «otras montañas». Quería otra compañía.

Una docena de estuches amarillos de diapositivas Ektachrome da testimonio de la fatal separación. Una caja está marcada con las iniciales de mi madre y con su propia caligrafía, lo que indica que son fotos de uno de sus viajes solitarios de verano. Dentro, diapositiva tras diapositiva, se ve a mi madre en los Alpes austriacos, subiendo por senderos empinados, erguida sobre algunos peñascos, enfundada en su parka naranja 60/40 en medio de un aguacero, saludando desde un pico. Está bronceada, tiene pantorrillas musculosas, lleva trenzas infantiles, y su cara –crispada y angustiada en las fotos de la boda y primeros tiempos matrimoniales– está iluminada por una especie de alegría asombrada. Tiene cuarenta y cuatro años pero parece más

joven que en sus fotos de veinteañera. Casi nunca sola, ríe y comparte comida con otros alpinistas de su grupo, toma el sol recostada en una roca, entrechoca vasos de cerveza en un refugio iluminado por velas. Un día, pertrechada con un visor manual, me puse a mirar todas las diapositivas del viaje austriaco de mi madre y de sus otras vacaciones independientes por los Dolomitas, en el noreste de Italia. Sé que Paul Simon quería que la letra de «Kodachrome» fuera irónica, pero en mi cabeza no hacía más que sonar una versión ingenua mientras observaba a mi madre por la ventanilla de plástico, a mi madre súbitamente viva, inesperadamente coloreada, liberada de la prisión matrimonial durante dos semanas. «Ellos nos dan esos maravillosos colores brillantes [...] Hacen creer que todo el mundo es un día soleado, ah sí.» El divorcio tardaría en llegar otros cuatro años, pero toda la historia estaba allí, en el visor de diapositivas, visible para todos menos para los ciegos.

Abrí las otras cajas, las que contenían las diapositivas de los viajes de mi padre en solitario durante el mismo período. Docenas de imágenes de su primer verano en los Alpes franceses reproducían lo que parecía una misma foto: un ancho río de hielo blanco llenaba la mitad inferior del encuadre, la superior una masa de roca negra como el hierro, con sus zarpas gigantescas tapando el sol. En total solo encontré dos fotos en las que aparecía mi padre, las dos tomadas durante su segundo viaje estival, cuando contrató a un guía para que lo acompañara en varias escaladas. En una posa junto a un risco con un piolet en la mano. En la otra es un punto en un infinito campo de nieve. No hay nadie más en el encuadre. Las diapositivas se habían hecho con película en color, aunque nadie lo diría.

—¿Dónde fue? —pregunté a mi padre, tras describirle una imagen de su primer viaje. Estábamos hablando por teléfono.

—En Chamonix —dijo. No estuvo mucho tiempo en el pueblo—. Estuve diez días en un refugio de montaña. Sola. Incluso escalé sola. Cuando estás sola —se interrumpió—, es una sensación extraña.

—¿Extraña?

—Como si la humanidad hubiera dejado de existir. Como si fueras el único ser humano en la tierra. Como si hubieran bombardeado el mundo entero y te hubieran dejado totalmente sola... Bueeeno —imaginé el movimiento de su mano para desechar mi observación antes de que saliera de mi boca—, procuraba no hacer nada demasiado arriesgado.

Mi padre había subido desde el pueblo «hasta el pie del Mont Blanc. Qué montaña, indescriptible...».

Así que eso era la amenazante masa de hierro. Y el campo blanco y vacío, el famoso glaciar de seis kilómetros que fluye por el flanco septentrional del Mont Blanc, la Mer de Glace. La ruta de mi padre había sido la misma que había seguido la criatura de Mary Shelley el día que se había enfrentado a su creador. Cuando colgamos el teléfono, busqué entre mis libros el *Frankenstein*, la novela que había inspirado, entre muchas otras, a Susan Stryker, cuyo manifiesto había encuadrado su identidad de transgénero desde el punto de vista de la solitaria figura de la Mer de Glace: «Diré esto con toda la claridad que pueda», escribió Stryker en «Palabras para Victor Frankenstein por encima de la aldea de Chamounix». «Soy transexual y en consecuencia un monstruo.»

Pasé el resto de la tarde hojeando la novela. «¿No estoy solo, desdichadamente solo?», dice el monstruo aquel día, por encima de Chamounix. «Las desiertas montañas y los lóbregos glaciares son mi refugio. He vagado por aquí muchos días...»

Semanas después de concluido el divorcio, mi padre cargó su caravana con todo lo que pudo meter en ella, incluido su equipo de alpinista, y partió hacia el oeste. Había decidido olvidar el pasado y vivir con lo justo en Colorado como guía de montaña. Volvió antes de llegar a la autopista de peaje de Pensilvania.

18. ESTÁS FUERA DE PELIGRO

El día que mi padre cumplió ochenta y tres años yo estaba en el Museo Judío de Manhattan, donde acababa de inaugurarse un homenaje a Harry Houdini. La exposición documentaba aquella célebre fuga del artista que había sido su propia transformación, un húngaro pobre y emigrante que gracias a las recientes artes de la fotografía y el cine había pasado a ser un «icono americano». Por el camino, Houdini se había desprendido de su nombre (Erik Weisz), de su patria chica (Budapest, que cambió por Appleton, Wisconsin, adonde su familia se mudó cuando él tenía cuatro años) y de su patrimonio (cuando el rabino Mayer Sámuel Weisz fue expulsado de la sinagoga reformista de Appleton por no integrarse, su hijo decidió hacerse mago). La pieza principal de la exposición era el baúl de viaje en el que Houdini –esposado, metido en un saco y cerrado por fuera– había llevado a cabo su primer acto famoso, «La metamorfosis ilusoria». Su esposa, Bess, echaba la cortina, y cuando la descorría, unos segundos después, Houdini aparecía milagrosamente libre y Bess atada y encerrada en el baúl de madera y metal. Houdini protagonizó fugas cada vez más espectaculares: soltarse de cuerdas que colgaban de rascacielos, de camisas de fuerza que pendían de grúas, de cepos que lo introducían cabeza abajo en un tanque lleno de agua, de cajas sumergidas hasta el fondo del East River.

Al salir del museo me detuve en la tienda de regalos y hojeé las postales de un expositor. Casi todas reproducían el truco de la apertura de los candados del baúl o el de la fuga de las jaulas de hierro, por lo general desnudo (para demostrar que el mago no llevaba nada escondido), pero con las manos esposadas tapando las partes pudendas. En una postal diseñada en plan sexy, el mago posaba como Valentino, con las cejas perfectamente perfiladas, el pelo negro engominado y peinado con raya en el centro, sus ojos brillantes como carbones encendidos. La compré como regalo de cumpleaños para un entusiasta de Houdini que vivía en Budapest y al que yo sabía que le gustaría.

Antes de que mi padre emigrase a Estados Unidos y antes de que primero él y luego ella se embarcasen en una serie de reinenciones –padre americano, repatriado magiar, «emperifollada y apetitosa gentil»–, hubo una época en que parecía que István Faludi había escapado totalmente de las rejas de la identidad. En la primavera de 1948, mi padre, con veinte años de edad, subió a bordo del *Carina*, un antiguo carguero estadounidense, de clase Liberty, reciclado como carguero noruego y atracado en el puerto de Göteborg, en la costa occidental sueca. Con él cruzó el océano hasta Brasil. Fue una fuga milagrosa de una trampa increíble. Ser judío húngaro en los años cuarenta era como ser atado de pies a cabeza, encerrado en un baúl y arrojado al fondo del río más profundo del planeta. Gracias a una serie de contorsiones y juegos de manos ingeniosos, mi padre se las arregló para soltarse de sus cadenas.

El Brasil al que llegó mi padre en 1948 era un país con una identidad nacional totalmente distinta de la de aquel otro del que había salido. «La experiencia brasileña, con su negativa total y consciente de toda discriminación de raza y color, es muy posible que aporte al mundo la mayor contribución para liquidar definitivamente un error que ha engendrado muchas más discordias y calamidades que otro cualquiera», escribió en 1941 un autor muy admirado por mi padre, Stefan Zweig. Zweig, al igual que mi padre, era un judío de Europa Central que había huido de un continente devastado por la guerra y se había refugiado en Brasil, un país cuyo espíritu aglutinador lo llenó, al menos en 1941, de «infinito alivio». En *El Brasil, país del futuro*, expuso sus razones para creer que aquella nueva patria «merece no solo la atención, sino también la admiración del mundo»:

Ese principio que supone nociva la mezcla de razas, ese horror al «pecado contra la sangre» de que hablan algunos fanáticos teóricos racistas, son considerados en el Brasil medios conscientes y estimadísimos de fusión para lograr la cultura nacional. Sobre estas bases la nación se ha ido construyendo con solidez y tenacidad desde hace cuatrocientos años y –oh milagro– la constante afluencia de gentes diferentes y su adaptación recíproca bajo el mismo clima e iguales condiciones de vida ha elaborado un tipo humano muy individualizado que no tiene ninguna de las características de «descomposición» anunciadas a gritos por aquellos fanáticos de la pureza racial.⁶

Zweig pasó por alto algunas pruebas históricas que desmentían su visión optimista de Brasil, por ejemplo la importación de millones de esclavos

africanos, la esclavización de la población indígena y la política no tan permisiva con los inmigrantes judíos que practicó la dictadura local de preguerra. Sin embargo, el clima que dominaba cuando Zweig llegó a Brasil era el de un mundo muy alejado de las obsesiones de pureza racial de la Europa nazi y con un mestizaje esperanzador que era el polo opuesto del sionismo. Si algo parecía prometer, era el modelo «panhumanista» en el que pensaba Magnus Hirschfeld cuando se declaró «ciudadano del mundo». Para Zweig, Brasil representaba la promesa de que no habría necesidad de retirarse a un Estado judío amurallado, de que era posible disolver los odios del pasado por una «continua asimilación mediante el mestizaje perpetuo». Nadie podía reivindicar el derecho exclusivo a considerarse brasileño «auténtico», exclamaba Zweig, «porque no hay nada más característico de un brasileño que el ser un hombre sin historia».

Me enteré de algunos detalles de la fuga de mi padre de Hungría la tarde que decidí enseñarme mi «herencia». La seguí por los peldaños de madera y a través del garaje, hasta la puerta del sótano, que abrió con una de las muchas llaves que pendían de su llavero de funcionario de prisiones. Cuando cruzamos la puerta, lo primero que vi fue una conocida colección de lijadoras y taladros eléctricos, y la sierra circular Dewalt; el viejo taller de bricolaje de mi padre. Estaba organizado exactamente igual que en el sótano de Yorktown Heights.

Pasó la mano por debajo de la agujereada mesa cubierta de herramientas y cogió otra llave que colgaba de un clavo con una cuerda y se acercó a un ancho armario de acero.

–Mi caja de caudales –dijo–. Aquí guardo mis tesoros porque es a prueba de incendios. –No había mucho que ver en su interior, solo una caja de cartón. La sacó y la apoyó en el banco de trabajo. Allí estaba la caja fuerte que había deseado ver desde la primera vez que había pisado la casa, el depósito de las reliquias del pasado de István–. Si me ocurriera algo, ya sabes dónde está.

Levantó la tapa, rebuscó entre papeles que amarilleaban ya y fotografías con tinte sepia, y sacó dos pequeños documentos cuadrados en arrugado papel vegetal, cubiertos de sellos de aspecto oficial y un mar de sobrecogedoras palabras húngaras; *Telekjegyzőkönyv* era una de las más

cortas. Eran las escrituras de los dos edificios de viviendas que mi abuelo había poseído en Pest, uno en Ráday utca 9 y el otro en Váci út 28. Los títulos de propiedad estaban fechados, respectivamente, el 24 de abril de 1925 y el 4 de mayo de 1925, y las cantidades que se habían pagado por ellos eran de 2.500 millones y 3.000 millones de coronas, la hiperdevaluada moneda de la Hungría resultante de la Primera Guerra Mundial.

–Son las propiedades que nos robaron los comunistas después de la guerra.

–Querrás decir después de que nos las robaran los húngaros –dije, siempre con mi actitud de demolidora histórica de mitos paternos– *durante* la guerra.

–No, *queriida*, los comunistas. Los comunistas *soviéticos*. –Volvió a concentrarse en los documentos–. Lo que tú dices no tiene valor. Los comunistas vinieron después de la guerra y se quedaron con la propiedad privada que pertenecía a los *húngaros*.

Sacó otro documento de la caja y lo dejó en la mesa. Parecía una hoja parroquial, aunque el papel tenía la consistencia de la cartulina y el tamaño de una mano. Debajo de una frase en latín había una línea de palabras impresas y luego, al margen, una columna de anotaciones a mano.

–Mi hoja de calificaciones de la segunda enseñanza –dijo.

–¿Esas son tus notas? –Me emocionó aquella insólita ranura que abría para que echara un vistazo a sus días escolares.

–«Bien» en lengua y literatura húngaras. ¡Yyy en «ética religiosa»!

Devolvió la tarjeta a la caja y sostuvo en alto un papel vegetal cuadrado. Una partida de nacimiento.

–«István Károly Friedman» –leyó en voz alta–. «Nacido el 1 de noviembre de 1927, padre Jenő Friedman, de treinta y tres años, madre Rozália Grünberger Friedman, de veintiocho años.» –Debajo del nombre había dos anotaciones: *Fiú. / Izr.*, Niño / Israelita. Hasta la época comunista, en todas las partidas de nacimiento se consignaba la religión. En el dorso había una observación: que en 1946 se había cambiado oficialmente el apellido Friedman por el de Faludi. Otro documento: el antiguo pasaporte de István. La fecha original que figuraba en la parte interior de la cubierta era 5 de julio de 1946. La foto era de un hombre muy joven y delgado, con un finísimo bigote y unos ojos oscuros e insondables.

Mi padre señaló el bigote.

–Mi disfraz. Mi padre también se dejó bigote en la guerra. Pero fue porque no quería parecer judío.

—¿Y tú?

No hubo respuesta. Al rato:

—Yo nunca he parecido judío.

Con aquel pasaporte y a sus dieciocho años, mi padre salió de la Hungría de posguerra en 1946, en compañía de su socio igualmente joven, Tibor Jablonszky; se habían conocido un año antes en el cineclub juvenil patrocinado por el Partido Comunista. Los dos se dirigieron a Dinamarca —la primera parada de lo que acabaría siendo un viaje alrededor de medio mundo—, sin más equipaje que tarjetas comerciales que ostentaban el recién estampado logotipo de la compañía fundada por ellos dos. Mi padre aún conservaba algunas hojas del papel de correspondencia que había diseñado al efecto. El membrete reproducía el logotipo grabado en relieve, un diminuto avión que volaba sobre un carrete de película, al lado del nombre de la empresa, Jablonszky & Faludi, compañía exportadora-importadora de películas.

Jablonszky & Faludi eran más importadores que exportadores. El nuevo departamento cinematográfico de la Hungría comunista, llamado Mafirt, quería reponer las existencias fílmicas de la nación, destruidas en los bombardeos. Menos de un año después de la guerra, mi padre y Tibor se dirigieron a Mafirt con una propuesta: enviar a Jablonszky & Faludi a Escandinavia en busca de películas nuevas. «Los tipos de Mafirt dijeron que nos conseguirían un permiso», recordaba mi padre, «pero nos advirtieron: “No traigáis nada que ofenda a los rusos.” Nosotros les dijimos: “Claro que no, ¡ni se nos ocurriría!”»

Su intención era ir en tren a Dinamarca, pero el servicio de ferrocarriles solo llegaba hasta Viena. Anduvieron por Budapest durante semanas, buscando a alguien que los llevara a Copenhague. Durante estas gestiones se les unió otro muchacho del cineclub, Tamás Somló, el joven judío que vivía en Ráday 9 y cuyo padre, farmacéutico, había sido deportado a Mauthausen.

Tras una memorable noche en la ciudad, los tres jóvenes acabaron en el Kit Kat Club de Pest. «Un lugar bárbaro», contaba mi padre mirando la foto de pasaporte de su antiguo yo con bigote. «Era donde se iba en busca de prostitutas.» Siguieron a unas mujeres hasta un hotel lleno de pulgas, donde mi padre tuvo su primera experiencia sexual. «¡Un dólar, todo incluido!» La noche del Kit Kat Club fue un hito en la vida de mi padre por otro motivo. «Conocimos a un danés en los lavabos de caballeros.» Un danés herido por

culpa de una confusión de nacionalidades. «Un ruso le había pegado un tiro, pensando que era un nazi porque llevaba uniforme, pero era el uniforme de la Cruz Roja danesa. Bueeeno, todo el mundo estaba borracho. De todos modos, la bala solo le hizo un arañazo.» El danés los presentó a sus colegas de la Cruz Roja, que viajaban en camión por Europa Central, repartiendo comida entre los niños. Mi padre vio allí una oportunidad. «Les dije que éramos cineastas y que podíamos filmarlos mientras hacían sus bueeenas obras.»

Mi padre y Tibor partieron al día siguiente con la Cruz Roja danesa (Tamás se quedó provisionalmente porque tenía exámenes en el instituto) y recorrieron el noroeste de Hungría y entraron en Austria con las cámaras en ristre.

–Le pusimos mucho teatro a aquello. Les dijimos que los laboratorios húngaros ya no valían para nada, pero que si nos llevaban a Dinamarca revelaríamos allí la película.

–¿Y qué fue de esa película?

En la cara de mi padre bailoteó una sonrisa pícara.

–Todo fue un camelo. No teníamos cinta en la cámara.

Los voluntarios de la Cruz Roja tuvieron que pasar varias semanas en Viena antes de volver a la carretera, y mi padre y Tibor se quedaron sin dinero. Mi padre escribió a su casa pidiendo fondos; Jenő le mandó unos cuantos napoleones de oro, ya que la moneda húngara no valía nada en aquellos momentos. Mi padre tuvo que lavar los napoleones en el fregadero. «Estaban llenos de pegotes porque me los había mandado en una caja de ciruelas.» Meditó un segundo. «“¡Ciruelas Maduras El Sol!” Eso es lo que ponía en la caja. Curioso, lo que llegamos a recordar.» Los napoleones duraron muy poco. A mi padre se le ocurrió comprobar si dos jóvenes hambrientos podían conseguir una comida gratis de la Comisión Mixta Judío-Americana de Reparto, que repartía raciones entre los damnificados por el Holocausto. «O sea que fuimos y les pedimos paquetes de ayuda. Y me dijeron: “Tú vale, pero tú”, dirigiéndose a Tibor, “tú no eres judío”.»

Lo cual era verdad. Tibor era católico.

–Pero ¿cómo lo supieron?

–Bueeeno, era rubio. El hombre de la Comisión dijo: «Verás, eso lo podemos comprobar enseguida. Ven a la habitación contigua.» –Iba a decirle a Tibor que se bajara los pantalones. Aquello había sido el terror de los judíos durante la guerra y ahora era al revés. Tibor fingió indignarse—. Dijo: «¡En mi

vida me habían ofendido tanto! ¡Soy judío al ciento por ciento!» Y el tipo dijo: «Está bien, está bien, no te enfades.» –Y dieron a Tibor el paquete de socorro.

Cuando los voluntarios de la Cruz Roja terminaron sus recorridos, cumplieron con su parte del acuerdo. Dijeron a los dos jóvenes cineastas que se presentaran en la sede vienesa de la Cruz Roja danesa la mañana del 3 de diciembre de 1946, donde los estaría esperando «un coche de lujo» para llevarlos a Dinamarca. El coche, un cuatro puertas para cuatro pasajeros, pertenecía a «rico exportador», y lo conducía un chófer que siempre estaba refunfuñando y que no tenía el menor sentido de la orientación, «una condición alarmante porque las carreteras de Alemania eran peligrosas».

Mi padre se puso a rebuscar otra vez en la caja. Al cabo del rato sacó una carpeta de archivador. Tenía un título, «Cartas del pasado», escrito de puño y letra de mi padre. Pero solo contenía dos misivas, una era una hoja con un par de párrafos, la otra cinco densas páginas en húngaro, escritas a máquina a un solo espacio. Me alargó el documento más largo. «Puede que te interese.» El sujetapapeles que mantenía unidas las páginas estaba tan oxidado que se encontraba al borde de la desintegración por descamación. La fecha era: «Copenhague, Nochebuena de 1946.»

Mi padre tradujo el primer párrafo:

Queridos padres, Baba, Tomi, Eva, Missi:

Con dos cepillos de dientes y dos pantalones arrugados en las manos, hemos llegado al cielo. Y aquí estamos ahora, sentados en las nubes, en el corazón de Copenhague, sacudiéndonos el caos ambulante de nuestras experiencias y tratando de describiros fielmente todo lo que nos ha ocurrido.

«La escribí con Tibor.» Fue la primera carta que escribieron, un relato de su éxodo por la Europa del posnazismo, la crónica de una fuga.

En la madrugada gris del 3 de diciembre de 1946, un misterioso taxi se detuvo delante de la villa donde estaba la sede de la Cruz Roja danesa en Viena. Del interior del vehículo bajaron dos jóvenes soñolientos, seguidos por muchas maletas, una máquina de escribir, un proyector cinematográfico y mantas. Los dos jóvenes éramos nosotros.

Imaginé la escena con más claridad que si tuviera delante una foto. Mi padre había evocado la imagen de la herramienta profesional elegida por su

hija, la «máquina de escribir». Una máquina que de joven le había parecido esencial para sus aspiraciones, tanto como para arrastrarla por tres países. Siguió traduciendo ante mi apremio:

Pagamos al conductor con medio kilo de tocino, tras lo cual nos sentamos cómodamente sobre el montón de maletas y nos fumamos un Chesterfield. El tiempo era agradable, frío y lluvioso. Junto a nosotros, en un garaje abierto, había dos coches: un Opel pequeño y un Steyer. Los observamos, calculando en cuál íbamos a viajar. Después de fumar un par de cigarrillos, se hizo de día. La vida empezaba en la villa, y entonces nos descubrieron, sentados en nuestro equipaje. Inmediatamente nos invitaron a tomar un té. Ya dentro de la casa, que estaba amueblada con un lujo americano, nos llevaron a un comedor dividido por una gruesa cortina y nos sirvieron un desayuno de diez platos. El comienzo no podía ser más prometedor.

A las «ocho y media», un resplandeciente cuatro puertas verde manzana «trazó una curva en el camino del jardín». Una enfermera de la Cruz Roja danesa, «Froken» (la señorita) Lund, que «parecía una señora inglesa», se apretujó en el asiento delantero, junto al chófer y el rico exportador (un «capitalista fumador de puros»), y mi padre y Tibor subieron detrás, entre dos maletines «que contenían diccionarios y libros en danés, un mapa, veinte cajetillas de cigarrillos americanos, una botella de licor de Bolonia auténtico, un paquete de sacarina checa, dos pares de zapatos, medio kilo de mantequilla, dos fustas, salami danés, queso y un cepillo de dientes en un estuche».

¿Fustas?, pregunté.

«Claro»; dijo mi padre. «Y pantalones de montar. Éramos señores de la nobleza.» En cualquier caso, fingían serlo. El conductor, al que mi padre y Tibor apodaron «Señor Na-Na», a causa de su irritabilidad, se perdió enseguida, y casi se ponía ya el sol cuando cruzaron Linz, la patria chica de Hitler, y poco después llegaron al puesto de control que separaba la zona rusa de la americana. Al cabo de varias horas y muchos extravíos entraron en Alemania.

Nos habíamos dormido mientras recorríamos un paisaje aburrido, y al despertar nos dimos cuenta de que nos habíamos perdido en Núremberg. La ciudad, un amasijo de ruinas, estaba muerta. Las viejas casas, con sus ventanas pequeñas, nos parecieron una gigantesca cárcel.

Estaban en el centro urbano, el barrio medieval donde el 2 de enero de 1945 bombarderos de la aviación de guerra británica y estadounidense habían destruido en una hora el noventa por ciento de los edificios y matado a mil ochocientos civiles. Tras otra serie de ataques efectuados un mes después, morirían más de seis mil habitantes. «Dejamos que el señor Na-Na vagase por la ciudad muerta. Al rato sacamos nuestro mapa y salimos de aquel valle de lágrimas.»

Al anoecer estaban en lo que quedaba de Hamburgo, donde, desde fines de julio de 1943, durante unos meses los bombardeos aliados de la operación llamada Gomorra en clave causaron tal destrucción que redujeron la ciudad a cenizas (incluidas las manzanas de edificios cuya venta había dado tantos beneficios a los Friedman), acabando con más de treinta mil vidas civiles.

Entre grúas gigantescas, depósitos y dársenas, una carretera espeluznante nos condujo a un barrio residencial, donde las montañas de casas incendiadas, caídas unas sobre otras, presentaban un cuadro de malvada destrucción. Kilómetro tras kilómetro, no veíamos más que escombros por todas partes. Solo unos cuantos edificios se alzaban intactos entre las ruinas, como faros en el mar.

A las tres de la madrugada terminaron de cruzar la «tierra de nadie» y llegaron a la frontera danesa:

La barrera rojiblanca del puesto de control se levantó despacio delante de nosotros. Mirábamos en derredor, pero al otro lado del cristal todo parecía inverosímil y fantástico. Estábamos delante de un edificio blanco que parecía un pequeño castillo, con múltiples torrecillas. Entre nuestro coche y el edificio había una isla peatonal por la que desfilaban tres guardias fronterizos, los tres vestidos con uniforme azul claro, cogidos del brazo, marcando el paso al unísono, como en una escena de opereta.

Para que el final feliz fuera perfecto, abrimos una aromática cajetilla de Chesterfield y ofrecimos la prohibida mercancía a los soldados de opereta. Volvimos a retreparnos en los asientos, nos despedimos de los hombres y dimos comienzo a la entrada triunfal. Pasado el primer kilómetro, abrimos una botella de licor. Nuestros compañeros de viaje compartían nuestra felicidad y nos saludaban en danés: *Velkommen til Danmark!* Mientras tanto, avanzábamos por carreteras limpias y esplendorosas, flanqueadas por preciosas casitas blancas, como en un cuento de hadas. Tras aquel rapto de entusiasmo y el licor, caímos dormidos.

El chófer dejó a mi padre y a Tibor Jablonszky en la población portuaria de

Esbjerg, donde los dos jóvenes abordaron un tren que iba hacia el este y luego, en Nyborg, un transbordador «supermoderno» que iba a Copenhague.

Copenhague es maravillosa, una ciudad de la que nunca tienes suficiente: casas grandes y modernas con viviendas espléndidas y escaparates preciosos. Circulan muchos coches por sus magníficas avenidas, anchas, rectas e interminables. En todas las calles hay cafeterías automatizadas. Puede comprarse de todo en todo momento, pan con mantequilla y caviar, caramelos y pasteles, hojas de afeitar y linternas de bolsillo, y todo vale entre veinticinco øre [céntimos] y dos coronas. No estamos quietos y tenemos los ojos muy abiertos. Esperamos conseguir lo que nos hemos propuesto. En la actualidad estamos en negociaciones con un par de importantes productoras danesas. Vemos películas desde la mañana hasta el anochecer. [...]

Besos para todos,

Pista, Tibi

Mi padre volvió a guardar en la carpeta la «carta del pasado».

–¡Está muy bien escrita! –exclamé.

–Bueeeeno, la escribimos imitando el estilo de P. Howard. –P. Howard, seudónimo del húngaro Jenő Rejtő, era un autor de novelas de quiosco que parodiaban la literatura detectivesca, estaban llenas de pícaros y fueron muy populares en la juventud de mi padre. Siempre fue admiradora suya. En su biblioteca tenía una amplia selección de novelas de P. Howard–. Escribía de tal modo que parecía un autor británico traducido al húngaro. –Mi padre quería decir un autor británico *cristiano*. Rejtő tuvo que ocultar su religión porque las leyes dictadas durante la guerra prohibían publicar a los escritores judíos. Un periódico vinculado a la Cruz Flechada reveló su verdadera identidad a fines del otoño de 1942. Rejtő fue enviado a un campo de trabajo de Ucrania. Murió al cabo de unas semanas.

Gracias a su propia picardía, mi padre consiguió mejores resultados. Durante aquellas primeras semanas, István y Tibor viajaron de Copenhague a Estocolmo y de allí a Londres. Contactaron con una docena de distribuidoras y cerraron tratos para importar quince películas «sin nada ofensivo sobre los rusos». El paquete incluía *César y Cleopatra*, *Larga es la noche* y la favorita de mi padre, *Ditte menneskebarn*, un melodrama danés sobre una muchacha abandonada por su depravada madre. Tras contactar con un laboratorio de Copenhague para hacer copias, mi padre y Tibor volvieron a Hungría –esperaban que por poco tiempo– para cobrar las comisiones que les debía Mafirt. Al aterrizar en el aeropuerto de Budapest, los funcionarios de aduanas

les confiscaron el pasaporte. «Nos dijeron: “Estáis en edad militar. Os toca hacer el servicio.”»

Mi padre no estaba de acuerdo. No tenía la menor intención de ingresar en un ejército que hacía menos de dos años había esclavizado a su «raza» y la había mandado a la muerte, de cabeza y desarmada. Al día siguiente, la puerta de la oficina de Mafirt se abrió bruscamente e irrumpió un joven muy indignado. «Les dije: “Tenemos un grandíisimo problema. El personal de los laboratorios de Copenhague solo nos entregará las copias a nosotros. La situación es desesperada, a menos que volvamos.”» Fue a la sede central del Partido Comunista con el mismo mensaje y la promesa de abrir un consulado húngaro comunista en Copenhague: él sería el «presidente» y Tibor el «agregado cultural». «Yo sabía lo que querían oír.» Al parecer sí, porque unos días después les devolvieron los pasaportes y volaron a Dinamarca.

Encontraron habitación en Copenhague, en casa de una viuda. «Estaba en la parte posterior y tenía vistas a un jardín», recordaba mi padre. «Cada uno tenía su cama. Yyy su propio edredón.» Un lujo inconcebible para dos húngaros privados de tantas cosas por la guerra. Y pronto tuvieron sendas chicas para hacerles compañía en la cama, unas horas después de haberlas conocido en una esquina. «Los daneses son muy relajados», recordaba mi padre con aprobación.

Mi padre buscó ayuda para prolongar su permanencia en el país y se dirigió al antiguo inquilino de Ráday 9, Ferenc Nagy, el dirigente del Partido Minifundista que había flirteado con Rozi y luego había sido primer ministro en 1946. Nagy movió algunos hilos para complacerlo. Unos meses después mi padre volvió a dirigirse a Nagy, esta vez para conseguirle un pasaporte y un billete para Dinamarca a Tamás Somló, su joven amigo de Ráday 9 y compañero del cineclub. Nagy se movilizó una vez más. Y yo empecé a comprender por qué mi padre, medio siglo después, se había dirigido a aquel partido derechista para que lo ayudara a recuperar las propiedades de su familia.

En 1948, los tres jóvenes húngaros recibieron cartas de amenaza por hacer valer sus pasaportes más tiempo del permitido. El Partido Comunista, medio año antes, había destituido a Nagy y este había huido a Estados Unidos. El exdirigente de los Minifundistas, a petición de István, escribió otra carta, desde Virginia. Mi padre guardaba en su caja fuerte, protegida por una funda de plástico, una copia de la traducción danesa de la misiva de Nagy:

Yo, Ferenc Nagy, ex primer ministro de Hungría, domiciliado actualmente en Herndon, estado de Virginia, EE. UU., certifico que conozco muy bien al cineasta István Faludi. En la época en que fui primer ministro, recibí a petición mía un permiso de viaje para que él y sus compañeros Tibor Jablonszky y Tamás Samló viajaran al extranjero. A causa de este hecho, las susodichas personas no pueden regresar a Hungría, que está totalmente sometida al régimen comunista, dado que entonces serían perseguidas por este. Pido a las autoridades competentes y a quienes corresponda que muestren comprensión y buena voluntad para la situación de István Faludi y sus compañeros.

Ferenc Nagy, Herndon, Va., 14 de abril de 1948

Por entonces, Tamás Somló se había trasladado a Estocolmo y vivía con una novia sueca. El gobierno húngaro comunista ya no deseaba películas occidentales. Los días de los muchachos en Dinamarca estaban contados.

Una noche, mi padre y Tibor, que estaban en Copenhague, asistieron a una conferencia patrocinada por una agencia de turismo brasileña. «Pasaron una serie de filminas con imágenes preciosas de la playa de Copacabana.» Al día siguiente fue al consulado de Brasil y preguntó cómo podía ir de visita al país. El hombre que lo recibió miró su pasaporte y le dijo que no era válido para Sudamérica. «Entonces me dije: muy bien, haremos que sea válido.» Dibujó algo que parecía un sello de aspecto oficial y lo llevó a una imprenta. «Dije al impresor: “Somos de una pequeña compañía y necesitamos este sello en la oficina. Tendría que estar mañana por la mañana.”» El impresor quiso saber qué significaban las palabras que aparecían en el sello. «Yo le dije: “Bah, es solo húngaro.” Y dejó de interesarse.» El sello decía: «Este pasaporte es válido para América del Norte y del Sur.»

Mi padre hojeó el pasaporte hasta que dio con la página que tenía el sello.

—¿Ves esto, donde garabateé encima una palabra en francés? Taché América del Norte, para que pareciera más legítimo. Bueeeno, por entonces tenía ya mucha práctica.

—¿En qué?

—En falsificar cosas.

Unas semanas después, mi padre y Tibor tomaron el tren hacia la costa occidental de Suecia, un aduanero inspeccionó sus pasaportes, los encontró «legales» y ellos subieron a bordo del *Carina*. Iban rumbo a las blancas playas de Copacabana. Tardaron dos semanas y media en cruzar el Atlántico.

–Recuerdo la primera vez que vi Río. –En los ojos de mi padre se aposentó una expresión soñadora–. Era ya media tarde y era como si el cielo y las montañas se tocaran. Y de repente, la radio del barco se puso a emitir anuncios a todo volumen. –Tarareó una tonadilla en portugués.

–¿Qué es eso?

–«Salta de la cama con ganas de vivir porque tienes el estómago vacío.»

–Todavía te acuerdas.

–Por entonces no había muchos anuncios comerciales.

Los dos jóvenes pasaron los primeros días vagando por la playa e investigando una favela. «Íbamos con la cámara. La gente nos decía: “No, no, es peligroso.” Pero no nos importaba.» Para los supervivientes de una guerra mundial, el peligro era un concepto relativo.

Fueran cuales fuesen las ventajas de la indiferencia racial brasileña, mi padre y Tibor necesitaban un empleo y para encontrarlo se dirigieron a otros expatriados húngaros. «Fuimos a ver a un tipo llamado Glausius, que era muuy húngaro y no judío.» Glausius los presentó a dos hermanos. «Eran peluqueros de señoras en Copacabana.» También ellos eran *muy* húngaros. «El mayor comía tocino al estilo húngaro: en una mano tenía el tocino, el pan, la páprika y la cebolla, y en la otra el cuchillo; cortaba un pedazo y se lo llevaba a la boca con el cuchillo. ¡Un auténtico campesino magiar!»

La cadena de casualidades prosiguió. El campesino resultó que le hacía la permanente a la esposa de un coronel de las fuerzas aéreas de Estados Unidos que era de Texas y que invitó a comer a los dos jóvenes hambrientos («¡Chuletones a la parrilla!»), y resultó que el coronel era asesor del Instituto Geográfico y Estadístico del gobierno brasileño, que había tratado inútilmente de aprovechar con fines cartográficos las fotografías aéreas de reconocimiento que había hecho la aviación norteamericana. Mi padre se reunió con el cartógrafo del instituto y propuso un método para reconfigurar las imágenes sin perder ningún detalle. El método funcionó y mi padre y Tibor fueron contratados por el servicio fotográfico del instituto.

«En realidad, *nosotros* éramos el servicio fotográfico», dijo mi padre. «Y cuando llegó Tamás, pasamos a ser tres.»

Tamás Somló había llegado a Brasil por un camino indirecto. Con la ayuda del padre de su novia sueca (que estaba deseoso de poner tierra entre su hija y aquel pretendiente refugiado), Tamás había obtenido un permiso temporal para ir a Buenos Aires, donde se quedó estancado casi un año fregando

platos, hasta que mi padre le consiguió un pasaporte y un empleo en el instituto geográfico.

«Le dije al director», contaba mi padre, «que Tamás era un miembro *indispensable* del equipo fotográfico húngaro.»

Mi padre volvió a abrir la carpeta de las «Cartas del pasado» y sacó la otra muestra de correspondencia que contenía y que estaba fechada en «Río, 1950»: una carta de Pista Faludi, Río de Janeiro, para Tomi Somló, Buenos Aires. La ocasión era la inminente llegada de Tamás a Brasil.

Querido Tomi:

Nos ha alegrado mucho recibir tu carta, en la que nos comunicas que no podemos librarnos de tu maravillosa presencia. Todo Brasil llora con nosotros, desde los cocodrilos del Amazonas hasta la pampa de Río Grande del Sur, y el 2 de enero todos izarán la bandera negra y declararán el asedio. El año que viene elegirán otro presidente, porque Dutra no se responsabilizará del país si tú estás aquí.

Supongo que también aquí se quiso evocar el estilo de P. Howard/Jenő Rejtő. Sin embargo, la voz desenvuelta y desenfadada que salía del amarillento folio me sorprendió. ¿Adónde había huido aquel sociable joven?

Nos parece muy inteligente que llegues a la una de la madrugada. Así nadie se enterará y podrás recorrer los doscientos metros que separan nuestra casa del aeropuerto sin que te dé una insolación. No te preocupes si aún no hablas el idioma, porque actualmente hay tantos húngaros en Río que dirigirse a alguien en portugués es puro exhibicionismo. Ahora lo más importante es que llegues sano y salvo, ya discutiremos lo demás cuando estés aquí. [...] No importa que llegues al aeropuerto Santos Dumont o al Galeao, ya lo resolveremos.

Con calurosos (35 °C) abrazos,

Pista

Un comentario añadido a mano al final de la página decía: «Trae direcciones de chicas rubias. Tibor.»

Al principio, los tres durmieron gratis en la oficina. Con el tiempo, Tamás alquiló una habitación en Copacabana y mi padre y Tibor compartieron una pequeña casa en el barrio de Glória de Río de Janeiro, al pie de la iglesia de Nossa Senhora da Glória do Outeiro. Sin embargo, normalmente estaban fuera, en zonas del interior del país, viajando individualmente con algún científico investigador, o un guía, y a veces totalmente solos, fotografiando la

inmensa diversidad ecológica y humana de la quinta nación más grande del mundo. «A muchos de aquellos lugares solo podía llegarse a caballo o en avión», contaba mi padre. Recorrió las zonas rurales del Mato Grosso, las junglas subtropicales de Paraná, las mesetas y sabanas de Goiás, y los bosques lluviosos de la cuenca del Amazonas, que navegó con un guía en una pequeña embarcación de madera (porque no llegó un barco de verdad que le prometieron) hasta Manaus, donde el joven István cayó en éxtasis al ver el Teatro Amazonas, el espléndido teatro de ópera construido con dinero de los magnates del caucho a fines del siglo XIX. Mi padre recordaba haber fotografiado árboles «altos como rascacielos», ríos que «parecían océanos». Otras veces acompañaba a los investigadores del instituto en sus recorridos sociológicos y filmaba a los recolectores de caucho y a los trabajadores de las plantaciones de cacao, a los chamanes africanos que ejecutaban antiguas danzas espirituales y a gauchos nómadas que perseguían ganado salvaje en el Cerrado. Estos últimos persistirían en la imaginación de mi padre. «Los vaqueros montaban caballos muy pequeños e iban cubiertos de cuero de pies a cabeza, como una armadura. Y los caballos también. Tenían que ir así o la catinga los desgarraba.» La catinga era la zona de vegetación espinosa. «Eran como caballeros medievales. Yo quería aquel uniforme.»

«¿Dónde están tus fotos de Brasil?»

No lo sabía. Habían desaparecido junto con un par de bobinas de película etiquetadas «Brasil» que yo recordaba vagamente haber visto acumulando polvo durante muchos años en una estantería de Yorktown Heights. Cuando mi padre llegó a Brasil, aún soñaba con ser cineasta, «¡el famoso director húngaro!». Convenció al instituto geográfico de que «realmente necesitaban un equipo fotográfico y otro cinematográfico», y se puso a buscar una cámara «una de verdad, no de aficionados». En Río conoció a un antiguo operador de cine, un exnazi que había huido a Brasil, con una Askania que quería vender. Mi padre saltó de alegría. La Askania, que entonces era el último grito en tecnología cinematográfica, era una cámara ligera de 35 milímetros que podía cargarse en el hombro y además la favorita de uno de sus ídolos del cine. «¡La cámara que utilizó Leni Riefenstahl para filmar a Hitler en los Juegos Olímpicos de 1936!»

Su estreno como director fue un documental sobre la construcción, en el río San Francisco, de la primera gran central eléctrica de Brasil, el Complejo Hidroeléctrico Paulo Afonso, movido por un salto de agua natural de ochenta

metros de altura. «Se me había metido en la cabeza que tenía que ser Cecil B. DeMille.» Hizo llevar una grúa de la construcción para permitirle hacer tomas aéreas y filmar una secuencia impresionante. «Tiene que haber por algún sitio una foto mía subido en aquel aparato.» También encargó un biplaza con cabina descubierta de la base aérea de Bahía. «Volamos por un barranco y a veces estuvimos bajo tierra, en medio de aquellos túneles.» En el aire tenían que esquivar a los buitres. «Si tropezabas con uno, el avión se estrellaba, y había muchos rondando por allí.» Los buitres representaban un problema tan grande que «incluso tenían un dicho: “*Um urubu pousou na minha sorte!*”» (Un buitre se posó sobre mi suerte).

En su tiempo libre, él y los otros dos jóvenes húngaros jugaban a las cartas en casa del secretario general del instituto, Christovam Leite de Castro. «Un aristócrata, muy simpático con nosotros. Era nuestro protector.» Cuando no alternaba con la nobleza, el trío andaba en busca de mujeres, en la playa y en los prostíbulos. «Una vez pillé una gonorrea en una de aquellas casas de mala reputación.» Buscó remedio en una farmacia de Río. «Me llevaron a la rebotica y me pusieron una interminable inyección de penicilina.» Durante un tiempo, los tres fueron asiduos de un burdel concreto de Copacabana, llamado El Palacio. «El nombre era un poco exagerado.» El lugar era un antro asqueroso. «La madame era un travesti llamado Jesús y también dirigía un bar en la planta baja.» A mi padre, que nunca fue muy bebedor, le gustaba pedir rondas allí, para «poder gritar: “¡Jesús, dame una cerveza!”». Tibor se lió con una india que se había ligado en la playa; se llamaba Irene, pero él la llamaba Inca. Trabajó de criada en la casa de los tres. Mi padre salió una temporada con una medio africana, medio india que había conocido en un carnaval, también empleada de hogar, y a la que protegió porque era «inteligente y de trato fácil».

Mi padre se disfrazaba por carnaval, generalmente de marinero francés. «Tenía un polo de rayas, muy vistoso. Resultaba muy convincente porque era muy delgado.» Reforzó la imagen marinera con una mascota que había comprado al poco de llegar: un loro verde de la Amazonia. El pájaro tenía una habilidad particular, aprendida de una niñera del barrio que siempre llamaba a un niño: «¡Sabía imitar realmente bien la voz de una mujer!» Lo bautizó Loira, que en portugués significa Rubia. «Rubia era verde, pero tenía una mancha amarilla en la frente.» El loro vivía en el porche de la casa, en

una jaula, aunque mi padre le dejaba la puerta abierta. «Loira sabía decir: “Loira quiere café.” Y yo mojaba un trozo de pastel en café y se lo comía.»

—¿No te tentaba vestirse de mujer? —le pregunté pensando en las amplias oportunidades del carnaval para ponerse cualquier disfraz sin problemas—. Brasil es uno de los lugares más relajados sexualmente de la tierra.

Me lanzó una mirada escéptica.

—No me gusta relajarme demasiado. De todos modos, no habría podido. Tibor vivía también en la casa. Y él no era así.

En 1950 Tibor solicitó un pasaporte para ir a Estados Unidos y sugirió a mi padre que hiciera lo propio. «A mí no me entusiasmaba la idea. Estaba contento donde estaba.» Estados Unidos tenía por entonces un elevado porcentaje de inmigrantes húngaros, pero los pasaportes acabaron por llegar, al cabo de tres años. «Por entonces, Tibor ya no tenía ganas de ir, pero yo sí.»

Se había impuesto a la sazón un nuevo régimen y el «protector» de mi padre en el instituto, el aristócrata, había sido reemplazado. «El nuevo jefe era un agregado militar. Todos los militares son unos capullos.» Pero había otra cuestión. «Al nuevo tipo no le gustaban los “extranjeros.”» En Hungría, «extranjero» era una palabra en clave para referirse a los judíos. «Yo sabía que las cosas podían irme mal.» Recogió el pasaporte e hizo los preparativos para irse.

Sus compatriotas se quedaron en Brasil. Tamás prosperaría. Dirigió el departamento de noticias de Rio TV y fundó su propia empresa productora, con la que hizo anuncios para CocaCola, IBM y grandes agencias de publicidad. Lo último que mi padre había sabido de él, hacía unos decenios, era que se había casado en segundas nupcias con una bella concertista de piano. «Ni siquiera sé si está vivo.» Hacía poco, mi padre había rescatado sus antiguos cuadernos de direcciones y probado todos los teléfonos de Tamás que tenía apuntados. Estaban fuera de servicio.

En cambio, sí conocía la suerte de Tibor y no era agradable. Cuando se marchó mi padre, se fue a vivir con «Inca». Siguió trabajando en el instituto geográfico, pero con una apatía que al final se volvió melancolía permanente. Bebía mucho, sobre todo whisky. Murió de cirrosis en 1967. Poco antes de morir se casó con Inca. Quería que heredase su pensión de funcionario.

«No debería haber salido de Hungría; no era como yo ni como Tamás.» Es decir, no era un judío «de adaptación fácil». «Tibor no sabía funcionar fuera

de Hungría. La gente como él, cuando pierde las raíces, se marchita y muere. Yo no tenía esos problemas.»

Sin embargo, los más queridos recuerdos de Brasil que tenía mi padre se referían a una búsqueda de esas raíces. En una expedición al estado de São Paulo había oído rumores sobre una comunidad de una etnia particular que vivía escondida en las profundidades de la selva. Contrató un jeep con chófer para que lo llevara hasta el último camino de tierra y, después de muchos días emocionantes y muchas pistas falsas, encontró lo que andaba buscando: Árpádfalva, Villa Árpád, una diminuta colonia húngara próxima al río Paraná. Se había llamado así en honor del jefe tribal que había capitaneado la conquista magiar de la cuenca de los Cárpatos.

Los trescientos habitantes de la aldea habían llegado allí en 1920 y levantado una iglesia (llamada de San Esteban, naturalmente) y una escuela donde durante muchos años solo se enseñó en húngaro. Mi padre se sintió especialmente fascinado por una familia extensa de agricultores húngaros, con tantos miembros que después de reunirlos delante de una de las casas —«una tradicional cabaña húngara, con techo de paja»— necesitó una lente gran angular para abarcarlos a todos en el encuadre. Algo que mencionó mi padre en sus descripciones me recordó una foto que guardaba en la carpeta informática llamada «Familia», la foto de 1943 del clan Friedman, que se había reunido para celebrar las bodas de oro de Sámuel y Frida.

«Me encantó aquella familia húngara», dijo con actitud meditabunda. «Ojalá conservara aquellas fotos.»

Unas semanas después de haber vuelto a Estados Unidos, busqué en Google alguna noticia sobre la hijastra de Tamás Somló. Mi padre me había contado que podía estar en Estados Unidos. En realidad estaba en Facebook. Al cabo de unos días tenía el teléfono de Tamás. Estaba vivo, coleando, jubilado y en Brasilia.

«Su padre me ayudó mucho para que saliera de Hungría», me dijo cuando hablamos. «Y para venir a Brasil. Y para encontrar empleo.» Mi padre le había conseguido aquel trabajo alegando que Tamás era un fotógrafo «experimentado». (La verdad es que no tenía la menor experiencia en fotografía profesional y tuvo que aprender en secreto y apresuradamente cuando llegó.) Aún conservaba la carta que había escrito mi padre para

conseguirle un pasaporte. «Le debo mucho.» Me sugirió que me pusiera en contacto con una investigadora veterana del actual instituto geográfico de Río, que había escrito un artículo académico sobre el trío húngaro y el papel formativo que había desempeñado en la historia de la fotografía brasileña.

«Trajeron un nuevo estilo de fotografiar personas y paisajes», me dijo Vera Lucia Cortes Abrantes, la investigadora, cuando hablé con ella. «Nos dejaron una herencia preciosa.» Una herencia que estaba ya disponible en versión informática. El instituto había empezado a digitalizar las fotos de aquella época y a publicarlas en un sitio web.

Media hora después estaba sentada ante el ordenador, estupefacta por lo que tenía en la pantalla: el registro visual de un trabajo que había creído perdido para siempre, disponible pulsando unas cuantas teclas. Aquella noche escribí un sinfín de veces el apellido «Faludi» en la casilla «Fotógrafo» y bajé docenas de vistas alucinantes, puertos soleados, aldeas devoradas por los insectos, agricultores, vaqueros y pescadores curtidos, niños descalzos vestidos con andrajos y el estómago hinchado. Revelaban sensibilidad documental, profesionalidad responsable, no fotografía retocada para libros de lujo. La mirada que había detrás de la cámara era observadora, implacable. El paquete incluía tres fotos de la familia extensa de húngaros que vivía en Árpádfalva, formada en varias filas delante de una cabaña con techo de paja; llevaban ropa europea de otros tiempos, camisas abotonadas hasta el cuello y sombreros de ala corta.

Me bajé las fotos y se las mandé a mi padre. Días después me respondió con un e-mail y dos fotos adjuntas. Una era de Árpádfalva. La había ampliado, según explicaba en el texto, para que yo viera los detalles que demostraban que la casa era una «cabaña auténticamente húngara». La otra foto, que llevaba el nombre de «Foto de mi pasado», mostraba el río São Francisco en su paso por un profundo barranco, el río por el que mi padre había navegado de joven, mientras filmaba la construcción de la presa Paulo Afonso. En la foto, sobrevolando el barranco, se veía un reactor de combate de color amarillo canario. Encaramados en un picacho lejano había dos buitres mirando el avión con ojos hambrientos. Tardé un rato en darme cuenta de que la foto era una broma. Mi padre no había podido resistir la tentación de utilizar Photoshop.

La libertad de Brasil fue un oxígeno que no todos los expatriados europeos pudieron respirar, ni siquiera el judío más famoso que se refugió en aquel país. Después de escribir *El Brasil, país del futuro*, Stefan Zweig terminó *El mundo de ayer*, un libro menos entusiasta que tal vez expresara su verdadero estado de ánimo: era una elegía por una época perdida para siempre. En sus páginas expuso un sucinto diagnóstico de su enfermedad terminal: «No soy de ningún sitio y en todas partes soy un extraño.» El 22 de febrero de 1942, menos de una semana después de ver el carnaval, se suicidó con su segunda esposa, Lotte, tomando una sobredosis de somníferos.

¿Y cuál había sido la relación de mi joven padre con el País del Futuro, el país de los «calurosos (35 °C) abrazos», donde no importaba lo que hubiera ido mal, donde nada iría mal, porque «ya lo resolveremos»? «Mi vida fue genial en Brasil», me decía. «El clima era maravilloso, tenía un trabajo sólido con mucha libertad, hacía películas. Incluso me dieron una tarjeta VIP que me abría todas las puertas. ¡Recepciones oficiales! ¡Banquetes de directivos! Y no había discriminación. Nadie me preguntó nunca en Brasil si era judío.» Si había un capítulo mágico en la vida de mi padre, por lo demás reprimida y frustrada, estaba seguramente allí, en la exuberante abundancia de uno de los países más ecológicamente variados del planeta. En la versión peliculera de la vida de mi padre, sería el momento en que se abandonaría el blanco y negro y se pasaría al color.

En Yorktown Heights, mi padre no se perdía nunca *El mago de Oz*, que se emitía todos los años en televisión. Parecía tan extasiado como sus hijos. La película pertenecía a la faceta cuentística de mi infancia, inseparable de las construcciones confiteras de mi padre: el teatro de marionetas, el tren de juguete con las diminutas cabañas e iglesias de Odense, las antologías de Hans Christian Andersen lujosamente ilustradas que llenaban mis estantes. Mi escena favorita de *Oz* era esa en que Dorothy y sus compañeros despiertan de su sueño fatal en el Campo de las Amapolas Mortales y, cogidos del brazo, van dando saltos hacia las relucientes puertas de la Ciudad Esmeralda. Me emocionaba mucho la canción con que se liberaban, sin duda porque lo que yo ansiaba era liberación.

Estás fuera de los bosques,
estás fuera de la oscuridad,
estás fuera de la noche,

entra en el sol,
entra en la luz...

Contén la respiración,
contén tu corazón,
contén tu esperanza.
Ve hacia la puerta
y di que te abran...

Ahora creo que ese himno debería ser el de mi padre, la banda sonora de sus años sudamericanos. Cada vez que le decía a un judío húngaro expatriado que mi padre había vuelto a su patria, recibía invariablemente la misma respuesta horrorizada: «¿Cómo se le ha ocurrido volver a Hungría?» Yo tenía otra pregunta: ¿cómo se le ocurrió salir de Brasil? Había huido del matadero en que la identidad equivalía a una sentencia de muerte y aterrizado en uno de los lugares más libres del mundo. Había salido de un mundo de obligatorias y mortales clasificaciones raciales y llegado a una tierra sin ninguna. Si identidad es lo que queremos ser y no aquello de lo que no podemos escapar, entonces la llegada de mi padre a Río fue el comienzo de un período en que tuvo al alcance de la mano todas las posibilidades, laborales, religiosas, raciales y sexuales. Fue libre, más que libre. Podía emprender el vuelo. Las fantasías que había alimentado sobre sí mismo, el deseo que había impreso en el membrete de Jablonszky & Faludi –con un avión que volaba sin motor y un carrete de película proyectable– se habían hecho realidad. ¿Por qué renunció a esto?

Parece que hasta cierto punto fue por amor, porque se prendó de la única mujer que conoció en Estados Unidos, una chica infantil, una judía húngara que había sobrevivido a una marcha de la muerte y huido a Nueva York después de la guerra. «A menudo sentía ganas de llorar por no poder estar contigo», le escribió desde Río. «Créeme, eres la única persona con quien tengo un vínculo emocional serio.» En una carta incluyó una foto suya: el gallardo director de cine con chaqueta y lazo, enmarcando una foto con su trípode. «El tiempo, sin embargo, pasa sin darnos cuenta, porque siempre tengo mucho trabajo, y mientras somos jóvenes son posibles todos los entretenimientos, que, sin embargo, no alimentan el espíritu. Sabes que estoy adentrándome en una edad en que uno empieza a pensar en serio en el

matrimonio y la familia», un estado sobre el que filosofaba. «El hombre es un animal social y necesita familia y una pareja sexual. En el fondo no creo que sea posible tener una vida conyugal totalmente feliz con una mujer extranjera, educada en un medio diferente, aunque hay excepciones y uno también puede cambiar, como último recurso.»

O sea que se trataba de eso, de la añoranza de un futuro con una mujer de su mismo «medio», añoranza que a su vez contenía otra relativa a un pasado de preguerra ya desaparecido, milagrosamente conservado como una Árpádfalva en una selva brasileña. «¿Recuerdas todavía la fiesta de la cosecha, las vacaciones estivales y las temporadas invernales de esquí, Disznófó y Normafa? Aquellos eran buenos tiempos, con mucha variedad. Recuerdo que vosotros teníais un Skoda y nosotros un Renault, y una vez que estaba de vacaciones cerca del Balatón te invité a jugar conmigo a «golondrinas y amazonas» en un barco de vela de verdad, pero el espíritu de la época no admitía actos tan traviesos».

El último día de 1953 mi padre subió a un avión de la Braniff International con rumbo a Estados Unidos. Bajó del Cloudmaster DC-6 en el Aeropuerto Idlewild, muchas horas después, con una maleta en la que llevaba un esmoquin y un lazo. Era Nochevieja y había previsto entrar en 1954 con su amor. Ella, sin embargo, tenía otros planes para aquella noche: quería pasarla con su novio, un soldado americano. «Supongo que fue incapaz de resistirse a un americano de uniforme», me diría mi padre lánguidamente una noche en Buda. En cuestión de horas, el Cloudmaster de la Braniff lo había transportado de la expectación al desencanto, del polimorfismo irresponsable del Brasil de mediados del siglo xx a las delimitaciones de género de la América de posguerra.

Rubia, el loro de la cresta dorada, acompañó a mi padre a Estados Unidos. «Me obligaron a dejarlo en cuarentena, pero al final me lo devolvieron.» Por entonces, mi padre se había instalado en un deprimente estudio del oeste de Manhattan. «Estaba en el trabajo todo el día. El pobre bicho se quedaba completamente solo. Estaba acostumbrado a vivir en una galería soleada. Y ahora estaba todo el día encerrado en una habitación oscura, sin ruidos.» El pájaro languideció, dejó de imitar la voz femenina, luego dejó de comer. Mi padre llegó un día y se lo encontró muerto en la jaula.

19. LA TRANSFORMACIÓN DEL PACIENTE NO PRESENTA NINGUNA DUDA

–¿Qué es eso? –pregunté.

Otro día en el desván, en nuestras labores de costumbre, yo en la silla plegable, con el cuaderno abierto, mi padre presidiendo la velada desde el otro lado de la mesa, hojeando una carpeta de cartulina, etiquetada «Cambios». Contenía los papeles de la operación, incluida la carta por la que acababa de preguntarle, dos páginas de texto en húngaro a un solo espacio con un símbolo médico de aspecto oficial en la parte superior, por encima del encabezamiento:

Pszichológiai vélemény

Név: Faludi István Károly

Szül.: 1927.11.01

Una «opinión psicológica», el nombre de mi padre y la fecha de su nacimiento.

Emitió un ruido desdeñoso.

–Solo son datos biográficos. Cosas que le conté a la doctora. –Pasó a la página siguiente y leyó a toda velocidad–. Esto no vale nada. –Tiró la carta a un lado–. Esa psicóloga no sabía de lo que hablaba.

–O sea que esto es... ¿qué?

–Una idiotez. Nada relevante.

–¿No es una de las cartas que entregaste al cirujano? –Me refería a una de las dos importantísimas cartas exigidas por los Estándares de Atención Harry Benjamin, los protocolos originalmente ideados por «el padre del transexualismo» en los años sesenta para el tratamiento de los transexuales y que luego pasaron a ser Estándares de Atención de la Asociación Internacional de Profesionales en Salud Trans. Dichos estándares exigían

evaluaciones escritas de dos profesionales en salud mental independientes, para determinar que el paciente podía someterse a la operación.

–Ya te lo he dicho, no es relevante. –Cogí la carta y miré los indescifrables caracteres–. Al principio tenía intención de que me operasen el 1 de noviembre –añadió mientras seguía inspeccionando la carpeta–. Por mi cumpleaños. Para que fuera un renacimiento. –Pero la costumbre es someterse a un año de tratamiento hormonal antes de ir al quirófano y mi padre apenas había empezado ese tratamiento–. O sea que ahora mi cumpleaños es el 7 de mayo. ¡Ajá! –Había encontrado lo que buscaba. Era un documento que deseaba que yo inspeccionase: en cuanto lo sacara de su envoltorio protector. La extracción tardó un rato: estaba dentro de una funda de plástico, dentro de una carpeta de tapas duras, cerrada con gomas elásticas. Parecía una especie de diploma–. ¡Precioso! –exclamó, alargándomelo con un floreo de la mano y luego mirándolo por encima de mi hombro–. ¿Te percatas de lo bonito y oficial que es? Y con ese sello. –Señaló el dibujo de una cruz azul médica que flotaba sobre olas marinas de color azul–. Firmado por el propio doctor Sanguan Kunaporn. ¡El gran mago! –El documento tenía el título en inglés y en mayúsculas, «CERTIFICADO MÉDICO POSOPERATORIO». El contenido, también en inglés, estaba escrito a máquina con cierto descuido, no sabía si por desconocer el idioma o por haberlo escrito muy deprisa. Decía como sigue:

22 de mayo de 2004

A quien pueda interesar:

Se certifica por la presente que el SEÑOR ISTVÁN FALUDI, nacido el 1 de noviembre de 1937, N.H. 05-04 009626, estuvo ingresado en este hospital desde el 6 de mayo hasta el 22 de mayo de 2004. Se sometió a una operación irreversible en dos etapas, con reasignación de sexo de varón a mujer, el 7 de mayo de 2004, en el Hospital Bangkok Phuket, de Phuket, Tailandia. La operación se completó satisfactoriamente. Se extirpó todo el aparato genital masculino, incluidos los testículos, y el SEÑOR ISTVÁN tiene ahora genitales femeninos externos, a saber, labios mayores, labios menores, clítoris y conducto vaginal. Está ya en condiciones de adoptar el género femenino.

Atentamente,

Sanguan Kunaporn, D. M.
Cert. Centro de Cirugía Plástica y
Reconstructiva de Tailandia

–¿Mil novecientos treinta y siete? –pregunté.

–Síiii –mi padre había falseado su fecha de nacimiento en los registros médicos, quitándose un decenio–, habrían podido negarse a operar a una persona de mi edad.

Volvió al archivador en busca de más carpetas. Yo volví a enfrascarme en la desechada carta de la psicóloga que «no sabía de qué estaba hablando». Levanté la cabeza. Mi padre estaba de espaldas a mí. Me quedé mirando la carta.

¿Quién era yo en aquel momento? ¿Una periodista que husmeaba en los asuntos de su propia familia? ¿Una hija de su padre que hacía gala de la misma astucia y furtividad? ¿Una vulgar ladrona? Yo no lo habría aprobado en mi vida profesional. Sin embargo, mientras me acercaba la carta silenciosamente por encima de la mesa, ya estaba formulando mi excusa: ¿Crees que puedes cambiar tu historia? Muy bien. Yo trato de documentar la mía.

–¡Susaaan! –Mi padre estaba al pie de la escalera–. ¡Susaan! –Me había retirado a mi habitación con un libro, para estar cinco minutos sola. Pero entonces tocaron diana–: ¡Susaaan! ¡Ven! Quiero que veas esto.

–¿Ver qué?

–Tú baja. Está en la pantalla.

Temía las reuniones ante su monitor porque nunca sabía qué obsesiones aparecerían en él: sus películas favoritas de Leni Riefenstahl, sus películas favoritas sobre alpinismo, sus películas favoritas de Leni Riefenstahl de tema alpinista, sus producciones wagnerianas favoritas, sus hagiografías favoritas de mártires húngaros, sus vídeos favoritos de la NASA sobre aterrizajes simulados en Marte.

–¡Susaaan! ¡Ven y mira!

Me estaba esperando en el vestíbulo, con el albornoz de Caperucita Roja. La seguí a regañadientes hacia la sala.

–Siéntate ahí –dijo señalándome con el mando a distancia una butaca de cine de cuero sintético. Se sentó en otra y pulsó el botón de «play». No ocurrió nada, lo cual no era raro. Se acercó al obstinado magnetoscopio y se puso a girar botones, a tirar de cables y finalmente miró la ranura del vídeo con ayuda de una linterna.

–Funcionaba hace un segundo. –Pausa–. ¿Has tocado el mando a

distancia?

–¡Pero si acabo de llegar!

–Bueeeeno, pues no lo toques. –Miró la parte posterior del aparato–. Ah, espera, espera, puede que tengamos que pasar del canal 3 al canal 4. –Me armé de valor y esperé el chaparrón de palabras–. Vale, no, no, espera, puede que el cable esté mal enchufado. Sí, tiene que ser eso. No, sí, bueeeeno... Aajáaa. Muy bien, este va conectado a «Salida», si lo cambiamos a «Entrada», entonces es el otro cable el que tiene que...

–Creo que lo que tienes que hacer es pulsar el botón «VCR» del mando a distancia.

–No, *queriida*, el problema no es ese. –Siguió una maniobra dilatoria sobre las complicaciones de los enchufes de entrada y salida de audio y vídeo.

Me puse en movimiento y pulsé el botón «VCR». La pantalla se iluminó. Mi padre me miró con expresión de duda y tomó asiento.

En la pantalla había una sala de operaciones. La cámara trazó una panorámica y luego acercó el objetivo a media distancia. Había una operación en curso. La de mi padre.

–No quiero ver esto.

–Está bien hecha. Mandé una copia a mi endocrinólogo y le pareció muy interesante.

Le dije que me daba igual.

–Te repito que no quiero verlo.

Pero me quedé mirando de todos modos. Solo se me ocurrió pensar en un programa televisivo de recetas culinarias, Julia Child con bata y gorro de cirujano: «Abrimos el pescado en sentido longitudinal. Cortamos en filetes con un cuchillo pequeño muy afilado. Apartamos la piel para más adelante...» Seguro que Julia salía en pantalla después de tomarse por lo menos un buen trago.

Al cabo de unos minutos me puse a mirar el suelo.

–¡No estás mirando!

Levanté la cabeza con los ojos entornados. Lo cual no me impidió oír la banda sonora, un «inspirador» popurrí ligero que se repetía cada diez segundos.

–Es rock tailandés –dijo mi padre–. Ellos me lo pusieron. –«Ellos», es decir, el personal del hospital tailandés que había accedido, a petición de mi

padre, a grabar la intervención quirúrgica con el equipo de ella—. Ellos solo se encargaron de la iluminación.

La película se acabó. Me levanté y abandoné la sala.

Mi padre eligió operarse en Tailandia sobre todo por el precio: ocho mil dólares, la tercera parte de lo que costaba en Europa y en Estados Unidos. Localizó al doctor Sanguan Kunaporn, un cirujano de cambio de sexo del Hospital Bangkok Phuket, en el mismo lugar donde había conseguido casi todo lo que sabía sobre los pasos previos a las operaciones y sobre transexualidad: Internet.

Un chófer del hospital recogió a mi padre en el aeropuerto. Steven llevaba mucho equipaje. Además de su amplio guardarropa doble –ropas de hombre para el antes, ropas de mujer para el después–, arrastraba todo el cargamento que después despertaría la alarma de los huéspedes del Nido de Melanie: cámaras fotográficas, un trípode, una videocámara, un ordenador, un reproductor de DVD y una maleta llena de grabaciones de películas, música y óperas: *El submarino*, *Otelo*, *Don Carlos*, *El rapto del serrallo*, *El país de las sonrisas...*

–¿*El país de las sonrisas*?

–Una opereta de Franz Lehár. *Das Land des Lächelns*. –Me resumió el argumento: una condesa vienesa se casa con un príncipe chino, pero huye del palacio cuando se entera de que él debe casarse con más mujeres; el príncipe está desconsolado, pero se atiene a la costumbre local: «Pase lo que pase, ¡sonríe siempre!, “*Immer nur lächeln!*”» Lehár era húngaro.

El mensaje de la opereta no era muy húngaro. Durante mi visita a Budapest había acabado reconociendo cierta melancolía hosca en la personalidad húngara. (Conocido uno, conocidos todos.) Como decía la vieja máxima, «*Sírva vigad a magyar*», «Los magiares se alegran tristemente». Si los países se conocieran por sus gestos, Hungría sería *Das Land* del huraño encogimiento de hombros.

–Llaman a Tailandia «El país de las sonrisas» –dijo mi padre–, y es verdad. La gente siempre sonríe.

–Eso es bonito.

–Bueeeno, no hay que fiarse... Pero saben fingir. –Todo un elogio, viniendo de mi padre.

La tarde que llegó, se puso a buscar un monasterio budista. «Quería que me bendijera un monje.» Encontró un templo cercano, pero le dijeron que los monjes estaban muy ocupados. Mi padre llegó a la conclusión de que habría tenido que confiar en las bendiciones de otra religión. «Antes de irme le dije a Ilonka que rezara por mí en la iglesia.»

Tras hacerse un electrocardiograma y someterse a una prueba ergométrica, dejó los bártulos en una de las «habitaciones privadas decoradas con gusto» o «suites para VIP», como las anunciaban los folletos publicitarios del hospital. Dejó el ordenador en la mesilla de noche. El folleto también elogiaba el excelente servicio de Internet, pero él no consiguió conectar y el personal del hospital no le fue muy útil.

«Se limitaban a sonreír», dijo mi padre, y le sugirieron que el servidor tal vez estuviera apagado. Al parecer, no se encendía nunca. Mi padre en enfadó al principio, pero al rato llegó a la conclusión de que no importaba. «No había nadie a quien necesitara enviar un correo electrónico.»

A las ocho de la tarde se presentó en su habitación el doctor Sanguan para hablar de la logística. La operación, le dijo, tenía dos fases. La Fase Uno, una intervención de ocho horas, empezaría a la mañana siguiente: se le aumentaría el pecho y luego se pasaría a la «vaginoplastia» (formación del conducto vaginal), la «penectomía» (extirpación del pene), la «orquiectomía» (extirpación de los testículos), la «labioplastia» (formación del clítoris, el prepucio del clítoris y los labios menores) y la «uretroplastia» (formación de una uretra nueva). El doctor Sanguan estaba especializado en la cirugía del cambio de varón a mujer. Repasó los procedimientos con mi padre: se recogen los tejidos y nervios del pene y el prepucio y se forman con ellos los órganos sexuales femeninos. El glande pasa a ser el «neoclítoris»; la base del pene, la sección interior de los labios menores. El escroto se guarda; luego se despelleja y se pone la piel en hielo, o, como dice la literatura que proporciona el hospital, «se mantiene refrigerada a cuatro grados centígrados, temperatura a la que permanece en buen estado hasta tres semanas».

Siete días después de la Fase Uno tiene lugar la Fase Dos, el injerto de piel para forrar el conducto vaginal. Se saca del frigorífico del hospital la piel del escroto, se limpia totalmente de folículos, «para evitar que crezca pelo dentro de la vagina». El doctor Sanguan dijo que injertando la piel del pene y el escroto era capaz de formar una «neovagina», con una profundidad de entre

diez y doce centímetros, aunque a veces «no había suficiente piel» y entonces había que recurrir a otras opciones.

–¿No hay suficiente piel? –pregunté.

–Por ejemplo, si te han circuncidado –dijo mi padre.

Si había que coger piel adicional, el paciente podía someterse a uno de tres procedimientos, a cuál más delicado. Se detallan en el sitio web del doctor Sanguan. El menos invasivo es un «injerto de piel completa»: el cirujano corta carne «sobrante» del estómago del paciente, o de la cadera, o de la ingle. Pero a veces no basta este método y el cirujano tiene que recurrir a la opción dos, un «injerto de piel seccionada», para el que el cirujano tiene que hacer un corte más profundo en los muslos o las nalgas del paciente, dejando una cicatriz de entre «cincuenta y cien centímetros cuadrados» que parece una «raspatura profunda o una quemadura». En ocasiones tampoco sirve esta solución y en ese caso se le pide al paciente que espere seis meses y vuelva para someterse a una «colovaginoplastia secundaria»: se extirpa una sección del intestino del paciente y se cose a la neovagina. Según la literatura del doctor Sanguan, el paciente acaba con «una cicatriz parecida a la de las mujeres que han dado a luz mediante corte cesáreo [*sic*]». El procedimiento puede tener numerosas «complicaciones», entre ellas la «dehiscencia de anastomosis» (fuga intestinal por rotura del tejido, que puede causar infecciones mortales), las «fístulas» (otra afección peligrosa por la que se forman pequeños conductos entre órganos que no deberían estar conectados, como el colon y la vejiga) y en determinados casos la «colostomía temporal resulta inevitable».

El doctor Sanguan se salta estos detalles en el vídeo informativo que vi en YouTube, para dar fe de su capacidad como cirujano de cambio de sexo. (Cuando se subió, en 2010, había operado a más de setecientos varones que querían ser mujeres.) «Quedará usted contenta», asegura a los clientes en potencia en un inglés titubeante. «Volverá con una cara hermosa, un cuerpo hermoso, pechos hermosos, por muy poco precio, solo unos miles de dólares, ni siquiera diez mil. [...] Por favor, venga a Phuket con toda confianza para someterse a la operación que siempre ha soñado.»

La noche previa a la operación, dijo mi padre, el doctor Sanguan le hizo algunas preguntas generales sobre su salud. Luego cogió una caja de plástico y puso su contenido en una bandeja: discos de gelatina para implantes pectorales, ordenados por tamaño ascendente. Mi padre eligió el mayor.

–Había llevado a Indonesia un sostén acolchado que solía rellenar para que parecieran más grandes –me dijo–. Incluso tenía un Victoria’s Secret muy bonito, rosa brillante. Pero después de la operación todos me quedaban estrechísimos. –Me miró de soslayo–. Podrías usarlos tú. –Le dije que no–. Si se quedan muertos de risa en un cajón, sería tirar el dinero. Llévate los a casa.

–¡No!

La mañana del 7 de mayo, los enfermeros lo llevaron en silla de ruedas al quirófano del ala de cirugía plástica del Hospital Bangkok Phuket. Despertó en una sala de recuperación, unas diez horas más tarde. Estaba inmovilizada, con catéteres, con muchos dolores y sola.

«No apareció nadie. La cama era muy dura.» Le dolía tanto la espalda que le parecía estar acostada sobre piedras. Cuando se presentó finalmente una enfermera, le suplicó que le buscara otro colchón.

La Fase Dos, que empezó siete días después, tenía que consistir, en teoría, en una operación más sencilla. Ni siquiera requirió anestesia general, solo local.

Mi padre yacía tendida y bañada por la luz de los focos, dormida de cintura para abajo. Cuando levantó la cabeza, vio al doctor Sanguan a los pies de la mesa de operaciones quitando el vello de lo que había sido su escroto.

«Estoy allí, bajo aquellas lámparas cegadoras», contaba mi padre, recordando en tiempo presente, como si aún continuara el suceso, como si no pudiera impedir que prosiguiera. «Todos hacen su trabajo a mi alrededor. Nadie me dice una palabra. Y de pronto tengo una horrible sensación. Es la conciencia de algo horrible. Nadie puede verme. He desaparecido. *Puede que haya muerto.*» Al cabo del rato, sus ojos aterrorizados llaman la atención de una enfermera. Le dijo a mi padre que respirase con lentitud y profundidad, y le arregló las almohadas para que no mirase fijamente las lámparas. Poco a poco remitió el pánico. Luego le preguntó a otra enfermera por aquella sensación. «Me explicó que probablemente era una reacción por no sentir nada por debajo de la cintura. Me dijo: “Es como si la mitad de usted no estuviera ahí.”»

Me enseñó una foto suya, tomada días después de la segunda operación. Está acostada de costado, con una bata de hospital, su cara con un brillo céreo. Mira a la cámara con una semisonrisa crispada.

Al cabo de una semana, el doctor Sanguan apareció con malas noticias: el tejido del pene no bastaba para formar los genitales femeninos. Le dijo a mi

padre que cuando transcurrieran varios meses tendría que volver para trasplantar un «injerto de piel completa». En el ínterin, tendría que buscar en Phuket un lugar donde esperar. Y así fue como mi padre acabó quedándose en el Nido de Melanie.

Los demás huéspedes de Melanie tenían la mitad de años que él.

–Una llegó con un novio ¡y un anillo de compromiso! Y había otra que era una auténtica llorona, gemía todo el tiempo. –Otra que llegó más tarde tenía buenos motivos para llorar. Su vaginoplastia había salido mal; el tejido de su escroto se había descongelado durante un apagón que había sufrido el hospital. Tenía que volver para empezar desde el principio–. El más joven..., la más joven no paraba de contar que le había dicho a su psiquiatra que ella solo quería ser una mujer como su madre, una mujer *dependiente*. Quería ser una buena ama de casa y prepararle bocadillos al marido. Dijo que ya había elegido el vestido de novia.

–¿Y al novio?

–Bueeeno. –Mi padre puso los ojos en blanco–. El tío..., la tía decía que pensaba en un par de tipos allá en su ciudad. Pero también decía que tenía la impresión de que gustaba a un enfermero del hospital, o sea que a lo mejor se fugaba con él. Lo más seguro es que el enfermero tratara de ser amable con ella sin segundas intenciones.

El país de las sonrisas.

El nuevo trasplante de piel funcionó y, al cabo de diez días de reposo, le dijeron a mi padre que podía volver a casa y empezar «una nueva vida».

–Te lo dije –repitió–. Es *irrelevante*.

Habíamos vuelto a su despacho, bajo el alero. Y le había preguntado por la psicóloga cuya carta no se había entregado, cuya carta me había guardado yo en el bolso de mano.

–¿Por qué?

–No la mandé. –Un gesto de rechazo con la mano–. No había necesidad. El otro terapeuta era de una categoría superior. Era catedrático de universidad.

El otro terapeuta, catedrático de psicoterapia de la Universidad Semmelweis, era el segundo profesional en salud mental al que había recurrido mi padre para que le hiciera una evaluación. Y aquel hombre había dado el visto bueno a la operación.

–Pero ¿no necesitabas *dos* evaluaciones?

–La psicóloga, la primera, era una comecocos –prosiguió mi padre, sin hacerme caso–. Tuve que verla en un centro psiquiátrico. Lleno de vieejas que se arrastraban en albornoz. Un lugar fuera de la ciudad. Seguramente trabajaba allí porque no era eficaz.

–¿Y qué pasó?

–Me hizo muchas preguntas. Pero no sabía de lo que hablaba. –Más bien era que a mi padre no le había gustado lo que la psiquiatra le había dicho.

Fue al archivador y volvió a sacar la carpeta de «Cambios». Esperaba que no se pusiera a buscar la carta que le había birlado. Sacó un breve oficio escrito a máquina y me lo alargó poniendo cara de «te lo dije».

–Esta es la que importa. El doctor Simon es la autoridad que cuenta. –El doctor Lajos Simon, el catedrático de la Semmelweis.

–¿Y qué opinaba el doctor Simon de la carta de la psicóloga?

–Me dijo que me crearía problemas.

–¿Porque ella no te consideraba apto para la operación?

–Bueeeno, creo que el doctor Simon sabía que la comecocos estaba un poco mal de la cabeza.

Desplegó el oficio de Simon y me lo tradujo.

El paciente decidió hace tres años que quería operarse para ser mujer. Hace dos años el paciente empezó en Viena el tratamiento con hormonas femeninas.

–Bueeeno, técnicamente solo fueron nueve meses –señaló mi padre. No el año de terapia hormonal que es lo mínimo recomendado por los Estándares de Atención.

... Según me ha informado el paciente, desde la infancia ha tenido la costumbre de vestirse de mujer.

–¿Lo ves? *Ha tenido la costumbre*. Eso es lo que había que decir.

–Pero ¿es verdad?

–Tal vez. Sí, un poco. Lo dije, pero es que es veeerdad.

Reanudó la traducción.

El paciente ha llevado una vida conyugal convencional. Me ha informado de que tiene dos hijos que gozan de buena salud. Se divorció en 1973 y desde entonces ha vivido solo

en Estados Unidos y Hungría. En todo este tiempo ha tenido relaciones heterosexuales regulares.

–En realidad –dijo–, sería más exacto decir que en todo aquel tiempo no tuve ninguna clase de relación sexual. –Y sería más exacto puntualizar que se había divorciado en 1977. El informe continuaba diciendo:

... además, se ha puesto ropa femenina en público, desempeñando papeles femeninos en determinadas circunstancias.

Me pregunté a qué «determinadas circunstancias» se referiría. Los Estándares de Atención estipulan que los candidatos a la reasignación de sexo deben haber vivido «ininterrumpidamente» y durante un plazo mínimo de un año como miembros del género opuesto antes de pasar a la cirugía, período al que coloquialmente se remite como «EVR, es decir, Experiencia de Vida Real.

–¿Cumpliste tú ese requisito? –pregunté.

–Bueeno, a veces, en casa, cuando me hacía fotos.

–Quiero decir en la vida pública, como «Experiencia de Vida Real» –dije. Meditó unos momentos.

–Una vez, en Viena, me puse un vestido para ir a un restaurante.

–¿Y?

–Y estuve muy convincente. El camarero dijo: «*Ja, meine gnädige Frau!* Le serviré el *Wienerschnitzel* inmediatamente!»

–Pero ¿no tenías que...?

–Mira –me interrumpió–, esto es lo importante. –Me señaló las palabras que había hacia el final de la página, debajo de *Vélemény* (Opinión), *Transsexualismus, F64.0*–. Lo que dice es que la conclusión a la que han llegado los psicólogos tras el examen personal del paciente es que el paciente sufre una crisis de identidad transexual.

–Pero la primera psicóloga no llegó a esa conclusión.

–Eso es *irrelevante* –replicó mi padre–. Mi psicólogo era el doctor Simon.

–¿Lo veías habitualmente?

–Solo para conseguir la carta. Yo no necesito ninguna clase de psiquiatría. Fui a verlo, no sé, tres o cuatro veces, pero las demás fueron visitas amistosas. Era un buen hombre, y además divertido.

–¿Ah?

–Cuando me acompañó a la sala de espera, había una mujer sentada y yo le dije: «*Kezét csókolom.*» –Beso a usted la mano–. El doctor Simon se echó a reír y dijo: «¡Tiene usted mucho que aprender!»

Volví a mirar la carta del doctor Simon. Era incapaz de descifrar el húngaro, pero sí me enteré de la fecha: «2004, Július 8».

–Pero esto se escribió... dos meses *después* de la operación.

Se tomó su tiempo para responder.

–La escribió cuando volví de Tailandia. Para el Libro Materno. –El registro civil húngaro–. De ese modo, mi cambio de nombre figuraría en la partida de nacimiento.

Como la Reina Roja, pensé: primero la sentencia, el veredicto después.

–Mira, lo dice aquí claramente. –Mi padre tradujo el último párrafo de la carta:

El paciente no tiene en la actualidad órganos sexuales masculinos. Pero tiene órganos femeninos bien formados. La petición de cambio de nombre está justificada y recomiendo que se acepte la petición.

–Pero...

–Le di al doctor Simon algún dinero. Diez mil forintos. Además de sus honorarios. –Que ascendían a ocho mil forintos. Una propina del ciento veinticinco por ciento. Un generoso «pago adicional».

–Así que no tenías la carta del doctor Simon antes de la operación.

–Exacto.

–Y tampoco enviaste la carta de la psicóloga.

–Exacto.

–Entonces, ¿cómo fuiste capaz de pedir la operación?

–¡Aaah! –Giró la silla para encarar el ordenador y se puso a abrir archivos con el ratón–. ¿Ves?

En la pantalla había un cruce de e-mails, en inglés.

26 de febrero de 2003

De: Steven C. Faludi

A: Dr. Sanguan Kunaporn:

La información de su página web es muy clara. Además me gustaría saber cuál es la preparación mínima exigida para la CRS [Cirugía Reasignadora de Sexo], dado que en

Hungría los análisis psicológicos y médicos no son tan asequibles como, por ejemplo, en Estados Unidos. Soy una persona mayor y gozo de excelente salud.

Y la respuesta:

14 de marzo de 2003

Apreciado Steven

Gracias por su correo.

Entiendo su limitación. ¿Hay alguien cercano a usted, como su esposa o sus amistades, que puedan escribirme para hablarme de su transición? Además, necesito fotos tuyas. ¿Vive en todo momento como mujer y tiene hormonas femeninas o no?

Saludos

Sanguan Kunaporn

Años después, el doctor Sanguan y yo hablamos por teléfono varias veces y cruzamos correos electrónicos, y tuvo ocasión de darme detalles sobre sus procedimientos y protocolos. Según me dijo, antes de 2009, año en que la Sociedad Médica de Tailandia hizo más estrictas las reglas, ofrecía cirugía de cambio de sexo a pacientes tailandeses, basándose en su propio criterio, pero con «TS [transexuales] extranjeros prefería seguir el criterio de Harry Benjamin. [...] Así que les pedía que me mandaran una carta de conformidad de su psiquiatra o terapeuta antes de aceptarlos como candidatos a la intervención». Con una excepción: algunas personas, incluso las que habían vivido y sido aceptadas como pertenecientes al otro género durante mucho tiempo, «tenían dificultades para que el psiquiatra les diera la carta». El doctor Sanguan añadió: «Estas personas no habrían tenido paz hasta la muerte porque no habrían tenido posibilidades de ser operadas en su país. Así que yo cedía un poco por humanidad hacia estas personas, y si sus amistades o parientes cercanos me enviaban una carta, entonces me planteaba la posibilidad de operarlas, aun cuando acabara en los tribunales si ocurría algo inesperado después.»

Mi padre se aprovechó del humanitarismo del doctor Sanguan.

–Así que me dije que *Ilonka* podía ser una de esas amistades. –Pulsó algunas teclas más en el ordenador–. ¿Ves?

Miré por encima de su hombro. En la pantalla había una carta en letra cursiva. Mi padre se la había enviado al cirujano por correo electrónico – desde su propia dirección de e-mail– el 23 de marzo de 2003:

Apreciado Sr. Kunaporn:

Le escribo esta carta para recomendarle a la Sra. Stephanie Faludi, a la que conozco desde 1989, año en que vino a vivir a Hungría. En aquella época era hombre y alpinista. Yo lo he ayudado desde que se mudó a su nueva casa. Hemos trabado una estrecha relación que ha durado todos estos años. Como soy casada, solo podía ver a Steven una vez a la semana, pero salíamos en múltiples ocasiones, también en las vacaciones estivales. Siempre adoptaba el papel femenino y se vestía de mujer. A mí no me importaba. Estos dos últimos años nos hemos unido a un Club Transexual de Viena, Austria, y hemos ido juntas a sus veladas, bailes, excursiones campestres y viajes, que a mí me han gustado mucho. Recientemente hemos hablado de la posibilidad de un cambio de género para él, cosa que se está planteando actualmente. Cuando Stephanie está en un país extranjero, siempre se viste de mujer y se hace pasar por tal sin problemas. Su salud es buena y espero que siga bien en el futuro. Cordiales saludos de Ilonka.

Leí la carta de corrido. Al igual que los correos electrónicos cambiados entre mi padre y el cirujano, estaba en inglés. Mi padre me sonrió con satisfacción. El gato que se comió el ratón. Ilonka no sabe inglés.

–La escribí yo. Y también la firmé.

–Eso es...

–¿Has visto que está en cursiva? Así parece más femenina. –La consideraba obra suya–. Está muy bien escrita. Es *mi* literatura. –Luego–. Soy un impostor. ¡Pero de los buenos!

–¿El doctor Sanguan creyó que era auténtica?

–Se limitó a responder: ¿Sabe ella que después de su operación no podrán tener ustedes relaciones sexuales como hombre y mujer? «Ilonka» contestó a su vez, asegurando al doctor que no le importaba. Dos días más tarde, el doctor Sanguan me envió un correo electrónico con la buena noticia: «Lo acepto como candidato a la operación.»

Un detalle de sus falsificaciones estuvo a punto de estallar en la cara. Para cambiar su partida de nacimiento y su pasaporte, mi padre tenía que mandar el Certificado Médico Postoperatorio –el costoso documento médico con el sello de la cruz azul– como prueba de la existencia del nuevo sexo. Pero como mi padre había mentido sobre su edad real, entre la fecha de nacimiento que daba el documento y la partida de nacimiento original había una diferencia de diez años. En consecuencia, no tuvo más remedio que perpetrar otra falsificación.

–Hice una copia preciosa, a todo color –dijo. Rebuscó una vez más en la

carpeta de «Cambios» y me enseñó la versión modificada del certificado del doctor Sanguan—. El sello azul me salió perfecto. Nadie habría encontrado ninguna diferencia.

La diferencia era que la fecha de nacimiento decía ahora «nacido el 1 de noviembre de 1927». Se habían reproducido incluso los espacios en blanco del oficio original.

Mi padre se quedó mirando la frase final del documento y la leyó en voz alta con lenta complacencia.

–«Está—ya—en—con-di-cio-nes—de—a-dop-tar—el—géne-ro—fe-me-ni-no.» Como en *El mago de Oz* —dijo mi padre.

–¿Ah, sí?

–Cuando la casa cae sobre la Bruja Mala del Este y el juez lee el resultado de la investigación. —El juez de Pequeñilandia, cuyo veredicto tarareaba mi padre de memoria en aquel momento, fingiendo una aguda nasalidad:

Y no solo está simplemente muerta,
¡está real y fidedignísimamente muerta!

–¿La bruja es tu antiguo yo? —pregunté.

No hubo respuesta.

Si mi padre había elegido a Steven para representar el papel de la bruja en el cuento de hadas de su vida, ¿quién era Stefánie? Tenía un presentimiento. El primer aniversario de su operación me mandó un e-mail y un enlace con un libro que me recomendaba comprar, una nueva biografía de Hans Christian Andersen. La nota venía firmada: «Besos de Stefánie», y al lado de su nombre se había pegado una foto: una foto de un cisne.

«Ahora está en condiciones de adoptar el género femenino.» Devolví el certificado a mi padre, que lo leyó una vez más antes de introducirlo de nuevo en la funda de plástico y luego en la carpeta de tapas duras cerradas con gomas elásticas. Lo guardaba de aquel modo, aclaró, para impedir que «se dañara».

–Cuando volví de Tailandia, lo llevaba en el bolso de mano. —Lo llevó allí durante meses—. Por si acaso.

–¿Por si acaso qué?

–Es importante llevar encima los papeles verdaderos. De lo contrario, puedes tener problemas.

¿Qué clase de problemas?, le pregunté. Por segunda vez en su vida, deambulaba por Budapest con un documento de identidad falsificado.

Me dedicó uno de sus encogimientos de hombros a la húngara y cambió de conversación.

Ya en Estados Unidos, envié a un amigo que sabe de informática el informe psicológico que le había robado a mi padre. Se había ofrecido a aplicar al documento un programa de traducción automática. Estos programas estaban entonces en sus comienzos, pero había encontrado en Internet uno que afirmaba convertir el magiar en inglés.

«Puaf», escribió en el e-mail que me envió con la traducción. «Vaya palo.»

Palo, sí, pero palo de ciego: un barboteo de tonterías con ocasionales palabras inglesas que formaban frases incomprensibles.

Raspa espondeo, raspa kerdesekre valaszolva cuenta, que novela ama personalidades operaltatni. [...]

Hazassagukat Jonathan ellos conservaban, pues contra él salsa prohibición fugitivo alpaca [...]

Kisgyerekkent muy flojo había sido, pelea sin amor...

Puede que hubiera sido un error elegir un programa con el nombre de la codificación más impenetrable del mundo. El programa se llamaba Enigma, probablemente por el aparato alemán que cifraba y descifraba el código secreto de los nazis. Seguí leyendo:

Gannet jo módulo, judíos allí habían estado. Pero no hay. [...] EL engañar trance szexualisokkal alakított que conecta esta vez informando el símil húngaro kozossegekkel. Sobre tu hijo elhatarozasarol no podría ugy pensar en...

Unas semanas después llamé al viejo condiscípulo de mi padre, el cirujano y anestesista Otto Szekely. Nos vimos en una cafetería del centro de Portland. Mientras comíamos hablamos de las ocupaciones que había tenido después de la jubilación: asistía en la universidad local a un curso sobre el teatro renacentista y estudiaba los últimos hallazgos en genética. Recientemente había participado en las ceremonias inaugurales del monumento al

Holocausto, allí en Portland, colocando el nombre de su padre y su hermana entre los inscritos en la pared del monumento.

–Era una forma de honrarlos y por eso lo hice.

Durante la sobremesa, mientras saboreábamos el café, saqué del bolso el documento robado y lo puse encima de la mesa.

–¿Podría traducírmelo?

Otto se quedó mirando el tema anunciado en el encabezamiento de la página:

Pszichológiai vélemény

Név: Faludi István Károly

Szül.: 1927.11.01

Otto leyó las dos páginas en silencio. Levantó la cabeza y me miró por encima de las gafas frunciendo el ceño con desaprobación. Se me ocurrió que podía estar escandalizado por haberme llevado la carta, pero no era eso.

–Está escrito muy a la alemana –dijo–. Es un húngaro defectuoso. –Y se puso a traducir–. Parte I de la evaluación. El psicólogo la ha titulado «Exploración».

–La psicóloga –dije.

–¿Qué?

–Que es una psicóloga, una mujer. –Puede que se tratara de la típica confusión húngara de los pronombres personales.

Bajo el epígrafe «Exploración», la psicóloga había escrito lo siguiente sobre mi padre: «Varón vestido convencionalmente, con algo de femenino. Responde a las preguntas con espontaneidad parcial. Le gustaría someterse a una intervención quirúrgica para cambiar de sexo y ser mujer. [...] Fantasea con eso desde hace mucho, pero no ha podido realizarlo por culpa de la responsabilidad económica que tiene con sus hijos.»

–Qué más hubiera querido él –solté entre dientes. Yo me había pagado la universidad, con la ayuda de una beca de la Fundación Nacional Elks y un préstamo del Estado, y con el apoyo de mi madre. Mi padre no había aportado ni un centavo–. ¿Responsabilidad?

El ceño de Otto se acentuó. Siguió leyendo: «Sus padres fueron judíos acomodados. Durante la guerra se unió a la resistencia y de ese modo

consiguió papeles falsos y salvó a sus padres y a sí mismo. Sus padres, con el tiempo, emigraron a Israel y allí murieron.»

Otto se introdujo el dedo tras las gafas y se frotó los ojos.

–No creo que sea judío.

–¿Quién?

–*La psicóloga.* –Parpadeé sorprendida. Yo preguntaba por la identidad de género de mi padre y Otto especulaba sobre la identidad religiosa de la comecocos–. Y esto se ha simplificado mucho –añadió–. Esta idea de que «se unió» a la «resistencia». Esa psicóloga no comprende la situación de los judíos húngaros.

Se subió las gafas por el puente de la nariz y prosiguió la lectura: «La relación con sus padres fue buena. De pequeño era muy niña. No le gustaba pelear. Evitaba las actividades de los chicos. En secreto se ponía prendas de su madre. La criada también lo vestía de niña con frecuencia.»

Otto levantó la cabeza y cambiamos una mirada en silencio.

La «Exploración» pasaba al galope por la biografía de mi padre: sus dos años en Dinamarca, los cinco que pasó en Brasil, la emigración a Estados Unidos en 1953. «En 1957, dice que se casó con una joven estadounidense de origen alemán.»

¿De origen alemán? Un abuelo de mi madre era alemán. ¿Era así como la veía mi padre? Me pregunté por qué la psicóloga encontraba significativo este detalle, tanto como para incluirlo en un documento de página y media de longitud.

Otto continuó: «Tuvieron dos hijos. Él pensaba que el matrimonio era bueno, pero a pesar de eso su mujer se divorció de él. Él dice que todavía no sabe el motivo del divorcio. [...] Piensa que su relación con los hijos es buena, y a pesar de la distancia geográfica que los separa, están en contacto.»

Otto tradujo el último párrafo de la «Exploración»:

Desde el punto de vista sexual, siempre se ha sentido atraído por las mujeres. Solo tiene relaciones sexuales con mujeres. Hasta comenzar el tratamiento hormonal, llevaba una vida heterosexual activa. Sin embargo, mientras estuvo casado, a veces se ponía en secreto la ropa de su mujer. [...] No sabe si después del cambio de sexo se sentirá atraído por los hombres o por las mujeres.

La Parte II se titulaba «Reconocimiento». Exponía los resultados de las

diversas pruebas psicológicas y de personalidad que habían hecho a mi padre, incluido –¡qué pintoresco!– un test de Rorschach.

Las pruebas no revelan indicios de psicosis ni de extravagancia o agresividad. Sin embargo, se detectan algunos signos de pensamiento circular. El resultado global de las pruebas está impregnado de incertidumbre sobre la identidad y de búsqueda de una identidad. [...] Pero esto no se limita solo a las áreas psicosexuales. Caracteriza el comportamiento y la discordia de los deseos...

–¡Ay, esta espantosa lengua *germánica*! –gruñó Otto.

Su estado psicológico puede considerarse diferente en la actividad –abierta o diversificada– que aparece en las fantasías y el comportamiento. Básicamente está presente un erotismo impersonal, lo cual se asocia con la experimentación de sentimientos de culpa.

Y llegamos a la Parte III, «Vélemény», el dictamen, la «Opinión», la importantísima resolución de si el paciente es apto para ser intervenido quirúrgicamente:

Basándome en mi reconocimiento y diversas pruebas, puedo afirmar que la evolución psicosexual es patológica. Sin embargo, no puede afirmarse la tendencia transexual abierta y franca sin que se interpongan algunas dudas. Cabe suponer la presencia de un trastorno de identidad de tipo fetichista o travestido. En relación con un futuro cambio de sexo no puede estudiarse ninguna idea ni objetivo. Desde el punto de vista psicológico y teniendo en cuenta la edad del paciente, podrían ser problemáticas la experiencia de reconstruir la identidad y la adaptación a la misma después de una operación.

–Se emplea un lenguaje muy ambiguo –dijo Otto–. Pero creo que el psicólogo, la psicóloga trata de decir que cree que su padre no sabe lo que quiere hacer. Ni quién quiere ser.

Tercera parte

20. APIÁDATE, OH SEÑOR, DEL HÚNGARO

Unos años después de que mi padre hubiera volado a Tailandia para establecer su identidad de género «sin ninguna duda», la crisis de identidad húngara, acrecentada desde 1989, llegó a su Rubicón particular. La crisis era, a su modo, tan «patológica» y «problemática» como la de mi padre, con el peso añadido de una generación educada en la creencia de que era una cosa, comunista bajo dominio soviético, y que había acabado descubriendo que había sido otra desde el principio. Como Gábor Vona, fundador del partido derechista Jobbik y de la Gárda magiar, había dicho a sus seguidores en 2008: «Tenemos que reconstruir paso a paso nuestra identidad como nación.» Este llamamiento resultó uno de los mayores atractivos de Jobbik, sobre todo entre los votantes jóvenes. (Casi la mitad de los votantes de Jobbik en las elecciones generales de 2010 tenía menos de treinta y cinco años.) En una encuesta hecha en Facebook entre los admiradores de Jobbik, estos eligieron la siguiente frase como una de las tres principales razones para apoyar al partido: «la protección de la identidad».

Esta búsqueda del estatuto nacional no fue una adaptación mediadora o una evolución progresiva, sino una renuncia total a una autodefinición para abrazar la contraria. La identidad que la generación posterior a 1989 quiso adoptar fue el polo opuesto de la que había ostentado hasta entonces, un giro copernicano del bolchevismo ateo al autoritarismo cristiano. A finales de la década de 2000, Kuruc.info, un portal informático de extrema derecha, había pasado a ser un sitio de noticias muy concurrido por los húngaros jóvenes; bandas de heavy metal de corte reaccionario se ponían en los primeros puestos de las listas, y la emisora extremista Szent Korona Rádió (Radio Santa Corona) figuraba entre las diez emisoras online más escuchadas de la nación. Estos eran los foros a los que acudían en tropel los jóvenes internautas húngaros para defender una «auténtica» identidad magiar. Cuando el sociólogo húngaro Pál Tamás estudió los resultados de una encuesta realizada en 2008 entre la población en general, se alarmó ante lo que vio: un

resurgir de los sentimientos de extrema derecha y un profundo deseo de que hubiera un hombre fuerte en la jefatura del Estado. Las tres cuartas partes de los encuestados estaban de acuerdo con la siguiente declaración: «Necesitamos un dirigente decidido que gobierne el país con mano de hierro.» Estas opiniones estaban ya tan extendidas, escribió Tamás, que «en cierto modo ya no podemos decir que sean extremistas».

El totalitarismo, había advertido Erik Erikson, puede cristalizar cuando la búsqueda de la identidad se convierte en insistencia en una «categoría que se vuelve absoluta», desplazando a la complejidad psicológica y a la conciencia de sí. En vez de analizar los deseos, conflictos y heridas constituyentes que conforman una personalidad, en vez de estudiar (y afrontar) las condiciones socioeconómicas y la historia que forman y deforman la vida de los individuos, la identidad puede presentarse como peligrosa panacea bajo la especie de solución global única. ¿Podría sucumbir una nación entera a una misma tentación? ¿Qué ocurre cuando un gobierno defiende una imagen unitaria que se pone en el lugar de la asunción del auténtico bagaje histórico del país y la confrontación con los problemas reales de los ciudadanos? La forma política del totalitarismo es la dictadura.

La razón por la que mi padre había ocultado el informe psicológico no era ningún misterio: era un obstáculo para llegar al quirófano. Pero yo sospechaba que había además otros motivos. El análisis del informe se había centrado en aspectos concretos, en detalles de un pasado que mi padre prefería mantener oculto. Y subrayaba contradicciones en una psicología –lo que la trans Sandy Stone llamaba «complejidades y ambigüedades de las vivencias»– que mi padre no quería que se analizaran. Las preguntas principales que planteaba el informe eran precisamente las que mi padre esperaba acallar con una cirugía al estilo de la «categoría que se vuelve absoluta». La psicóloga vio a un paciente atribulado por una «discordia de los deseos», un paciente cuyo «erotismo impersonal» estaba enredado con «sentimientos de culpa» y cuyo paisaje mental estaba «impregnado de una incertidumbre» que iba más allá de la sexualidad y el género. Lo que mi padre quería que viera y valorase la psicóloga era a un paciente cuyos conflictos o pertenecían a un sencillo problema de identidad, o eran ajenos al mismo, pero que en cualquiera de los dos casos pudieran resolverse con un remedio físico.

«No hay ningún “problema”», me dijo mi padre. Estábamos en el verano de 2010, había habido elecciones generales hacía unos meses y estábamos sentadas en su salón, viendo las noticias en su televisor gigante. Me estaba hablando de la política de su país. «Es democracia en acción», decía.

A raíz del humillante hundimiento fiscal y los crecientes índices de pobreza y desempleo, la derecha húngara había barrido en las urnas. El Partido Fidesz, que se había transformado de arriba abajo, pasando del liberalismo al conservadurismo, había conseguido importantes victorias incluso en Budapest, más inclinado históricamente a la izquierda, y prácticamente en todos los gobiernos regionales. El Jobbik, de extrema derecha, se había llevado casi la quinta parte del electorado y la cuarta parte de los votantes de entre dieciocho y veintinueve años, convirtiéndose en la tercera fuerza política del país. Y era difícil no ver en los resultados de las elecciones un teatro de sombras acosado por fantasmas de los años más sombríos de Hungría.

Mi padre había votado por Fidesz.

Y en aquellos momentos veíamos a más de mil camisetas negras de la Magyar Gárda, que se habían concentrado en la plaza Erzsébet de la capital y habían desfilado ante las cámaras de los noticiarios, lanzar botellas a la policía y empuñar armas de aire comprimido. Mejor dicho, eran las camisetas negras de la Új Magyar Gárda, la *Nueva Guardia Húngara*. Un año antes, los tribunales habían decretado que la Gárda había «sobrepasado» sus derechos constitucionales como asociación, por lo que habían ordenado su disolución. Sin inmutarse, la guardia se había reorganizado con otro nombre, declarándose «asociación de servicio civil», dedicada a actividades «culturales y de construcción nacional», y había seguido como antes.

«Es un problema», repliqué. «La Gárda aterroriza a personas inocentes.» Deseché mi comentario de un manotazo y acercó la silla al televisor, en cuya pantalla había varios parlamentarios de Jobbik y un sacerdote elogiando a los manifestantes, que desfilaban con el puño levantado bajo la bandera de las «barras de Árpád», que tanto se parecía a la de la Cruz Flechada.

«Aterroriza a *tus* paisanos», puntalicé.

Desde que se había fundado, la Gárda, junto con una creciente constelación de grupos de extrema derecha, había emprendido una campaña cada vez más agresiva contra las dos identidades que sus ideólogos consideraban amenazas «extranjeras» para la personalidad magiar. Eran las mismas identidades que

los fascistas húngaros habían querido eliminar de la nación en 1944: los judíos y los gitanos. Las agresiones se habían intensificado desde comienzos de siglo: se profanaban cementerios judíos, se mutilaban monumentos, se arrasaban sinagogas, se apaleaba a los fieles, se acosaba a los dirigentes religiosos. En el campo había «patrullas» de justicieros que hostigaban las aldeas gitanas. Matones de botas negras –algunos armados con látigos, hachas y perros agresivos– intimidaban a los residentes y les lanzaban insultos y amenazas como los siguientes, captados en vídeo por un teléfono móvil: «¡Sucios gitanos! Deberíamos exterminar a todos los gitanos y a sus hijos.» En 2012, las patrullas estuvieron dos meses ocupando las calles de una población del norte de Budapest (mientras la policía en general miraba hacia otra parte) y la Cruz Roja acabó evacuando seis autobuses llenos de mujeres y niños gitanos traumatizados. Entre 2008 y 2012 una organización pro derechos humanos registró más de sesenta delitos de odio contra ciudadanos gitanos: palizas, disparos, incendios y el asesinato de siete adultos y dos niños. En más de un tercio de las agresiones hubo armas de fuego, cócteles Molotov y bombas de mano. En Budapest aumentaron igualmente los delitos de odio contra los judíos: en un barrio judío se prendió fuego a un despacho de localidades, el domicilio de un rabino destacado fue apedreado durante la Pascua judía, y en el Parque de San Esteban se colgaron patas de cerdo ensangrentadas alrededor del cuello de la escultura dedicada a la memoria de Raoul Wallenberg, el diplomático sueco que salvó a miles de judíos del Holocausto. Estas ofensas fueron menos alarmantes para algunos observadores culturales húngaros que las crecientes revisiones de la historia: negación del Holocausto, reivindicación del régimen de Horthy, una política venenosamente codificada.

Los políticos de derechas prestaban su apoyo, tácito y manifiesto. Durante la campaña previa a las elecciones generales de 2010, Jobbik anunció que se aliaba con un sindicato policial de extrema derecha que alegaba que ser antisemita era el «deber de todo amante de la patria húngara» y dio instrucciones a sus contingentes para que «se preparasen con vistas a entablar una batalla campal contra los judíos». La portada del número que lanzó *Barikád*, revista del partido Jobbik, la víspera de las elecciones mostraba un fotomontaje de la estatua de San Gerardo, patrón de Budapest, con una menorá en vez de una cruz encima del capitel. El pie de ilustración decía: «¡Despierta, Budapest! ¿Es esto lo que quieres?» Csanád Szegedi, de

veintiocho años, vicepresidente de Jobbik, era particularmente locuaz y acusaba a los judíos de profanar los símbolos nacionales húngaros, de realizar «compras masivas de suelo» por toda Hungría «para importar elementos israelíes» y establecer una alianza con los gitanos, con objeto de convertir a los húngaros «puros» en una minoría de su propio país. Szegedi exigía que las familias gitanas fueran obligadas a dejar sus casas para ser «encerradas» en «campos de protección del orden público». En 2012, Márton Gyöngyösi, jefe del grupo parlamentario Jobbik, presionó para que se llevaran a cabo redadas de otra clase. Pidió en el hemiciclo que el gobierno elaborase una lista de los ciudadanos judíos «que sin duda suponen un riesgo para la seguridad nacional» de Hungría.

El partido no pidió disculpas por su explosiva retórica. Levente Murányi, vicepresidente de Jobbik, dijo a los medios que estaba orgulloso de ser «nazi, fascista y antisemita si eso es lo que hace falta para representar los auténticos intereses de Hungría y la santidad del Estado milenario húngaro». Sus palabras tuvieron repercusión: los sondeos de opinión pública revelaron que entre 2003 y 2010 se había duplicado la cantidad de húngaros que sentían una extrema antipatía por los judíos. Hungría está catalogada hoy como uno de los países más antisemitas de la Unión Europea. Entre los jóvenes adultos, esa hostilidad ha alcanzado sus niveles máximos desde la caída del comunismo: en 2013, la tercera parte de la población húngara comprendida entre los dieciocho y los treinta y nueve años declaró a los encuestadores que guardaba animosidad hacia los judíos. El sociólogo András Kovács, destacado estudioso de las actitudes antisemitas en la Hungría actual, señaló que el antisemitismo operaba como «muletilla de la identidad», simbólicamente útil para unir a personas atraídas por la derecha política por múltiples razones encontradas. La «función primaria» del antisemitismo en partidos como Jobbik, concluía Kovács, es hacer «reconocibles entre sí a los miembros del grupo», es decir, «establecer una identidad común». Las generaciones anteriores habían utilizado el antisemitismo como una forma de expresar su oposición a la modernidad; «actualmente, el antisemitismo que cultiva la extrema derecha húngara parece servir de código de identidad política de quienes se oponen al sistema de la democracia parlamentaria». Ser derechista en Hungría en el siglo XXI, como en los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial, es no ser judío.

—¿Cómo puedes aguantar eso? —le dije a mi padre mientras la nueva Gárda

Magyar desfilaba por la plaza Erzsébet.

–¿Deberían haber disparado contra los nazis cuando desfilaron en Skokie?
–replicó–. ¿Debería la policía americana exterminar al Ku Klux Klan?

–Papá, yo no digo que haya que *matarlos*.

–Este es hoy un país democrático. Han sido elegidos libremente.

–Nadie ha elegido a la Gárda Magyar.

–Bueeeeno, hemos elegido al Partido Fidesz. Y Fidesz volverá a poner a Hungría en el buen camino. Viktor Orbán –el fundador de Fidesz y a la sazón primer ministro de Hungría– se enfrentará a toda esa gente de la UE que ha arruinado el país con su política imbécil.

–¿Y Jobbik? –repliqué esquivando y contraatacando.

El primer día de la nueva temporada parlamentaria, Gábor Vona, dirigente de Jobbik, se creció al tomar posesión de su cargo y pasó al modo Superman, quitándose la chaqueta del traje e hinchando el pecho ante las cámaras. Llevaba el chaleco negro y los símbolos de la antigua y prohibida Gárda Magyar. Unos cuantos ministros socialistas protestaron ante la maniobra publicitaria, pero la mayoría gobernante del Fidesz no les hizo caso.

–Fidesz meterá a Jobbik en vereda –dijo mi padre–. Es como con el regente Horthy, que tuvo controlados a los extremistas.

Hasta que dejó de controlarlos, claro.

De todos modos, Fidesz, según mi padre, había prometido acabar con las cesiones fraudulentas de propiedades inmuebles.

–Puede que al final nos devuelvan las nuestras.

Yo lo dudaba.

Durante el gobierno de Fidesz, la economía siguió en caída libre, aumentó la pobreza, se recortaron las ayudas sociales y los profesionales huyeron del país en tropel. Al finalizar su primer mandato, en 2014, un tercio de la población vivía en niveles de subsistencia o por debajo de ellos, la pobreza infantil aumentaba más deprisa que en ningún otro país de la Unión Europea y más de la cuarta parte de los ciudadanos sufría «carencias graves» (es decir, era incapaz de pagar el alquiler, la calefacción y la comida). Cerca de medio millón de ciudadanos había abandonado el país, seis veces más desde que Fidesz había llegado al gobierno. La tercera parte de los expatriados tenía títulos superiores. La fuga de cerebros afectaba a todos los sectores

profesionales: medicina, ciencias, economía, mundo académico, cultura. En 2015 había una escasez alarmante de médicos, trabajadores de la salud, ingenieros y científicos informáticos. «Somos un país de emigrantes», lamentaba un titular. La atención psiquiátrica alcanzó la categoría de símbolo. La nación entera sufría una crisis de salud mental, agravada en no pequeña medida por las presiones socioeconómicas, en un momento en que miles de psiquiatras, psicólogos y enfermeras del ramo –pésimamente remunerados, a pesar de los «pagos adicionales» que se daban de propina– abandonaban el país. Las severas medidas de austeridad habían llevado al borde de la bancarrota a la red nacional de hospitales. En fecha temprana y sin explicaciones, el gobierno había clausurado el principal instituto de enseñanza, tratamiento e investigación de la psiquiatría (fundado por Francisco José en 1868) y eliminado el veinticinco por ciento de las camas de los centros psiquiátricos del país. Los recortes no se debían a la falta de demanda, ni mucho menos: Hungría es uno de los países con mayores porcentajes de depresiones, alcoholismo, trastornos bipolares y suicidios de la Unión Europea. Mientras estos índices aumentaban en el nuevo milenio, los psiquiatras disponibles se reducían en un cuarenta por ciento.

Ante estos problemas de lesa realidad, el régimen de Fidesz hacía proselitismo del panaceico elixir de la identidad. Apenas unas semanas después del triunfo electoral de Fidesz, el nuevo gobierno había empezado a conceder a las personas de «etnia húngara» que vivían fuera de sus fronteras (es decir, a los húngaros supuestamente «varados» en los países surgidos a raíz del Tratado de Trianón) el derecho a la ciudadanía húngara, y había declarado el 4 de junio (día de la firma del tratado) Jornada de Cohesión Nacional, organizando espectáculos de danzas folclóricas magiars, exposiciones de artesanía y cocina, para «fortalecer la identidad nacional». Los políticos de Fidesz apoyaron iniciativas municipales sobre «lo que significa ser húngaro» y se las vieron y desearon para definir lo que no era húngaro. El Parlamento rebautizó calles y levantó monumentos a «patriotas húngaros», muchos de los cuales tenían un pasado fascista. Resucitar el Estado autoritario era, al parecer, parte integral de la revitalización de la personalidad húngara.

En 2015, el gobierno de Fidesz patrocinó una campaña publicitaria en la que acusaba a invasores extranjeros de «ocupar» empleos húngaros y que desembocó en una encuesta sobre «inmigración y terrorismo» que avivó el

fuego con preguntas tan capciosas como «¿Está de acuerdo con el gobierno húngaro en que es mejor apoyar a las familias y a su futura descendencia que apoyar a los trabajadores extranjeros?». El primer ministro Orbán ordenó construir una valla de alambre espinoso de cuatro metros de altura en más de ciento setenta kilómetros de frontera con Serbia, para impedir el paso de refugiados (y poco después otra en la frontera con Croacia). La temida ola invasora llegó aquel verano y la valla no la contuvo. Orbán respondió al escándalo de los miles de inmigrantes empantanados en la frontera Serbia y en la estación ferroviaria Keleti de Budapest con una movilización de tropas y declaraciones como: «Queremos defender la Hungría húngara» y «Los que llegan han sido educados con otra religión y representan una cultura radicalmente distinta. La mayoría no son cristianos». La policía condujo a los inmigrantes a centros de detención y los encerró en vagones de tren sin darles ni siquiera agua potable. «Les dicen que el tren se dirige a Austria y en realidad los llevan a un campo», contó Robert Frölich, primer rabino de la sinagoga de la calle Dohány, al corresponsal del *New York Times*, aquel septiembre. «No creo que la policía haya recibido órdenes del gobierno para obrar de este modo, pero se parece mucho a lo que hicieron a los judíos en los años cuarenta del siglo xx.»

Hubo otras reacciones: el gobierno de Orbán, que mi padre había esperado que frenara los peores instintos de Jobbik, se movió rápidamente tras las elecciones de 2010 para aprobar una batería de leyes que reducían la independencia de los tribunales, del banco central, de la Comisión Electoral, de los medios de comunicación y de toda una serie de negociados de supervisión. Se reescribió la Constitución, se ampliaron los poderes del Estado, se recortaron las libertades civiles, se definió la concepción como inicio de la vida y se prohibieron los matrimonios homosexuales. El preámbulo de la Constitución («el credo nacional») consagraba la «Santa Corona» de San Esteban como encarnación de la «unidad» nacional y reconocía «el papel del cristianismo en la conservación de nuestra condición nacional».

El gobierno empezó a despedir sin miramientos a directores de instituciones culturales y académicas (muchos de ellos judíos o intelectuales liberales sospechosos de tener mentalidad «extranjera») y a nombrar en su lugar a verdaderos creyentes en el estilo magiar. El nuevo alcalde de Budapest, de Fidesz, sustituyó al director del Nuevo Teatro por un antisemita

impenitente y adepto a Jobbik que juró liberar la escena de la «hegemonía de los liberales, los degenerados y los enfermos» e «inculcar valores patrióticos» con programaciones que incluirían solo obras húngaras «puras». (Su primera elección, aunque no llegó a representarse, fue una infame obra antisemita, *El sexto ataúd*, que acusaba a los judíos del Tratado de Trianón.) Cuando un ministro de Fidesz concedió los premios gubernamentales de 2013 a «los representantes de lo mejor de la nación» en las artes y las ciencias, los galardones fueron a parar a reaccionarios antisemitas, entre ellos un guitarrista de la banda neonazi Kárpátia, que había compuesto el himno oficial de la Gárda Magyar. Casi todos los funcionarios de Fidesz procuraban hablar con eufemismos, aunque no siempre: Zsolt Bayer, miembro fundador del partido y amigo personal del primer ministro, publicó un estridente ataque contra tres destacados judíos que habían criticado la política de Fidesz (uno de ellos era András Schiff, el concertista de piano, que era de origen húngaro). Bayer comparó a uno de los críticos con un «apestoso excremento» y manifestó su pesar por que «no los hubieran enterrado a los tres hasta el cuello en el bosque de Orgovány», escenario de un pogromo de 1919.

Los miembros de Jobbik que tenían cargos públicos raras veces se molestaban en ocultar su antisemitismo. «Hitler tuvo razón en todo», proclamó un diputado de Jobbik, «pero cometió un error con eso del holocausto, que es un arma en mano de la judería.» Los judíos, añadió, «son gente de Satanás». Krisztina Morvai, futura candidata a la presidencia por Jobbik y una de las figuras más conocidas del partido (aunque ella alega que es independiente), anunció que «no permitiremos que Hungría sea otra Palestina». Y advirtió a los judíos húngaros: «El tiempo de vuestra especie ha pasado.» Mientras fue diputada del Parlamento Europeo, Morvai escribió una carta abierta al embajador de Israel en Hungría en la que decía haberse «alegrado» por las bajas israelíes en la Guerra de Gaza: «Desearía que todos ustedes, sucios y piojosos asesinos, recibieran el beso de Hamás.» Cuando un expatriado judío y conservador (que se calificaba a sí mismo de «orgulloso judío húngaro») dijo haberse escandalizado por las palabras de Morvai, recibió la siguiente respuesta de la susodicha: «Vuestra especie espera que si se tira un pedo, la nuestra se ponga firme y satisfaga sus deseos. Es hora de aprender: ¡ya no hacemos favores! Tenemos la cabeza muy alta y no toleramos ya el terror que vuestra especie nos impone.» En conclusión,

Morvai aconsejaba a todos «los llamados orgullosos judíos húngaros» que «en vez de vituperarme, se pongan a jugar con su rabo circunciso».

En la época de esta correspondencia Morvai llevaba a cabo su particular reinención de identidad. Había empezado su vida pública como abogada progresista. Fue autora de un libro pionero sobre violencia doméstica (*Terror en la familia*), organizó la primera asociación nacional para combatir la violencia contra las mujeres y a principios de los años noventa representó a cuatro mujeres que habían matado a sus maridos maltratadores, alegando defensa propia. Entre 2003 y 2006 fue la representante húngara de la Convención de Naciones Unidas para la Eliminación de Toda Discriminación contra las Mujeres. Antes de ser la chica anuncio de la intolerancia de Jobbik, Krisztina Morvai fue una destacada feminista.

Y afirmaba que todavía lo era. Jobbik y la Gárda Magyar, sostuvo cuando la entrevisté en su casa meses después de las elecciones de 2010, estaban llenos de mujeres «fuertes y revolucionarias». En la Gárda, «que se retrata como la organización nazi fascista más extremista de la historia del mundo, hay muchas mujeres y yo diría que casi todas son muy conscientes de la igualdad de las mujeres». En realidad, se unían a la Gárda por razones liberacionistas, «para decir: “Me defiendo a mí misma y a otras personas indefensas”». Me recitó de un tirón nombres de dirigentes de Jobbik cuyos matrimonios le parecían «modelos» de compañerismo igualitario. («Llamas a Gábor» –Gábor Vona, fundador de Jobbik– «y lo normal es que te diga cosas como: “Acabo de pasar por el pediatra para recoger a mi hijo.”») Cuando me marché, Morvai me hizo un regalo: un libro grande, para poner en el aparador, que se titulaba *Bellezas de la Hungría histórica*; contenía fotos satinadas de los «antiguos condados que formaban la Santa Corona de Hungría» y que se habían perdido en el Tratado de Trianón. Al volver a mi casa, lo abrí por la portadilla y leí la dedicatoria: «Para Susan Faludi, con fraternidad y cariño, Morvai Ktrisztina.»

«Recibo un montón de correos electrónicos que me acusan de no ser una “húngara de verdad”», me dijo Katalin Lévai. Fue dos años antes de las fatídicas elecciones de 2010. Me encontraba tomando café en el distrito teatral de Pest con la diputada en el Parlamento Europeo por el Partido Socialista. El día era cálido y habíamos ocupado una de las mesas de la

terrazza de la cafetería Mai Manó, llamada así por el fotógrafo (judío) de la corte del imperio austrohúngaro, figura fundamental en la fotografía húngara, que había vivido y trabajado en el edificio. En 2003, el Partido Socialista, entonces en el gobierno, había nombrado a Lévai ministra de Igualdad. Era la primera que tenía ese cargo.

«Estoy muy preocupada por lo que ocurre en este país», dijo. «La ciudadanía se ha dividido en dos clases, los “buenos húngaros” y los “malos húngaros”. Y los “malos húngaros” son todos los que no lloran diariamente por lo de Trianón, y que son judíos, o gitanos, o feministas.» Desde ese punto de vista, los «buenos húngaros» eran los que habían sido discriminados negativamente y merecían un «cuidado especial». Esta convicción tenía raíces profundas. «La monarquía de los Habsburgo alimentó esta idea de que la nobleza cuidaba de los húngaros», dijo Lévai. «Y luego, con el régimen comunista se mantuvo el mismo planteamiento. “Ser cuidados”», por los que están en el poder, «esa es la clave de la mentalidad húngara.»

Unas semanas antes, Lévai había accedido a pronunciar el discurso inaugural del Festival del Orgullo Gay que iba a celebrarse en Budapest. Cuando la noticia llegó a la prensa, recibió un chaparrón de amenazas y mensajes de odio. Por defender los derechos de la comunidad LGBT, me dijo, «me llaman “sucía judía”».

Mientras apurábamos los cafés, me preguntó: «¿Conoces la letra del “Himnusz”?» Se refería al himno nacional húngaro. Como le dije que no, se puso a tararearlo y la letra que cantó me hizo pensar que la necesidad de «ser cuidado» podía tener su reverso, un deseo de ser engañado:

*Isten, áldd meg a magyart
Jó kedvvel, bőséggel,
Nyújts feléje védő kart,
Ha küzd ellenséggel;
Bal sors akit régen tép...*

«Se pide a Dios que proteja a los húngaros, que nos proteja de», forcejeó por dar con la palabra exacta, «es muy difícil de traducir. Significa que cuando los húngaros combatimos al enemigo, tenemos un horrible destino que nos acosa desde hace mucho tiempo. Hemos sufrido suficiente por

nuestro futuro y nuestro pasado, por eso, por favor, Señor, protégenos.»
Prosiguió hasta el último verso:

*Szánd meg Isten a magyart
Kit vészek hányának,
Nyújts feléje védő kart
Tengerén kínjának.
Bal sors akit régen tép,
Hozz rá víg esztendőt,
Mebúnhódte már e nép
A múltat s jövőndőt.*

Apiádate, oh Señor, del húngaro
arrojado por las aguas del peligro,
extiende sobre él tu brazo protector
en sus mares de tristeza.
Mucho tiempo desgarrado por la mala suerte
tráele un año de gozo,
esta gente ha sufrido por
el pasado y el futuro.

«Cuando he ido por Europa a ver encuentros de fútbol», dijo Lévai,
«siempre me llamaba la atención la diferencia. Otros países tienen himnos
que expresan la determinación de su pueblo, la capacidad de su pueblo: son
optimistas y rebosan de orgullo. El nuestro es todo lo contrario. Es triste y
defensivo. Autocompasivo.» Me sugirió que lo estudiara. «Si entiendes el
himno húngaro, entenderás el alma húngara.»

–¿Estarás en el desfile? –pregunté. Lavábamos platos en la cocina de mi
padre. Había transcurrido una semana desde mi conversación con Lévai.

–Bueeeeno –mi padre se tomó su tiempo para secarse las manos en el
delantal amarillo de volantes–, no.

–¿Por qué no? –pregunté. Nuestra charla giraba en torno a la aparición
pública anual de la comunidad LGBT de Hungría, el Desfile del Orgullo Gay
de Budapest, o mejor dicho, como aquel año, la Manifestación de la Dignidad

Gay de Budapest. Los organizadores habían cambiado el nombre para contrarrestar las acusaciones de que se enorgullecían de no ser húngaros. La marcha estaba prevista para el 5 de julio, fecha para la que aún faltaban unas semanas.

–Ya estuve una vez.

–¿Y?

–Y no necesito repetir. Es aburrido.

No me lo tragué. «¡La gran señora del desfile gay!», había exclamado con entusiasmo dos años antes, a raíz del desfile de 2006. «Bueeno, la vieja señora en cualquier caso.» Me había mandado fotos que se había hecho con unos jóvenes marchosos y no podía dejar de hablar de la experiencia. ¿Aburrido?

–Es el acontecimiento representativo de la comunidad LGBT, tu comunidad. ¿No quieres estar allí?

Me hizo su desdeñoso gesto representativo.

–Es irritante. Algunas trans tienen muy mal gusto para vestir, ¿sabías eso?

No, no lo sabía. Pero sabía lo suficiente sobre las reacciones al desfile para que en secreto me aliviara su decisión de no ir.

Mi padre amontonó los platos en el aparador. Secó las encimeras, despacio, y se tomó su tiempo para doblar los trapos de flores amarillas. Luego me miró a los ojos.

–Puede haber problemas –dijo.

El año anterior, matones de la derecha habían atacado a las manifestantes cuando recorrían la avenida Andrassy y habían apaleado a las juerguistas de la fiesta que se había celebrado después en Buddah Beach, dos habían resultado gravemente heridas y habían sido hospitalizadas. La policía brilló por su ausencia. Según la investigación posterior que abrió Amnistía Internacional, a una participante que había llamado a la policía le dijeron que, puesto que había decidido intervenir en el desfile, «debía aceptar las consecuencias». Aquel día habían chocado dos conceptos de la identidad en las calles de Pest, con resultados sangrientos para uno.

En las semanas previas a la manifestación del presente año, los signos que asomaban eran incluso más siniestros. Los medios derechistas y la blogosfera afín hervían de ira. El «comunicado» publicado por la organización derechista Hunnia y el Movimiento Juvenil Sesenta y Cuatro Condados era típico:

No permitiremos que extranjeros aberrantes de este o aquel color impongan por la fuerza en Hungría su mundo foráneo y enfermizo. Por consiguiente, declaramos públicamente que defenderemos la capital húngara. [...] Durante estos días, los patriotas húngaros recordaremos la batalla de Presburgo, en la que las fuerzas de nuestro padre fundador, el príncipe Árpád, infligió una aplastante derrota a los ejércitos del oeste.

La batalla de Presburgo tuvo lugar en 907.

Algunos diputados de Jobbik quisieron prohibir la manifestación (más tarde introdujeron leyes para poder castigar hasta con ocho años de prisión la «propaganda de las desviaciones sexuales», a saber, «homosexualidad, transexualidad, travestismo, bisexualidad y comportamientos pedófilos»). En junio, el jefe de policía de Budapest quiso impedir el desfile, alegando que podía «obstaculizar la circulación del tránsito masivo y el tráfico de vehículos». La prohibición fue anulada a raíz de las protestas internacionales de organizaciones LGBT y pro derechos humanos.

Aquel mismo mes, la página ultraderechista Kuruc.info publicó los nombres y direcciones de los lugares de encuentro de la comunidad LGBT de Budapest. Unos días más tarde, un bar gay y una sauna que figuraban en la lista de Kuruc sufrieron ataques con bombas incendiarias. Kuruc saludó los ataques en un mensaje titulado «El fuego purificador limpia otra mini-Sodoma». Por entonces había ya más de una docena de grupos ultraderechistas movilizados contra la manifestación. El Movimiento Húngaro de Autodefensa (conocido por sus siglas en húngaro, MÖM) anunció su intención de atacar el desfile «en defensa propia» y llamaron a «todos los húngaros» a «expulsar a la horda pederasta de una vez para siempre». Un club de hinchas de fútbol prometió salir al encuentro de las manifestantes «con armas o con las manos desnudas, si es preciso, pero no dejaremos que las cosas sigan como están». En la página web de Jobbik apareció una advertencia que citaba el Levítico 20, 13: «Si el varón yace con el varón como con mujer, ambos han cometido abominación; serán muertos y su sangre recaerá sobre ellos.»

La noche anterior al Desfile de la Dignidad Gay de 2008 y después de otra protesta emitida por grupos defensores de derechos humanos por la falta de medidas de seguridad, la policía de Budapest instaló altas vallas metálicas en

el punto de partida de la manifestación y desplegó a dos mil agentes a lo largo de la ruta prevista. Ni las vallas, ni las mangueras antidisturbios, ni los gases lacrimógenos de los agentes pudieron impedir las agresiones.

Bandas de sedicentes «patriotas húngaros» cruzaron las vallas rompiéndolas y arrojaron botes de humo, petardos, adoquines, botellas, huevos rellenos con ácido, comida podrida y excrementos. Atacaron por igual a manifestantes y policías, apalearon a un conocido informador radiofónico de tendencia liberal y agredieron a un gitano designado para actuar en el concierto programado. Abofetearon y escupieron a un político socialista que estaba apoyando oficialmente la manifestación y atacaron un vehículo con verdadera saña, rompiendo las ventanillas: en él iban la exministra de Igualdad Katalin Lévai y Gábor Szetey, el ministro socialista de Recursos Humanos y primer funcionario del gobierno reconocidamente homosexual. En la calle, los manifestantes trataron de protegerse de la lluvia de proyectiles con pancartas y paraguas con los colores del arco iris. Muchos huyeron por los túneles del metro de una estación cercana.

Las ceremonias de inauguración del Festival del Orgullo Gay se habían celebrado unos días antes en un teatro céntrico. Lévai pronunció el discurso que marcó la tónica del festival. Habló de los derechos y deseos del colectivo LGBT de construir una comunidad haciendo pública su «identidad». «Una comunidad», dijo, «solo encuentra dignidad si se vuelve visible.» Pero las amenazas obligaron a muchas personas, como mi padre, a quedarse en casa. Había más policías vigilando el acto que manifestantes manifestándose. En los años siguientes, el desfile se perdería de vista, literalmente: la policía prohibiría acercarse a los espectadores y acordonaría las dos calles adyacentes a la ruta prevista.

Durante el Desfile de la Dignidad se lanzaron los epítetos que eran de esperar: «sucias reinonas», «maricones asquerosos», «que los perversos se pudran en el infierno», etc. La imaginación del público pareció prendarse de una cantilena particular que se oyó a lo largo de todo el itinerario: «*Buzikat a Dunába, zsidókat meg utána*», Maricones al Danubio y los judíos detrás.

Pronunciar sentencias de muerte tan categóricas exigía una gran certidumbre respecto de la propia categoría. Para dar fe de la «pureza» de su sangre húngara, un ministro del gobierno, del partido Jobbik, se sometió a

una prueba de ADN, que realizó una empresa de diagnósticos médicos, y publicó los tranquilizadores resultados en una página web de ultraderecha: «Ni el menor rastro de antepasados judíos o gitanos.» No todos fueron tan afortunados. Csanád Szegedi, vicepresidente de Jobbik y fiabilísimo manantial de consignas antisemitas, alardeaba de que podía remontarse a lo largo de «un milenio» de antepasados húngaros hasta llegar a las primeras tribus magiars. Pero en 2010 sus adversarios políticos se pusieron a buscar fango y lo encontraron en un registro civil local: la partida de nacimiento de su abuela. La abuela materna de Szegedi había sido deportada a Auschwitz en 1944. Era la única superviviente de su clan familiar judío. Acabada la guerra, había ocultado su religión. Así fue como Csanád Szegedi llegó a saber que era judío.

La dichosa partida de nacimiento de la abuela se colgó en una página de ultraderecha y Szegedi dimitió de Jobbik. El partido le exigió además que dejara su escaño en el Parlamento Europeo y un personaje de Jobbik se encargó de comunicarle que bastaría una simple solución: «Lo mejor que podría ocurrirte ahora es que alguien te volara la cabeza y renacieras con dieciocho años sin el menor rastro de sangre judía.»

Szegedi hizo un juego de manos para definir su nueva condición: «Lo importante es cómo se comporta uno como húngaro.» En el fondo él no era judío, sino un ciudadano con «una antepasada de origen judío, porque yo me declaro húngaro al ciento por ciento». Meses después publicó otra declaración, informando a los medios de que había estado aprendiendo hebreo, asistiendo los viernes a los servicios del sabbat en una sinagoga ortodoxa y comiendo productos *kosher*. Ahora se llamaba Dovid Szegedi. «Esta es mi verdadera identidad.»

Cuando le pregunté a mi padre qué pensaba del escándalo Szegedi, meditó unos momentos y se puso a canturrear:

Erger, Berger, Sósberger!

Minden Zsidó gazember.

Nincs semmi baj.

Mert az Imrédy sem gaj.

Haj!

—Era la canción que solíamos cantar cuando se conoció el «problemita» de

Imrédy –dijo. Se refería a un antiguo dirigente político, el primer ministro Béla Imrédy, tan furibundamente antisemita como el otro. En 1939 se había quedado de piedra al enterarse, también gracias a las malas artes de sus rivales, de que tenía antepasados judíos. Imrédy había defendido las leyes antisemitas de fines de los años treinta, que definían el judaísmo por la genealogía. La canción que había recordado mi padre mezclaba las palabras de una tonadilla antisemita muy conocida en la Hungría de entreguerras–. El primer verso combina palabras arbitrarias –explicó–, como «Hickory Dickory Dock» o «Érase una gallina ética, mollética, pollética». –O tal vez palabras arbitrarias que hacían de sobrenombres que sonaban a judíos.

Volvió a canturrear, esta vez en inglés:

Erger, Berger, Sósberger,
todos los judíos son sodomitas.
Pero no hay que preocuparse
porque Imrédy no es gentil.
¡Sí!

–Lo que hizo Szegedi estuvo muy bien –añadió mi padre. Se refería a su judaización de última hora–. Porque es su tradición, la tradición de su familia.

Una tradición familiar que mi padre compartía, pero de la que al parecer había renegado.

–¿Es esa su «verdadera identidad»? –pregunté.

–Bueeeeno...

–¿Qué significa eso para ti? –la presioné.

–La identidad es... –reflexionó– es lo que la sociedad te acepta. Tienes que comportarte de un modo que la sociedad *accepte*, de lo contrario te creas enemigos. Eso es lo que yo hago, y no tengo ningún problema.

21. TODOS LOS PASOS DE LA MUJER

Me sobresalté al oír que mi padre valoraba la tradición familiar, ella, que durante tantos años había rechazado y renunciado a su familia más próxima. El distanciamiento de mi padre respecto de los suyos era una herida familiar abierta que todavía turbaba la paz del clan Grünberger. Hasta qué punto estaba abierta se me hizo patente una tarde de 2010, en Basilea. Había ido a la ciudad suiza para hablar con mi tío abuelo Alexander Gordon (anteriormente Sándor Grünberger), de noventa y cinco años a la sazón, neumólogo infantil retirado y único hermano vivo de mi abuela.

«¡Toda la familia estaba enfadada con Pista!», barbotó repentinamente Alexander. Estábamos tomando un chupito de *slivovitz* casero en el íntimo y agradable piso que tenían los Gordon en Clarastrasse, a unas pocas calles del Hotel Les Trois Rois, en cuyo balcón principal había sido fotografiado Theodor Herzl, expatriado húngaro y fundador del sionismo, en 1897, durante el primer Congreso Sionista Mundial. Vera, la esposa de Alexander, estaba sentada a mi lado, en el sofá, ofreciéndonos pastel y galletas. «Tu abuela Rozi», dijo Alexander, «no dejaba de gritar: “¿Por qué habré tenido un hijo que no quiere saber nada de su madre?” Pista no le escribía, no hablaba con ella, ¡nada! Era un gran conflicto en el seno de la familia.» Alexander se acordaba del día en que se encontró con mi padre durante un viaje que hizo a Nueva York, a fines de los años setenta. «Le dije a Pista: “¿Por qué, por qué? ¿Por qué no te interesas por tu madre?”» No hubo respuesta. «Se limitó a decir: “No hablemos de eso.”» Alexander levantó los brazos. «Y cuando Rozi murió, lo único que él quiso fue la documentación de los edificios de viviendas. ¿No hablas con tu padre pero quieres las casas?» Alexander hablaba como si su sobrino estuviera sentado en el sofá, en mi sitio. «Mi madre está muerta, pero tú, tú que tienes la posibilidad de hablar con la tuya, ¿no lo haces? ¿Qué eres tú? ¿Qué clase de carácter tienes?»

Vera trató de calmar a su marido. «Entiéndelo», me dijo a mí. «Pista tuvo una infancia terrible. Y sus padres lo utilizaron en el divorcio de un modo

horroroso. Lo pusieron en un lugar donde ningún niño debería estar.» Contó una anécdota que había circulado entre las mujeres de la familia. «Jenő escondía a tu padre detrás de la estufa, para que vigilara a Rozi cuando él no estaba en casa y luego lo informara de si había estado con algún amante. Quería que Pista le aportara información que le fuera útil para el divorcio, usaba a Pista como testigo.» Alexander escuchaba, pero en cierto momento hizo con la mano un gesto de desdén. Reconocí el ademán.

Durante mi estancia en Basilea me hospedé en casa del hijo de Alexander y Vera, Peter Gordon, y de su mujer, Helga. Ellos dos eran amables y más tolerantes. Peter era pediatra y dedicaba muchas horas a pacientes que eran refugiados de Turquía y la antigua Yugoslavia; Helga había dado a luz recientemente y tenía un carácter comprensivo que invitaba a las confidencias. «Tu padre vino a vernos, aquí a Basilea, después de la operación», dijo Helga una mañana, «y me estuvo contando un sinfín de cosas. Dijo que cuando era pequeño vio a su madre en la cama con otro hombre.» Y algo más: «Tu padre me dijo que cuando tenía diez u once años, Rozi lo pilló con su corsé, sus bragas y su combinación. Y le dio una paliza.» Esta transgresión, sospechaba Helga, fue la causa de que mi padre fuera enviado a vivir con su profesor de religión. «Para que lo enderezase», puesto que los métodos habituales de enderezamiento que se empleaban en su casa no funcionaban. El castigo preferido de Rozi, según le contó mi padre a Helga, era encerrarlo «en el cuarto oscuro».

Cuando le repetí algunas de estas anécdotas a mi padre, las desmintió alegando que eran «chismorreos» e «idioteces», y se negó a decir nada más. No supe cuánto crédito darles ni qué explicaban, si es que explicaban algo. ¿Por qué mi padre, que había asegurado que había salvado a los suyos de una muerte inminente durante la guerra, había renegado de ellos después y cuando se fueron a pasar la vejez a Israel? ¿Era Pista el salvador de unos padres irresponsables y manipuladores o el hijo ingrato que les había vuelto la espalda? Y si el resentimiento de mi padre era hacia los suyos, ¿por qué había roto los lazos con el resto de la familia?

Aunque no con todos. Mi padre había mantenido el contacto con un pariente: Peter Gordon.

Durante una de mis primeras visitas a Budapest, Peter había llegado de

Basilea en un vuelo de madrugada, con un alijo del chocolate suizo preferido de mi padre.

«¡Peeeter!», había exclamado al verlo en la puerta. «Se lo estaba diciendo a Susan. He encontrado fotos de la familia.»

Si Peter era el único Grünberger con quien se hablaba mi padre, había sido en buena medida gracias a los esfuerzos de Peter, esfuerzos que habían durado decenios. Mientras Peter terminaba sus prácticas médicas en el Hospital Judío de Long Island y en el Centro Médico Berth Israel de Monte Sinaí, allá en los años setenta, se había preocupado de visitar a mi padre. Cuando mis padres se divorciaron, Peter se había interesado por su deprimido primo y a menudo se lo llevaba a cenar. Y al poco de volver mi padre de Tailandia, Peter había acudido a Budapest para convencerse de que gozaba de buena salud. Pese a todos los sermones que me había echado mi padre sobre el fracaso de la familia en «permanecer unida», allí había un pariente que era un ejemplo de lealtad.

Las fotos de familia que mi padre había «encontrado» no se habían perdido exactamente. Estaban en el sótano, en la caja de cartón del armario metálico a prueba de incendios, en la misma caja fuerte donde guardaba las escrituras de las viejas fincas de Budapest.

«Fotos yyy una carta», le dijo a Peter, «¡sobre el nacimiento de Susan! Voy a buscarlas.»

Los tacones de mi padre resonaron en la escalera del sótano, cuando bajó y cuando subió. Reapareció con la caja en los brazos y sacó de ella una pequeña bolsa de plástico para bocadillos que contenía unas cuantas instantáneas que amarilleaban ya. Me alargó una: de un hombre maduro elegantemente vestido con un esmoquin y un pañuelo de seda que le sobresalía del bolsillo superior, bailando con una atractiva joven con un largo vestido negro de gasa. «Es mi padre», dijo, «bailando con...», hizo una pausa para crear un efecto teatral, «¡una señora desconocida! ¡Había ligado!» Sacó otra foto. «Este soy yo, con mi padre.» Un chico de ocho o nueve años, de la mano de su serio padre; los dos vestidos con camisa idéntica y la misma gabardina.

Cogí la bolsa de plástico y saqué un fajo de instantáneas medio borradas: una mujer elegante con una falda de cuadros, zapatos de tacón bajo con calcetines blancos cortos y tocada con una gorra de moda, subida a un camello. La misma mujer posa junto a la Gran Esfinge de Guiza. Otra vez la

misma mujer, deambulando por un campamento beduino, cabalgando en un asno, paseando por el desierto junto a un funcionario libio, con un bolso de piel colgándole del brazo. Las fotos eran de 1936, cuando Rozi y Jenő emprendieron un largo crucero por todo el litoral mediterráneo.

–Y visitaron Palestina –apostilló mi padre.

–¿Y...? –Mi padre no me había hablado nunca de aquel viaje y esperé en vano que me diera detalles.

Tiempo después conocería algunos aspectos de aquel viaje, gracias a otros parientes; que Rozi y Jenő habían realizado el periplo mediterráneo en el buque de lujo *Palestina* y hecho escala y escapadas en Nápoles, Génova, Trieste, Venecia, Luxor, Pompeya, Estambul, Rodas, Beirut, El Cairo, Alejandría, Haifa, Jaffa y Tel Aviv. «Un crucero en el barco del amor», comentó Hanna Spiegel, prima de mi padre, «pero sin amor.» «Se dedicaban a la *dolce vita*», dijo Dahlia Baral, otra prima de mi padre. Pero la pareja ya estaba en pie de guerra y la catástrofe aguardaba entre bastidores. En las fotos de Rozi desembarcando en varios puertos mediterráneos, buques de guerra vigilaban las bocanas. A bordo del *Palestina*, entre Grecia y Haifa, los Friedman fueron fotografiados, para el álbum familiar, mientras tomaban un refrigerio en cubierta, por un compañero de travesía, el rabino Meir Bar-Ilan, que el año anterior había fundado el movimiento religioso sionista, activamente opuesto al plan británico de división territorial, y siete años después, en 1943, encabezaría una desesperada misión en Washington D.C. para rogar por la salvación de los judíos de Europa. La segunda luna de miel registrada en las fotos estaba situada al borde del derrumbe político y personal, una familia que no tardaría en ser diezmada por la guerra, un matrimonio a punto de irse a pique, un hijo a punto de ser un golfillo en las calles de Budapest. Aquel niño ya estaba solo: durante sus viajes, que duraban semanas, Rozi y Jenő dejaban al pequeño István en casa.

Rebuscando en la caja de objetos y fotos, una Stefánie con muchos años más dio su breve opinión sobre la primera visita de sus padres a Palestina.

–No les gustó –dijo sin titubeos–. Pero no es eso lo que quiero enseñaros. –Me alargó dos fotos con sendos edificios, las fincas de mi abuelo en Budapest–. Esto es Váci 28, tal como estaba después de la guerra –dijo–. No fue bombardeada ni nada por el estilo, un verdadero milagro. Y esto es Ráday 9, tal como está hoy.

–¿No puedes solicitar..., cómo se dice..., que te indemnicen? –preguntó

Peter—. ¿O no existe eso en Hungría?

—Bueeeeno, sí existe —dijo mi padre. Se volvió hacia la caja y repasó papeles—. Pero no vale la pena. —Mi padre ya había rechazado un vale por seis mil quinientos dólares que le había ofrecido el gobierno a modo de «compensación».

—Entonces, ¿tú no...?

—La ley más antigua de Hungría dice que nadie tiene derecho a quitarle propiedades a nadie —exclamó mi padre, con la cara roja de ira—. Y eso viene de los tiempos de San Esteban, allá por el año 1000. —De hecho, había cortado y pegado el pasaje pertinente del Código de San Esteban en su expediente sobre las fincas: «Decretamos por nuestra potestad real que todo hombre tiene derecho a repartir su propiedad o a donarla a su esposa, a sus hijos, a sus hijas o a la Iglesia, y a que después de su muerte nadie lo dispute.» Mi padre había alzado la voz y hablaba ya a gritos—. ¿Por qué tendría que cedérselas a unos ladrones a cambio de unas monedas?

Peter asentía con la cabeza, guardándose de emitir juicio alguno.

—Susan —mi padre me rozó el hombro—, tengo pruebas de que son nuestras. De que han querido robarnos. Tengo todo un expediente sobre esto, que escribí diciendo que quiero que me devuelvan las casas, no esa idiotez de calderilla. —Se volvió hacia Peter—. Era lo que había que hacer.

—Claro —dijo Peter.

Mi padre se sentó en su silla, con los brazos cruzados, los labios fruncidos, los ojos fijos en el suelo. Un nervioso silencio cayó sobre el comedor. Fui a la cocina y volví con la cafetera. Partí un pedazo de chocolate Lindt y lo puse en el plato de mi padre, que lo miró unos momentos y le dio un bocado.

—Los suizos conocen su chocolate —dijo—. No como esa basura de Hershey's.

Me lanzó una mirada vagamente acusadora, como si yo, ciudadana estadounidense, fuera responsable de la mala calidad del chocolate de allí. Comió otra porción. Reanimada, volvió a la caja y sacó un pequeño fajo de cartas, con sobres aéreos azul claro y matasellos estadounidenses e israelíes. Acerqué mi silla mientras ella desdoblaba despacio las misivas y repasaba los contenidos, leyendo el húngaro entre dientes y murmurando en inglés un simultáneo informe sobre su avance cronológico o sobre la ausencia del mismo.

—Aaah, aquí está... Eh, espera, nooo, esta viene después. —Llegó a una nota

escrita con una caligrafía conocida—. ¡Ajá! —Luego, tras una larga pausa—: Nooo. Esta es después de tu nacimiento. Aquí pone: «Susan crece bien y tiene buena salud.» —Palabras de mi madre, escritas para mi abuela Rozi, a la sazón en Israel.

Mi padre dejó la carta de mi madre encima de la mesa y fui a cogerla, pero la puso fuera de mi alcance.

—¡No! Ya las verás por orden. —De la caja salió un librito de oraciones en hebreo—. Era de mi madre —añadió levantando el volumen, del tamaño de una mano, encuadernado en tela y con los cantos dorados.

Me incliné para observarlo. ¿Cómo había acabado en poder de mi padre?

—¿Pensaste alguna vez en trasladarte a Israel? —pregunté—. ¿Para estar más cerca... de la familia?

—Señor, no —replicó—. Fui a Israel una vez. En 1990, poco antes de venir a Hungría. Tres días.

Otro viaje del que yo no sabía nada.

—¿Tres días?

—Fue insoportaaable.

—¿Vivía aún tu madre? —pregunté.

—Sí, desde luego. —Por su cara pasó una sombra de tristeza—. Me llevó al cementerio para que viera la tumba de mi padre. Allí estaba ella, gorda y sonrosada, mientras mi pobre padre parecía un fantasma en sus últimos días, pálido y enjuto. —Jenő, que desde siempre había estado mal de los pulmones, falleció veintitrés años atrás, un día después del fin de la Guerra de los Seis Días.

—¿Fue entonces cuando te dio todas estas cosas? —Señalé los objetos de la mesa.

—¡No! —exclamó—. Las conseguí años después de que ella muriese. Son las cosas que *ellos* no me dieron.

—¿Quiénes?

—Los miembros de la familia que vivían en Israel. No quisieron darme las escrituras de las casas de Budapest. *Nuestras* casas. Durante *cuatro años* se negaron a dárme las. Contaron muchas mentiras.

—¿Qué mentiras?

—Ya te lo he dicho, *mentiras*. —Esperé—. Que mi padre estaba a malas conmigo. Que él no quería que yo tuviera las escrituras. Y eso era *mentira*.

Mi padre nunca habría dicho eso. Mi padre quería que yo me quedara con las casas. Mi padre me quería.

Volvió a la caja de cartón, todavía en busca de la carta de mi nacimiento. Finalmente la encontró.

—«Os informamos de que la familia ha recibido una gran alegría» —leyó.

Miré por encima de su hombre y advertí con un sobresalto que la carta estaba en húngaro y reconocí la caligrafía. No era una carta de mi madre, sino de mi padre, y estaba dirigida a Rozi. Todos aquellos años había vivido creyendo que mi padre no le había escrito, que no se había «interesado por su madre», por decirlo con palabras de Alexander.

—«Hemos tenido—una niña» —leyó mi padre, haciendo una pausa entre frase y frase, para afinar la traducción—. «Se llama Susan Faludi. Pesa—2 kilos 900 gramos—una niña con magnífico aspecto. Tiene—bonito pelo claro—y grandes ojos azules.—La madre y la niña—están bien de salud.—Todo está preparado—en casa.—Aquí ya es primavera—y muy pronto—llevaremos a la pequeña Zsuzsi—a tomar el aire—yo trabajo mucho—espero que estéis bien—y no os enfadéis—porque hace tiempo que no escribo—pero aquí hay—a veces—mucha agitación—no me siento a gusto—escribiendo cartas.»

Se detuvo y se puso a doblar el papel por los antiguos pliegues.

—¿Termina así? —dije.

Mi padre titubeó, la cara se le estaba ensombreciendo.

—Sí, sí —dijo al cabo del rato—. Ya solo queda eso de «Os mando muchos recuerdos, etc.». Lo habitual.

—¿Tu madre te respondió? —pregunté—. ¿Dónde están sus cartas?

No hubo respuesta. Devolvió la carta a la caja.

Aquella noche, Der California Exclusive corría por una avenida oscura y llena de socavones que discurría en sentido paralelo al río. Llovía y nos habíamos perdido, aunque mi padre no lo confesaba. Estábamos en el sur de la ciudad, en un desolado barrio de Pest. Por lo que alcanzaba a ver —y la ausencia de farolas dificultaba mucho la visión—, casi todos los edificios ante los que pasábamos estaban condenados con tablones. Peter iba en el asiento del copiloto, haciendo educadas sugerencias sobre conducción.

—Stefi, es posible que quieras dar la vuelta..., estamos muy al sur de la

dirección. –Y un poco después–: Stefi, no creo que quieras dar la vuelta aquí.

Yo, en el asiento de atrás, fui menos delicada:

–Joder, papá, vas contra dirección en una calle de un solo sentido.

Mi padre dio un volantazo y la caravana se subió a la acera.

Buscábamos una antigua fábrica en Soroskári út, en el antiguo sector fabril. Antiguo y dejado de la mano de Dios. ¿Era aquello lo que quedaba del grandioso sueño comunista de convertir Hungría en un mastodonte industrial? El destripado paisaje urbano del viejo barrio judío, donde se habían instalado recientemente jóvenes okupas para improvisar clubs sociales entre los escombros, me hacía pensar en la puesta en escena de *Blade Runner*. «Bares en ruinas», los llamaban. Nuestro destino era más o menos eso. Mi padre nos había pedido que fuéramos con ella a un *buli* transexual, una fiesta con baile y música disco en una fábrica abandonada. Teniendo en cuenta la violencia con que se había recibido el Desfile de la Dignidad Gay de Budapest, buscar un lugar apartado me parecía un movimiento inteligente.

La música disco no era precisamente lo que más entusiasmaba a mi padre. Hacía un año se había inscrito en los bailes de salón de Eklektika Restolounge, un «agradable café lesbiano» de Budapest que daba clases a grupos del mismo sexo en la trastienda. La oferta duró poco; la joven clientela del café no estaba muy interesada y las clases perdieron regularidad. Mi padre contrató al instructor para que le diera clases privadas. «Le dije: quiero conocer todos los pasos de la mujer. Solo la parte femenina.»

Después de dar vueltas sin sentido durante media hora por calles mal iluminadas, llegamos al sitio que buscábamos, una voluminosa estructura de ladrillo y hormigón que se alzaba en el extremo de un aparcamiento gigantesco y casi vacío. Había menos de doce vehículos estacionados. Mi padre parecía nerviosa. Se demoró un rato en el Exclusive, tocándose y retocándose el pelo y maquillándose ante el espejo retrovisor. La fuerte lluvia tamborileaba sobre el techo de la caravana. «Se me va a empapar el vestido», se quejó. Se había puesto para la ocasión el tubo rojo sin mangas y sus «zapatos rubí». Le di mi paraguas. Yo iba con tejanos y camiseta. Peter llevaba lo que yo había acabado por calificar de uniforme, ya que nunca lo había visto con ninguna otra indumentaria: un pantalón caqui informal y un chaleco de punto. Bajamos y echamos a correr.

Llegamos a la puerta chorreando. Unos gastados y altos peldaños de hormigón llevaban a lo que antaño había sido la sala de taquillas y vestuario

de los trabajadores. Las paredes y el suelo eran de baldosas. A un lado había una fila de duchas con la alcachofa oxidada. Las observé con cierta paranoia atávica. En un extremo de la sala se habían tendido cuerdas y colgado sábanas para crear espacios privados. Cada cubículo encortinado tenía una finalidad que venía anunciada por un rótulo escrito a mano y colgado con un imperdible. «Sala de maquillaje», tradujo mi padre. Eché un vistazo dentro y vi un tocador y un taburete acolchado de color rosa. «Sala para cambiarse», decía otro rótulo. Y en el ángulo más alejado, «Rincón para conversaciones», con un par de sillones hechos polvo y una mesa pequeña. Por todas partes había rótulos de aviso en un idioma universal: una cámara tachada con una raya, prohibición que mi padre normalmente habría deplorado.

En la puerta nos dieron un vale por una bebida gratis. El «bar» solo tenía bebidas sin alcohol y zumos de fruta. Entregué mi vale y me dieron un zumo de pera en un vaso de cartón. En el otro extremo de la sala se había montado un escenario con tablas y un rollo de terciopelo rojo que colgaba de una cañería del techo. De lo alto pendían adornos navideños reutilizados: tiras de papel dorado y bombillitas parpadeantes de colores. Por los altavoces salía música tecno americana a todo volumen. La pista de baile estaba vacía.

Los asistentes a la fiesta circulaban por la periferia en una especie de aislamiento centrífugo. Unos cuantos se habían retirado a las sillas plegables que rodeaban la pista con el teléfono móvil en la mano. Nadie hablaba, aunque poco podía oírse con aquel alud de decibelios. Al otro lado de la sala había una rubia platino escultural, con vestido de lentejuelas y tambaleándose sobre sus zapatos de tacón altísimo. Entre los fregonazos de la luz estroboscópica percibí vestidos sin hombros, peinados que parecían fuentes y escotes esculpidos. Pensé en lo que me había dicho Jazmín, una de las inconformistas del Club Tranny Húngaro, en la fiesta de mi padre: «Yo no quiero una “comunidad trans”. Yo no soy trans. Soy una mujer.»

En el centro de la transformada sala de taquillas de la fábrica había una bola de espejitos de discoteca que colgaba del techo y que empezó a dar vueltas para animar al personal a llenar la pista. Nadie se movió. Mi padre buscaba alguna cara conocida. Como no vio ninguna, nos condujo a un sofá del rincón. Nos sentamos en fila, conmigo en el centro.

—¡EN TEORÍA, HAY UN ESPECTÁCULO! —aulló para hacerse oír por encima de los altavoces—. ¡EMPEZARÁ A MEDIANOCHE!

Miré mi reloj. Eran las diez. Me volví hacia Peter para pedirle disculpas.

Sin duda había formas más agradables de pasar su única noche en Budapest que ser aporreado por música de baile de los ochenta. Peter dijo que no le importaba. Parecía cansado.

–Puede que esta sea la juventud que tu padre no tuvo nunca –insinuó.

Le respondí que yo no pensaba igual, y entonces me pregunté por qué estaba siendo tan aguafiestas. Advertí con asombro que mi padre había trabado conversación, o al menos caído en un monólogo, con otra invitada que se había sentado junto a ella. «Chloe», pues así dijo llamarse, llevaba una peluca cardada roja, top sin mangas y microminifalda de vinilo.

–¿DE QUÉ HABLÁIS?! –grité. «Thriller» de Michael Jackson ahogaba una de cada dos palabras.

–¡DE MÍ, NATURALMENTE! –respondió mi padre–. ¡LE ESTOY CONTANDO A CHLOE MI OPERACIÓN! –Su interlocutora señaló su móvil y dijo algo en húngaro–. ¡¿QUÉ?! –dijo mi padre.

Chloe repitió las palabras a pleno pulmón.

–¡¿QUÉ HA DICHO?! –grité al oído de mi padre.

–¡CHLOE HA DICHO: «AQUÍ TENGO UNA FOTO MÍA»!

Chloe levantó el teléfono. En la pantalla había una foto suya en un campo de flores. Dijo algo más en húngaro.

–¡CHLOE DICE QUE ES PROGRAMADORA INFORMÁTICA! –tradujo mi padre, antes de gritar algo como respuesta.

–¡¿QUÉ LE HAS DICHO?!

–¡LE HE DICHO: «ESTUPENDO, QUIZÁ PUEDES ARREGLAR MI MÁQUINA!»

Chloe asintió con la cabeza y guardó silencio. La conversación había llegado al final del trayecto o quizá a su meta.

Fui en busca de otro zumo de pera, pero el bar había agotado sus existencias. Empezaba a dolerme la cabeza. Me retiré al «Rincón para conversaciones», donde nadie conversaba, y me dejé caer en uno de los sillones con agujeros que vomitaban espuma, para aislarme durante cinco minutos, con las manos en los oídos. Llegó la medianoche y se fue sin que viéramos el espectáculo. Peter se había quedado frito. La barbilla le colgaba sobre el pecho. Envidié su capacidad para perderse.

Army of Lovers cantaba a grito pelado por los altavoces «Revolución sexual», su himno a la liberación gay y todo un éxito en las listas europeas:

El amor es el amor vayámonos juntos

El amor es gratis y dura para siempre

–¿POR QUÉ NO BAILA NADIE?! –le pregunté a mi padre cuando las agujas de mi reloj se acercaban ya a la una de la madrugada. Se encogió de hombros y murmuró algo–. ¿QUÉ?!

–¿DIGO QUE SON MUY TÍMIDAS!

Pese a toda la vistosidad del vestuario que llevaban las presentes, la sala era un festival de reservas y temores. Era ya la una y media cuando, una a una, algunas invitadas se armaron de valor y se arriesgaron a ir a la pista. Mi padre observó sus movimientos durante un cuarto de hora. Entonces me dio su bolso y se unió a ellas.

Me quedé mirando mientras ella y media docena de compañeras rotaban sobre su eje, cada una dentro de su propia burbuja, bailando para ellas mismas. Mi cabeza voló a los fines de semana de mi adolescencia, cuando mi padre quería enseñarme a bailar el vals y me insultaba por llevar la iniciativa.

Peter despertó.

–¿Dónde está tu padre? –dijo.

Señalé la pista de baile. Stefi daba saltos de tanteo, apoyándose ora en un pie, ora en el otro. Parecía muy sola allí. Todas parecían muy solas. Le di a Peter el bolso de mi padre y el mío, y me levanté del sofá.

Mi padre y yo estuvimos dando vueltas, la una alrededor de la otra, durante unos minutos. Luego alargué la mano y me la cogió. No podía enseñarle los «pasos de la mujer» de un vals vienés, pero había tenido mi momento en el Limelight de Nueva York. Sabía qué hacer con Michael Jackson. La conduje en los primeros movimientos y no tardamos en evolucionar al mismo ritmo. Pensé que hacía siglos que no bailaba de aquel modo. Pensé que me lo estaba pasando estupendamente.

Me volví para mirar hacia el sofá, donde Peter hacía esfuerzos sobrehumanos para contener la pesadez de los párpados y no quedarse dormido. Me sonrió con cansancio. Me di la vuelta para mirar a mi padre. Ahora sonreía con sinceridad y no con la semisonrisa crispada que tan a menudo le deformaba el rostro. Levanté el brazo y ella se contoneó por debajo, como una profesional.

22. DEUDA SALDADA

«Aquí hay muchas cosas rotas», dijo Hanna Spiegel, tambaleándose en la escalera de mano, mientras bregaba con un abultado paquete metido en el estante superior del armario de su dormitorio. Estaba hablando de la familia. «Ningún Grünberger está en buenas relaciones con otro. Quedamos pocos ¿y hemos de terminar así? Es imposible entenderlo. Toda la familia se lleva mal.» Subió otro peldaño de la escalera e introdujo la cabeza en el estante. «Pero tu padre, ese ha roto todas las relaciones. Ha roto con todo el mundo. En todos estos años no ha querido saber nada de sus parientes. ¿Y por qué? Es el gran misterio de la familia.» Dio varios tirones más al obstinado paquete del armario y se volvió para mirarme a la cara. «Y ahora esto», se refería a la operación de mi padre, que le había comunicado hacía un rato, «ahora incluso rompe toda relación consigo mismo.» El paquete salió por fin. Seguí a la prima de mi padre hasta su sala de estar. Estábamos en Kfar Saba, una pequeña población de los alrededores de Tel Aviv. El nombre significa «Aldea del Abuelo».

Hanna dejó el atado y precintado bulto del misterio encima de la mesa y empezó a despojarlo de sus polvorientas capas de cartón, plástico y papel de seda, como si le estuviera quitando las vendas a una momia. Cuando apartó la última funda, introdujo las manos y me alargó el contenido. El peso hizo que me tambaleara.

«Es el abrigo de pieles de tu abuela», dijo. «Bueno, uno de sus abrigos. El *menos* bonito.» Rozi y Jenő Grünberger habían llegado a Israel en la primavera de 1955, con poco dinero y ningún porvenir. Se instalaron en un desolado apartamento de un barrio pobre para inmigrantes recién llegados, en Ramat Gan, población satélite de Tel Aviv. Jenő encontró trabajo como contable por horas; su salario no llegaba para pagar las facturas. «Rozi se puso a trabajar en una fábrica que hacía delantales de plástico con faldones colgando, una cosa fea como el mismísimo demonio», prosiguió Hanna. «Fue una experiencia espantosa. Porque ella era una *señora*.» Rozi daba sablazos a

sus parientes masculinos más adinerados y hacía lo que podía por guardar las apariencias. «En cada ocasión debía llevar un vestido nuevo y los zapatos tenían que hacer juego con el bolso, todo debía estar en armonía.» En la casa, los trapos de fregar y quitar el polvo debían clasificarse por colores, y cada faena tenía su trapo correspondiente. «Tu abuela se peleaba con todas las criadas. Siempre era lo mismo: “¡Es que no saben limpiar!” Tenía la casa como un museo, como si apareciera en una revista de Martha Stewart.» Con el tiempo, Rozi convenció a varios parientes masculinos para que le comprasen la docena de abrigos de pieles, estolas y chales que tenía, todo hecho a medida, talismanes de la existencia que había llevado en los tiempos en que se creía una princesa de la alta burguesía. Algunas prendas eran de visón, de la famosa peletería israelí de Stefan Braun (el marido de la hermana de Rozi era contable de Braun). El abrigo que acabó en el armario de Hanna era de astracán. Las mangas eran anchas y acampanadas, como alas de un ángel, y los cierres estaban hechos especialmente para engarzarse por dentro, con objeto de dar a la prenda su máximo atractivo estético.

Puse el pesado abrigo en la mesa del comedor y pasé los dedos por las piezas perfectamente cortadas, por el delicado y casi invisible cosido. Parecía un objeto exótico en aquella habitación tropical, con su aire acondicionado y su mobiliario moderno, como si hubiera llegado de otro mundo, un regio animal perdido, procedente de un rebaño centroeuropeo. Pese a todo, evocaba el fantasma de mi abuela con más fuerza que ningún otro objeto que hubiera visto en mi vida. Yo no había conocido a Rozi.

Había estado en Kfar Saba cerca de una semana, hospedada en casa de Hanna y su marido, Yair. Que hubiera tenido problemas para responder a las preguntas habituales que hacen a los pasajeros los agentes de seguridad de la compañía israelí El Al reflejaban aquellas «malas relaciones» de mi padre, pero también las mías. «¿Quiénes son sus parientes en Israel? ¿Dónde viven? ¿Cuándo habló con ellos por última vez?...» No había localizado a Hanna por mediación de la familia, sino gracias a JewishGen.org, una página genealógica de Internet que permitía indagar y localizar a antepasados judíos. Unos días después de haber introducido mis preguntas recibí un e-mail entusiasmado:

¡hola! qué gran sorpresa, una carta de mi prima segunda. ¡¡¡una nieta de mi tía Rosalia faludi grunberger!!! la estuve cuidando durante años hasta que falleció. Soy la hija de

Julius grunberger, el hermano de tu abuela... ¡estoy contenta de que me hayas encontrado!, hanna spiegel.

Era prima hermana de mi padre, aunque se sentía más prima mía, por temperamento (feminista) y por edad (solo ocho años mayor que yo). Hanna era terapeuta artística de veteranos de guerra traumatizados; Yair, que había perdido la visión de un ojo y la audición de ambos oídos en la guerra de desgaste de 1970, trabajaba para las Fuerzas de Defensa de Israel.

Cuando Hanna devolvió la reliquia familiar al sarcófago de cartón, abrió unas bolsas arrugadas y sobre la mesa de centro cayó una cascada de viejas fotografías. Era un ritual al que acabaría acostumbrándome en mis contactos con los Grünberger y los Friedman de la diáspora, en Kfar Saba, Tel Aviv, Netanya, Basilea, Praga y Nueva York. Todos tenían su reserva de fotos, la prueba visual que conservaban de la elegancia y decoro del Viejo Mundo, en bolsas de plástico, en cajas de zapatos, en sobres de papel comercial, en cajones de cómoda. Las instantáneas en blanco y negro, algunas fijadas en cartulina de postal, mostraban a mujeres con pieles y tacones altos, hombres con bastón de paseo y reloj de bolsillo, posando en balnearios de montaña, centros turísticos costeros, refugios de esquiadores y hoteles de cinco estrellas en la Europa Central de entreguerras. Y en unas cuantas se veía a un chico con chaqueta cruzada y pantalón corto, o abrigo de cachemir y corbata, o pantalón de cuero bávaro, mirando desde el borde del encuadre, haciendo el payaso en el estribo de un Renault, espionando a una niña emperejilada desde detrás de una roca, empuñando la pipa de su padre y apoyando una mano titubeante en el hombro de algún primo: Pista, pues así lo habrían llamado todos los que aparecían en aquellas fotos.

Allí estaba todo el intrincado árbol de la familia, con la rama de los Grünberger que brotaba del gran tronco de Leopold y Sidonia y la prole que habían criado en la mansión de Spišské Podhradie; con la diferencia de que las hojas del árbol yacían ahora caídas al azar en una u otra mesa de centro. Así había conocido yo a mis parientes, uno tras otro, de la manera más arbitraria, donde el orden de aparición era el orden con que se iban cogiendo del montón de fotos.

Una señora elegante se apoya en el brazo de un hombre en una plaza de Venecia o posa delante de una pirámide de Egipto: las deslumbrantes Grünberger, Rozi y sus tres hermanas, de luna de miel, de vacaciones,

comprando y gastando a manos llenas. «Siempre se peleaban por quién era la más guapa», dijo Hanna. Habían sido educadas para ser «perfectas», para saber comportarse en un mundo seguro, recibido clases de baile y de tenis, de francés y de piano. Su verdadera vocación era ser adornos encantadores, capaces de atraer a maridos ricos que las conservaran adornadas, y protegidas. Motivo por el cual, señaló Hanna, se casaron con hombres diez años mayores que ellas.

Las cuatro hermanas sobrevivieron a la guerra, aunque ninguna sin cicatrices. Gabriella, la menor, perdió a su marido, que fue deportado a Sachsenhausen, trabajó hasta el límite de sus fuerzas y fue fusilado al borde de una fosa común. Un antiguo empleado del marido de Gabriella la reconoció a ella y a su hija Marika en un tren que se dirigía a Miskolc, y las denunció a las autoridades. Madre e hija fueron bajadas a la fuerza en la parada siguiente y enviadas a Ravensbrück y luego a BergenBelsen.

Hanna cogió más fotos del montón. «Este es Árpád», dijo. Un sujeto pulcro, con hoyuelo en la barbilla, con traje a medida y sombrero flexible, pasea por un camino de tablas de la ciudad balneario de Carlsbad, en la Bohemia de 1937; zigzaguea con esquíes y un grupo de amigos por una nevada pendiente del Alto Tatra; posa en el jardín posterior con su familia, apoyando una mano protectora en el hombro de su mujer y la otra en el de su hija, una niña con flequillo y trenzas. Árpád, el mayor de los cuatro hijos de Leopold y Sidonia, el que «dirigía la empresa maderera con tu bisabuelo», dijo Hanna, y que moriría con su mujer Margit y su hija Verushka en 1944, cuando la casa en que se había refugiado con otros resistentes judíos fue atacada por las SS, luego rociada con gasolina y quemada hasta los cimientos. Solo habían transcurrido siete años desde sus paseos por Carlsbad. Me fijé en que el hoyuelo de la barbilla de Árpád era como el de mi padre, y como el mío.

«Y aquí tenemos otra vez a tu abuela», dijo Hanna, dándome otra fotografía de Rozi, con sombrero *cloche* con velo y muchas joyas, posando con su marido Jenő, austera presencia con traje oscuro formal y sombrero hongo, y con su hijo, que viste abrigo cruzado con botones metálicos.

Había visto muchas fotos de Rozi. Cuando estuve en Tel Aviv para visitar a la prima de mi padre Marika Barbash (que, con su madre Gabriella, había salido con vida de Bergen-Belsen), me sacó su bolsa de papel con fotos de

estudio de Rozi y Jenó, ella con vestido negro, collar de perlas y pendientes también de perlas. «Siempre con perlas», había observado Marika.

Hanna me enseñó más fotos de aquel período: Rozi de compras por Italia, cargada de paquetes; Rozi vestida para pasar una noche en la ciudad, con uno de sus visones y un peinado de artesanía. «Rozi era muy guapa, tenía muchos amantes y todas las noches iba al teatro o a la ópera», dijo Hanna. «Pista la buscaba antes de que se fuera, para que le diera el beso de buenas noches, y eso era todo. Noche tras noche, se quedaba solo en la casa con la niñera. Era como una familia de la realeza. Pista lo tenía todo, preceptores, institutrices, juguetes caros, pero no padres.» Una foto retrataba una escena doméstica inusual: Rozi está sentada en un confidente tapizado en terciopelo esmeralda, en el salón de Ráday 9, la habitación que según mi padre estaba amueblada «en estilo Luis XVI». Sentado con torpeza en su regazo, como si lo hubieran plantificado allí para la foto, hay un niño que aún no anda, vestido como un pequeño Lord Fauntleroy, con calcetines blancos hasta la rodilla y botines con lazos. La foto capta la equívoca expresión de la cara de Rozi; mira al niño como si no estuviera segura de la relación que tiene con él. Mi padre, que abraza un osito de trapo, ha vuelto el tórax y mira a la cámara. «Mi padre fue a ver a Rozi cuando Pista tenía cinco o seis años», dijo Hanna, «y me contó que entonces había pensado: “Qué niño más triste.” Se dio cuenta de que no tenía amor.»

«Pista era un niño muy inteligente, un chico listo», me contó Yudit Yarden, prima paterna de mi padre, de la rama de los Friedman. Durante los primeros años de la guerra, Yudit y sus padres habían vivido en el edificio de Váci 28 y pasado las vacaciones en la villa estival de los Friedman, en las colinas de Buda, en cuya piscina se bañaban los dos niños y en cuyo gran patio jugaban juntos. Cuando fui a verla en su pequeño piso para discapacitados de Netanya, población costera del norte de Israel, Yudit tenía ochenta años. Me recibió como a una amiga perdida hacía mucho: «¡Querida Susaaan, has venido! ¡Mi corazón se hace alegrar!» Su inglés era tan malo como hermosa su cara para su edad.

«Pista lo sabía todo», me comentó mientras tomábamos jerez con unas pastas crujientes. «Leía mucho y para las cosas técnicas tenía mucha mano, sabía mucho.» Él le enseñó a hacer fotos y películas. «Era muy cerebral, siempre trabajaba con la cabeza, no con las emociones. Era muy...», buscó la palabra inglesa apropiada y cerró el puño, «cerrado. Como la cara en el

póquer. No podías adivinar lo que pensaba.» Recordaba algo más de aquellos veranos. «Rozi no pasaba tiempo con su hijo. Una vez oí decir a Pista que su madre iba a acudir y yo me quedé... pasmada. No eran padres cariñosos.»

¿Y Jenó?, pregunté.

«Jenó era frío», dijo Yudit. «Un *gvir*», rico en yiddish, «un personaje prestigioso en la comunidad judía de Budapest. Pero era... quisquilloso. Muy crítico con Pista. Muchísimo.» Y cuando no criticaba, estaba fuera. «Pista se vio obligado a cuidar de sí mismo. Estaba horriblemente solo. Tenía dos casas pero ningún hogar.» Posó en mí sus ojazos quejumbrosos. «Es una herida de la que nunca podrá curarse.»

Sin embargo, lo que Hanna llamaba «el gran misterio de la familia» no tenía que ver con el abandono de Pista por sus padres, sino con el abandono de la madre por parte de Pista.

«Era el único hijo de Rozi y ni siquiera se hablaba con ella», me contó Marika una tarde, mientras tomábamos un té en su flamante piso de Tel Aviv. El aparato de aire acondicionado lazaba chorros helados. En un estante alto había unas cuantas reliquias que habían sobrevivido: un juego de candelabros de plata y una bailarina de porcelana con volantes, lista para interpretar un minuetto de los tiempos imperiales. «Sabrás que perdió dos hijos», añadió.

Le dije que, por lo que me había contado mi padre, Rozi solo había tenido un aborto.

«No *aborto* y no *uno*», dijo Marika. «Fueron dos nacimientos vivos.» Según se contaba en la familia, una criatura había vivido poco tiempo, la otra cerca de un año. «Y por fin tuvo un niño que vive y que no quiso hablar con ella», añadió. «Ella sufrió. Por culpa de tu padre. Fue su tragedia.» Marika recordaba que mi padre había estado tres días en Tel Aviv, en 1990. Había puesto una piedra en la tumba de Jenó, se había reunido brevemente con los parientes para hablar de la posibilidad de reclamar las viviendas de Budapest y se había ido. «Quería casas, no personas», puntualizó Marika.

Un par de años después de su visita relámpago a Israel, mi padre invitó a Rozi, que tenía ya ochenta y nueve años, a que fuera a verlo a él a Budapest. La noticia llegó hasta los límites más alejados de la familia Grünberger. «Fue el *gran acontecimiento*», me dijo Dahlia Baral, la prima de mi padre, que a la sazón vivía en Australia. «¡Steven ha llamado por fin! Todos pensamos que los días del Mesías estaban ya cerca y que vendría para quedarse.»

Pero entonces Rozi volvió de Hungría, y con la pierna escayolada. Se

había caído delante de la casa de mi padre, en las colinas de Buda, y se había roto la pierna. Mi padre la había llevado al Hospital de San János, que era el centro médico más cercano. Instalaron a Rozi en una habitación con otra persona que gritaba de dolor noche y día. Mi padre llamó a Ilonka para que cuidase a Rozi durante las semanas que estuvo recuperándose en la casa. Ilonka me describió la experiencia como «el mes más espantoso de mi vida». Recordaba que Rozi gritaba a mi padre sin parar y que trataba a Ilonka como si fuera su criada. «Gritaba: “¡Tráeme a la muchacha!”» Y recordaba que mi padre le replicaba a gritos: «Te olvidabas de mí. Nunca me quisiste.»

La operación de Rozi fue un desastre. «Una operación como las de los tiempos de Francisco José», dijo Marika. El cirujano le unió la pierna con un clavo gigante que no tardó en perforarle la piel. Un hospital de Tel Aviv tuvo que rehacer toda la intervención. «Tu padre quería que volviera a Israel lo antes posible», señaló Marika. En cuanto la anciana estuvo en condiciones de viajar, el hijo le compró el pasaje de vuelta. «Rozi contó: “Ha querido librarse de mí.” Estaba devastada. Todo lo que había perdido, todo volvía a revivirlo.»

«Fue triste»; prosiguió Marika, «pero Rozi supo hacerle frente. Eliminó cosas.» Imitó con la mano el gesto de dar hachazos. «Sabrás lo del testamento», añadió.

No, dije, no lo sabía.

«Decía: “Y para mi hijo, solo un siclo.”»

La anécdota de Marika era exacta en lo relativo al rechazo generacional, pero errónea en los detalles, según averigüé cuando hablé con Hanna, que había cuidado a Rozi durante su deterioro final y ordenado sus papeles después del fallecimiento de la anciana. Hanna dijo que, efectivamente, mi padre había sido eliminado, pero que Rozi no había sido la causante: «El testamento lo redactó tu abuelo.» Hanna recordaba las palabras que había escrito Jenő en los años sesenta, cuando la moneda israelí no era el siclo, sino la lira. Aparecían en la última página del testamento, al final de una lista de herederos y las cantidades que percibiría cada uno: «Para mi hijo, István Faludi, una lira.» El hombre al que mi padre había mitificado como «mi ángel de la guarda» había legado calderilla a su único hijo.

Al principio de mi estancia en Tel Aviv, Marika y su prima Dahlia me

habían llevado de excursión al mercado árabe de Jaffa y luego nos detuvimos para admirar la vista del puerto. Habíamos hablado de la historia de la familia y del cambio de sexo de mi padre. Yo acababa de contarles lo ocurrido la noche en que mi padre y yo habíamos ido a ver *La judía* en la sinagoga Dohány, que mi padre había mirado a los viejos ricachones judíos del público y había comentado: «Me miran y dicen: “He ahí una emperifollada y apetitosa gentil.”»

–Puede que pensara que si cambias una cosa, cambias la otra –opinó Marika. Se refería al género y la religión–. Las dos van juntas.

–Pero ¿sabes qué? –dijo Dahlia negando vehementemente con la cabeza–. Que no sirve de nada. Si eres judía, siempre serás judía. No puedes huir de eso. No puedes, no puedes, no puedes, no puedes.

Me apoyé en la barandilla para observar el Mediterráneo. Marika me rozó el brazo.

–Tu padre hizo algo heroico –dijo–. Salvó a sus padres de la Cruz Flechada. –Sufrí un estremecimiento. Había vivido con las fanfarronadas de mi padre desde pequeña. Aquella era la primera confirmación que oía–. Me lo contó Rozi –prosiguió Marika–. Estaba muy orgullosa de aquello.

Oiría más confirmaciones durante aquel viaje. Yudit Yarden pasó gran parte del año 1944 en Váci 28, la finca de mi abuelo, que por entonces era una de las casas de la Estrella Amarilla. A principios de noviembre de aquel año, cuando la Cruz Flechada se hizo con el poder, los Yarden huyeron a una casa protegida de la embajada suiza. Allí estuvieron compartiendo una habitación con otras cuarenta personas, entre ellas Rozi y Jenő, la separada pareja reunida por las casualidades de la guerra. Yudit recordaba vivamente el frío que pasó su familia en aquella estancia sin calefacción. También recordaba la falta de comida, los disparos que sonaban junto al río y los rumores de que los miembros de la Cruz Flechada estaban entrando en las casas protegidas. En sus recuerdos de la casa de seguridad suiza permanece un día en particular, el día en que mi padre, haciéndose pasar por guardia de la Cruz Flechada, llegó y «se llevó a tus abuelos».

Cuando Yudit me contó esta historia, precisamente cuando Marika me contaba lo que había oído decir a Rozi, me pregunté una vez más cómo podía haber coexistido aquel despliegue de devoción filial con el distanciamiento de toda una vida.

Peter Gordon, el primo de mi padre, recordaba la confrontación que habían

tenido, a fines de los años setenta, cuando él y su padre Alexander habían ido a Nueva York y visitado a mi padre. Alexander se había puesto a cuestionar a su sobrino Pista: ¿por qué había olvidado a Rozi? ¿Cómo podía ser tan frío con su propia madre? «¿Qué eres tú? ¿Qué clase de carácter tienes?» Como Alexander siguiera presionándolo, mi padre estalló. Peter recordaba las palabras que mi padre había proferido a voz en cuello: «Cuando salvé a mis padres durante la guerra, la deuda quedó saldada y ahí acabó todo. Ya no les debía nada.»

En realidad, el rescate de sus padres no fue su único acto de valor. Unos días más tarde, el padre de Yudit, Gyula Yarden, también fue sacado de la casa protegida suiza –por un auténtico agente de la Cruz Flechada– y llevado a un centro de detención. A Yudit le parecía recordar que la dirección era Andrásy út 60, la comandancia de la Cruz Flechada, pero no estaba segura. Pasaron varios días sin tener noticias. «Estábamos... desesperadas», me contó Yudit. Ella y su madre buscaron el apoyo de Jenő y Rozi Friedman, pero la pareja dejó bien claro que no podía hacer nada o no iba a hacerlo. De repente, al cabo de unos días, el padre de Yudit volvió a la casa protegida. «Creo que fue torturado a conciencia por los fascistas», me contó Yudit, «porque desde entonces tuvo serios problemas de estómago y en las piernas.» Pero se trataba únicamente de especulaciones. «No sé nada con seguridad, porque nunca habló de aquello.» Solo habló de una cosa: de que había podido escapar.

Yudit se inclinó hacia delante y apoyó sus nudosas manos en mis rodillas. «He de decirte que tu padre fue muy valiente en 1944», dijo. «Salvó a mi padre de la muerte.» Me contó lo que su padre le había contado: que Pista había entrado en el edificio donde la Cruz Flechada retenía a Gyula Yarden y había dicho: «Me llevo a este hombre para ejecutarlo.» Pista llevaba un brazalete y un fusil. El padre de Yudit «iba un paso por delante de él y Pista iba detrás con el arma... Y así lo llevó otra vez a la casa suiza».

Los Yarden estaban impresionados por aquella sangre fría y por algo más. «Mi padre no podía entenderlo», dijo Yudit. «¿Por qué no se les ocurrió que era judío? Porque Pista tenía una cara muy judía.»

Si a mí me pareció inconcebible que mi padre hubiera invadido la fortaleza de Andrásy 60, a mi padre le pareció inexacta la versión que me habían contado. «No lo recuerda como fue», dijo cuando le repetí la historia de

Yudit. Mi padre recordaba haber rescatado a Gyula Yarden, pero no de la comandancia de la Cruz Flechada, sino del amurallado gueto que se había construido en el antiguo barrio judío de Budapest. «No era muy difícil entrar en el gueto», me dijo. «No estaban muy organizados.» Yo siempre había creído que mi padre exageraba el valor que se atribuía cuando contaba sus batallitas de la guerra y ahora resultaba que quitaba importancia a su valentía.

23. SALIR BIEN PARADO

«¿Puedo hacerte una pregunta?» Mi padre y yo estábamos sentadas en su terraza. Estábamos en junio de 2010 y era un perfecto atardecer de verano. Las abejas trazaban círculos desgastados alrededor del azucarero y las tazas de café. Un pájaro carpintero picoteaba por encima de nosotras, inútilmente, ya que trataba de desenterrar gusanos en la antena parabólica de mi padre. Esta se encontraba en uno de sus raros momentos de expansión y hablaba por los codos delante de mi grabadora a propósito de sus aventuras en Manhattan en los años sesenta, en Río de Janeiro en los cincuenta y en Copenhague en los cuarenta. Yo estaba entusiasmada. No siempre estaba tan animada cuando se trataba de nuestra empresa común.

«Entiendo lo que haces», me había dicho una mañana en que estábamos delante de su ordenador. El tema era la fotografía de Richard Avedon, pero no las fotos de moda que mi padre había estado tantos años copiando y coloreando para Condé Nast. «Estuve un día con él en su estudio y me enseñó las fotos de su padre. Eran impresionantes.»

Lo que había visto mi padre eran los famosos retratos que Avedon había hecho a su sentenciado padre entre 1969 y 1973, y que daban testimonio con dolorosa claridad y detalle, bajo una implacable luz despojada de sentimentalismo, de su larga e inútil lucha contra el cáncer. Avedon había esperado que los retratos consiguieran, entre otras cosas, normalizar su relación, ya que habían estado distanciados durante mucho tiempo. Según explicó a su padre en una carta, Avedon esperaba mostrarlo tal como era realmente. «Cuando posas para una foto, estás detrás de una sonrisa que no es tuya», escribió. «Estás irritado, hambriento y vivo. Lo que yo valoro en ti es esa fuerza. [...] ¿Lo comprendes?» Es difícil decir si lo comprendió o no. Tras la muerte de Jacob Israel Avedon, la carta de su hijo se encontró en el bolsillo de su mejor traje: el traje que nunca se puso.

«Entiendo lo que haces», me había dicho mi padre aquella mañana, delante

del ordenador. Señaló mi bolígrafo, que se desplazaba por mi cuaderno de notas. «Es exactamente lo que hacía Avedon.»

Sin embargo, en 2010 parecía que colaborábamos como nunca. Solo de tarde en tarde se atrincheraba detrás de su verborrea defensiva. Una mañana me regaló una copia en color de nosotros dos. Era una foto que nos había hecho mi marido dos años antes. En ella estamos sentadas muy cerca, ante una mesa de la terraza, ella dándole a la lengua, yo inclinada hacia delante, con el boli apuntando cada palabra en el cuaderno. Las dos reímos.

«Es una foto preciosa», dijo al alargármela. «Eres una entrevistadora muy concienzuda yyy», dedo en alto, para subrayar lo siguiente, «una buena escritora.» Había puesto al pie de la foto una frase latina que recordaba de los cursos de lenguas clásicas que había estudiado en el viejo instituto judío: «*Verba volant, scripta manent*», las palabras vuelan, los escritos permanecen.

Mientras mi padre terminaba su porción de pastel de la Selva Negra y daba sorbos al café, me dije que era un momento tan bueno como cualquier otro para entrar en el campo de minas.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro —dijo, desconcertada porque le pidiera permiso—. No paaaras de hacer preguntas.

—Bueno, es que esta es difícil. —La voz me tembló, traicionando mi ansiedad. No estaba segura de lo que se me iba a escapar. Miré la grabadora para comprobar que la luz roja estuviera encendida.

Mi padre recogió unas migas de su plato. El pájaro carpintero lo intentó de nuevo en la parabólica.

—¿Qué sucedió aquella noche?

—¿Qué noche?

—Yorktown, año 76. La noche que irrumpiste en casa. —Dirigí estas palabras al salvamanteles. No dije: la noche que casi mataste al hombre con el que salía mi madre. El corazón me latía con fuerza.

Cuando levanté los ojos, mi padre seguía recogiendo migas con indiferencia.

—Es una pregunta *fácil* —dijo—. Quería echarlo de la casa, naturalmente.

—¿Cómo supiste que estaba allí?

Meditó aquello.

—Creo que me lo dijo el detective privado.

—Entonces —salté imitando a Perry Mason de un modo fatal—, contrataste a

un detective.

–Claro –respondió mi padre, imperturbable–. Pero era un inútil. Y un fotógrafo pésimo. Sus fotos no sirvieron de nada. Ahora que si las fotos las hubiera hecho yo, habría...

Hice que volviera al escenario del delito.

–Así pues, llegaste a la casa y...

–Y le pinché los neumáticos. Para que no pudiera huir.

La conduje al episodio siguiente: le puerta derribada, los pasos que retumbaban en la escalera. El grito que resonó en el descansillo y que me heló la sangre.

–¿Estas furioso? ¿Asustado?

–Yo no diría *furioso*.

–Lanzaste un grito aterrador.

–Para *asustarlo* –dijo mi padre–, pero no se asustó. Se lanzó contra mí.

–Muy bien –dije–, pero tú tenías un bate de béisbol.

–El bate de béisbol, eso fue una tontería –dijo–. Yo quería protegerme. Pero él me pegó. ¡Para que me sirviera de lección! Como dijo Jesús: «Si un hombre levanta una espada, matará con la espada.» O algo parecido. –A pesar de los vídeos de telepredicadores que llenaban sus estanterías, el Nuevo Testamento no era el punto fuerte de mi padre.

El tono ligero de sus comentarios me desanimó. Mis preguntas parecían rebotar en la coraza de su cordialidad. Me sentí como el pájaro carpintero, dando picotazos al metal.

–Y tú lo apuñalaste –apunté.

–Se lanzó sobre mí y comprendí que no iba a poder con él. No pude utilizar el bate de béisbol. Si hubiera sido fuerte y musculoso, lo habría echado de la casa a golpes de bate, pero ni en sueños. Solté el bate. Y me golpeó. Y para defenderme, saqué la navaja suiza. Que en realidad no es un arma mortal. Pero le hice un poco de sangre.

–¿*Un poco*?

–Le di un par de navajazos. Pero no apunté al pecho, no al lugar donde está el corazón. –Guardó silencio un momento–. Era peligroso. Dicen que así se puede morir desangrado. Pero al final fue al hospital. Vino la policía. Y la ambulancia. ¿Te acuerdas de la ambulancia con la que yo iba para salvar gente? –No había olvidado los años en que mi padre había sido voluntario del servicio de urgencias médicas–. El chófer que vino era el mismo con el que

yo patrullaba. –Recordaba que había subido en la parte trasera de la ambulancia; también él había resultado «herido», un corte en la cabeza–. Bueeeno, fue una herida superficial. –Cuando lo hubieron vendado–: Vino la policía y me metió en el calabozo. –De donde salió bajo fianza antes del amanecer, señalé–. Sí –añadió–, y entonces volví a la ciudad y me hice fotografiar, con sangre y todo.

–¿Para qué?

–Para tener pruebas –dijo–. ¿Para qué, si no?

–Cuando yo llamé el 911 aquella noche –dije–, el encargado me dijo que ya habían llamado para informar del incidente. –Después de tanto tiempo, empezaban a encajar algunas piezas–. Fuiste tú, ¿verdad?

–Claro.

–Pero ¿por qué? ¿Por qué llamar a la policía antes de cometer el delito?

–Quería *pruebas* –dijo–. La policía se me llevó. Era justo. Yo quería sentar un precedente. Con testigos.

No entendí a qué se refería.

–Yo inventé el incidente.

–¿Como un hecho ensayado?

–Eeeso. Y salió bien, el marido furioso que persigue al..., eso que tú llamarías, en términos teatrales, el «seductor». –Trazó las comillas con los dedos–. Todo estaba preparado. Para establecer que ella metía a un hombre en la casa y yo era el «marido deshonrado». –Más comillas con los dedos–. Dio la impresión de que la pelea fue por celos –añadió–, de que yo era el propietario de la casa y el marido de aquella mujer, de que estaba echando al tipo de la casa y de que él se resistió. Inventé el incidente. Pero nadie podía demostrar que lo inventé. –¿Con qué objeto?–. Para tener pruebas de la llamada «in-fi-de-lidad». –Más comillas con los dedos–. Bueeeno, gracias a eso ella se quedó sin pensión alimenticia.

–¿Quieres decir que montaste todo aquello para no tener que pagar la pensión?

–¡No! El fin era –exasperada por mis pocas luces, dio un manotazo a una abeja que zumbaba a nuestro alrededor–, sí, de acuerdo, no tuve que pagar. Pero no fue por eso... –Su cara adquirió de pronto una expresión sombría–. Hubo una época en que lo pasé muy mal. Al final del divorcio. Tenía dolores por todas partes. Llegó un momento en que no podía ni andar. Nunca me había pasado nada igual. –Por entonces lo habían echado de casa y vivía en

Manhattan—. Acabé llamando a un taxi y le dije el chófer que me llevara a un médico que conocía, el doctor Kraus, que estaba especializado en escaladores de rocas. —Hans Kraus, «el padre de la medicina deportiva», fue además el fundador extraoficial de la escalada de rocas estadounidense, deporte que había practicado en las escarpadas laderas de los montes Shawangunk, donde mi padre y yo pasábamos fines de semana. Kraus, judío austriaco que había huido de la Europa nazi en los años treinta, tenía más de setenta años y estaba semijubilado en las fechas en que mi padre recurrió a él.

—¿Y qué hizo?

—Una especie de tratamiento eléctrico, con una máquina. Fui a verlo varias veces. Poco a poco empecé a sentirme mejor.

Pensé en el lenguaje que mi padre había querido que figurase en la sentencia del divorcio: que «el demandado había caído enfermo y recibido tratamiento médico» porque mi madre le había retirado el afecto.

—Pero ¿qué te pasaba?

Se encogió de hombros.

—El doctor Kraus no me lo dijo.

—¿Qué crees tú que te pasaba?

Me miró y su cara se arrugó.

—A pesar de todo lo que intenté, todo se vino abajo. Estaba destrozado. Me sentía... —buscó una palabra más exacta para describir su situación— abandonado. —Se quedó mirando la taza de café—. Yo no quería el divorcio. Trataba de demostrar que me lo imponían a la fuerza. —¿Demostrar? ¿A quién?—. Quería que tu madre lo olvidara —prosiguió—. Que desechara toda aquella idiotez de romper la familia. Yo trataba de mantener a la familia unida.

¿Había sido puro teatro kabuki su violenta irrupción en la casa? En mis esfuerzos por determinar quién era mi padre realmente, ¿había confundido el artificio con la esencia? Pero yo había oído sus aullidos y la ira que había oído era auténtica. La sangre que yo había limpiado del suelo no era de heridas superficiales, sino de las cuchilladas que le había asestado al otro en el estómago. Y su violencia no se había limitado a un incidente. «Yo te creé y puedo destruirte.» Yo había sentido su cólera la noche que me golpeó la cabeza contra el suelo a causa de mi infidelidad religiosa. ¿También aquello podía entrecomillarse moviendo los dedos en el aire? ¿O había otro lado de las cosas que «también era cierto»?

Una noche, mi madre, mi marido y yo fuimos a Horgásztanya Vendéglő, un restaurante de Buda, próximo al Danubio, especializado en pescados, donde mi padre solía pedir *halászlé*, una sopa de pescado con especias, con páprika suficiente para quemar el cerebro de cualquiera a la primera cucharada. La última vez que habíamos estado allí, yo había cometido la torpeza de pedir un vaso de agua para mitigar el efecto del medio kilo de páprika de muchos octanos que flotaba en mi sopa. Y lo que fue peor, había pedido el agua con hielo. Mi padre había arremetido contra mí. «¿Cubitos de hielo?», había dicho con repugnancia. «Nunca verás a ningún europeo con clase poniéndose en una bebida esas horteradas.» Cada vez que yo alargaba la mano hacia el vaso, entraba en acción, declarándose «avergonzada» de ser vista con una compañera de mesa tan ordinaria.

–Podríamos ir a otro sitio esta noche.

Ni hablar. Mi padre era de los que no se apeaban del burro cuando se trataba de restaurantes. La seguí de pésimo humor hasta el comedor de paredes adornadas con redes, flotadores y anclas. Del techo colgaba un bote entero con remos y todo. «Qué horterada», me dije.

–Me encanta este sitio –dijo mi padre, y prácticamente musité las siguientes palabras al mismo tiempo que ella–: Es húngaro auténtico. –No se refería solo a la cocina. Le gustaban los camareros de la antigua escuela, caballeros ancianos con modales formales que saludaban a mi padre con distinguida deferencia, le ponían la silla y le besaban la mano con un *Kezét csókolom*.

A mí me parecía poco probable que los camareros la considerasen femenina. Como de costumbre, iba sin peluca. Llevaba el bolso blanco colgando como el zurrón de un marinero encima de su chaqueta cruzada de capitán de barco, un motivo marino apropiado quizá para una marisquería, pero más estilo almirante Horthy que emperatriz Sisí.

Ladeaba la calva con coquetería y charlaba con el canoso empleado, que era todo sonrisas y obsequiosos asentimientos de cabeza. Cuando el camarero se alejó, comenté su deferencia.

–Bueeno, ahora tienen que *csókolom* a mí.

–¿Por qué «tienen que»?

–Porque soy exigente.

Abrimos la carta, un pesado cuaderno adornado con borlas. Decidí ponerme un poco exigente yo también. Anuncié que iba a prescindir de la sopa de pescado.

–Susan es muy quisquillosa comiendo –gruñó a mi marido–. Cuando Tibor y yo estuvimos en Viena, tampoco comíamos mucho, pero era porque no teníamos dinero. –Una de sus observaciones intempestivas. Una conversación con ella era como dar un paseo en un sumergible sin control. Estabas bamboleándote en la superficie y, al minuto siguiente, estabas rastreando el fondo del mar o, en su caso, navegando entre sus aventuras austriacas de 1946.

El camarero volvió con un largo vaso de agua que puso a mi lado. Mi padre me lo había pedido, una especie de armisticio líquido.

–¡Pero le dije sin hielo!

Dije que a lo mejor me decidía a probar la sopa de pescado.

–Aquí se hace como hay que hacerla –observó mi padre–. El *halászlé* ha de hacerse exclusivamente con pescado de río, porque Hungría es un país sin salida al mar. O con pescado de lago. Pero nunca con agua salada. Puedes poner carpa, perca, siluro... En el río Tisza hay una pesca excelente estos días... También en el lago Balatón se podría...

–¿Has vuelto a Balatón? –intervino mi marido, para interrumpir la disquisición ictiológica.

–... el Balatón es el lago de agua dulce más grande de Europa –prosiguió mi padre–. Bueeeno, el más grande de Europa Central, pero es conocido por...

Llegó el camarero con la sopa, en una cacerola de hierro que pendía de un frágil trípode. Apartó la tapa con un elegante movimiento de ostentación y empezó a servir el contenido, empezando por el plato de mi padre.

–¡Las señoras primero! –soltó esta. Parecía complacida con su propia sofistería: un pícaro que se burlaba de las convenciones pero que al mismo tiempo obligaba a cumplirlas. Removí el caldo explosivo de mi plato. Una cabeza de carpa flotaba en lo alto. Al otro lado de la mesa, mi padre tomó unas cuantas cucharadas, saboreando la felicidad del fuego.

–Balatón –dijo al cabo del rato–. Así es como terminamos oyéndolo en la radio.

–¿Perdón?

–El médico que vivía con su familia en Ráday 9. En el primer piso. Pero

aquel verano fueron al lago Balatón.

Otra incursión en la historia: ahora estábamos a fines de la primavera y principios del verano del 44, el momento en que Jenő Friedman y su hijo de dieciséis años se refugiaron en el piso del médico, ocultos tras las cortinas corridas, con la radio «muy bajito» para escuchar la BBC.

–Así nos enteramos de que los alemanes se habían llevado a los judíos de Kassa. –El pueblo de mi abuelo–. Mi padre se echó a llorar. Me dijo: «Han matado a mis padres.» –Se sirvió más sopa con el cazo. La noticia de la BBC, añadió, no fue un acontecimiento totalmente inesperado–. Mi padre ya había oído semanas antes que iba a ocurrir allí algo malo.

–¿Y Jenő no hizo nada por llevarse a sus padres de Kassa? –pregunté.

–Bueeeno, envió a Gaal. –Gaal era el conserje de Ráday 9–. Le pagó para que fuera a Kassa y tratara de arreglar las cosas con dinero. –Una inversión desperdiciada. Gaal regresó corriendo–. Dijo que no se podía hacer nada.

–¿Pensó Jenő en la posibilidad de ir personalmente?

Mi padre observó el mantel sin decir nada.

–De todos mooodos –dijo finalmente–, no podía saberlo. –Quería decir que no podía saber que iban a matarlos–. Era la primera vez que ocurría una cosa así.

–Pero tú sí hiciste algo –apunté–. Tú salvaste a tus padres.

–Mi primo Friczi y los tipos de Betar con quienes estaba, también ellos iban a «salvar» gente. –Se refería a la insurrección sionista que se gestó en un «búnker» de Budapest y acabó en desastre–. Ni siquiera sabían cómo se usaba una pistola. Insensateces.

–Pero tú tampoco sabías cómo usar una pistola –insistí cuando subiste la escalera de la casa protegida de los suizos. ¿También aquello fue una insensatez?

–Síii, pero mi pistola no estaba cargada.

–¿Entonces?

–Pues es muy sencillo. Yo me lo creí. Y ellos se lo creyeron. Intervine en su juego. Si crees que eres quien finges ser, estás ya medio salvado. Pero si haces cosas raras, si te mueves con miedo, entonces estás a medio camino de la cámara de gas. –Dobló cuidadosamente la servilleta y la dejó en la mesa–. Bueeeno, esos son mis principios. Y me los creo.

De postre, mi padre pidió *gesztenyepüré*, una golosina húngara tradicional, «fideos» de castañas filtradas por un pasapurés, aderezados con ron y

vainilla. Al ver el nombre, se me disparó una asociación nostálgica que no dejó de sorprenderme: mi padre había preparado aquel plato algunos domingos por la tarde, cuando vivíamos en Yorktown. El plato del restaurante llegó en una copa gigante, coronada con un minarete de nata montada.

–Ese jugar a representar papeles durante la guerra –dijo mi padre mientras atacaba el monumento– fue un proceso parecido.

–¿Parecido a qué?

–Ahora me siento con cualquiera y el tipo me besa la mano. Me fortaleció mucho haber hecho estas cosas entonces. Haber podido vivir, no como soy, sino como una persona no judía. Sabía salirme con la mía. Por eso he podido hacer ahora estas otras cosas. –Se refería a su cambio de sexo–. Porque si te convences de que eres esa otra persona, todos los demás se convencerán... Así me represento a mí mismo.

–Entonces, lo que haces ahora –pregunté–, ¿es representar otro papel?

–Antes representaba el papel de hombre –dijo–, pero las mujeres no me aceptaban totalmente como hombre con H mayúscula. No tenía los medios. Ahora, como mujer, no interpreto ningún papel. No lo necesito.

–¿Porque fuiste así desde el principio? ¿Este es tu verdadero yo?

–Bueeeno, así es como soy *ahora* –dijo–. Desde la operación. He desarrollado otra personalidad.

Con una diferencia desde la guerra, pensé. Como joven judío en la Europa nazi, al margen de la brillantez de sus representaciones, al margen de la convicción con que llevara el brazalete y diera el saludo de «*Heil Szálasi!*», mi padre tuvo que vivir con la aterradora certeza de que sus enemigos guardaban un as en la manga: en el momento en que le ordenaran ir a la trastienda y que se bajara los pantalones, todo se acabaría. Esta vez se había declarado mujer, y si la política de género la conducía a la trastienda, podía probarlo.

–¿Qué ha sido más fácil para ti –pregunté–, ser aceptada como mujer tras haber nacido hombre o ser aceptado como magiar tras haber nacido judío?

Mi padre meditó aquello durante unos momentos, sosteniendo la cuchara ante sí como si fuera un espejito de mano.

–Como mujer –dijo–. Porque soy una mujer, con una partida de nacimiento que dice que soy mujer. Así que debo ser mujer –Limpió los restos de

gesztenyepüré-. ¿Ha terminado ya la inquisición? –Sonrió y sacudió la cuchara hacia mí-. ¡Vidas y Delitos de Stefánie Faludi! ¡Santo Dios!

Pasamos junto a las redes de pesca llenas de polvo y salimos al aire de la noche. Ante nosotros discurría el Danubio, negro como la obsidiana. Mi padre me tiró de la manga.

–*Salir bien parado* –dijo–. Susaaan, no olvides eso. Es la clave de todo. Porque muchos no supieron ocultar que eran judíos y fueron fusilados.

–Hace un día precioso –dije a mi padre. Habíamos estado horas mirando los últimos vídeos que había recibido de la NASA y me moría de ganas de salir-. Vamos a dar un paseo por Pest –dije, y añadí con toda la indiferencia que pude–: Así podrás enseñarme la sinagoga de la calle Kazinczy. –La sinagoga a cuyos servicios habían asistido mi padre y los suyos todos los sábados por la mañana.

–Ya te he dicho que fui una vez al barrio judío. Me llevé a Ilonka y comimos en aquel restaurante *kosher*. ¡Qué comida más insulsa! No hay nada más que ver.

–Pero no fuiste a ver tu sinagoga.

–¿Por qué habría tenido que verla? Estaba en ruinas.

–Pero la han reconstruido. –Aunque hacía muy poco: se había mantenido tal como había quedado al acabar la guerra y se había reabierto hacía unos años.

–Bueeeeno, no puede estar como entonces.

–¿Cómo lo sabes si no has estado allí? –Silencio–. ¿No quieres ver el lugar al que ibas todos los fines de semana –añadí– *con tu familia*?

–Bueeeeno, mi padre no iba a la de la calle Dohány porque tenía órgano. Demasiado cristiana.

Ya lo sé, le dije.

–Me lo contaste tú.

–Después de los servicios nos íbamos andando por Kazinczy utca y por Rákóczi út hasta llegar al Corso, y allí paseábamos arriba y abajo. –Frotó el suelo con los pies, adelante y atrás, siguiendo el ritmo del recuerdo–. Los cristianos paseaban allí los domingos, los judíos iban el sábado. Luego volvíamos a casa y la criada nos subía caliente el *cholent* que se había estado cociendo en el horno de la panadería de la planta baja.

Asentí con la cabeza. Había oído la anécdota muchas veces. Parecía un buen momento para llegar a un acuerdo.

–Vayamos pues a la sinagoga; luego pasaremos por el Corso.

Mi padre lo meditó.

–Síiii, pero no es posible. Es Pentecostés.

–¿Qué?

–Pentecostés, queerida. El fin de la Pascua.

¿Una sinagoga cerrada por ser una festividad cristiana? Increíble.

–De todos modos –dije–, hoy es lunes. –Pentecostés había sido la víspera.

–Hoy es Lunes de Pentecostés –replicó mi padre.

Me apoyé el teclado en el regazo y escribí a toda prisa «Sinagoga calle Kazinczy» en el buscador de Google. Buscaba un número de teléfono para demostrarle que estaba equivocada. La página de «Viajes por los tesoros ocultos del Budapest judío» indicaba las horas de visita de la sinagoga: lunes, 10-15.30, y señalaba que solo cerraba durante las grandes festividades judías y las «fiestas nacionales húngaras», expresión que aparecía en negrita. Cuando hice clic sobre el texto, apareció la lista de las fiestas nacionales. Mi padre miraba por encima de mi hombro y señaló una anotación situada a mitad de página: *Pünkösdhétfő*, lunes después de Pentecostés.

–Te lo dije –comentó con suficiencia.

Dos días más tarde, cuando bajé a desayunar, encontré en la encimera, al lado de las tazas de café que esperaban el brebaje matutino, una tira de papel. Mi padre había anotado algo con su ligada letra bastarda, unas palabras húngaras que no supe descifrar, seguidas por «10-15.30».

En aquel momento entró en la cocina, vestida con un tubo azul claro y con el bolso de mano blanco en la mano.

–He estado pensando –dijo– que este podría ser un buen día para ir a Kazinczy.

Quien se acerca demasiado a la sinagoga de la calle Kazinczy puede darse de bruces contra ella. El templo ortodoxo está empotrado en una esquina, en un laberinto de callejas y patios adoquinados. Si la sinagoga de la calle Dohány era la versión Versalles del culto –su esplendor de diva sobresalía delante de una amplia plaza, para que la visibilidad fuera máxima–, la de Kazinczy era la versión de bolsillo.

La intrincada conejera, casi medieval, en que se encontraba había sido antaño una comunidad ortodoxa suficiente, que contenía el *shul*, la *mikvé*, la sala de oraciones de invierno, el restaurante *kosher*, la tienda de volatería *kosher*, la lechería *kosher*, la fábrica de pan ácimo, pisos propiedad de la comunidad ortodoxa, una *chuppá* al aire libre, una fuente con un caño abierto para que los judíos arrojaran sus pecados al mar en Rosh Hashaná⁷ y una funeraria judía. La mañana que nos acercamos, las calles estaban vacías; el ruido de nuestros tacones en los adoquines rebotaba en las altas paredes de piedra. Seguí a mi padre cuando subió los cuatro peldaños de mármol que había ante la fachada de ladrillo rojo, altas ventanas en arco y almenas de piedra tallada. Encima de las puertas de hierro había un símbolo que no pasaba inadvertido. A diferencia de la de Dohány, aquella estrella era de seis puntas, no de ocho. En el friso estaba escrito el grito que lanzó Jacob cuando despertó de su sueño, en caracteres hebreos: «Esta no es otra que la morada de Dios y esta es la puerta del cielo.»

El interior, si a ello vamos, era celestial, una exquisita cámara de serenidad, con candelabros de siete brazos y estrellas de David pintados en las paredes, en azul claro, y claraboyas coloreadas en el techo por las que entraban haces de luz azul. La planta era tradicional, con el bimá o tribuna en el centro, y dos escaleras que conducían a las dos galerías superiores, donde estaban los asientos de las mujeres. No había órgano.

No habíamos dado más que unos pasos en el interior cuando un señor bajo y calvo, con una bata gris hasta la rodilla y un medallón con el símbolo *chai* colgando del cuello, se nos acercó corriendo para ver quiénes turbaban aquella paz. Era el «sacristán» o encargado de la sinagoga, y nosotras éramos las primeras visitantes del día, y mientras estuvimos allí, las únicas. Miró a mi padre, metió la mano en una cesta y sacó un paño azul. Mi padre lo observó con perplejidad momentánea. El encargado se izó de puntillas y se lo puso sobre los desnudos hombros. Me fijé en que el color del paño pegaba con el vestido.

Pregunté si era grande la congregación en aquellos momentos. Mi padre tradujo y el encargado dijo que el aforo del edificio era de quinientos hombres abajo y quinientas mujeres en las galerías, pero que a la mayoría de los servicios no asistían más de ciento cincuenta personas en verano –muchas eran turistas de otros países– y hasta treinta en invierno.

–La comunidad es muy pequeña, porque mucha gente que vivió el

comunismo perdió su condición judía –dijo–. Tenían miedo de perder el trabajo y poner en peligro a su familia si iban a la sinagoga... Además, muchas murieron o fueron deportadas durante la Shoah. –Señaló una imagen enmarcada que colgaba junto a la entrada: una foto de las ruinas de la sinagoga en 1944, un montón de madera y cristales rotos.

Mi padre le contó que había ido allí de niño. El encargado se animó. Se pusieron a intercambiar recuerdos. Hablaron del antiguo e ilustre rabino, Koppel Reich, que presidió la convención de 1905 en que se sistematizaron las normas de la comunidad ortodoxa húngara, y que con ochenta y nueve años fue elegido miembro de la cámara alta del Parlamento en 1927, el año en que había nacido mi padre. Este recordaba que la sinagoga tenía «aire acondicionado» en verano: se echaban cubos de hielo en los conductos de ventilación del suelo. «¡Muy moderno!» Y también se acordaba del encargado gruñón que siempre hacía callar a los niños.

–Era un gigante de barba larga –dijo–. Daba unos sustos de muerte a los niños, gritándoles: «Shah! Shah!»

El encargado se echó a reír.

–¡Todavía lo hacemos! –exclamó.

Al cabo del rato, el encargado volvió a sus obligaciones y nos invitó a que nos moviéramos como si estuviéramos en nuestra casa. Mi padre y yo subimos por la nave central.

–¿Dónde te sentabas? –pregunté.

–¡Chitón! –dijo mi padre–. Menos mal que no entiende el inglés.

Me di cuenta de mi cortedad: mi padre se sentaba abajo.

Recorrimos el perímetro, admirando los frescos de las paredes («Los colores son incluso más vivos que cuando era pequeño», comentó con asombro) y presentamos nuestros respetos al sitial del rabino Reich, que se alzaba a la izquierda del arca, retirada en señal de homenaje a su eminencia. Al cabo del rato, mi padre bajó por la nave derecha. Se detuvo al llegar a la cuarta fila del centro y reflexionó. Luego se acercó a la quinta silla y tomó asiento. Me acerqué y me senté a su lado.

–Estos eran los asientos de los Friedman –dijo en voz baja, acariciando los brazos del suyo y el mío: el de Jenő y el de István. Rozi se sentaba arriba. Los fieles pagaban por asientos concretos, me explicó, cuanto mejor era el puesto, más costaba. Esos en los que estábamos se consideraban de los mejores. Adelantó la mano y levantó la tapa de un pequeño compartimento de

madera—. Aquí guardábamos los libros de oraciones y el taled. —Se tocó la cabeza con nerviosismo—. Nunca he entrado en una sinagoga sin kipá —dijo—. Es igual. Me acostumbro a las cosas en diez minutos. —Se arrebujó en el paño azul que le cubría los hombros—. Al principio no entendí por qué me daban este *taled*. Pensé que debía cubrirme la cabeza, como un burka. Y me dije: Santo Dios, ¡me he equivocado de templo!

Nos echamos a reír y estuvimos unos minutos inmóviles, en amistoso silencio, mirando las resplandecientes columnas marmóreas del recinto del arca, y el emblema en bajorrelieve que había encima, las dos manos extendidas para dar la antigua bendición del sabbat. Mi padre estiró las manos para imitar el relieve y las puso encima de mi cabeza.

—*Ye'varech'echa Adonoy ve'yish'merecha* —dijo—. *Ya'ir Adonoy panav eilecha viy' chuneka. Yisa Adonoy panav eilecha, ve'yasim lecha Shalom.*

La hija de mi padre, ignorante en cuestiones religiosas, tuvo que pedirle que tradujera.

—Que el Señor te bendiga y te proteja. Que la faz del Señor te ilumine y te sea favorable. Que el Señor te cuide y te conceda paz.

Era la bendición del sábado que daban los padres a sus hijos. Había otras bendiciones más concretas, según se tratara de hijos o de hijas, me explicó; pero aquella era válida para ambos sexos.

Volvió a guardar silencio. Al cabo del rato dijo:

—Me sentí muy disgustada entonces. En Yorktown..., cuando quisiste ver al cura para hacerte cristiana.

Esperé. Nunca habíamos hablado de aquella noche. Nunca la había sacado a colación. Suponía que la había encerrado en aquella caja fuerte mental donde metía los recuerdos que se negaba a revivir.

«Yo te creé. Y puedo destruirte.»

—¿Recuerdas lo que me dijiste? —pregunté.

—Recuerdo exactamente lo que dije —respondió—. Que ellos exterminaron a los judíos. ¿Cómo podías hacer tú aquello?

No la corregí. Fueran cuales fuesen las palabras exactas, comprendí que aquello era lo que significaban para ella.

Se miró las manos, que apoyaba en el regazo.

—No debería haberme enfadado tanto —murmuró.

Le apreté las muñecas.

—No pasa nada —dije.

Minutos después nos levantamos y nos dirigimos a la puerta. Mi padre había recordado un café que le gustaba y que estaba cerca de allí, fuera del antiguo barrio judío.

–Hacen unos pasteles vieneses excelentes.

24. LA PREÑEZ DEL MUNDO

En 2014, la revista *Time* celebró «La culminación del transgénero» con un artículo de portada que, con un millar de artículos coincidentes de todos los rincones de los medios, entronizaba la identidad de género como el último grito de los derechos civiles. Aquel mismo año, la ONU aprobó una resolución que condenaba la discriminación y la violencia basada en la identidad de género, y multitud de organismos gubernamentales, desde los parlamentos danés y holandés hasta el gobierno del estado de Nueva York, pasando por la alcaldía de esta ciudad, proclamaron el derecho de los ciudadanos a cambiar su partida de nacimiento para que coincida con el género elegido, aun sin cirugía.

Los violines siguieron sonando hasta bien entrado 2015, cuando el presidente estadounidense Barack Obama se tuiteó con Caitlyn Jenner para elogiar su «valentía» (horas después, Jenner apareció con un corsé de raso en la cubierta de *Vanity Fair*) y los derechos del transgénero se convirtieron en eslogan de la campaña presidencial. En los medios, la identidad trans se consolidó formando un relato simbólico, con todos los ingredientes imprescindibles de victimización, heroísmo y fama. Raras veces transmitía la fanfarria la textura cotidiana de las complicadas vidas corrientes.

En verano de aquel año recibí una carta de Mel Myers, el mismo que, cuando era Melanie, dirigía el Nido de Melanie, la residencia de Phuket, Tailandia, donde mi padre había convalecido de su operación de 2004. Mel había conseguido llevarse a su novia tailandesa a Estados Unidos, pero pagando un precio. «Cuando llegó el momento de llevarla a Estados Unidos y casarnos, tuve que volver a ser varón. Mi cirugía de feminización facial quedó cubierta por una barba, mi cirugía reasignadora volvió ridículos mis viajes al cuarto de baño y oculté mis preciosos pechos con ropas holgadas.» Decía que unas veces deseaba seguir siendo Melanie y otras lamentaba haberse operado la primera vez, «ahora que vivo en el limbo [...] tenía mi vida anterior como varón, tenía mi vida como Melanie, y ahora tengo una

vida en que no soy ni macho ni hembra o soy ambas cosas a la vez». Recordaba la época en que, siendo Melanie, había sido «una especie de ejemplo, una persona a la que las chicas trans podían mirar como guía y estímulo», pero aquellos días pertenecían al pasado.

Con su actual esposa, había abierto un restaurante tailandés en las afueras y llegaba a fin de mes trabajando para los Transportes Metropolitanos de Portland. «Veo gente de todas las clases y condiciones conduciendo un autobús urbano. Son breves retazos de humanidad, como rápidos bocetos costumbristas que captan la esencia de la vida. A veces me veo reflejado. Unas veces es una inspiración y otras me da un poco de miedo. He renunciado a mucho para ser quien soy.»

Allá en la patria de mi padre, como en los medios norteamericanos, las cuestiones identitarias estaban en plena efervescencia. Fidesz, el partido en el poder, celebró 2014 como el año del renacimiento de la identidad húngara. Aquella primavera, el partido de la derecha volvió a ganar las elecciones con mucha mano izquierda: con ayuda de la recién acuñada legislación mediática, que reprimía la independencia de los medios financiados por el Estado, y con una manipulación de las normas electorales que permitió a Fidesz asegurarse una mayoría parlamentaria de dos tercios con solo el 44,5 por ciento de los votos. Jobbik, el partido manifiestamente antisemita y antigitano, amplió aún más su base, poniéndose casi por delante del veterano Partido Socialista en el Parlamento y convirtiéndose en el partido de extrema derecha más conocido de la Unión Europea.

Fidesz barrió igualmente en las elecciones al Parlamento Europeo de aquel año (con Jobbik en segundo lugar). Y en las elecciones municipales de aquel otoño, Fidesz ganó en todos los condados y conquistó todas las grandes ciudades, incluida Budapest, menos una. Cuando cerraron los colegios electorales, los dirigentes del partido celebraron la triple victoria. «La tríada es la verdad húngara», declaró entusiasmado en su discurso de aquel día el primer ministro Viktor Orbán, invocando la máxima latina «*omne trium perfectum*», todo tres es perfecto. «La triple victoria del partido», declaró Orbán, consolidaba la «unidad» nacional y «haría grande a Hungría en los cuatro años siguientes».

Cuatro meses antes, el Tribunal Supremo había emitido una resolución que apoyaba el derecho a la identidad como parte del derecho político. Según el tribunal, un canal de noticias de televisión había infringido la prohibición de

hacer comentarios que comportaran juicios de valor, por haber dicho que el partido ultraderechista Jobbik era... ultraderechista. Los abogados de Jobbik habían alegado que la identidad elegida por el partido no era el «ultraderechismo», sino el «nacionalismo cristiano». Los jueces fallaron: «Jobbik no se considera un partido de extrema derecha, por lo tanto referirse a él calificándolo de “ultraderechista” es expresar una opinión que invita al espectador a asociarlo con un movimiento radical y transmite una impresión negativa.» El fallo del tribunal añadía: «Una sola palabra, un solo calificativo, podrían tener influencia en el espectador», palabras que podrían haberse recogido de las directrices de la blogosfera tocantes al «Pronombre Personal Preferido» o de los códigos que rigen en cualquier campus universitario y que impiden usar la libertad de expresión para atacar, agredir, calumniar, etc., etc.

En la escena internacional, las críticas al gobierno húngaro llegaron a cotas alucinantes: la Comisión Europea había amenazado con emprender acciones legales contra Hungría por limitar la independencia de su judicatura y su banco central; cincuenta parlamentarios estadounidenses habían firmado una carta dirigida a Orbán en la que le pedían que condenara «las posiciones antisemitas y homofóbicas» de Jobbik; y órganos de expresión de todo el mundo calificaban el país de «autocracia», la «única dictadura de la UE» y, en palabras de un periódico alemán, el nuevo «*Führerstaat*». Orbán estaba deseoso de pasar página. Su gobierno contrató a Burson-Marsteller, la poderosísima firma neoyorquina de relaciones públicas, con el fin de lavarse la cara. El gobierno húngaro juró demostrar que sus críticos se equivocaban: designó 2014 como «Año para Recordar el Holocausto» y para conmemorar oficialmente el septuagésimo aniversario de la destrucción de los judíos húngaros. «2014 debe ser el año en que hagamos frente a los hechos y pidamos perdón», afirmó János Lázár, secretario de Estado de Orbán y principal organizador de la iniciativa, en una conferencia de prensa celebrada para presentar el nuevo maquillaje de la nación. «Parte de nuestra identidad nacional debe estar hecha de perdón.» A este fin, Fidesz anunció que se abriría un nuevo museo sobre la persecución judía en Hungría, se construirían monumentos conmemorativos y se organizarían exposiciones para rendir homenaje al sufrimiento de los judíos húngaros.

Pero los planes para celebrar un año de «identidad nacional» filojudía no tardaron en enseñar la oreja. Para dirigir el nuevo museo de la persecución judía –la Casa de la Muerte (instalada en una estación de tren abandonada y

dedicada en exclusiva a las «víctimas infantiles»)– el gobierno nombró a Mária Schmidt, consejera histórica de Orbán que ya había dirigido la Casa del Terror, el museo que había reducido el Holocausto a una nota a pie de página. Como las organizaciones judías protestaron por aquel nombramiento, Schmidt lanzó un vociferante ataque contra aquellos «líderes de opinión de la izquierda liberal» que usan el «terror intelectual» y «prescriben a quiénes debemos llorar y a quiénes no, por quiénes debemos derramar lágrimas y por quiénes no». Con tal conducta «se excluyen ellos solos de nuestra comunidad nacional». Mientras tanto, el gobierno de Orbán inauguraba otra entidad, el Instituto Veritas de Investigación Histórica, para elaborar una historia del último siglo de Hungría que «fortaleciera la identidad nacional». En el timón de la nave estaba el historiador militar de extrema derecha Sándor Szakály, que se apresuró a declarar que la deportación, decretada por el gobierno húngaro en 1941, de dieciocho mil judíos a Ucrania (donde fueron exterminados por miembros de las SS y milicianos ucranianos) fue solo «un acto político contra elementos extranjeros».

Luego, la oficina del primer ministro dio a conocer sus planes para levantar un monumento en la plaza de la Libertad, durante el Año para Recordar el Holocausto, dedicado a «todas las víctimas de la invasión alemana del 19 de marzo de 1944». Qué significaba aquel «todas» quedó claro cuando el gobierno publicó un boceto del monumento: un águila imperial que representaba el Tercer Reich descendía vorazmente sobre un inocente e indefenso húngaro bajo la forma de arcángel Gabriel. El primer ministro Orbán calificó el monumento de «moralmente exacto e impecable».

Meses después de la erección del monumento, pasé por la plaza de la Libertad para ver los resultados. La voraz águila alemana era de un tamaño superior al que sugería el boceto, y era más teatral, un ave de presa de tebeo con plumas blindadas. El arcángel Gabriel era una figura suplicante, se rendía con las manos en alto, tenía el delicado pecho desnudo y era un estudio de vulnerabilidad e inocencia femeninas. Apiádate, oh Señor, del húngaro. Unos metros más allá, un contramonumento de factura casera y construido por supervivientes del Holocausto y familiares de las víctimas protestaba por aquel alarde de inocencia con una exposición de gafas aplastadas, maletas vacías y fotos de parientes asesinados.

El partido gobernante respondió con indignación a aquella crítica. János Lázár, el secretario de Estado que había prometido que 2014 sería un año de

«perdón» por el Holocausto, acusó a los dirigentes judíos de estropear la conmemoración del gobierno y «fomentar la discordia entre húngaros y judíos, que han vivido unidos y en simbiosis durante siglos». La directora de la Casa de la Muerte, Mária Schmidt volvió a meter baza con su propia diatriba: «Permitir que las organizaciones judías internacionales den su opinión sin haber aportado ni un céntimo a los gastos de construcción de la entidad es negar la responsabilidad del Estado húngaro soberano ante su pasado, su presente y su futuro.» Quienes no estaban de acuerdo «no entienden que ahora se trata de nuestra propia identidad».

En agosto de 2014, un mes antes de subir al avión de Budapest, recibí un e-mail de mi padre. Contenía un enlace: www.szimsalom.hu. Accedí a la página en cuestión, pero era un torrente de húngaro con algo de hebreo.

«¿Qué es?», le escribí. No recibí respuesta. Mi padre, pese a todo su entusiasmo por Internet, raras veces respondía a los correos electrónicos. Prefería el teléfono. La llamé unos días más tarde.

–¿De qué era el link? –pregunté.

–De una sinagoga. Bueeeeno, reformista. Pero sigue.

–¿Qué sigue?

–Donde está.

Volví a acceder a la página y repasé aquellas palabras incomprensibles, en busca de una dirección. La vi en letra pequeña:

Szim Salom Progresszív Zsidó Hitközség
1092 Budapest
Ráday u. 9

Me quedé atónita. Habían instalado una sinagoga reformista en un piso de la finca donde había vivido mi padre de pequeño.

–Muuuy reformista –dijo mi padre–. ¿Lo has visto? Tienen una rabina. – Era verdad. Katalin Kelemen era la primera rabina de Hungría–. Debe de ser pequeña –añadió– para caber en un piso.

–Deberíamos ir a verla.

Cuando llegué a Budapest y entré en la cocina de mi padre, vi varias cosas en la encimera. Dos entradas para la cena de Rosh Hashaná de Szim Salom.

Mi visita había coincidido con el Año Nuevo judío. Y un libro de bolsillo con raídas y abolsadas cubiertas.

–¿Puedo? –pregunté. Asintió con la cabeza.

Cogí el pequeño volumen y pasé con cuidado sus frágiles y amarillentas páginas llenas de caracteres hebreos. Era el libro de oraciones, con canto dorado y encuadernado en tela, que mi padre había sacado de la caja del sótano para enseñárselo a su primo Peter Gordon.

–Era de mi madre –dijo–. Cuando murió, la familia de Israel me lo envió... La familia que no quiso darme la escritura de las fincas de mi padre. Tuve que...

–¿Es muy antiguo? –lo interrumpí. Miré la portadilla en busca de una fecha, pero entonces recordé que todo estaba en hebreo. En el interior de la cubierta trasera habían pegado un exlibris. El grabado en madera representaba a un rabino leyendo la Torá; más abajo había dos inscripciones a mano, la primera en hebreo: «Chaim David Ben Yitzhak Elimelech Sinai»; a continuación, en húngaro: «Friedman István».

Mi padre miró por encima de mi hombro. Oí una exclamación ahogada.

–Santo Dios –dijo–. No es el de mi madre. –El libro era del hijo. Mi padre pasó el dedo por las letras de la parte inferior de la página–: Aquí dice que me lo regalaron con motivo de mi bar mitzvá en el instituto judío. –Regalado en el bar mitzvá al que los padres de István no habían asistido.

Unas mañanas después, las dos subimos los anchos peldaños del Museo Nacional, que también colaboraba en el Año para Recordar el Holocausto. Durante dos horas paseamos por el vasto laberinto del primer piso, donde se exponía la historia oficial de Hungría en veinte salas de mármol. Poco a poco llegamos a la sala de la Segunda Guerra Mundial, una estancia consagrada al principio de que la Hungría de aquella época carecía de medios. El país estaba «prácticamente indefenso», aseguraban todos los rótulos de la exposición. Los húngaros no tuvieron más remedio que unirse al Eje porque «de ninguna otra potencia podía esperarse una revisión del Tratado de Trianón». En otras palabras, tuvieron que colaborar con los nazis para recuperar territorios. Miré de reojo a mi padre, que había votado a Fidesz. Las cosas relacionadas con la aniquilación de los judíos señalaban básicamente a la culpabilidad alemana: una foto de Eichmann pegando a un judío,

uniformes de las SS, un maniquí disfrazado de agente de la Gestapo montado en una moto BMW muy auténtica. Dos pequeñas placas evocaban las deportaciones húngaras y la brutalidad doméstica de la Cruz Flechada con oscura ambigüedad. («A raíz del golpe nazi del 15 de octubre de 1944, incluso los protegidos quedaron indefensos ante las autoridades nazis y diferentes grupos armados.») Los rótulos pendían bajos; tuve que agacharme para leerlos.

Mi padre insistió en que nos saltáramos las salas siguientes, dedicadas a la época comunista. «Los comunistas arruinaron Hungría. ¿Para qué mirarlos?» Bajamos tres tramos de peldaños y llegamos al sótano, donde se alojaban las ruinas romanas y la historia antigua. Mi padre se fijó en un rótulo que había en una puerta, en el pasillo que llevaba a la Edad del Bronce. Decía «Supervivientes». Entramos y vimos una sala pequeña y sin ventanas que acogía una exposición temporal. En las paredes había una serie de retratos del fotógrafo israelí Aliza Auerbach. Los temas eran los supervivientes del genocidio y sus descendientes. Era la exposición del museo destinada al Año para Recordar el Holocausto.

Mi padre inspeccionó la sala con expresión de perplejidad, Alicia cayendo en la conejera. Se acercó al primer retrato y sin que yo le dijera nada se puso a traducir al inglés los comentarios que acompañaban a las fotos. Era la historia de una judía húngara que había nacido un año después que mi padre. Se llamaba Dina Friedman. Ningún parentesco, dijo. «Que sepamos.»

Dina y su familia habían sido deportadas a Auschwitz a fines de mayo de 1944, junto con cinco mil judíos que vivían en Nyíregyháza, una capital de provincias nororiental. «Allí perdimos a nuestros padres y nos robaron la humanidad», leyó mi padre, cuya voz resonó por la sala vacía. «Nunca se nos ocurrió volver a Hungría.» Era un testimonio largo. Al cabo de cinco minutos apareció una vigilante del museo e insinuó a mi padre que comprara el texto en la tienda de regalos en vez de leerlo allí en voz alta. Mi padre la fulminó con la mirada y siguió traduciendo. Yo me acordé de la visita que habíamos hecho al Museo Judío en 2004, diez años antes, cuando la exposición sobre el Holocausto solo le había despertado desdén —«¡Esto no es interesante!»— y se había enfurecido con un guía turístico israelí que «rebuznaba». Ahora tenía los ojos enrojecidos.

Recorrimos la sala muy despacio. Mi padre se detuvo delante de una foto en color de los descendientes de Dina Friedman Kol en Israel. Dieciséis

nietos y seis bisnietos se habían reunido alrededor de la anciana pareja en un claro del bosque de Jerusalén.

–¡Que los vean los habitantes de Hungría! –explotó mi padre–. Les volvieron la espalda. Dijeron: «Bueeeno, no es asunto nuestro.» Nunca miraban a quienes se llevaban. Estas personas eran como ellos. Hablaban el mismo idioma. Eran sus vecinos. Eran sus amigos. ¡Y los dejaron morir! ¡Estos son los que dejaron morir! Que los miren, para que no puedan dormir en paz cuando vuelvan a sus casas.

Dijo que ya había visto bastante.

La seguí hasta el vestíbulo y por la escalinata de la entrada. Cuando pisamos la calle ya se había repuesto de su reacción y se había alejado de la pasión del estallido, el más sincero que le había oído expresar en toda mi vida, por su gente y por ella misma.

–Bueeeno, había algunos que eran decentes –dijo. Se refería a húngaros cristianos–. Como el médico que cedió su casa a mi padre. –El piso de Ráday 9 donde Jenő e István se habían escondido a fines de la primavera y principios del verano de 1944, mientras el médico y su familia estaban de vacaciones en el lago Balatón–. Y podría afirmar que también en el otro lado –añadió.

–¿Qué otro lado?

–El punto de vista de la gente de este país. Desde su punto de vista, los alemanes lo fueron. Y los judíos se lo buscaron. Nuestra familia compró inmuebles en Hamburgo durante la crisis económica y los vendió cuando las cosas estuvieron mejor, y así fue como mi padre fundó su riqueza.

–¿Y qué?

–¿Y qué? Que te estoy dando su punto de vista. –Anduvimos media manzana sin abrir la boca–. ¡Pero poner esa exposición *en el Museo Nacional!* Fantástico. Muy digno de elogio. –Tras unos cuantos pasos más, y como respondiendo a otra voz en su cabeza–: Bueeeno, pero está en el sótano. –Dio un bufido de pesar–. Si hubieran tenido un libro de visitas, habría puesto un comentario: «¡Gracias! ¡Gracias por poner a los judíos en el sótano!»

La tarde del 24 de septiembre, tomamos el autobús para ir a Pest. Mi padre llevaba una falda de mezclilla y un jersey oscuro con mangas; yo llevaba un

vestido de manga larga, leotardos negros y un chal. Las dos con zapatos de tacón bajo. Íbamos a recibir el Año Nuevo judío de 5775.

Tuve una inquietante sensación de *déjà vu* cuando me detuve con mi padre ante las pesadas puertas de Ráday 9 y miré la lista de los inquilinos para no equivocarme de timbre. Cuando pulsé el de la sinagoga, sonó y volvió a sonar.

–No hay nadie –dijo mi padre–. Vamos. Conozco un lugar donde dan café y los pasteles son...

Ya estamos otra vez, me dije. Otro viaje frustrado a la casa natal.

Pero en aquel momento, como si se repitiera nuestra visita anterior, se abrió la puerta y salió un inquilino. Esta vez mi padre sujetó el tirador. Nos colamos. El crujiente y remendado ascensor nos subió una planta. Doblamos a la izquierda y seguimos el balcón que cerca el patio interior hasta llegar a la vivienda n.º 2.

–Santo Dios –exclamó mi padre. Miraba la puerta con incredulidad–. Es la misma casa.

–¿La misma que cuál?

–La del médico. –Era la misma vivienda donde mi padre y mi abuelo se habían escondido a finales de la primavera y principios del verano de 1944.

Oí pasos y sentí un gran alivio cuando se abrió la puerta. Al otro lado había una señora madura, simpática y un poco nerviosa. Edit Kovács se presentó sola, era la sacristana de la sinagoga, así como la cocinera, la contable, la bibliotecaria y el ama de llaves. Pidió disculpas; había estado fregando el suelo del fondo y no había oído el timbre.

Mi padre le explicó, en un húngaro que le salió a chorros, que su padre había sido el propietario del edificio, que ella se había criado allí y que durante la guerra había pasado dos meses escondida en aquel mismo piso. Edit no hablaba inglés, pero sus húmedos ojos no necesitaban idiomas. Cogió a mi padre del brazo y nos hizo pasar. Miramos a nuestro alrededor. Se habían derribado dos tabiques para que el santuario principal tuviese más espacio. En un extremo había un atril y detrás una pintura del árbol de la vida. Un armario hacía las veces de arca. En una cómoda había candelabros de siete brazos y platos para las comidas ceremoniales. En la pared del fondo había fotos del antiguo barrio judío, tomadas por el grupo juvenil de Szim Salom. En la otra punta de la casa se había habilitado una pequeña habitación como biblioteca, dedicada a libros religiosos y guías de sitios judíos en

Hungría. El espacio que quedaba entre los dos extremos del piso se había transformado en salón social, con una mesa plegable en el centro y dibujos infantiles en las paredes. En un caballete se exponían letras hebreas trazadas con dedos impregnados de pintura.

Esto es lo que vi. Mi padre vio algo más.

–Aquí estaba el comedor –dijo, asomándose a la biblioteca–. Aquí mismo había un reloj de péndulo. Había que darle cuerda todas las noches. –Cuando se puso a mirar el santuario, se paseó por el suelo de parqué–. Y aquí es donde dormía yo –dijo deteniéndose junto a una fila de sillas plegables–, en el dormitorio del centro. –Cuyas paredes se habían derribado desde entonces.

–¿Cuánta gente viene a los servicios? –pregunté a Edit.

–Para las fiestas importantes –dijo, con mi padre de intérprete–, cuarenta o cincuenta personas. Pero normalmente no vienen más de veinticinco. A veces solo diez.

Mi padre se puso a inspeccionar el rincón del fondo.

–Aquí estaba la radio. Aquí escuchábamos la BBC. Con el volumen muy bajo. –Y allí fue donde ella y su padre oyeron que los Friedman de Kassa habían sido deportados.

Le pregunté a Edit cómo había acabado uniéndose a Szim Salom.

–Yo era judía, pero no lo sabía –dijo la señora.

–¿No la educaron en el judaísmo?

–Fue en la época socialista –dijo–. Muchas personas ocultaban su judaísmo. –Sonrió con tristeza. Sus padres, por lo que recordaba, encendían velas los viernes y sábados por la noche, y realizaban una especie de ceremonia a la que acudían solo sus parientes–. Pero no me dijeron qué significaba aquello. Yo pensaba que era simplemente una costumbre familiar. –Edit tenía ya treinta y muchos años cuando se enteró de la verdad–. Me lo dijo mi madre. Lo dijo con toda naturalidad, algo así como «Ah, a propósito, somos judíos». Edit recibió la noticia como una revelación–. Siempre pensé que había algo diferente en mí, pero no sabía qué era. No podía amoldarme a los demás. Sentía las cosas de distinto modo. –Empezó a leer libros sobre judaísmo y un amigo la remitió a la Casa Bálint, el único centro de la comunidad judía de Hungría. En fecha posterior conoció Szim Salom. Le pareció cómoda y acogedora, dijo, y le gustó su política. En la mesa plegable había un fajo de papeles del que sacó la declaración de principios de Szim Salom en inglés. En el texto se leía: «Todo el mundo es aquí bienvenido, sea

cual fuere su conocimiento de la liturgia y las tradiciones judías», «Rechazamos todo enfoque fundamentalista de la tradición judía» y «Defendemos que hombres y mujeres tienen el mismo derecho a participar en todos los aspectos de la vida religiosa». Le señalé el último principio y le enseñé el puño con el pulgar levantado. Recompensó mi entusiasmo con una amplia sonrisa.

Szim Salom se había fundado hacía solo veinte años y era la primera comunidad de judaísmo reformista de Hungría. Sus organizadores habían solicitado el reconocimiento formal del Estado, imprescindible para recibir fondos públicos. La petición fue denegada. «Nos dijeron», contó Edit, «que no podíamos ser reconocidos porque no teníamos cementerio, no teníamos centros docentes, ni teníamos esto ni lo otro. Pero lo que no teníamos era el dinero para construir cementerios y abrir centros docentes. Si obteníamos el reconocimiento, obtendríamos apoyos. Podríamos comprar un lugar para abrir una sinagoga permanente.» Lejos de ello, en los últimos veinte años habían vivido a salto de mata, yendo de un piso o un local comercial a otro, a merced del capricho de los propietarios de los inmuebles. En aquellos momentos eran inquilinos de un hombre que poseía dos pisos en Ráday 9. El propietario vivía en el otro, al lado mismo. Nadie sabía cuánto tiempo les permitiría estar allí.

–Son unos ladrones –intervino mi padre–. Trafican con mercancías robadas. –Se puso a hablar en húngaro y estuvo así un rato largo. No le pedí que tradujera. Estaba segura de que era la habitual perorata de mi padre sobre las fincas perdidas de la familia.

Edit escuchaba con paciencia, asintiendo con la cabeza de tanto en tanto. Cuando mi padre se detuvo para recuperar el aliento, la señora aprovechó la pausa para decir que su abuela había tenido en propiedad una tienda en Buda, antes de la Segunda Guerra Mundial. Vendía vajillas y cristalería.

–También nos la quitaron –dijo. Nos acompañó a recepción y a la mesa plegable, donde había un volumen grande encuadernado en piel. Era el libro de visitas–. ¿No querrían firmar?

Mi padre se sentó muy decidida y estuvo un rato escribiendo con su anticuada caligrafía.

–¿Qué has puesto? –le pregunté.

–Que me ha sorprendido mucho –tradujo– ver que en casa de mi padre hay ahora una sinagoga. La encontré en Internet. Seguiré en contacto. *Toda raba.*

–Levantó la cabeza para mirarme–. Significa «muchísimas gracias» en hebreo. –Luego había firmado a la usanza húngara, con el apellido delante: «Faludi Stefánie».

Consultó la hora. «Si son ya las cinco», exclamó. Teníamos que darnos prisa. Los servicios de Rosh Hashaná y la cena se celebraban en un hotel, al otro lado de la ciudad. Szim Salom esperaba un número de asistentes superior al habitual; el piso de Ráday 9 era demasiado pequeño.

El Hotel Benczúr era un anodino y moderno centro de conferencias situado en el elegante distrito diplomático que abarca varias manzanas detrás de Andrásy út, a unas cuantas calles de la plaza de los Héroe. Las sombras se alargaban cuando salimos de la línea de metro del Milenio. Lo primero que vi fue el arcángel Gabriel, encaramado en la columna de treinta y seis metros del Monumento del Milenio, en la susodicha plaza de los Héroe, con la Santa Corona de San Esteban en una mano y en la otra la cruz patriarcal de doble brazo. Anduvimos dos manzanas, doblamos por una travesía de Andrásy y nos adentramos en una serie de calles cortas y silenciosas, flanqueadas por palacios convertidos en consulados. Sus formidables fachadas nos observaban desde detrás de una imponente rejería. Mi padre se puso nerviosa y de humor acusatorio:

–Creí que habías dicho que habías consultado un plano. No puede ser por aquí. Aquí no hay nada. Deberíamos dar media vuelta.

Le dije que estaba segura.

–Otras dos manzanas y media y llegamos.

–Te digo que no es por aquí. Esta no es zona judía.

Doblamos una esquina y le señalé con el dedo una ristra de luces parpadeantes: la entrada del Hotel Benczúr. Nos dirigimos a las puertas giratorias, detrás de dos adolescentes de pelo negro y vestidas con formalidad. Mi padre las miró. «¿Parecen judías?», murmuró para sí.

Los servicios se celebraban en el Salón Budapest, una sala de conferencias a la que se llegaba por un pasillo flanqueado por salas idénticas. El espacio tenía forma de caja de zapatos, era impersonal y estaba muy iluminado. En un extremo se habían instalado dos mesas plegables. Las filas de sillas metálicas ocupaban la sección central. Las ceremonias acababan de empezar. Una especie de conserje nos dio el programa de la velada, un manojito de páginas

fotocopiadas y grapadas. Mi padre hizo una mueca. «No es un libro de oraciones», gruñó mientras avanzábamos por el pasillo.

Nos sentamos en la zona posterior. Vi con consternación que había muchas sillas vacías. Conté unas setenta personas, incluidos los menores, dos niños de pecho y un perro. Los servicios eran informales. La rabina Katalin Kelemen, una mujer tolerante con un cómodo corte de pelo a la taza y ojos risueños, sonreía animando a los oradores, por muy mal que recitaran el hebreo, y repartía abrazos y besos. Casi todos los asistentes eran novatos en el judaísmo, incluso yo me daba cuenta, a pesar de que no tenía el oído acostumbrado. Al igual que yo, avanzaban con torpeza por el *Shemá* y sus bendiciones: la invitación a aprender, la responsabilidad de recordar la liberación de Egipto, la promesa de prosperidad. Una asistente no tenía problemas con la pronunciación: la que estaba a mi lado.

El cantor se levantó para entonar una melodía reiterativa. Se apartaron del arca los rollos de la Torá y se pusieron en un facistol, y la rabina invitó a unos jóvenes del público a que ayudaran con las lecturas de la festividad: el milagroso nacimiento de Isaac del vientre de Sara, que a los noventa años había desistido de tener descendencia, y el sacrificio que Abraham no llegó a consumir en la persona de su hijo, ya que su mano fue detenida por un ángel.

«Es un episodio polémico», dijo la rabina Kelemen; mi padre me susurraba la traducción al oído. «No hemos de limitarnos a aceptarlo. Es conveniente discutirlo.»

Luego se llamó a una joven para que concluyese con el pasaje bíblico de la tarde: el canto de Ana la estéril, abatida porque no tenía hijos y cuya invocación a Dios fue respondida en Rosh Hashaná: «Y cuando llegó el momento, Ana concibió y dio a luz un varón, al que puso por nombre Samuel, pues dijo: “Se lo he pedido al Señor.”»

Rosh Hashaná se conoce también con el nombre de Ha'rat Olam, la Preñez del Mundo. El Año Nuevo judío celebra el nacimiento del universo, pero también otros nacimientos. Muchas oraciones tienen que ver con embarazos, maternidades, deseos de tener hijos: es el caso de Sara, de Ana, de Raquel. Miré de reojo a mi padre, que estaba muy quieta. Y pensé: ¿y tu madre, Stefi, que lloró la pérdida de dos criaturas antes de tenerte a ti y a pesar de ser su único hijo te dejaba con niñeras e institutrices mientras ella se iba de picos pardos todas las noches? ¿Y tu padre, que dejó que te las apañaras solo en las calles de Budapest durante la guerra? ¿Que no acudió a tu bar mitzvá, que

escribió en su testamento: «A mi hijo István Faludi, una lira»? ¿Y tu hija, que no te ha dado los nietos que deseabas y que permitió que la echaras de tu vida hasta que, merced a un extraordinario acto de reinención y reafirmación, la invitaste a volver?

Saqué el cuaderno de notas para apuntar algunas cosas que me venían a la cabeza. Vi llegar una mano que se abatió sobre mi bolígrafo. «¡Deja de escribir!», me susurró al oído. «No se permite los Días Santos.» Ofendida, guardé el cuaderno en el bolso. Por lo visto había malinterpretado los principios de aquella ceremonia reformista en la que todo valía.

La rabina se levantó e hizo unas largas observaciones. El público empezó a impacientarse. Los niños que teníamos detrás se pusieron a cuchichear y a reír por lo bajo. El perro del otro lado del pasillo lanzó un ladrido y todos los presentes se echaron a reír. Todos menos mi padre: «No es gracioso. Esta es una ocasión seria y la gente se burla.»

Cuando pasaron la Torá por el pasillo, mi padre me empujó con el codo para que rozase con el chal la funda de los grandes rollos y lo besara. Se llamó a un anciano a la parte delantera para que tocara el shofar. Y de acuerdo con la tradición, los servicios concluyeron con el Kadish del Doliente.

La rabina invitó a todos a pasar a la sala de banquetes para cenar. Mi padre recogió el «libro de oraciones» fotocopiado, lo dejó en la silla, volvió a cogerlo.

–Creo que está bien que nos lo llevemos –dije.

–Solo quiero la última página –respondió. La desprendió de la grapa con cuidado, la dobló y se la guardó en el bolso–. Quiero recitar el Kadish. Por mis padres.

Nos unimos a los que circulaban ya por el pasillo. Cuando me di cuenta, iba al lado del marido de la rabina, un estadounidense. Me preguntó qué hacía allí. Le dije que estaba de visita.

–Entonces, ¿son ustedes parientes? –dijo señalando a mi padre. Asentí con la cabeza–. Pero usted no habla húngaro, ¿verdad?

–Susan nació en Estados Unidos –intervino mi padre, en inglés–. Cuando estuve viviendo allí.

–Ah, entonces usted es –el marido de la rabina se quedó mirando a mi padre–, ¿su abuela?

–No –dijo mi padre–, soy su... –Me miró para que terminara yo la frase.

Yo no quería entrar en explicaciones, pero tampoco hacer daño. De un modo u otro, pensé, se negaba una identidad.

—... madre —dije.

Sí, un Kadish por un progenitor.

25. HUIR

En 2004 me había puesto a buscar al extraño que era mi padre. No preveía una deposición de armas ni la conseguí. En los años que siguieron nuestra relación pasaba de la discordia a la distensión y nuevamente a la discordia. Pero en el otoño de 2014, cuando a punto de celebrar el Año Nuevo judío entramos en la casa donde mi padre se había escondido de adolescente, llegamos al parecer a un entendimiento, incluso a cierta intimidad. La armonía llegó en el momento oportuno. Cuando la visité aquel mes de septiembre, estaba más lúcida y más fuerte que nunca. Menos de medio año después, estaba hecha una ruina.

Dicen que la demencia es una desintegración del yo, una sangría de la identidad. Ver cómo se apoderaba de su vida aquel invierno casi me indujo a creer lo contrario: que era una irrupción arrolladora de todo lo que había sido, de todo lo que había experimentado, sufrido y huido. La paranoia y las alucinaciones que la afligían estaban enraizadas en realidades de su pasado, en historias que había tapiado. Aquellas historias corrían ahora por todas sus sinapsis. Su mente me parecía como la piedra caliza que sustentaba la colina del Castillo; la horadaba lo que manaba de las profundidades. Creía que su madre dormía en la habitación contigua a la suya. Creía que su exmujer había ido a Budapest para verla. Creía que vivía en la vieja villa de verano de más abajo, que los nazis estaban derribando la puerta de la calle. Una madrugada de febrero de 2015 se puso a gritar que unos criminales querían entrar en la calle, acudió la policía y luego una ambulancia, y a pesar de sus protestas la llevaron al hospital. Pasó una noche incómoda en una silla, en un pasillo de urgencias, y los médicos y las enfermeras le preguntaban «tonterías». Cerca del amanecer, les dio esquinazo y subió a un taxi.

–¡Me he escapaaado! –exclamó con entusiasmo cuando la localicé por teléfono horas después. Parecía la de siempre, vanagloriándose de su aptitud para la evasión, mareando a los demás sin el menor escrúpulo, reviviendo la experiencia traumática como aventura–. ¡Un alboroto por nada! Me metieron

en una ambulancia detestable, totalmente fuera de servicio. Chirriaba y daba bandazos en todas direcciones, pensé que se le habían salido las ruedas. Tardamos una eternidad en llegar y... –El monólogo culminó con un informe sobre una interminable carrera en el taxi que la llevó a casa y con un último y glorioso engaño: no solo se había librado de los médicos, sino que se había librado de pagar el importe de la carrera–. Bueeeno –adujo cuando la presioné sobre por qué había huido del hospital–, pretendían que era por mi bien. Pero ese no es el motivo.

–¿Cuál es entonces?

–En el hospital no paraban de decir: «¿O sea que usted se cree una mujer?» Por lo visto no sabían que estamos a finales del siglo xx.

–A principios del XXI –corregí.

–Tenían una mentalidad muy anticuada. No les gustaban los trans.

Horas después se le ocurrió que querían encerrarla por otro motivo.

–La otra vez tuve una crisis, yo siempre me he protegido –me explicó cuando volvimos a hablar–. Pensaba que había escapado del peligro. Pensaba que me había librado de ellos.

–¿De quiénes?

–De la gente que quería entrar a la fuerza, de la policía, del personal de la ambulancia, de la gente que llamó a aquella gente. Sé quiénes son: típicos Cruces Flechadas. Creen que es un delito ser lo que soy. Me ven y dicen: «Eres un judío.»

Si la identidad es eso de lo que no se puede huir, la demencia de mi padre presentó su identidad de forma concentrada, implacable como una cuadrilla justiciera.

«¿No hemos volado a Israel esta mañana?», me preguntó cuando llegué a Budapest poco después de su «huida» del hospital. «El avión daba saltos, pero cuando he mirado por la ventanilla, había la misma vista que aquí.» La pregunta revelaba al menos un resto de autoescepticismo. Cuanto más deteriorada estaba, más convencida parecía de que su paisaje psíquico era real. Un técnico que llegó para reparar su conexión de banda ancha con Internet era un espía encubierto que modificaba su identidad online. Hordas de intrusos nocturnos irrumpían en la casa, le desvalijaban la despensa, los cajones del escritorio, el bolso de mano, le pintaban las paredes con tinta invisible y le duplicaban todos los libros, volúmenes de Hans Christian Andersen que abarrotaban los estantes.

Mis tentativas de convencerla de que aceptara ayuda o volviera conmigo a Estados Unidos, para recibir tratamiento allí, solo recibían respuestas violentas. «¡Llévate de aquí este circo! ¡Vete o llamaré a la policía!», me gritó cuando llegué en febrero con su médico de cabecera y un servicio de enfermería detrás; y me persiguió por el pasillo a puñetazos. Las alucinaciones eran ciertas porque ella creía que eran ciertas. No tenía sentido razonar: era inflexible, impermeable a la lógica. En algún momento, entre su crisis nerviosa de febrero y la definitiva de mayo, aprendí a no discutir. Parecía aliviada cuando entraba en su mapa de carreteras mental y admitía sus percepciones por fantasiosas que fueran.

Una tarde que hablábamos por teléfono sacó a relucir, sin ninguna causa aparente, a Tivadar Puskás, el ayudante de Thomas Edison.

«Bueeeeno, fue a un húngaro al que se le ocurrió el saludo telefónico.» Sí, le dije que ya me había mencionado a Puskás. «“Aló” significa “A la escucha”.» Sí, le dije que ya me lo había contado. «¡Eh, escucha!», dijo mi padre riéndose, y de pronto se puso serio. «Tú eres la única que me escucha.»

Así pues, la escuché. Sí, le decía, es espantoso que te entren extraños en casa por la noche. Sí, es exasperante que tu madre se haya instalado en la habitación de los invitados. Sí, estaba convencida de que el conductor de la ambulancia era un miembro de la Cruz Flechada, y con carné. Y sí, le dije a principios de mayo, cuando la localicé por teléfono en el pabellón psiquiátrico del Hospital de San János. Sí, es terrible que se colara alguien en el sótano y tratara de incendiar la casa.

Por el teléfono que tenía junto a la cama del hospital me describió los acontecimientos de la noche anterior: había visto luz en el sótano y bajó a hurtadillas para investigar. Había un hombre junto a la bombona del gas, «soplado en la válvula», para provocar un incendio. Mi padre se encaró con él. «No respondía, no se identificaba.» Encerró al pirómano en el sótano, subió corriendo la escalera y llamó a la policía. «Pero la policía lo confundió todo.» Y se la llevó a ella en lugar de al intruso. «A lo cual me opuse energicamente. Salvo la casa del fuego y me castigan por impedir el incendio. Aaabsolutamente ridículo. Le salvo la vida a la gente y lo menos que espero es que no me arrojen a los lobos. Yo soy el bueno de la historia. Confundieron mi papel. Tienes que hablar con los médicos para que se aclare todo.» Sí, dije, y compré un pasaje de avión.

Desde la parada de taxis de Diósárok út, el Hospital de San János parece un psiquiátrico victoriano, de la variedad «arquitectura moral», con sus dormitorios góticos de ladrillo y piedra dispuestos afablemente alrededor de terrenos ajardinados que han acabado criando enredaderas nudosas que trepan por las desconchadas paredes y con una capilla dedicada al santo patrón de los enfermos pobres en la entrada principal. Había estado ya muchas veces delante de su rejería de hierro, esperando un transporte que me subiera hasta la casa de mi padre. El tranvía 59 termina enfrente de San János, al otro lado de la calle, y cuando el autobús con que empalmaba se retrasaba, subía a un taxi en el hospital. Pero la tarde del 13 de mayo crucé la verja y subí, con el equipaje a rastras, cuatro tramos de peldaños sucios –no había ascensor– y me dirigí al ala de medicina interna.

Por dentro, San János parecía más un antro de locura que un centro sanitario. Años de draconianos recortes presupuestarios habían pasado factura. Muchas enfermeras amenazaban con declararse en huelga para protestar por sus salarios de hambre, que eran la décima parte de los de sus colegas del resto de Europa. En los lavabos no había jabón ni papel higiénico. Se esperaba que los pacientes llevaran los suyos propios. Lo mismo ocurría con platos y cubiertos. Recorrí a buen paso un largo pasillo y entré en una habitación pequeña y abarrotada, con ocho camas ocupadas por mujeres gravemente enfermas. Hacía demasiado calor para el mes de mayo y no había aire acondicionado. El sol de media tarde entraba por una ventana que se abría con manivela.

Mi padre yacía en un delgado colchón, en una cama que parecía un viejo catre militar. Llevaba una deshilachada bata de hospital y exhalaba el olor almizcleño de quien no ha sido bañado. Estaba consumida, reducida a la mitad, o eso me pareció a mí. Tenía los ojos casi cerrados, los labios amoratados y agrietados, la boca congelada en una mueca. Parecía en coma y respiraba produciendo un ruido horrible.

–No lo entiendo –dije en un tono crecientemente histérico. La vecina y amiga de mi padre, Ágnes, que me acompañaba, hizo lo que pudo por traducir al húngaro mi frenético chorro de quejas. Un celador de frente sudorosa respondió con un encogimiento de hombros–. ¿Qué le ha pasado? –pregunté–. ¿Dónde está su médico? –Acaricié los delgados brazos de mi padre, le alisé el pelo, que era una masa revuelta y grasienta. En la mesilla de

noche, junto a un yogur abierto pero intacto, había un vaso de plástico con pitorro en cuyo costado se había escrito «Stefi» con rotulador.

La médica, dijo el celador, no llegaría hasta las ocho de la noche.

–Que vuelvas más tarde –tradujo Ágnes.

–¿Stefi? –murmuré dejando a un lado los chocolates Lindt y las novelas de P. Howard que le había llevado para animarla–. Stefi, ¿me oyes? –No respondió–. Stefi, por favor, despierta. Soy Susan. Háblame.

Cuatro horas después apareció la médica. La habitación estaba ya a oscuras, en el otro lado del ala se oía parlotear a un locutor de radio. La respiración de mi padre se volvió una sucesión de jadeos gorgoteantes. Desde luego, no estaba mejor.

La doctora Anna Mária Molnárne me aconsejó que le hiciera las preguntas a través de Ágnes (aunque ella hablaba inglés) y me respondió con ráfagas de húngaro y sin mirarme a la cara.

–Quizá inflamación de la vesícula –resumió Ágnes. Otro chorro de palabras–. Quizá una infección. O tal vez un pequeño derrame. –Ágnes titubeaba–. La médica dice: «Prepárense para lo peor.»

Aquella noche volví a la casa de mi padre. No había acabado de asimilar las palabras de la médica o, mejor dicho, no me había permitido a mí misma asimilarlas. Pensaba que necesitaba dormir un poco y prepararme para los compromisos del día siguiente: una cita matutina con un especialista en cuidados de personas con demencia senil, una sesión estratégica por teléfono con una enfermera a domicilio que había contratado, y una consulta vespertina con un abogado especializado en tutelas y custodias. Mi idea era sacar a mi padre del San János. Entré por la puerta principal de la casa –afortunadamente, con las prisas de su precipitada fuga, mi padre no había conectado la alarma antirrobo– y paseé por las silenciosas habitaciones. Nunca había estado sola en la mansión. Por lo general me había sentido como encerrada allí, a causa de la arrogante presencia de mi padre. Pero su ausencia me oprimía en aquellos momentos. Abrí el frigorífico, dudé ante la pizza que Ágnes había tenido la amabilidad de llevarme y cerré la puerta. No tenía hambre. Subí las oscuras escaleras, derecha a la cama.

De madrugada tuve una pesadilla horrible. En el sueño, estoy acostada en casa de mi padre. Un ruido me sobresalta. Alguien ha forzado la entrada.

Empuño un cuchillo de sierra y salgo al pasillo. Veo cerrada la puerta del dormitorio de mi padre. Giro el pomo, pero está cerrada con pestillo. Oigo ruido detrás de mí. Me vuelvo. Mi padre sube corriendo la escalera, tiene el brazo levantado y empuña una cuchilla de carnicero.

El terror me despertó. El reloj de la mesilla de noche marcaba las cinco y cuarto. Me quedé un rato inmóvil, acallando el pánico. ¿Seguía teniendo miedo de ella, a pesar de que yacía inconsciente en un hospital? ¿O estaba canalizando su miedo? Puede que la cuchilla de carnicero no fuera para mí, sino para cualquiera de los muchos invasores de las múltiples casas que había defendido y «salvaado» a lo largo de su vida. O quizá, a pesar de nuestra intimidad reciente, yo seguía formando parte de la horda invasora. Me quedé absorta mientras esperaba el amanecer y entonces sonó el teléfono. Pasaban de las seis.

–Hola –dijo una voz al otro lado del hilo–. Soy la doctora Molnárné. –Sí, dije, sin saber si estaba despierta o todavía soñaba–. Siento notificarle que su padre ha fallecido.

–¿Qué? Pero... ¿cómo es posible?

–Ha sido poco después de las cinco.

–Entiendo –dije, alerta ya... y dispuesta a acusar–. ¿Cuál ha sido la causa?

–Nada concreto –dijo la médica–. Simplemente se ha muerto.

¿Cuál ha sido la causa? ¿Cómo es posible? Las preguntas más profundas no eran para la médica. Pero la persona por quien las hacía ya no estaba entre nosotros. Días más tarde, impulsada por una naciente urgencia, busqué respuestas en los rincones de la casa. *¿Cuál ha sido la causa? ¿Cómo es posible?* En el sótano miré debajo del banco de trabajo, recogí la llave con el cordel que colgaba de un clavo, abrí el armario de acero y saqué la caja de cartón que contenía los documentos «importantes» que me había permitido entrever. «Si me ocurriera algo, ya sabes dónde está.» ¿Qué tesoro, qué revelación contendría?

Allí estaban las escrituras de la propiedad y la hoja de calificaciones del instituto que me había enseñado años antes, los numerosos pasaportes caducados y los papeles que le concedían la nacionalidad estadounidense. Allí estaba la sentencia de divorcio de mis padres, la carta de solicitud que había escrito mi padre para volver a Hungría, el puñado de cartas que mi

madre había escrito a mis abuelos a finales de los años cincuenta, con la nota añadida por mi padre para notificar mi nacimiento. Debajo vi un sobre comercial con cinco aerogramas matasellados en Tel Aviv, enviados entre principios y mediados de los años noventa, redactados en húngaro con letra insegura: eran cartas de mi abuela Rozi y databan de su último decenio de vida. Las traduje andando el tiempo. Eran peticiones de respuesta: «Estoy muy mal de salud...» «He estado muy débil y todavía lo estoy...» «Llevo una vida horrible...» «¡No me dejes, Pistike mío!» La última, fechada el 27 de octubre de 1995, cuando Rozi tenía noventa y cinco años, terminaba así: «Por favor, Pista, escíbeme. Sufro mucho porque no piensas en mí. Estoy muy sola, por favor, dime que estás vivo, cómo vives, háblame de tu trabajo. Por favor, responde enseguida. Con muchos besos cariñosos, mamá.»

En el fondo de la caja, metido en varios estuches de plástico, descubrí un fajo de quince centímetros de grosor, de papeles amarillentos, con sellos, cuños y cierres de seguridad con botón y cordel, docenas de páginas, dobladas una por una. Me senté en el suelo y revolví todo aquello, aunque no sabía qué buscaba.

Születési anyakönyvi kivonat: Friedman Sámuel.

1867 Október 15. Férfi. (Partida de nacimiento: Sámuel Friedman. 15 de octubre de 1867. Varón.)

Halotti anyakönyvből kivonat: Friedman Jacob. 1886 Március 25. Férfi. Izraelita. (Certificado de defunción: Jacob Friedman. 25 de marzo de 1886. Varón. Judío.)

Házassági anyakönyvi kivonat: Spišské Podhradie/Szepesváralja, Ezerkilencszázhuszonhárom, 1923 November 4, négy. Friedman Jenő - kereskedő - izr. Grünberger Rozália - izr. (Certificado de matrimonio: Spišské Podhradie/Szepesváralja, 4 de noviembre de 1923. Jenő Friedman - comerciante - judío. Rozália Grünberger - judía.)

Un certificado, y otro, y otro, algunos duplicados. Y duplicados de duplicados. En un cuarto de hora llegué al último documento de aquel alijo de identidades legales, opacas y que no esclarecían nada.

No pude entrar en el desván. Mi padre lo había cerrado con llave, y cuando avisó a la policía la noche fatídica, los agentes se habían llevado las llaves. Y las habían perdido. Llamé a un cerrajero para que me abriese la puerta del pasillo y luego las de las dos habitaciones del desván.

El reconstruido cuarto oscuro estaba tal como había estado cuando mi

padre me enseñó la casa en el otoño de 2004. Había polvo en todas las superficies de todos los aparatos: ampliadoras de pared, tinas de revelado, bandejas de tratamiento, frascos marrones para el fijador y las sustancias reveladoras, tenacillas, cronómetros, bombillas de seguridad... Pegado a una pared había un armario metálico con una colección de cámaras de máxima calidad: varias Hasselblad, una Rolleiflex, una Leica, varias Olympus, una cámara de fuelle con bastidor de caoba. Otro armario estaba abarrotado de objetivos, paquetes de pilas, cables, filtros, trípodes, videocámaras, cajas de luz y una consola de grabación de sonido. En el suelo, al lado de una pantalla de lona enrollada, metidas en bolsas de transporte y estuches de cuero, había media docena de filmadoras de varias generaciones, entre ellas la vieja Bolex suiza que el István adolescente había comprado durante la Segunda Guerra Mundial. Pensé: la casa de mi padre era ya un mausoleo cuando estaba viva. Había encerrado su historia en sus habitaciones: su infancia en un armario del sótano, su profesión tras una puerta del desván, su exuberancia de travesti en un armario de un descansillo de la escalera. Cerré la puerta y me dirigí al sanctasanctórum contiguo.

También aquella habitación era un cuarto oscuro, al menos en parte. El secador rotativo de un metro ochenta de altura estaba cubierto de telarañas. Los armarios de detrás estaban llenos de bombillas de estudio, más trípodes y multitud de cajas de diapositivas. En el suelo había cadáveres de escarabajos y de una avispa. Al lado de la secadora había un bulto cubierto con una manta. Durante un momento de locura pensé que se trataba de un cadáver humano. Levanté una punta de la manta para mirar debajo y vi un sinfín de prendas masculinas desechadas: trajes, abrigos, chaquetas, pantalones, chalecos, camisas de vestir, polos, zapatos, botas de alpinista, parkas y una docena aproximada de bolsas grandes de plástico con más prendas masculinas, ordenadas por categorías: pijamas, camisetas, calzoncillos, cinturones, corbatas. En una bolsa no vi más que cordones de zapatos. Estuve mirando un rato largo aquel montón de masculinidades antes de dejar caer la cortina. Mi intuición no me había engañado: allí había un cadáver escondido.

Volví a llamar al cerrajero y le dije que cambiara las cerraduras de las puertas del desván. Durante mucho tiempo había estado decidida a descifrar el enigma de mi padre. Ahora me parecía más importante proteger su impenetrabilidad.

La mañana del 14 de mayo, una hora después de que la médica me llamara por teléfono, subí los cuatro tramos de peldaños del edificio de medicina interna del San János y recorrí el largo pasillo en cuyo extremo se encontraba el despacho de la doctora Molnárné.

–Explíqueme de qué murió –insistí, pero ella también insistió en que no lo sabía.

–Infección, problema cardíaco, apoplejía. Podría ser cualquier cosa. –Me señaló una bolsa de basura transparente–. No olvide eso –dijo. La bolsa contenía los «efectos» de mi padre: toallas húmedas, los pantis antivarices, un juego de cubiertos sin lavar, sus gafas de leer, sus zapatillas de felpa y el vaso de plástico con su nombre escrito.

Una empleada que fregaba el suelo sin entusiasmo empezó a empujarme con el mango de la fregona.

–¡Basta! –le solté. Hizo una mueca y pasó por mi lado.

–¿No quiere ver el cadáver? –preguntó la doctora Molnárné.

Mi padre yace en el camastro más alejado, junto a la ventana del ala atestada de gente, el camastro en el que me había sentado con ella la víspera. Había muerto sin intimidad, pero al menos, me dije para consolarme, no había muerto sola. Las sombras de la madrugada iluminaban débilmente la habitación. Una sábana cubría el camastro y el cuerpo, encima del cual habían puesto una rosa blanca. Cuando aparté ligeramente la sábana vi otra debajo que la envolvía por completo. Busqué a tientas el extremo de la mortaja y la bajé para verle el rostro y los hombros. Tenía la cara vuelta hacia la ventana. Sus ojos, tan decididamente cerrados durante sus últimos días de desdicha, estaban abiertos. Me eché a temblar y, perdido ya el control, a sollozar. La anciana paciente que ocupaba la cama contigua se inclinó y me acarició la espalda. «Lo siento, lo siento, lo siento», dijo. Le agradecí aquel contacto. Me sentí extrañamente confortada por saber que mi padre había fallecido allí, en el ala femenina, rodeada de mujeres.

Observé su cara, que parecía mirar a otra parte, como tan a menudo en vida. Desde siempre había tratado de resolver la cuestión de qué era. ¿Judía o cristiana? ¿Húngara o estadounidense? ¿Mujer u hombre? Muchas oposiciones. Pero mientras observaba su cuerpo inmóvil, pensé: en el

universo solo hay una divisoria, una sola dicotomía auténtica: la vida y la muerte. O vives o no vives. Todo lo demás es plástico y maleable.

Mientras remetía la sábana alrededor de mi padre, llegó una enfermera. Me entregó un sobre doblado varias veces, con dos pequeños artículos que no habían metido en la bolsa de los efectos personales. La enfermera los había cogido mientras preparaban el cadáver.

Cuando volví a Estados Unidos unos días más tarde, me llevé los dos objetos junto con algún otro recuerdo, como el libro de oraciones encuadernado en tela que habían regalado a mi padre con ocasión de su bar mitzvá, el día que el joven pasa a ser adulto. «Para usted», me había dicho la enfermera al darme el sobre. «De Stefánie.» Dentro había un par de pendientes de perlas.

Título de la edición original:
In the Darkroom

Edición en formato digital: enero de 2018

© de la traducción, Antonio-Prometeo Moya, 2018

© Susan Faludi, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3914-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

1 Aunque los judíos intervinieron menos en política, a principios del siglo xx tenían dieciséis escaños en el Parlamento y estaban al frente de los Ministerios de Defensa, Economía y Justicia. En 1913, Ferenc Heltai, judío y sobrino del fundador del sionismo, Theodor Herzl, fue alcalde de Budapest durante un breve período.

2 Entre todas las artes cultivadas por los judíos húngaros, la fotografía fue la más destacada y saludada como «primera tradición visual nativa» del país y su «principal artículo de exportación». Entre los más importantes, en la larga lista de grandes fotógrafos húngaros de origen judío de principios del siglo xx, hay que mencionar a Robert Capa, Brassai, Martin Munkácsi, László Moholy-Nagy y André Kertész, cuyos positivos reprodujo mi padre para Condé Nast. Fueron igualmente pioneros de muchas innovaciones vinculadas con el oficio: el fotoperiodismo, la fotografía de guerra, la fotografía de modas, la teoría visual y el fotomontaje. En la lista de las «cien mejores fotografías del mundo» que presentaba *Modern Photography* en 1931 había más obras de húngaros que de ninguna otra nacionalidad. «¿Qué vamos a hacer», bromeaba la revista *Coronet* en un número dedicado a la obra de Kertész, «si al parecer las mejores fotografías las hacen sistemáticamente los húngaros?»

3 Cuando J. Michael Bailey, psicólogo de la Universidad Northwestern, publicó *The Man Who Would Be Queen* (El hombre que quiso ser reina), un grupo de activistas transgénero lanzaron en su contra una larga campaña, acusándolo de infringir la ética científica (fue absuelto) y de practicar la psicología sin licencia (también fue absuelto). Se propagaron rumores sobre su conducta sexual y se subieron a la red imágenes de sus hijos con comentarios sexualmente explícitos (justificados como represalia legítima porque su trabajo explotaba a gente «vulnerable»). Cuando Anne Lawrence, una médica que se considera «transexual autoginefílica», y Alice Dreger, bioética y defensora de antiguo de los derechos de los intersexuados, defendieron el libro, fueron igualmente acosadas y se atacó su reputación profesional.

4 Según los escasos sondeos que se han hecho con el paso de los años, casi todos los transexuales operados dicen que no lamentan la operación y que están satisfechos con los resultados. Estos sondeos, sin embargo, se basan en muestreos insuficientes y a menudo están faltos de rigor estadístico. En 2010, un análisis de todos los estudios realizados hasta la fecha advertía: «Las pruebas son de muy baja calidad debido a limitaciones metodológicas serias.» El único estudio a largo plazo que ha trabajado con una cantidad significativa de casos (un estudio sueco de 2011 que observó a 324 transexuales operados entre 1973 y 2003) llegó a la siguiente conclusión: «Las personas con transexualismo, después de la reasignación de sexo, corren un peligro de mortalidad, conducta suicida y morbilidad psiquiátrica superior al resto de la población. Nuestros hallazgos sugieren que la reasignación de sexo, aunque alivia la disforia de género, podría no ser suficiente como tratamiento del transexualismo.» Los estudios no aclaran cuánta angustia se genera interiormente ni cuánta se debe a una sociedad hostil.

5 A pesar de que los judíos estuvieron antes que los magiares en la cuenca de los Cárpatos y de que, cuando llegaron los caudillos magiares, en sus legiones había contingentes kabardinos y jázaros judíos: la conquista magiar fue una alianza judío-magiar.

6 Los pasajes de Stefan Zweig en español se han tomado de *El Brasil, país del futuro*, trad. de Felipe Ximénez de Sandoval, en *Obras completas*, Juventud, Barcelona, vol. IV, 1953, pp. 1079-1080. (*N. del T.*)

7 *Shul*: escuela (es palabra en yiddish, utilizada por la comunidad judía norteamericana; la comunidad judía argentina, por ejemplo, dice *shil* en vez de *shul*). *Mikvé*: piscina de purificación. *Chuppá*: dosel nupcial. *Rosh Hashaná*: año nuevo judío. Un producto *kosher* es un producto autorizado por la ley judía, aunque el uso de esta palabra se ha extendido en el mundo anglófono, donde significa «apto», «aceptable», «legal». Más abajo se menciona el símbolo *chai*, palabra hebrea que significa «vivo». (*N. del T.*)

SUSAN FALUDI

En el cuarto oscuro



ANAGRAMA
Panorama de narrativas